



LOLES LÓPEZ

EL  
*amor*  
SE RÍE  
DE MÍ

zafiro♥

# Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Prólogo  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

# Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

## ¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Después de finalizar una relación de un año y medio, de una manera muy pacífica y casi de manual de buenas maneras, Maca decide dar un giro a su vida y acepta el puesto de fotógrafa en una revista en Miami. Es la oportunidad perfecta para encauzar su carrera profesional y sentimental, ya que se siente desencantada con el amor.

Bastian Miller, propietario y director de la revista Miami Life Magazine, vive por y para el trabajo. Su única meta desde que decidió emprender su negocio es conseguir alcanzar el reconocimiento y el estatus que desea para su empresa, quedando relegado a un segundo plano el hecho de tener pareja. Una distracción sentimental podría echar por tierra el trabajo duro de muchos años de esfuerzo y dedicación.

El primer encuentro de estas dos personas tan distintas entre sí, no sólo en apariencia sino también en personalidad, marca un antes y un después entre ellos, haciendo que ambos muestren su fuerte personalidad. La hasta entonces apacible oficina de Bastian se convierte en un auténtico campo de batalla dialéctico, donde el descaro y la elocuencia de ella y la seriedad y atractivo de él harán que entre en juego mucho más de lo que en un principio ambos pensaban.

¿Conseguirá Maca que el amor no se ría de ella? ¿Logrará Bastian mantener a raya a esa española respondona que lo provoca continuamente?

**El amor se ríe de mí**

**Loles López**



## Prólogo

Nunca me habría imaginado pasar unas Navidades en una preciosa y encantadora cabaña en Escocia. Claro está que tampoco se me había pasado por la cabeza que mi querida amiga Abril encontrara el amor en un atractivo director de cine al que le había costado carros y carretas enamorar a cierta Campanilla que había olvidado volar. Fueron unos días que siempre recordaré con cariño, porque en aquella pequeña casita en mitad de aquel paisaje de ensueño se encontraban todas las personas que más quería: mi amiga y su hija Zoe, la cual se desvivía por su simpática primita. Me encantó ser testigo del amor idílico que se tenían Richie y la hermana de Julen, Carola. Era maravilloso ver cómo se querían después de un tiempo ya casados y cómo extendían ese amor a su preciosa hija. Lo cierto era que me hizo abrir un poco los ojos —fue como un destello, algo fugaz, pero lo suficientemente brillante— para darme cuenta de cómo se veía desde fuera mi relación con Ismael, aunque tampoco le di muchas vueltas a ese hecho, que apareció de repente en mi mente: el buen ambiente en aquella cabaña hizo que recargase rápidamente las pilas del optimismo y dejase ese descubrimiento aparcado para otro momento... Porque, delante de mí y de todos los presentes en aquella cena de Navidad, pudimos presenciar la preciosa pedida de mano de Julen a Abril... ¡Madre del amor hermoso! Todavía se me eriza la piel al recordar el brillo de ojos de mi amiga, el tono sonrosado de su rostro e incluso el sutil tartamudeo cuando aceptó ser la mujer de Julen Blanch. ¡Cuánta falta le hacía sentirse amada de verdad y, sobre todo, hallar el amor sincero!

Para Año Nuevo, Julen y Abril nos dieron la buena noticia —algo que ya intuía, puesto que una conoce a su mejor amiga, ¿no?—, ¡iban a ser papás!

Durante los meses siguientes, ayudé a mi amiga a trasladarse a su nueva casa, una preciosa propiedad individual que Julen compró en Valencia para que Zoe no cambiara de colegio y pudiese seguir viendo a su padre cada quince días. La verdad es que Julen se portó como un caballero en ese aspecto, aceptando que no podían marcharse de aquella ciudad por el bien de la hija de Abril (una vez más, Julen, subiste un escalón en el camino de convertirte en el novio ideal. ¡Muy bien, machote!). Mientras tanto, entre la mudanza, comprar las cosas para el bebé, la inminente boda que estaba organizando Abril con tantísimo cariño, mis jornadas de trabajo y dedicarle tiempo a mi novio, fue imposible que nos viéramos tanto como ya era costumbre en nosotras. Pero era algo normal y sabía que tanto ella como yo siempre estaríamos la una para la otra.

Mi vida no cambió mucho en esas primeras semanas del año recién estrenado: de casa al trabajo, del trabajo a casa y vuelta a empezar. Sabía, en mi fuero interno, que algo no funcionaba bien entre Ismael y yo... Pero, claro, las relaciones no vienen con manual de instrucciones, y una no tiene mucha experiencia para saber si aquello que presentía era algo común entre el resto de los mortales o una clara señal de que la relación comenzaba a desgastarse. Por tanto, intenté que mi *nerd* particular me mirara como antes, aunque me estaba costando bastante conseguirlo, la verdad. Y no entendía por qué. ¿Acaso Ismael ya no me quería? ¿Era posible que estuviera presenciando el final de la relación? No lo sabía en ese momento, pero no tardé mucho en hallar la respuesta, ya que después de unas semanas cruciales y tensas debidas a la repentina y sorprendente —por lo menos para mí— renuncia al puesto de trabajo que él ocupaba en la revista donde yo trabajaba y el inicio en otra empresa, esta vez de publicidad, hizo que cayera la última gota en un vaso totalmente lleno que acabó rebosando sin control. Noté en Ismael un distanciamiento todavía mayor del que ya intuía —y eso que soy bastante despistada para esas cosas, todo hay que decirlo—, y opté por ser yo misma y dejarme de tonterías. Él se había enamorado de mí por ser como era, ¿no? Desde siempre había afrontado las cosas de cara y poniendo palabras a lo que sentía en cada momento, y eso fue lo que hice. Lo que no me esperaba era que Ismael me confesara, casi sin titubeos —algo extraño en él, que era la viva imagen de la timidez y la inocencia—, que ya no estaba enamorado de mí, que había notado que nuestra relación se enfriaba con el tiempo y que no veía solución a lo nuestro... No os voy a engañar diciendo que me lo tomé



superbién, que nos abrazamos como amigos y que después brindamos con unas birras bien frías. ¡Yo quería a ese hombre! Incluso albergaba en mi interior la fantasía de que fuera ese ÉL —así, en mayúsculas, y casi con letrero luminoso— que todas anhelamos encontrar, además de haberme imaginado cómo sería nuestra boda ideal (negaré por activa y por pasiva que he dicho estas palabras ante cualquiera, tengo una reputación que guardar). Pero aun deseando todo el pack amoroso pastoso, e intuyendo que lo nuestro había ido de capa caída, tenía la esperanza de que él y yo nos pusiéramos manos a la obra para poner de nuevo en funcionamiento nuestra relación, y no, como ocurrió, poniendo el punto final... Me dio pena y rabia —casi a partes iguales, aderezado con un poco de frustración— presenciar en primera persona una ruptura tan idílica como la que estábamos teniendo (una cosa era que yo tuviera un sentimiento fuerte por ese hombre y otra, bien distinta, destruir la bonita relación que pensaba que habíamos tenido). Y al final, para mi asombro, aquella disolución tan amigable parecía sacada de un ficticio manual de «Cómo separarte de tu pareja en dos cómodos y sencillos pasos»... Debo confesar que no hubo lloros, ni tampoco recriminaciones, ni siquiera enfados, simplemente lo hablamos, expusimos nuestros diferentes puntos de vista y optamos por dejar definitivamente la relación. Qué sencillo, ¿verdad? Bueno, por lo menos intentamos no hacernos daño, ya que nos teníamos cariño y no era justo lastimar al otro con tonterías que, a la larga, nos arrepentiríamos de haber dicho. Ya, sé que me vais a decir: «Oooooohhhh... ¡Qué pena, Maca! Con lo que me gustaba Ismael para ti». Pues sí, ¡y a mí también me gustaba! Pero soy de esas personas que piensan que no hay que forzar las relaciones: cuando acaban es por algo, aunque nos duela admitirlo, o por lo menos es lo que dice mi amiga Almu, que me da a mí que iba para pitonisa y por el camino acabó siendo peluquera. ¡No me preguntéis por qué!... Ahora, bromas aparte, sé que mi relación con Ismael no iba a ningún lado, se había quedado estancada, tanto, que casi ni hablábamos, y ya no os digo nada de hacer el amor, pues parecía que había que echar una instancia cada vez que quería intimar con él... Uy, lo que he dicho..., ¡intimar! Como me oiga Abril, se desternilla de la risa. A lo que iba, que me voy parando cada dos por tres: lo nuestro era un final cantado y casi a gritos, que sólo esperaba a saber fecha y lugar. Pero no os pongáis tristes, que ahora estoy divinamente —no puedo negaros que los primeros días fueron un calvario, pero

a lo hecho, ¡pecho!—, he retomado mi vida, con mis amigas, con mi cámara de fotos al cuello y, ¿quién sabe?, a lo mejor hay algo preparado para mí, algo tan fantástico que me deje con cara de lerda y las piernas temblándome... Ya lo dice el dicho popular: cuando una puerta se cierra, otra se abre.

# Capítulo 1

El sonido de una gota al caer puede ser inaudible cuando no se presta atención; cuando se hace, puede llegar a ser ensordecedor. Lo mismo ocurre con un sueño... Maca suspiró, ¿cómo era posible que aquello estuviese pasando? Si ni siquiera lo había verbalizado, sólo residía en lo más profundo de su mente que algún día sería cumplido, y últimamente esa necesidad había crecido sustancialmente, haciendo que fuera imposible ignorarlo... ¿Habría llegado el momento de apostar por ello?

—Maca, ¿me estás escuchando?

—¿Eh? —susurró saliendo de golpe de sus cavilaciones—. Sí, perdona, Ernesto, la verdad es que me has dejado abrumada con tu propuesta. Pero, en serio, ¿he oído bien lo que me acabas de decir o es todo producto de mi desbordante imaginación? —preguntó con un nudo instalado en el estómago y sintiendo cómo sus manos comenzaban a temblar por la emoción.

—Sí, lo has oído perfectamente. Ahora sólo falta que lo pienses y me des una respuesta lo antes posible —contestó esbozando una afable sonrisa.

—Ay, Ernesto, ¡que no me lo creo! ¿Yo? ¿De verdad que no te has equivocado y se lo querías proponer a otra? —preguntó con una resplandeciente sonrisa.

—¡Maca, eres única! —rio divertido ante la efusividad y las salidas de ésta—. Eres una formidable fotógrafa que ha ido creciendo con el transcurso de los años y, aunque te echaremos terriblemente de menos, si al final aceptas, sé que llevas esperando esta oportunidad mucho tiempo.

—La llevo esperando toda mi vida —confesó con gran emoción, observando con cariño a la persona que le estaba otorgando lo que más había deseado desde

que comenzó con su profesión.

—¡Con más razón aún! Ve a casa y piénsalo bien, no quiero que te dejes llevar por la emoción del momento. Estas cosas es mejor hablarlas con tu gente y valorarlas en frío. Y ya sabes que, decidas lo que decidas, esta revista será tu casa —dijo Ernesto con sinceridad.

—Gracias, muchísimas gracias, Ernesto. Sólo con decírmelo, sólo con pensar en mí, ya es la pera limonera —soltó haciéndolo reír mientras se levantaba de la silla—. ¿Puedo darte un abrazo? —preguntó mostrándole una deslumbrante sonrisa.

—Por supuesto —contestó él mientras se levantaba de su silla para estrechar afectuosamente entre sus brazos a Maca—. Anda, no te me pongas tierna, que no va contigo —añadió al observar cómo los ojos oscuros de su empleada comenzaban a ponerse vidriosos.

—Me marchó ya, que no soy de llorar, pero cuando me pongo, puedo inundar el despacho y, si me concentro..., ¡hasta un estadio de fútbol! —dijo en broma mientras se apartaba de él y salía con premura del despacho.

Se marchó de la revista nerviosa, casi frenética, dudando entre dar saltos de alegría mientras caminaba o controlar aquella efusividad pensando que si, en lugar de en aquel preciso momento, aquello le hubiese llegado unas semanas atrás, se le habría hecho mucho más difícil tomar una decisión. Sin saber qué hacer, sintiéndose por primera vez en mucho tiempo sorprendida por las circunstancias, pensando en cómo había cambiado tan de golpe el día sin casi imaginarse aquel inconcebible desenlace que la había sacudido por completo, dejándola con cara de boba. No era una persona que creyese en el destino —era bastante escéptica sobre aquellos temas—, pero en ese mismo instante habría deseado creer en él y ser un poco más como su amiga Almu, que lo dejaba todo en manos de esa energía volátil que podía cambiarlo todo, porque... ¿qué nombre le podía poner a lo que le acababa de ocurrir? ¿Casualidad? ¿Azar? ¿Una broma? Eran demasiadas coincidencias juntas que no sabía interpretar: primero su ruptura amistosa con Ismael y, después, aquella propuesta, justo ahora, cuando más lo necesitaba, cuando más había pensado en aquella posibilidad... ¡Estaba a punto de darle un patatús!

Había sido una mañana de locos. Estaban trabajando para el especial de verano de ese año y había permanecido toda la jornada laboral fotografiando a

esbeltas modelos acostumbradas a pasar hambre y a subirse a la báscula más veces de lo que humanamente sería necesario, así como a fornidos modelos que se pasaban más horas en el gimnasio que en su propia casa y que eran incapaces de no mirarse en cualquier espejo situado a menos de un metro de ellos. Observó el cielo azul de su ciudad natal intentando apaciguar un poco aquella desbordante emoción que le impedía cavilar como debería. Suspiró esbozando una pequeña sonrisa al intuir que aquella simple pregunta ya había sido contestada, pero necesitaba valorarla de verdad, sin dejarse llevar por el ansia del cambio y la necesidad de aventura. Maca anduvo a grandes pasos, haciendo sonar sus pesadas botas militares por la acera adoquinada. Mientras se dirigía hasta su pequeño *loft*, se acordó de Ismael: si aún estuvieran juntos, habría echado a correr hacia su casa para contarle la noticia que había sacudido de golpe su vida. Aunque Maca no sabía con seguridad qué habría opinado él de todo aquello: Ismael siempre había sido un hombre de costumbres fijas, bastante introvertido e idealista, lo que contrastaba con la manera de ser de Maca, una polvorilla que disfrutaba de la vida a cada instante, algo, que, por supuesto, afectó a su relación, al no coincidir prácticamente nunca los ritmos de ambos. Llamó por teléfono a la única persona con la que deseaba hablar en esos momentos y se dirigió, desviando su camino inicial, a su acostumbrada cafetería para poder reunirse con ella. No sabía muy bien qué pedir mientras la esperaba, ya que un café la pondría más nerviosa, y prefería sosegar esos nervios que podían llevarla a hacer algo irracional o demasiado impulsivo, algo bastante común en ella. Por eso pidió una cerveza negra, de las más fuertes que tenían, para ver si el alcohol la ayudaba a serenarse, aunque dudaba mucho que la ayudara a sentirse mejor. Al fin la vio entrar, con un precioso vestido verde, con su cabello cayendo con gracia por los hombros, marcándosele su barriga de cuatro meses de gestación. Le sentaba de maravilla el embarazo y, sobre todo, el tener al lado a Julen. Abril resplandecía.

—Hola, rubia —saludó mientras se levantaba de la silla para saludarla con dos cariñosos besos en las mejillas.

—¡Hola, Maca! Parece que me hayas leído la mente. Te iba a llamar esta misma tarde para quedar y hablar —comentó Abril mientras estrechaba afectuosamente entre sus brazos a su gran amiga.

—Si es que somos casi siamesas —soltó Maca haciendo reír a Abril mientras

se sentaba al lado de ésta.

Las dos amigas no podían ser más diferentes: una resplandecía siempre con colores vivos y alegres, la otra siempre iba con su color fetiche: el negro.

—Casi —se carcajeó mientras se acariciaba instintivamente la barriga—. ¡Va a ser un niñoooooooooooooo! —exclamó sin poder dilatar más aquel tema que ansiaba contar desde que lo había sabido esa misma mañana, alargando la «o» de una manera tan tierna que hizo sonreír a Maca y la hizo olvidar por un segundo el problema que tenía sobre los hombros.

—¿Qué me dices? —soltó Maca mientras la cogía de la mano sin dejar de sonreír y observaba el rostro radiante de su amiga—. Julen debe de estar que no cabe en sí... ¡Una pichita! —exclamó mientras el camarero se acercaba a la mesa.

—¿Ya estás soltando lindezas por esa boquita, Maca? —preguntó con sorna el camarero, que la conocía desde hacía bastantes años.

—Ya me conoces, Boro —terció mientras le sacaba la lengua y lo hacía reír abiertamente.

—Hacía tiempo que no se te veía por aquí, Abril —comentó él.

—Ando bastante liada, con la boda, Zoe, Julen y ahora... —dijo señalándose la obriedad.

—Ya veo, ya. Lo que se te ve es muy guapa.

—Muchas gracias, Boro.

—¿Qué te traigo?

—Un zumo de naranja, por favor.

—¡Ah! Enhorabuena —dijo el camarero mientras las dejaba solas.

—Gracias —repuso Abril con alegría—. Ay, Maca... Estamos todos como locos —comentó, haciendo que a ésta se le hinchara el pecho de dicha al ver a su amiga, al fin, feliz, algo que se merecía desde hacía muchísimo tiempo.

—Me alegro un montón por vosotros. Cuando nazca, ya le enseñaré cosas de hombres... Lo típico, ya sabes: cómo saber eructar el abecedario, escupir a una distancia de cien metros, rascarse los huevos —dijo mientras enumeraba las cosas con los dedos.

—Anda, no seas bruta —rio divertida.

—Alguien se lo tiene que enseñar —confesó mientras alzaba los hombros con resignación—, no veo a Julen haciendo esas cosas, la verdad...

—¡Yo tampoco! —rio Abril al imaginárselo de aquella guisa—. Ay, Maca..., parece que estoy viviendo en un sueño. Julen es maravilloso, el mejor hombre que podría haber encontrado, y sólo pensar que a punto estuve de dejarlo marchar se me encoge el alma.

—Menos mal que al final abriste los ojos...

—Sí —dijo con una tierna sonrisa—. Cuando vi que era capaz de hacer cualquier cosa por mí y por Zoe, lo comprendí... Y no me arrepiento de haber dejado a un lado mis miedos, mis inseguridades y poder dejarme querer y amar con todas mis fuerzas a alguien más que no sea mi hija.

—Un momento —dijo Maca mientras se giraba hacia la barra—. Boro, ¿tienes el número de teléfono del alcalde?

—¿Para qué quieres hablar con el alcalde? —preguntó chistoso el camarero.

—Para convencerlo de que proclame hoy día de fiesta. ¡Mi Abril ha comprendido lo que llevaba yo diciéndole años! —exclamó levantándose de golpe de la silla y haciendo que Boro riese a carcajadas ante su expresión de triunfo.

—No le hagas caso, Boro. Hoy tenemos a la niña graciosa —se disculpó Abril—. Anda, no seas payasa, Maca. Sé que me costó un pelín, pero he comprendido lo que me querías decir... —susurró cogiéndola de la mano mientras observaba cómo su amiga volvía a sentarse enfrente.

—¿Qué tal los preparativos de la boda del año? —preguntó Maca con cariño.

—Muy bien —contestó Abril con entusiasmo—. Al final hemos decidido celebrar nuestra boda aquí, en Valencia. Con el embarazo y todo, Julen no quiere verme corriendo entre una ciudad y otra, y así puedo tenerlo controlado sin ir muy estresada...

—Ay, qué majo es nuestro Julen —soltó con voz suave, haciendo reír a Abril—. Me encanta ver que se preocupa por ti y, además de que tiene razón, Valencia es un buen lugar para celebrar vuestra boda. ¿No vino hasta aquí a buscarte?

—¡Tienes razón! Estoy deseando que llegue el día —dijo con una sonrisa de enamorada que le hinchó el corazón a Maca al presenciarla—. Venga, cuéntame, ¿qué tal todo? Llevo días sin saber nada de ti...

—Sí... He ido bastante liada en la revista —contestó mientras jugaba con sus pulseras de cuero negro, ya que venía el meollo del asunto, el cual le había hecho marcar el número de teléfono de su gran amiga.



—¿Has vuelto a ver a Ismael? —preguntó Abril de repente.

—No, desde que rompimos hace un mes no lo he vuelto a ver. Pero, vamos, que le va de maravilla en su trabajo y parece ser que está conociendo a una chica... Aunque él no me lo haya dicho —añadió mientras le guiñaba el ojo y se tocaba con astucia la nariz.

—¿Lo han visto con alguien? —inquirió con curiosidad.

—Sí. Almu lo vio el otro día dándole un pico a una chica.

—Y tú, ¿estás bien? —se interesó enarcando una ceja, visiblemente preocupada por la reacción de Maca al saber que su ex ya había pasado página.

—Sí, estoy muy bien. No me afecta ver que él ya haya retomado su vida. Como entenderás, no puedo pedirle que espere a que yo me líe con un tío para estar empatados. Si ha encontrado a alguien idóneo para él, veo lógico que salga con ella... Además, tanto él como yo sabemos que lo mejor que hemos hecho es dejarlo. Nuestra relación estaba en pausa desde hacía tiempo y, aunque lo he querido mucho y sé que él también me ha querido, un poco a su manera (ya sabes que Ismael no era dado a dar muchas muestras de afecto), puedo decir que guardo un bonito recuerdo de lo nuestro...

—Tienes razón, es mejor darse cuenta a tiempo...

—Pues sí... —susurró cogiendo el botellín de cerveza y dándole vueltas abstraída por el movimiento.

—¿Todo bien? —preguntó percibiendo un cambio muy sutil en su amiga.

Maca la miró a los ojos. Su Abril, su mejor amiga, la cual había tenido una existencia realmente difícil, era feliz de verdad, al fin la vida le sonreía, ¿cómo le podía decir que ahora la que se encontraba indecisa era ella? ¡Ilógico, ¿verdad?! ¿Y si le mentía y le contaba que se encontraba de maravilla, que no tenía que pensar en aceptar algo que daría un cambio brusco a su vida? ¿Se lo tragaría o sabría que le estaba mintiendo? No... Maca no era así. Odiaba las mentiras, las medias verdades y las falsedades. Ella era sincera, rotunda y decidida, aunque supiera que cuando le contara lo que la había llevado a levantar el teléfono para ver a su mejor amiga esa sonrisa resplandeciente de Abril se disiparía en un segundo. O quizá no..., porque no sabía cómo reaccionaría su mejor amiga. ¡Maca estaba hecha un lío!

—¿Maca? —inquirió Abril, visiblemente preocupada por su silencio.

—Hoy he ido al despacho de Ernesto —comenzó a decir. Su amiga asintió al

saber de quién estaba hablando: el propietario de la revista donde trabajaba Maca desde hacía años—. Me ha hecho una propuesta muy interesante.

—¿Una propuesta? —cuestionó extrañada—. ¿De qué clase?

—Laboral, por supuesto —dijo alzando las cejas repetidamente y haciendo que Abril riese divertida mientras le daba un suave manotazo en el brazo al darse cuenta del doble sentido de su pregunta.

—¡Qué loca estás! Anda, dime qué te ha dicho tu jefe.

—Resulta que su amigo necesita un fotógrafo profesional con experiencia y ha pensado en mí para el puesto, aunque ello conlleve que me marche de la revista... Sería un ascenso notable, tanto a nivel económico como laboral, ya que podría trabajar con reconocidos profesionales.

—Pero eso es genial, Maca —afirmó Abril emocionada.

—Sí, sería una gran oportunidad para mí. Imagínate, pasaría de tercera regional a primera división. Además, me ha dicho que las sesiones fotográficas no siempre serían en un estudio cerrado, que podría decidir el lugar para realizarlas y me darían carta blanca para hacer lo que a mí me gustara. ¿Sabes lo que significa eso? ¡¡Libertad artística!! —exclamó con entusiasmo, haciendo sonreír a su amiga.

—Y, dime, ¿dónde está esa revista a la que te quieren enviar? —preguntó Abril con curiosidad.

—Aquí viene el meollo de la historia. No es en Valencia, ni siquiera en España... —susurró haciendo una mueca exagerada con los labios, dándole a entender lo complicado del asunto.

—¿Dónde? —inquirió con mayor curiosidad.

—En Miami —dijo en voz muy baja, como si al decirlo todo aquel sueño se disipara.

—¿Miami? —preguntó con un hilo de voz mientras Maca asentía con la cabeza—. ¿Y qué has dicho?

—Aún nada... —farfulló mordiéndose el labio inferior—. Me ha dado tiempo hasta mañana para que lo piense. Sabe que es una decisión importante que no se puede tomar a la ligera, y la verdad es que me ha dado la opción de que si, por cualquier circunstancia, me marchó y no me agrada mi nuevo puesto de trabajo, podría volver a trabajar con él...

—Ernesto sabe que vales mucho, y la verdad es que me sorprende que te

deje marchar.

—Me ha confesado que me lo ha propuesto al saber que mi relación con Ismael se había acabado y que, además, su amigo está desesperado por encontrar a un fotógrafo profesional con experiencia. Me ha dicho que, aunque me eche en falta, sabe que su amigo me necesita más que él y que sería egoísta por su parte privarme de esta gran oportunidad laboral.

—Jo, qué bien, Maca. ¡Tu jefe es muy majo! Y, dime, ¿tú qué quieres hacer?

—Joder, Abril. Cuando me lo propuso Ernesto estuve a punto de plantarle un muerdo en la boca. ¡A Miami! ¡¡¡Yoooo!!! —exclamó con alegría mientras se señalaba con énfasis—. Luego pensé en todo lo que debería dejar... El no poder veros todos los días ni a vosotras, ni a mis padres, ni a los amigos y... ¡No sé! —bufó confundida.

—A nosotros siempre nos tendrás, estés aquí o en otro país. Lo importante, lo que de verdad debes preguntarte para dar una respuesta a tu jefe es: ¿quieres vivir esta experiencia? —repuso mientras la miraba con cariño, consciente de todo lo que había luchado por abrirse un hueco en su profesión.

—Si te digo que llevaba semanas esperando algo así, ¿me creerías? Desde que Ismael y yo lo dejamos, no sé, es como que algo dentro de mí me repetía todos los días que necesitaba un cambio, pero un cambio de verdad, de esos que te transforman, que te ayudan a crecer como persona, y de repente... ¡pum! —exclamó dando una palmada sonora en el aire—. Una ciudad nueva, un puesto de trabajo con más responsabilidad y con mayor salida —informó con franqueza—. Pero...

—No, Maca —replicó Abril con una sonrisa mientras la cogía de la mano para darle ánimos con esa caricia—. Yo soy la de las mil dudas, pero tú no. Pienso que ya has tomado una decisión, pero te da apuro saber cómo reaccionaremos nosotros al enterarnos que te vas de nuestro lado. —Maca sonrió, su amiga la conocía muy bien—. Sabes que siempre me tendrás aquí, para lo que sea —añadió apretándole la mano y sonriéndole.

—¿Incluso para llevarme al aeropuerto? —preguntó alzando una ceja divertida.

—Por supuesto, sobre todo si sé que es algo que te va a hacer feliz.

—Sí, tengo que intentarlo. Sé que os voy a echar muchísimo de menos, pero es una fantástica oportunidad, y sé que si no la acepto me arrepentiré el resto de

mi vida. Mi cuerpo me lo pide, lo necesito de verdad, necesito volver a empezar y hacerlo desde cero. Y como siempre digo: hay que arrepentirse de las cosas que se hacen y no de lo que no se hace por miedo.

—¡Ésta es mi Maca! —afirmó Abril aplaudiendo emocionada—. Ay, madre mía, ¡mi Maca en Miami! —exclamó entusiasmada mientras daba palmadas de alegría.

—Que tiemble, ¡¡que allá voy!! —dijo ella con gracia, haciendo reír a su amiga.

## Capítulo 2

El sol cegador, la suave brisa y el murmullo inconfundible del *spanGLISH* la recibieron en aquella ciudad idílica justo al bajar del avión, haciéndole sonreír con dicha al darse cuenta de que la espera había acabado y que ya se encontraba en su nuevo destino. Maca anduvo por el Aeropuerto Internacional de Miami — después de aguardar un buen rato al lado de la cinta transportadora para recoger su equipaje—, cargada con sus maletas y haciendo sonar sobre el suelo reluciente sus pesadas botas, que no se separaban de ella ni en un día tan caluroso como aquél. Después de pasar más de nueve horas en el interior de un avión, las cuales aprovechó para descansar y planificar todo lo que tendría que hacer cuando llegase, agradeció aquel largo paseo hasta alcanzar la puerta de salida para desprenderse de aquella sensación de nerviosismo y emoción que se había instalado irremediablemente en su interior. Justo al traspasar la puerta que delimitaba el acceso exclusivo a los pasajeros, avistó sin dificultad un cartel donde claramente ponía su nombre y apellido. Se acercó a aquella joven mujer que sujetaba con fuerza la cartulina plastificada. Iba ataviada con un vistoso vestido de tirantes en color rosa chicle de algodón y le cubría con gracia los hombros una larga melena morena perfectamente cuidada, donde cada pelo se encontraba en el sitio apropiado. La mujer estaba observando a todas las personas que pasaban por su lado, y cuando Maca señaló el cartel para confirmar que era a ella a quien buscaba, frunció ligeramente el ceño mientras le repasaba, sin ningún disimulo, el atuendo de a quien había ido a recoger. Maca ni se inmutó, estaba acostumbrada a no gustar a todo el mundo, y ella se vestía como le apetecía, ni más ni menos. En aquella ocasión, unos pantalones vaqueros anchos y muy desgastados y una camiseta de manga corta de color negro con un

eslogan en el que se podía leer sin dificultad en inglés «Territorio caliente» eran el *look* adecuado para viajar, ya que era ropa cómoda para poder aguantar tantísimas horas sentada.

—¿Macarena Albert? —preguntó la mujer en español con un pronunciado acento entre americano y cubano, una mezcla muy sugerente que a Maca no le pasó desapercibida.

—Sí, soy yo —contestó mostrándole una gran sonrisa.

—¡Bienvenida a Miami, Macarena! Soy Linda, la secretaria del señor Miller, hemos hablado en varias ocasiones durante estas dos semanas... —comentó con una amplia sonrisa mientras le tendía la mano para saludarla y ésta le devolvía el saludo.

—Muchas gracias, Linda. Pero, por favor, llámame Maca —dijo mientras observaba cómo Linda la ayudaba a coger una de las maletas y comenzaba a caminar en dirección al parking—. Perdóname, pero al darme la bienvenida me ha venido de golpe una canción y no puedo callármela: «*Welcome to Miami*, ¡¡bienvenido a Miami!!» —canturreó mientras Linda la miraba entre asombrada y extrañada ante la escena, bastante bochornosa para su gusto, que provocaba que la gente que pasaba por su lado se detuviera a mirarlas reprimiendo una carcajada.

—¿Te gusta Will Smith? —preguntó la secretaria sin detener su caminar, intentando hablar de algo después de la vergüenza que le había hecho pasar la nueva incorporación de la revista.

—Sí, como actor es la leche, y esta canción, en concreto, la he cantado mil veces... Al decirme: «Bienvenida a Miami», chica, no he podido dejar de cantar el estribillo. Supongo que no seré la primera que lo hace —rio despreocupada, importándole bien poco que la gente la hubiese mirado extrañada.

—Delante de mí sí que eres la primera —sonrió Linda mientras negaba con la cabeza divertida—. Creo que la revista va a dar un giro radical con tu llegada —terció ya un poco más relajada mientras se ponía las gafas de sol tapando su mirada nada más salir a la calle y accionaba el mando a distancia de su automóvil, que destelló en ese momento avisando de su apertura.

—Anda, ¿y eso por qué? Aunque me veas de esta guisa, no hago fotografías *gore* ni nada por el estilo —explicó Maca con guasa mientras se señalaba su atuendo, haciendo que Linda no pudiese reprimir la risa.

—No lo decía por tu manera de vestir... ¡Yo sé por qué lo digo! —terció mientras le guiñaba un ojo dejándola todavía más desconcertada por su último comentario—. ¡Antes de que se me olvide! El señor Miller me ha pedido que te transmitiese su deseo de verte mañana a primera hora. Piensa que hoy debes de estar muy cansada para ponerte al día en la revista y prefiere que aproveches tu llegada para descansar y recuperarte del *jet lag* —explicó Linda mientras metían las maletas en la parte trasera del coche y se subían a sus respectivos asientos.

—Ha sido muy considerado por pensar en mi bienestar, pero me encuentro perfectamente. He podido descansar en el avión y puedo acercarme ahora mismo a la revista para ver cómo trabajáis...

—Son órdenes directas, y el señor Miller aborrece que no se cumplan sus decisiones —declaró Linda con seriedad, haciendo que Maca frunciera el ceño extrañada ante aquel cambio, bastante brusco, en su semblante.

—Pues nada, me quedaré en mi nueva casa... Por cierto, muchísimas gracias por preocuparte de buscarme un lugar donde vivir y, también, por enviarme las fotos del estudio para que le diese el visto bueno.

—De nada. Fue también una orden del señor Miller... —dijo Linda restándole importancia mientras se introducía en el denso tráfico de Miami—. Lo bueno de vivir en Miami Beach, a pesar de los precios desorbitados de los estudios, es que no hace falta que te compres un carro. La oficina está cerca de donde vas a vivir. Sólo a unas cuantas *cuadras* de distancia.

—¿Y eso es poco? —preguntó Maca sin tener ni idea de a cuánto equivalían esas *cuadras* en metros.

—Sí, es poco —susurró sin dejar de observar el denso tráfico.

A medida que se acercaban a Miami Beach, la zona en la que viviría a partir de entonces, Maca se fijó en el paisaje sin igual que tantas veces había visto en la televisión o en el cine: palmeras, cielo azul, personas bronceadas en bañador o ropa deportiva y una sonrisa perenne en la cara; ésos eran los atractivos que hacían que aquella ciudad recibiera a tantísima gente durante todo el año: el clima y su gente.

—Lo complicado será *parquear* —susurró Linda para sí cuando dobló una esquina para entrar en una calle estrecha.

Maca se dio cuenta de que en aquella ciudad había muchísimos coches y era normal que encontrar aparcamiento fuera una misión casi imposible. A los pocos



minutos, el vehículo se detuvo a los pies de un gran edificio de unas diez plantas.

—Hemos llegado, al final no puedo bajar contigo para mostrarte el estudio —informó al no haber encontrado ni un solo aparcamiento—. Toma, ésta es la llave, se encuentra en la última planta. Luego te envío la ubicación de la oficina, que está situada en South Beach. Por aquí cerca encontrarás restaurantes y un montón de comercios.

—Muchas gracias, Linda.

—De nada. Mañana nos vemos a las ocho en la oficina. ¡Sé puntual! Al señor Miller no le gusta que lleguemos tarde... —repuso mientras salía del coche para darle las maletas.

—Seré puntual. Muchas gracias por todo. Hasta mañana —dijo Maca acercándose a ella para coger el equipaje mientras observaba como ésta se volvía a introducir en el automóvil y le hacía un gesto de despedida con la mano.

El coche de Linda desapareció por la concurrida calle y Maca observó con detenimiento el portal donde se hallaba la que sería su casa. Arrastrando las maletas, abrió el portal con una de las llaves y, al entrar, observó el amplio y luminoso vestíbulo mientras se dirigía al ascensor, para después, ya en el interior, oprimir el botón del último piso. Al cabo de unos segundos, las puertas del elevador se abrieron y fue directa al número que se encontraba señalado en el llavero. Al abrir, se quedó perpleja, dejando las maletas al lado de la puerta de entrada y cerrando tras de sí. Luminoso, moderno y extravagante, éstos serían los adjetivos que describirían su apartamento, para nada parecido a las fotos que le había enviado Linda; supuso que las instantáneas recibidas no eran muy actuales... Nada más entrar se encontraba el salón-comedor-cocina, un todo en uno del que estaba acostumbrada en Valencia; lo malo era que, allí, los colores —verde lima y gris— le hacían daño a la vista, pero todo era acostumbrarse, ¿no? El apartamento disponía de un cuarto de baño completísimo de ducha con sauna incorporada y un sinfín de pijadas de las que Maca no había oído hablar en la vida y de las que sospechaba que tardaría en saber accionar sin leer previamente el manual de instrucciones. Su dormitorio, amplio y con unas maravillosas vistas, era —gracias a todos los diseñadores de interiores miamenses por tener aquella consideración hacia ella— de tonos neutros, entre los que predominaba el gris, pero en su versión más tenue. Lo mejor sin dudas de aquel estudio eran las magníficas vistas de Miami Beach: la playa con arena

blanca y el mar de un azul cristalino eran poesía para los ojos, sobre todo para una mujer que estaba acostumbrada a vivir cerca del mar... Sin perder tiempo, Maca se enganchó a la red wifi que tenía el piso, para así comenzar a enviar mensajes de WhatsApp a su familia, a Almu y a Abril, adjuntando una foto de la maravillosa panorámica que formaría parte de su día a día a partir de ese momento. En segundos, comenzaron a llegar los mensajes diciéndole que era una privilegiada por levantarse con aquel paisaje, y lo cierto era que Maca se sentía así: una mujer con suerte.

Después de guardar todas sus pertenencias, de darse una refrescante ducha en aquel baño de última generación, que le costó entender, se tumbó en el sofá, de color gris con cojines en color verde lima, a descansar un poco. De momento no tenía hambre, sólo deseaba comenzar a trabajar, ya que verse allí sin nada que hacer la desesperaba... Y, sin querer, de repente comenzó a recordar todo lo que había pasado hasta llegar allí...

Tras haber tomado la decisión de aceptar la propuesta, de brindar con Abril en la cafetería —con zumo de naranja y una cerveza negra— por todo lo bueno que estaba por llegar, se fue al piso de Almu, donde con una botella de tequila, canciones de David Bisbal a todo volumen —según su amiga Almu, las canciones del almeriense eran buenas tanto para llorar las penas como para celebrar las cosas buenas—, lágrimas, gritos de júbilo y abrazos fraternales, se les pasó la noche celebrando su nuevo puesto de trabajo y festejando su nueva vida. A la mañana siguiente, con un dolor de cabeza monumental y una resaca que daba miedo, se fue al trabajo y comunicó su decisión a su jefe, al que le faltó tiempo para contactar con su amigo y comenzar los trámites para que Maca dejara la revista para poder viajar a Miami. Después del trabajo, se dirigió a casa de sus padres, donde dio la noticia y la reconfortaron, todavía más, con sus palabras de aliento y su visión optimista de la vida. Sus padres siempre serían felices si la veían a ella bien, aunque eso conllevase verla pocas veces al año... Cenó con ellos y estuvieron hablando hasta altas horas de la noche. Maca los echaría terriblemente de menos, y sabía que ellos también echarían en falta a su única hija, que, para ser la única que tenían, les había salido muy independiente y con tendencia a cumplir cada uno de sus sueños, algo que los llenaba de orgullo, ya que siempre habían inculcado a su pequeña el valor de ser fiel a uno mismo y de hacer lo que le dictase el corazón en cada momento.

Los siguientes días fueron un ir y venir de papeleos, eventos y reuniones. Además, tuvo que ayudar a su jefe a contratar a alguien que la sustituyera, algo bastante difícil de desempeñar cuando los sentimientos estaban tan a flor de piel. A pocos días de coger el avión, comenzaron las cenas para celebrar su nuevo puesto de trabajo, fueron días nostálgicos y expectantes para Maca, que sabía que extrañaría muchísimo a toda su gente, pero también era consciente de que aprovecharía aquel viaje para crecer profesionalmente. Y allí se encontraba, en un país que no era el suyo, en un estudio con colores demasiado chillones para su gusto y pensando en Ismael, en la única persona con la que no había hablado antes de irse, ni siquiera una llamada, ni tampoco un mensaje de texto, nada... ¿Sabría que ya no se encontraba en Valencia? ¿Alguien le habría dicho que había aceptado un puesto en una revista en Miami? De un salto, se levantó del sofá, obligándose a no entrar en aquel círculo vicioso de: qué habría pasado si todo hubiese seguido igual. Sin pensar adónde iría, cogió su bolso estilo bandolera y salió del estudio a dar una vuelta por el que sería su barrio y, en definitiva, su nuevo hogar. Además, aprovecharía aquella salida para ver dónde se encontraba exactamente la revista —ya que poseía la ubicación gracias al mensaje de Linda que había recibido al poco de instalarse en el estudio—, y, por otra parte, quería saber cuánto tiempo tardaba caminando del piso al trabajo: no quería llegar tarde el primer día.

El sol deslumbrante comenzaba a atenuarse, eran pasadas las seis de la tarde, pero parecía un poco más tarde, ya que el astro rey empezaba a descender por el cielo azul desprovisto de nubes. Las personas seguían paseando de aquí para allá, cubriendo sus cuerpos perfectamente esculpidos —luciendo un morenazo envidiable— con la última moda en ropa deportiva de sus marcas preferidas. Personas con escúter, con patines y bicicleta, se entremezclaban con los viandantes, como en un baile caótico con la banda sonora de las risas y el sonido inconfundible del mar. Lo que más le llamó la atención a Maca fue el contraste entre las personas veraneantes y los que supuso serían miamenses, la ropa y la prisa por llegar a los sitios los diferenciaba. La verdad era que ella llamaba bastante más la atención. Su ropa, los colores elegidos y, sobre todo, sus amadas botas militares, desentonaban bastante en ese paraje sin igual, donde el calor era el protagonista y la escasez de ropa su resultado. Caminó en dirección a South Beach sin dejar de prestar atención a todo lo que la rodeaba. Estaba

acostumbrada a las zonas de playa, ella vivía en Valencia, una ciudad que tenía unas playas maravillosas y una vida nocturna igual de deslumbrante, pero era cierto que lo que estaba observando era bastante distinto de lo que había vivido en su ciudad natal. Allí se respiraba fiesta, se palpaba el veraneo eterno, se saboreaba el optimismo en su estado más puro... Allí se vivía sin pensar en nada más, y eso a Maca le encantó.

Dejó a sus espaldas la famosa playa de South Beach, con sus típicas torres de vigilancia al más puro estilo de «Los vigilantes de la playa», sus aguas poco profundas de azul cristalino casi sin oleaje —una de las pocas playas donde no se podía ver a los surfistas danzar encima de olas de vértigo— y su maravillosa gran extensión de arena blanca que la hacían, sin ninguna duda, paso obligado para los turistas. Se encaminó hacia el interior, donde los comercios y los restaurantes se agolpaban para atender a todos los turistas que visitaban esa zona de Miami. Después de cruzar varias calles, de quedarse perpleja ante la cantidad de tiendas que había en pocos pasos, encontró la dirección que le había facilitado Linda. Se quedó mirando el gran portal acristalado del edificio en el que se encontraba, en el tercer piso, la oficina de la revista. Se fijó en que al lado había varios restaurantes, alguno de comida rápida y, con las mismas, deshizo el camino memorizando aquellas calles por las que debería pasar a la mañana siguiente. De repente, se encontró en una zona en la que no había estado anteriormente, donde la gente se agolpaba y donde la música lo llenaba todo. Maca se acercó con curiosidad y entre todo aquel bullicio se dio cuenta de que acababa de entrar en la zona de Ocean Drive, otra de las más famosas de Miami, donde los bares y los restaurantes creaban un ambiente magnífico para divertirse. Con una sonrisa en los labios, se alejó de allí pensando en que aquella ciudad le podía ofrecer todo lo que necesitaba en aquellos momentos: distracción y alegría.

\* \* \*

El primer día en un nuevo puesto de trabajo era sinónimo de una mezcla de nervios y expectación, con una pizca de temor al desear encajar en aquel nuevo lugar. Llegó a la revista antes de las ocho, subió hasta la tercera planta gracias a que el portero del edificio había sido informado de su llegada, ya que sin el pase

donde acreditaba su puesto de trabajo no podía acceder a ninguna zona. Nada más abrirse las puertas del ascensor, se encontró con una oficina moderna, de estilo minimalista, donde cada sección se confundía con otra y formaba parte de un todo. Las mesas no se encontraban divididas con separadores de pladur, sino que se hallaban perfectamente alineadas, unas junto a otras, sin ningún tipo de separación real entre ellas. Para su sorpresa, el despacho del jefe estaba delimitado parcialmente por cristales —a excepción del hueco donde habría ido la puerta, ya que ésta no existía y en su lugar había una abertura—, por lo que todo aquel que estuviera en aquella planta podía ver lo que estaba haciendo, y al revés.

—Buenos días, Maca. Sí que has sido puntual —la saludó a sus espaldas Linda, haciendo que ésta se girase para hablar con ella.

—Buenos días. Esto es una pasada —dijo señalando la oficina.

—Sí, el señor Miller quería que todos nos sintiéramos como una familia y derribó todos los muros para poder estar unos con otros.

—Me gusta el concepto.

—Ven, te enseñaré dónde está el estudio fotográfico —indicó mientras comenzaba a andar por aquel espacio repleto de mesas con ordenadores de última generación—. Como verás, tu mesa está pegada al estudio acristalado, donde dispones de unas cortinas tupidas por si necesitas controlar la luz en tus sesiones.

—Perfecto —comentó observando el interior del estudio. Comprobó que era mucho más espacioso del que disponía en España y que, además, los aparatos fotográficos eran de una calidad superior.

—Yo me siento allí —señaló Linda con gracia, haciendo repiquetear sus pulseras de acero mientras indicaba su mesa, la cual se encontraba pegada al despacho del jefe—. Ve encendiendo el ordenador, voy a mi mesa a recoger tu pase y tu número de usuario.

Maca se sentó y comenzó a trajinar en el ordenador sin poder apartar la mirada de todo lo que la rodeaba: aquello era un sueño. Se fijó en cómo Linda hablaba con varios compañeros y que éstos, a su vez, la miraban a ella: era la chica nueva de la oficina, la novedad. Al poco se acercó Linda acompañada de una mujer, rubia, alta y delgada, la cual rondaría los cuarenta y era el prototipo de americana, y un hombre, mucho más alto que la media, moreno, de ojos

azules pero muy claros, de espalda ancha y brazos fuertes, que parecía sacado de un partido de fútbol americano por sus dimensiones.

—Toma el pase, aquí tienes reflejado tu número de usuario para poder acceder al ordenador —explicó Linda tendiéndole una pequeña cartulina de color amarillo chillón y un papel donde tenía anotado unas claves—. Maca, te presento a Mason, el ilustrador de la revista, y a Emily, una de las periodistas encargadas de entrevistar a los personajes famosos —indicó en inglés mientras ella se levantaba para saludarlos como era debido.

—Encantada de conoceros —dijo en el mismo idioma mientras repartía besos y se percataba de que ambos se quedaban observando su vestimenta.

—¿Has conocido ya a Bastian? —inquirió Mason sin dejar de mirar su ropa: unos vaqueros negros con unos amplios desgarros en la rodilla y una camiseta ancha de tirantes del mismo color acompañaban a sus amadas botas.

—¿Bastian? —preguntó extrañada al ser la primera vez que oía ese nombre y obviando que a éste no le gustase su manera de vestir, algo a lo que ya estaba acostumbrada—. ¿Es que sus padres eran unos frikis de *La historia interminable*? «*Never ending story, aaaaahhhh...*» —canturreó entonando la mítica canción de la famosa película, haciendo que éstos aguantaran la risa.

En ese mismo momento, unos pasos próximos hicieron que todos, a excepción de Maca, se alejasen de la mesa, como si algo o alguien los apartase casi a la carrera, de un empujón. Un hombre alto, moreno, con unos increíbles ojos verdes, la miraba sin gesticular, con la mandíbula prieta y vestido impecablemente con una camisa blanca de manga larga y unos pantalones de lino oscuros.

—¿Y tus padres eran fans de Los del Río? «Eeeehh, Macarena... ¡¡Aaayy!!» —soltó en inglés, casi sin melodía.

Maca se irguió orgullosa.

—Perdona, pero yo tengo más años que la canción —soltó sin achantarse mientras lo retaba con la mirada: no era la primera vez que le cantaban el dichoso estribillo de aquella famosa canción.

—Señorita Albert, a mi despacho, ¡ya! —ordenó él de malas maneras, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia allí.

—Ups... No me digas que Bastian es el señor Miller... —susurró Maca al lado de Mason. Éste asintió mientras la miraba con ternura, consciente del

carácter de su jefe y de la gran metedura de pata de ella—. Joder... La he liado pollito —maldijo en español mientras lo seguía a su despacho.

Los pocos trabajadores que había esa mañana allí —unos cinco sin contar a Linda, Mason y Emily— la miraron sin pudor, sabiendo que había cometido un grave error nada más aterrizar en la oficina. Maca comenzó a pensar en la mejor forma de salvar su trasero, su lengua —como siempre— había ido más rápida que su cerebro y, cómo no, le había jugado una mala pasada. Ahora tocaba apechugar con las consecuencias e intentar que su jefe no se quedara con la imagen socarrona de ella y viese que, detrás de eso, había una profesional que se tomaba muy en serio su oficio.

—Siéntate —dijo Bastian Miller con tono seco mientras le señalaba una silla situada justo enfrente de su mesa.

Maca obedeció y observó su rostro. La verdad era que esperaba un calco de su antiguo jefe: sesentón, barrigón y con escasez de cabello; en cambio, lo que tenía delante era el prototipo de modelo treintañero al que aún le quedaban unos cuantos para cumplir los cuarenta y que, además, lo haría con muchísima dignidad, incrementando en atractivo... Rasgos masculinos, cabello bien cuidado y ligeramente ondulado, barba muy corta y arreglada enmarcaban su mandíbula fuerte y sexy. Su porte reflejaba el poder que tenía en aquel lugar sólo con la rectitud que poseía su espalda; en cambio, en su mirada Maca pudo vislumbrar algo que no casaba con aquella actitud tan cuadriculada, fue sólo un segundo, como una especie de brillo fugaz, casi un destello que la hizo cuestionarse qué escondía el señor Miller detrás de aquella aparente rigidez. Éste, abstraído por completo de sus cavilaciones, comenzó a mover papeles de aquí para allá, como intentando encontrar algo crucial, mientras Maca lo observaba detenidamente y trataba de darle nombre a aquello que había intuido mientras se percataba de cómo le quedaba la camisa blanca que llevaba de Dolce & Gabbana, bajo la cual se distinguía un musculado y trabajado cuerpo que debía de ser el imán perfecto para atraer a las féminas. «Demasiado guapo para mi gusto», pensó, apartando los ojos de las fuertes manos que sujetaban varios documentos y centrándolos en la mirada de aquel hombre, con el que no había entrado con el mejor de los pies.



## Capítulo 3

—Señorita Albert —comenzó a decir Bastian Miller con voz profunda y varonil, en un perfecto inglés con un marcado acento americano, mientras volvía a echar una hojeada a los papeles que aferraba.

—Maca, por favor —lo corrigió ésta, en el mismo idioma que él, con una sonrisa amigable, intentando suavizar así aquella conversación, que sospechaba bastante complicada.

—Macarena —soltó apretando la mandíbula visiblemente disgustado—, por lo que veo, te gusta mucho hacer bromas... —anunció con voz rasgada.

—Señor Miller, sé que la he cagado... ¡Joder! —exclamó al darse cuenta de que la expresión utilizada no era la apropiada para hablarle a su nuevo jefe—. Quiero decir que lo he hecho mal... Pero a veces hago cosas así, sin pensar en las posibles consecuencias de mis actos... Me dejo llevar por el momento, por la broma, por el buen rollo, por las risas... Es que soy muy guasona, ¡no lo puedo evitar!, pero no lo hago con ninguna maldad, eso se lo aseguro —soltó casi de carrerilla—. Soy la primera que tengo que soportar con estoicismo a la gente cantar *La Macarena* cada vez que se enteran de cómo me llamo —confesó mientras hacía una mueca de disgusto con la boca. Sabía que había hecho mal al bromear con el nombre de su jefe, algo que ella llevaba aguantando muchos años...

—De acuerdo, Macarena... Voy a obviar que acabas de burlarte del nombre que eligieron mis padres delante de mis empleados, también voy a pasar por alto que me hayas contestado con tanto descaro, y lo voy a hacer porque sé que todos tenemos derecho a una segunda oportunidad. Pero quiero que te quede una cosa clara: una más como la que acabo de ver, y recoges tus cosas para marcharte a

España, ¿te ha quedado claro? —soltó con una seguridad aplastante que haría titubear incluso al Increíble Hulk.

—Sí, por supuesto. Le agradezco mucho que me dé otra oportunidad. Le aseguro que no se arrepentirá —dijo como un mantra, alabando el buen hacer de su nuevo jefe al otorgarle el beneficio de la duda.

—Eso espero... Tienes suerte de poseer una carta de recomendación excepcional, además de que mi amigo Ernesto me comentó por teléfono que eras una extraordinaria fotógrafa y que era lo que necesitábamos en la revista, porque te aseguro que, de lo contrario, ahora mismo te estaba firmando la carta de despido —indicó imperturbable, señalando con el índice de su mano derecha los documentos que tenía enfrente.

—Ya, me imagino... —Maca chasqueó la lengua a sabiendas de que su espontaneidad le había jugado más de una mala pasada con anterioridad.

—Otra cosa de la que te quería hablar... —susurró dándole un repaso rápido de arriba abajo mientras dejaba los papeles sobre la mesa—. Tu manera de vestir no es apta para trabajar aquí. Hoy puede pasar, pero mañana no quiero verte vestida de una manera tan informal, lo puedes hacer fuera de horas de trabajo, ahí no me puedo meter yo, pero aquí no puedes presentarte con estas pintas —reiteró señalando su ropa con desdén—. Desconozco cómo trabajáis en España, pero aquí todo no vale, Macarena. En esta revista tenemos unas reglas de decoro, y una de ellas es demostrar a quien traspase la puerta, tanto modelos, como famosos, como al chico que reparte el correo, que aquí la moda y la actualidad se encuentran en estado puro y comienzan en nuestros empleados para poder trasladarlo a las páginas de la revista.

—Es la primera vez, en mis veintiocho años, que alguien me dice cómo me tengo que vestir para realizar mi trabajo. Sé que no voy a la moda, sé que algunos no la comprenderán, pero yo me visto para gustarme a mí misma y no a nadie —comentó Maca con seriedad.

—Me parece un discurso estupendo, pero en esta empresa hay unas reglas que hay que cumplir y, como comprenderás, tú no vas a ser una excepción —soltó con dureza.

—Entonces, señor Miller, ¿cómo se supone que debo venir vestida? —preguntó molesta ante aquella política de empresa, demasiado estricta para su gusto.

—Un segundo —pidió mientras cogía el teléfono y marcaba—. Linda, ¿a qué hora venían los modelos de bañadores? —Escuchó por el teléfono mientras miraba su reloj de pulsera de alta gama—. De acuerdo, gracias.

Maca observó que comenzaba a apuntar algo en su Mac de última generación y después la volvió a mirar.

—¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! —se dijo a sí mismo—. Fíjate en cómo van tus compañeras vestidas, no me importa que vayas con pantalones, pero debes ir arreglada y no como si fueras a un campeonato de *skate* en los suburbios.

—¿Con tacones? —preguntó arrugando el semblante como si sólo de pensarlo le diese urticaria, obviando la comparación que había hecho éste de su estilo.

—No es obligatorio, pero con esas botas militares, no —concretó señalado su querido calzado con el bolígrafo que tenía en la mano derecha.

—Esto no me lo dijo Ernesto —farfulló contrariada con aquella regla que, vista por otra persona, no sería mucho, pero para Maca era como si le robasen su esencia.

—Si lo hubieras sabido antes, ¿habrías declinado la oferta? —preguntó él con visible curiosidad.

—Es posible. No me gusta que la gente me diga cómo me tengo que vestir —soltó con convicción, haciendo que él arrugase el ceño sorprendido de su determinación—. ¿Algo más, señor Miller? He oído que tengo una sesión dentro de poco, ¿no?

—Sí, de eso también te quería hablar... Es para el número del mes que viene; queremos enfocarla en el glamur, en lo extravagante, en las noches eternas de verano en Miami... Te dejo libertad, Ernesto me hizo mucho hincapié en que tenías una visión deslumbrante de la fotografía, y quiero verlo.

—De acuerdo: glamur —repitió señalándose su sien derecha, dando a entender que había captado el concepto.

—Dentro de media hora tendrás a los modelos aquí, echa un vistazo a todo el material que tenemos y a ver de qué eres capaz... —Apartó su intensa mirada de ella y comenzó a mover unos papeles de sitio mientras decía—: Por el momento es todo, Macarena. Espero ver las grandes capacidades que Ernesto me ha descrito de ti.

—Las verá, señor Miller —dijo Maca con una sonrisa mientras se levantaba

de la silla.

Salió del despacho con el pulso acelerado, había estado a punto de destrozar su sueño por una chiquillada, por no poder mantener cerrada su boca, que tenía una facilidad asombrosa para soltar algún que otro chascarrillo para hacer reír a los demás sin pensar en las posibles consecuencias... Maldijo para sí mientras se acercaba a su mesa. Abril siempre se lo recordaba: «Piensa antes de hablar y, sobre todo, mira por si el aludido anda cerca...».

Entró directamente en el estudio para saber de qué disponía para poder realizar aquellas fotos. Vio mucho material perfectamente guardado en amplios baúles, atrezo, decoración y un sinfín de utensilios capaces de sacar provecho a aquel espacio rectangular. Mientras comenzaba a apuntar todas las ideas que se le ocurrían en una libreta, sospechó que aquella sesión sería una de las muchas pruebas que debería superar para ganarse la confianza de su jefe, y lo cierto era que Maca entendía su postura. El señor Miller debía asegurarse de si la inversión que había realizado al contratarla sería factible a largo plazo o la suya sería una incorporación pasajera. Lo cierto era que había empezado mal con su jefe y debería poner todos sus conocimientos en aquella sesión rutinaria para poder demostrarle que era mucho más que una bromista y una bocazas.

\* \* \*

Tres horas después, Maca despidió a la última modelo con una sonrisa en el rostro, sintiéndose orgullosa de su trabajo. Volvió al estudio para recoger el atrezo que había utilizado para después comenzar con el cotejado de las fotos. Durante toda la sesión fotográfica nadie había irrumpido en el estudio, le habían dejado libertad para actuar, y sólo sintió, de vez en cuando, una mirada pendiente de ella... Se entretuvo guardando todo el tul rosa pálido y los adornos dorados con los que había decorado el escenario del estudio, en el cual había colocado un sofá estilo chéster que había encontrado en un rincón y había ocultado el horroroso estampado rojo con unas telas doradas para poder reproducir la escena que tenía en mente, donde el glamur de los preciosos conjuntos de bañadores aptos para la noche, por la pedrería y el diseño que tenían, resaltaba como un diamante en aquella escenografía sacada de un película de los años veinte. Al rato, Maca salió a su mesa para poder trabajar con las instantáneas que había

hecho con la maravillosa cámara profesional que disponía la empresa y, con ayuda de un programa informático, poder sacar todavía más partido a todas esas fotos.

—¿Cómo vas? —preguntó Linda acercándose a su mesa.

—Aún me queda —susurró sin dejar de hacer clic sobre las imágenes y hacerles zoom para ver si había cualquier fallo o se podían perfeccionar todavía más.

—Ya es la hora de almorzar —informó Linda apoyando su trasero con coquetería en el filo de la mesa de ella.

—¿Ya? —preguntó mirando la hora; se le había pasado la mañana volando.

—Sólo tenemos una hora para comer y volver a la revista. Yo de ti, apagaría la pantalla y me bajaría a comer algo.

—Pues sí... —susurró con desgana, puesto que no le gustaba dejar trabajo a medias.

—¿Te apetece venirte con nosotros a almorzar? —preguntó Linda mientras se incorporaba de la mesa—. Vamos a ir al restaurante de la esquina, hacen buena comida y no es muy caro...

—Vale, dame un par de minutos para que guarde esto —comentó mientras tecleaba en el ordenador.

—Te esperamos abajo —dijo su compañera mientras se acercaba a Mason y a Emily.

—Voy, no tardo —comentó Maca sin dejar de mirar la pantalla del ordenador.

Al poco, se levantó, cogió su bolso y se dirigió al ascensor. La oficina estaba desierta, sólo se encontraban allí ella y el señor Miller, que la observaba impasible mientras hablaba por teléfono desde su despacho. Maca levantó la mano a modo de saludo, pero éste simplemente enarcó una ceja como contestación, como si lo sorprendiese esa acción por parte de ella. Sin darle mayor importancia, ya que Maca pensaba que era problema de la diferencia de culturas, bajó al vestíbulo del edificio y se encontró allí con sus compañeros, que, al verla, comenzaron a caminar hacia el restaurante.

—Bueno, bueno, Maca... Me da a mí que no vas a ser el ojito derecho de Bastian —soltó Mason con soniquete después de haber pedido los platos que querían en aquel restaurante de estilo americano.

—Tampoco pretendía serlo... Pero también te digo una cosa: podrías haberme hecho una señal, o aclararme desde el principio que Bastian era nuestro jefe..., ¡no sé! —soltó Maca, haciendo que éste se riera.

—¿Y perderme la cara que ha puesto él cuando te ha oído tararear la canción de *La historia interminable*? ¡Eso es algo impagable!

—Míralo, no sabía yo que eras un *voyeur* de las bromas —terció en broma.

—Hacía tiempo que nadie le plantaba cara a Bastian Miller —rio Mason mientras negaba con la cabeza al recordar lo sucedido horas antes.

—Uy, Mason, tú no sabes lo que es plantar cara. Cuando lo hago, se nota, y eso que he hecho ha sido una metedura de pata de manual —explicó Maca mientras cogía la cerveza sin alcohol que acababa de dejar el camarero en la mesa para darle un buen trago.

—Ya os dije que la nueva daría que hablar —soltó entre risas Linda.

—Pero creíamos que tardaría un poco... No obstante, ha sido llegar y, ¡pum!, en toda la frente —indicó Emily mientras negaba con la cabeza sin reprimir las risas.

—Os puedo asegurar que no era mi intención —comentó ella entre carcajadas, ya que, visto desde fuera, hacía mucha gracia, aunque ella lo hubiese pasado mal después—. Y vosotros, que lo conocéis más..., ¿qué tal es? —preguntó con curiosidad.

—¡Despistado! —exclamó Linda haciendo una mueca de disgusto.

—Sé más preciso y di que es difícil —anunció Mason mientras le guiñaba un ojo a Linda—. Dudo que no se haya dado cuenta todavía.

—¿Difícil? —preguntó Maca sin entender a qué se referían.

—El adjetivo adecuado sería inalcanzable para nuestra querida Linda —apuntó Emily divertida.

—Es que nuestra Linda quiere descubrir lo que esconde el señor Miller debajo de los pantalones —informó Mason, aclarando la curiosidad de Maca, que no entendía nada de lo que hablaban.

—¡Mason! —exclamó azorada la aludida.

—No te escandalices, *baby*. A las cosas hay que llamarlas por su nombre, y tú te quieres follar a Bastian Miller —indicó él con seriedad.

—No hagas caso a este animal... Yo no soy de éstas —comentó Linda, muy digna, dirigiéndose a una divertida Maca, que se lo estaba pasando en grande

con la conversación de sus nuevos compañeros de trabajo.

—Mujer, no te preocupes, que no me voy a llevar las manos a la cabeza porque desees tener algo más que una reunión con el jefe... Vamos a ver, que te entiendo, está de muy buen ver; si fuera un callo malayo..., ¡ahí te decía yo dos cosas, aunque nos acabáramos de conocer! —exclamó con una sonrisa—. Ya que pones en peligro un trabajo, que sea por un bombón y no por una patata... Pero lo que no comprendo es por qué no has conseguido tu fin —divagó mientras observaba el rostro angelical de su compañera y su escultural cuerpo cubierto por un cortísimo vestido rojo.

—Puf..., ¡ni yo! Hasta he pensado que era homosexual y por eso no caía en mis, para nada, sutiles artes de seducción —informó Linda.

—Vamos, para que lo entiendas, Maca: a Linda sólo le ha faltado colocarse un cartel entre los pechos mientras lo espera desnuda sobre la mesa del despacho para que Bastian se dé cuenta de que lo desea —comentó Emily, haciendo que Linda le propinase un suave manotazo en el hombro sin dejar de reír ante la certeza de sus palabras.

—¿Y es gay? —preguntó Maca con curiosidad al no entender cómo Linda, una mujer exuberante, guapa y simpática, no había conseguido aún una noche de pasión con Bastian Miller.

—No, no lo es —contestó Emily—. Yo lo conozco desde hace mucho tiempo. Fuimos compañeros de trabajo en una revista, él llevaba el tema logístico con las marcas y las agencias de modelos, y yo era una simple columnista... Os puedo asegurar que Bastian era el tío más popular de la revista, y no sólo por su simpatía, sino porque tenía una fama de mujeriego descomunal.

—Por cómo lo cuentas, parece que tú también caíste en sus redes —insinuó Mason reprimiendo una sonrisa, ya que conocía la reacción que tendría ésta tras sus palabras.

—Más le habría gustado a él. ¡Qué va! Por aquel entonces, yo ya estaba saliendo con Jayden —informó Emily categóricamente.

—Ahora que sacas el tema..., ¿cómo vas con él? —preguntó Linda, saliendo un poco del foco de atención.

—Parece que bien... —murmuró Emily, incómoda por abordar aquel tema tan delicado para ella.

—¿Ha vuelto a tu casa? —preguntó Mason.



—Sí, nos hemos dado otra oportunidad... —susurró ella mientras apartaba su vaso de Coca-Cola para dejar que el camarero les pusiera delante la comida.

—¿Otra más? —preguntó Linda incrédula—. ¿Cuántas van ya?

—Demasiadas, ya te lo digo yo —indicó Mason cogiendo el tenedor para comenzar a comer.

—Él me ha pedido otra oportunidad, no podía decirle que no... —susurró Emily mientras se centraba en su plato de comida.

—Pero Emily... —protestó Mason. Aunque se lo temía, esperaba que aquella ocasión fuera distinta—. Lleváis dejándolo y volviendo desde la época de los dinosaurios... ¿No veis que lo vuestro no puede ser?

—Pero aún lo quiero, Mason...

—Aunque te haga daño y tú se lo hagas a él con tus continuas mentiras —aseveró Linda.

—Dicen que el amor es suficiente para que una pareja funcione, ¿no?

—¡Ay, Diosito! —exclamó Linda desesperada alzando los ojos al techo—. El amor es vital, pero son necesarias muchas más cosas. ¿Quién te ha dicho esa sandez?

—Ahora no quiero hablar de esto, Linda —soltó de malas maneras Emily.

—Nunca quieres hablar cuando te planteamos la verdad... —siseó Mason.

—Bueno, eso da igual... Dejadme que haga lo que quiera con mi vida —protestó Emily.

—Siempre lo haces —confesó Mason alzando los hombros con resignación, al ser testigo una y otra vez de los errores de su amiga.

—¿Y tú, Mason? ¿Qué tal el tema del amor? —preguntó Maca desviando la atención de Emily, pues se la notaba incómoda.

—Estoy felizmente casado con un bellezón cubano que me dice «mi *amol*» cada vez que me ve —soltó con gracia, haciendo reír a las tres mujeres al imitar el acento cubano de su esposa.

—¿Y no te ha enseñado a hablar español? —cuestionó con curiosidad Maca.

—Algunas palabras sueltas, sobre todo, palabrotas y palabras sucias que le gusta que le diga cuando estamos en plena acción —explicó mientras le guiñaba el ojo socarrón.

—Sólo quedas tú, Maca —dijo Linda limpiándose la boca con la servilleta—. ¿Algún novio por España?

—No. Hace un mes y medio se acabó mi última relación, y ahora estoy libre como un pajarito.

—Vaya... ¿La ruptura fue por otra mujer? —preguntó Linda.

—No, simplemente nos dimos cuenta de que lo nuestro había llegado a su fin.

—¿Llevabais mucho tiempo juntos? —curioseó Emily.

—Un año y medio, más o menos...

—Ya... Yo con Jayden llevo veinte años. Fue mi primer novio y, bueno, como supondréis, mi primer todo... Por eso se nos hace tan difícil romper la relación —confesó Emily mientras daba vueltas a su vaso.

—¿Te puedo hacer una pregunta aunque nos acabemos de conocer? —cuestionó Maca.

—Sí, claro.

—Cuando estás con él, ¿te sientes bien, te sientes feliz? —inquirió Maca.

—No... Cuando estoy con él, estoy deseando marcharme —bufó mientras negaba con la cabeza, sintiendo vergüenza por su confesión.

—Para que la entiendas, es un sí pero no —resumió Linda, haciendo que Emily le echase una mirada fulminante.

—Ya veo... Bueno, se ve bastante claro —musitó Maca.

—¿En serio? Yo llevo un lío encima... —protestó mientras se erguía en la silla—. A veces creo que me estoy volviendo loca. Hay días que estoy deseando verlo y, cuando lo veo, estoy deseando marcharme de su lado... ¡De locos!

—Si cuando lo ves tienes ganas de marcharte, por algo será —masculló Mason.

—Bueno..., ¡ya se verá! Tiempo al tiempo —indicó Emily, zanjando aquel tema que tanto daño le hacía.

—Menos mal que mi Bárbara sabe que estoy loco por sus huesos, si no, se molestaría al verme con tres mujeres solteras —soltó Mason sin venir a cuento, para sosegar un poco la tensión creciente por la indecisión de Emily.

—Yo no estoy soltera —replicó Emily frunciendo ligeramente el ceño.

—Te falta poco para estarlo, *baby* —reiteró sonriente.

Maca sonrió. Aunque había empezado mal la mañana, parecía que había mejorado sustancialmente; por lo menos intuía que con esas tres personas se lo iba a pasar muy bien en su estancia en Miami. Tres personas tan distintas entre

sí, haciendo que Maca encajara a la perfección en aquel conjunto asimétrico, algo que la llenó de tranquilidad al saber que no se encontraba sola a miles de kilómetros de su hogar. ¿Qué más cosas le depararía esa estancia de ensueño?

## Capítulo 4

Volvieron corriendo a sus puestos de trabajo después de una hora. La comida estaba deliciosa, pero con lo que más disfrutó Maca fue con las conversaciones que mantuvieron en ella. Al sentarse delante de su mesa, se centró en trabajar en las fotos que había hecho esa mañana; quería enviárselas cuanto antes a la editora de moda para así, después, junto con el director de arte, elegir las que al final se publicarían en el próximo número.

Levantó la mirada tras lo que para ella había sido tan sólo un rato y vio que, de repente, en la oficina no había nadie. Se extrañó y comenzó a mirar a ambos lados, pensando que no podían haberse ido todos sus compañeros sin que ella se hubiese percatado; no era tan despistada, ¿no? Miró la hora en el ordenador y maldijo para sí: eran pasadas las seis, llevaba una hora de más trabajando y no se había dado cuenta. Envió la carpeta con las fotos terminadas a la editora de moda y comenzó a recogerlo todo. Aquella vez Linda no la había avisado, pero no podía culparla, ella sola debía saber cuándo parar de trabajar, aunque en realidad no le había importado permanecer ese tiempo sola en la oficina. Por lo menos había terminado con su tarea y al día siguiente podría volcarse en otro proyecto.

—Echar horas de más no te va a hacer sumar puntos —oyó de repente a sus espaldas.

—¡Qué susto! Creía que estaba sola —exclamó entre risas nerviosas por el sobresalto recibido al ver al señor Miller observándola con seriedad a pocos pasos de ella, con las manos en los bolsillos de los pantalones, taladrándola con la mirada—. No lo he hecho por eso; sinceramente, no me había dado cuenta de la hora.

—Ya... —siseó dándole un repaso de arriba abajo, haciendo que ella se irguiese por su poco disimulo—. Hasta mañana, Macarena.

—Hasta mañana, señor Miller —dijo cogiendo su bolso y dirigiéndose al ascensor.

Oyó los pasos tranquilos de su jefe detrás de ella, como si estuviese midiendo el recorrido que había hasta el elevador con sus grandes y decididas zancadas. Oprimió el botón del ascensor y esperó a que las puertas se abrieran, deseando que lo hicieran lo más rápido posible para no dar opción a que él se montara con ella. Entró velozmente y, justo detrás de ella, Bastian pasó y se colocó justo a su lado, esperando a que ésta pulsara el botón del vestíbulo del edificio en un silencio perturbador, sólo roto por el sonido metálico de los rodamientos del elevador al descender los tres pisos.

—Ha estado bien la mañana, ¿no? —soltó Maca sin pensar. El señor Miller la miró de reojo y asintió con la cabeza a modo de respuesta, algo que la puso más nerviosa—. Ya... Bueno, ahora a casita a descansar, aunque yo tarde un poco en hacer eso. Ya sabe, tengo una tarea pendiente: ¡renovar mi armario! —añadió con una mueca de terror, lo que provocó en el señor Miller un fruncimiento de entrecejo que la hizo sentir como si metiera todavía más la pata. ¿Pero es que no podía callarse y listo?

Las tres plantas que separaban la oficina de la calle se le hicieron eternas mientras intentaba refrenar su lengua mordiéndola con ahínco, ya que había notado que a su jefe no le iban las conversaciones banales en los ascensores y era mejor no tentar más aún a la suerte, teniendo tan reciente su metedura de pata. Además, parecía que el elevador estuviera en contra de ella, como si le estuviese gastando una broma y, en vez de bajar, estuviera subiendo para hacer todavía más larga aquella escena demasiado extraña y tensa para su gusto, ya que lo único que ansiaba era salir de allí y poder respirar con tranquilidad. Por otra parte, parecía que Miller estuviera en su salsa, callado, mirando al frente en aquella postura de seguridad aplastante y sin tener el menor atisbo de querer entablar una conversación con la nueva. Cuando al final llegaron a la planta deseada, a Maca le bastaron sólo dos para nada femeninas zancadas para alejarse del ascensor rápidamente y, sobre todo, de su jefe, despidiéndose casi a la carrera:

—¡Hasta mañana!

Bastian Miller reprimió una sonrisa mientras pulsaba el botón del garaje sin dejar de observar la velocidad con que se marchaba su nueva empleada hasta que las puertas se cerraron. Era algo extraña para él, en absoluto acostumbrado a mujeres con carácter, tan habladora y tan poco femenina.

\* \* \*

Antes de dirigirse a su pequeño estudio, Maca se detuvo en una tienda de moda, en la que compró unas cuantas prendas con las que combinar con la ropa que se había traído, para así amoldarse a las exigencias de la empresa. Era fotógrafa en una revista actual, algo se le habría pegado después de tantos años fotografiando a modelos, ¿no? Después se dirigió a su piso mientras paseaba cerca de esas fantásticas playas, pensando en que podía acostumbrarse a vivir ahí. ¡Aquello era un auténtico paraíso!

\* \* \*

A la mañana siguiente se levantó dispuesta a dar lo mejor de sí misma, se puso unos pantalones de pitillo, pensando en que si Abril la viese le haría una foto para conmemorar aquel acontecimiento tan extraño en ella, ya que a Maca le gustaba ir con ropa ancha y, sobre todo, oscura, y aquel pantalón no era ni una cosa ni la otra: simplemente un vaquero azul que no le quedaba tan mal como pensaba en un principio... Lo combinó con un top lencero negro con algún pequeño detalle en brillo —poca cosa, ya que a ella no le gustaba la ropa muy llamativa—, y se calzó sus sandalias nuevas, de su color fetiche y, por supuesto, sin tacón. A Maca no le importaba ser más bajita que las modelos que fotografiaba; ella lo único que deseaba era ir cómoda y que sus pies aguantaran todo el día, para ella era una prioridad, casi como respirar. Antes de salir de casa se hizo una foto para enviársela a su amiga; seguro que cuando la viera la bombardearía con mensajes. ¡Miami la estaba cambiando! Con ese pensamiento que le hizo gracia a sí misma, salió de camino a la oficina, observando cómo los turistas comenzaban a coger los mejores lugares para pasar un soleado día de playa.

—Buenos días —saludó al pasar junto a sus compañeros mientras se dirigía a

su mesa para encender el ordenador y comenzar a trabajar.

—Buenos días —respondieron ellos mientras hacían lo propio en sus respectivas mesas.

—Buenos días, familia —saludó Bastian Miller al poco de estar ella sentada a su mesa mientras caminaba en dirección a su despacho—. Hoy tenemos el día cargadito de cosas, por tanto..., ¡comencemos! —exclamó animando a los trabajadores—. Macarena, a mi despacho —dijo sin ni siquiera mirarla al pasar cerca de ella.

Maca se levantó al tiempo que se recolocaba un mechón de cabello detrás de la oreja y se puso en marcha mientras hacía balancear —gracias a sus grandes zancadas— su coleta prieta. Linda le guiñó un ojo para darle ánimos antes de acceder al despacho del señor Miller y ella se llenó los pulmones de aire esperando que aquella reunión fuese algo mejor que la primera que mantuvieron.

—Ya veo que me has hecho caso —comenzó a decir Bastian mientras le señalaba con la mano la silla que había delante de su gran mesa negra y la miraba con atención.

—No me dio mucha más opción —confesó mientras se sentaba donde le había indicado.

—Pero aún vas muy informal.

—Esto es lo más formal que va a conseguir de mí para trabajar —comunicó con seriedad—. Quiero que quede claro que vestirme así ha supuesto un esfuerzo muy grande y no va a lograr, me diga lo que me diga, que me vista de la misma manera que, por ejemplo, Linda —continuó con su perorata, ofendida porque no valorase la renuncia, parcial, de su manera de vestir habitual.

—Parece que el mito de que las españolas son mujeres con carácter es cierto —repuso él mientras la miraba con pasividad, como examinándola, intentando comprender su peculiar manera de pensar.

—Dejemos a un lado los estereotipos, señor Miller. Soy como soy, aunque fuera francesa o finlandesa, tengo las ideas claras y, aunque me ha costado vestirme así, lo he hecho porque es una norma de empresa; por tanto, no espere que me ponga vestiditos rosa chicle porque eso no sucederá jamás. Prefiero ir cómoda para rendir mejor en mi trabajo y no tener que lidiar, entre foto y foto, con mi modelito o con los tacones —expuso con orgullo.

—Está bien, Macarena —susurró reprimiendo una mueca que a Maca le

recordó a una sonrisa. ¿Se estaba burlando de ella?—. Voy a aceptar pulpo como animal doméstico —susurró tan bajo que ella enarcó una ceja al no estar segura de lo que había oído. ¿Su jefe bromeaba? ¿Con ella?

—¿Algo más, señor Miller? —preguntó irguiéndose. No le gustaba ese juegucito de jefe intimidante con tono desenfadado que se gastaba el suyo.

—Sí, por supuesto, no creerás que te he hecho venir para hablar de tus nuevos pantalones —terció mientras miraba su Mac—. Queremos incluir para el próximo número una entrevista al famoso actor Leonardo DiCaprio. Emily ha concertado la cita para el viernes, ya que éste tiene un evento en la ciudad y vamos a aprovechar su estancia aquí. Quiero que la acompañes para que le hagas una sesión fotográfica para incluirla en el reportaje —explicó mientras verificaba las fechas en su agenda.

—Perfecto, ahí estaré —dijo sonriente al ver un nuevo encargo, y nada más y nada menos que con un famoso actor al que admiraba desde hacía muchísimos años.

—Habla con Emily para saber a qué hora tenéis que estar en el hotel. Irá con vosotras la maquilladora y un becario para que te ayude con la iluminación. Si necesitáis algo más, no dudéis en comentármelo.

—Muchísimas gracias —dijo Maca más animada—. ¿Algo más?

—Es todo —terció señalando con la cabeza la abertura entre las paredes acristaladas de su despacho.

Maca se levantó de la silla, le sonrió y fue directamente a la mesa de Emily para comentarle que iría con ella. Ésta se alegró muchísimo y quedaron para el viernes por la mañana a primera hora en el hotel donde se alojaría el famoso actor. Volvió a sentarse al cabo de unos minutos y comenzó a revisar las ya corregidas fotos, pero no tenía mucho más qué hacer. Cuando se aburrió de mirar las instantáneas del día anterior, se le ocurrió hacer un inventario de las cosas que había en el estudio; así podría tener una visión mejor de todo lo que podía hacer en aquel espacio. La mañana se le pasó llevando a cabo aquella tarea, cuando llegó la hora de almorzar, apagó el ordenador y cogió su bolso.

—Un segundo, Macarena —dijo de repente Bastian, haciendo que ella se detuviese de golpe a pocos pasos del ascensor.

—Dígame, señor Miller —comentó dando un paso hacia a donde estaba él.

—He hablado hace un momento con Sophie, la editora de moda, y me ha



dicho que las fotos que hiciste ayer son fantásticas, con mucho glamur e innovadoras. Tras verlas con mis propios ojos, quería decirte que has hecho un gran trabajo. Al final mi amigo tenía razón —confesó con seriedad.

—Me alegro de que les hayan gustado —repuso Maca sonriente, sintiéndose orgullosa de que valorasen su trabajo.

—Sí, aunque no te relajes: están bien, pero se pueden mejorar —indicó con petulancia haciendo que ella frunciera levemente el ceño—. No te entretengo más. Corre a almorzar, que te estarán esperando —añadió señalando el ascensor.

—Sí, hasta luego —dijo ella mientras se acercaba al elevador para oprimir el botón.

Al volverse, vio que el señor Miller se alejaba de ella con paso tranquilo, y su mirada se dirigió a su ancha espalda, que se acentuaba más aún con aquella camisa rosa pálido y esos pantalones de tela en color gris...

\* \* \*

El viernes llegó a velocidad de vértigo para Maca, que, entre hacer unas fotos a una modelo que probaba productos cosméticos y preparar las ideas con las que afrontaría esa cita tan importante, no se dio cuenta de la celeridad con la que transcurría el tiempo. Emily, Yanly —la maquilladora—, Raúl —el becario— y ella quedaron a los pies del hotel Hilton Miami Downtown, un impresionante edificio del que, sin entrar, se apreciaba el lujo que poseían sus instalaciones.

—Bueno, ¿preparadas para ver a Leo? —preguntó Maca entusiasmada.

—No sabía que te gustaba. No es de tu estilo... —dijo Emily con guasa, consciente de la emoción que tenía la fotógrafa porque llegase ese día.

—Ya, es demasiado blandito para mí, pero, ¡chica!, me enamoró en *Titanic* —confesó mientras entraban en el hotel y mostraban las credenciales para acceder a la habitación del famoso actor—. Estoy por pedirle que recreemos la escena del barco —dijo mientras le guiñaba un ojo, haciendo que Yanly no pudiese contener las risas ante la gracia y espontaneidad de la española.

—El pobre estará harto de ponerse detrás de las mujeres sujetándoles los brazos en cruz para que crean que están volando —comentó Emily como si nada, siguiendo hasta el ascensor a un empleado de la seguridad del hotel que se

asemejaba más a un armario ropero por las dimensiones de su cuerpo que a un simple mortal, el cual sería el encargado de llevarlas hasta la *suite* que utilizaba el actor.

—Yo no te decía esa escena. Yo quiero recrear la que viene después de que él la dibuja sólo con el collar y se esconden en un coche de la época... —explicó Maca mientras le guiñaba un ojo, dándole a entender con ese gesto de qué escena estaba hablando, una sólo apta para mayores de edad.

—Menuda pájara estás hecha... —comentó Emily entre risas—. Yanly, ¡y creíamos que la española era tonta!

—De tonta no tiene un pelo. ¡Yo también quiero recrear esa escena! —exclamó Yanly. La joven, de treinta seis años, menuda y delgadita, de cabello muy corto negro parecido al azabache, poseía unos increíbles ojos oscuros muy vivos y un rostro muy llamativo en el que destacaban unos ligeros rasgos asiáticos mezclados con latinos.

—Pues te pones a la cola, bonita, que yo me lo he pedido primero —soltó Maca haciendo que el empleado de seguridad la mirase sorprendido por su desparpajo, sin que le importase que éste estuviese delante y al quite de todo lo que hablaban las tres mujeres.

—Me da a mí que te vas a quedar con las ganas. Ese hombre debe de tener una cola interminable de mujeres dispuestas a recrear cualquier escena —indicó Emily.

—Eso es verdad, pero soñar es gratis, ¿no? —dijo mientras le guiñaba un ojo al de seguridad, que negó con la cabeza con resignación, pues no era la primera mujer que caía rendida a los pies del actor, para después salir con solemnidad del ascensor con grandes y seguras zancadas.

—Vais a avergonzar a Raúl. No hagais caso de éstas dos —se excusó Emily con el becario, que sonreía azorado por la conversación que estaba presenciando y que se había mantenido en todo momento en silencio, detrás de las tres mujeres.

—Anda, pero si esto es bueno para ti, así te cercioras de que las mujeres no somos tiernas flores de lis —comentó Maca dándole una palmada en la espalda al muchacho, que la miró sorprendido por aquella acción tan brusca por parte de una mujer.

—No, si alguna idea tengo... —susurró con el rostro teñido de rojo.

—El señor DiCaprio los está esperando —dijo con un tono ceremonial el empleado de seguridad mientras se detenía delante de una puerta y tocaba suavemente con los nudillos.

—Yo necesito una foto con él sí o sí, mi amiga es superfan —susurró Maca, haciendo reír todavía más a sus compañeras.

—¿Más que tú? Las dos juntas debéis de ser una bomba a punto de estallar —objetó Emily mientras observaba cómo Maca le sacaba la lengua divertida.

—¡Ya te digo! Hemos intentado convencer al prometido de mi amiga para que lo contrate para una de sus películas, y así, conocerlo... Pero nada, que no hay manera... Según él, es que no coinciden en agenda, pero lo que yo creo es que tiene miedo de que lo avergoncemos cuando lo veamos —comentó con gracia, haciendo reír a sus compañeros.

—Qué peligro tienes, Maca —musitó Yanly entre risas.

—Pónmelo muy guapo, Yanly, aunque te costará poco —terció ella socarrona mientras pasaba detrás de Emily y veía al actor acercarse a ellas con una sonrisa en los labios, haciendo que se le hinchara el pecho y se le quedara una sonrisa bobalicona en el rostro. ¡Qué guapo era!

\* \* \*

Después de más de una hora en el interior de la impresionante *suite* del hotel Hilton, los cuatro compañeros de la revista más famosa de Miami salieron del lujoso edificio.

—¡Qué majo es! —exclamó Maca entusiasmada.

—Al final has conseguido la foto. Al pobre no le has dado opción —comentó Emily risueña mientras negaba divertida con la cabeza al ser testigo de la testarudez de su nueva compañera de trabajo.

—Pues claro que no. Si das opción, te pueden decir que no —dijo contenta al tener en su teléfono móvil un selfi con el famoso actor que ya había enviado a Abril, que al poco le contestó con un montón de emoticonos de sorpresa y, para rematar, la bailaora dando palmas. Y es que no era para menos, no todos los días una podía estar en la misma habitación que un actor tan impresionante como DiCaprio.

—Es más guapo al natural, ¿verdad? —apuntó Yanly.

—Es guapísimo, y simpatiquísimo —confirmó Maca con rotundidad.

—Puf... —resopló Raúl avergonzado.

—Anda, no te quejes, que lo has hecho muy bien, hombre —dijo Maca con cariño.

—Tampoco es tan complicado sujetar un foco de luz —objetó Raúl sin ánimo.

—Por ahí se empieza, y lo mejor de todo es que no sabes dónde acabarán estas prácticas —comentó Maca intentando animarlo.

—Anda, vamos a correr un poco, porque, si no, nuestro guapísimo y simpatiquísimo jefe nos echará la bronca —soltó Emily con sarcasmo al observar la hora en su reloj de pulsera mientras comenzaba a buscar por la calle un taxi que los acercara a la oficina.

—Ay, chica, ¡qué aguafiestas eres! —exclamó Maca haciendo una mueca de disgusto al ver la poca emoción que transmitía su compañera al haber conocido al famoso actor—. ¿Es que no te ha gustado?

—Si te soy sincera, ni me he fijado. Le he preguntado, me ha contestado, ¡y listo! Creo que, al paso que voy, me hago lesbiana o algo mejor..., ¡monja! —comentó convencida, haciendo que las otras dos se mirasen extrañadas ante su confesión y el becario bajara la vista al suelo, no queriendo meterse en una conversación de esa índole con esas tres mujeres que hablaban sin tapujos de cualquier cosa, incluso estando él presente.

—¿Qué ha hecho esta vez Jayden? —preguntó Maca, intuyendo que aquel pensamiento extremista se debía a su novio, o exnovio, dependiendo del día en el que se encontraban.

—Es una larga historia. ¡Vamos, chicas! —apremió, parando al fin un taxi y subiendo a éste rápidamente.

—Es mejor darle tiempo —susurró Yanly a Maca antes de montarse en el vehículo.

Ésta asintió, sabiendo que tenía razón. Con Emily había que tener paciencia, toneladas y toneladas de ella.

Llegaron al poco y cada uno se dirigió a su puesto de trabajo. Maca estuvo recreándose en las fotografías que había hecho y puso todo su conocimiento en dejar unas instantáneas limpias y artísticas. Cuando llegó la hora del almuerzo, se bajó con sus compañeros al restaurante al que acostumbraban a ir.

—¡Al fin, viernes! —exclamó Linda dejándose caer en una de las sillas que rodeaban la mesa.

—¿Qué planes tenéis para este fin de semana? —preguntó Emily mientras se colocaba la servilleta sobre el regazo.

—¡Playa! —exclamó Linda entusiasmada ante la perspectiva de no hacer nada más que levantarse de la tumbona para remojarse en el mar.

—Bárbara trabaja mañana, por tanto, me tocará limpiar la casa y todo ese rollo —informó Mason sin entusiasmo, resumiendo el sábado que le esperaba.

—Supongo que haré turismo —dijo Maca sin saber muy bien cómo aprovecharía su tiempo libre—. ¿Y tú, Emily?

—En casa, con Jayden... —susurró mirándose las uñas.

—Se te ve con ganas de pasar el finde con él, ¿eh? —terció Linda observando su falta de entusiasmo.

—Creo que voy a aprovechar estos días para decirle que lo nuestro no puede ser... No soy feliz, y me estoy cansando de esto —comentó Emily con pesar.

—¡Al fin, mujer! Ya creía que se lo dirías cuando cumplierais los sesenta... —terció Linda aliviada al ver que su compañera había tomado una decisión—. Pues ¿sabéis una cosa? —anunció con alegría—. ¡Esta noche tengo una cita!

—¿Con quién? —preguntó Mason rápidamente—. No te creeré si me dices que es con Bastian, hoy estaba de un humor pésimo.

—No, con Bastian no es... Me lo tengo que quitar de la cabeza, sé que es imposible...

—Entonces ¿con quién? —preguntó Emily con curiosidad.

—Con John —contestó sonriente.

—¿Lo conocemos? —inquirió Mason alzando una ceja con curiosidad. Él era el que más disfrutaba de la hora del almuerzo: ser amigo de esas mujeres equivalía a diversión asegurada.

—Claro. Es el que lleva la página web de la revista —explicó Linda con coquetería mientras dejaba al camarero que posase los platos sobre la mesa.

—¡¿Con John?! —preguntaron a la vez Emily y Mason, mirándose contrariados, al no haber caído en él.

—Linda, de verdad, tienes un problema... —terció Mason con preocupación.

—¿Por qué dices eso? John es un chico muy majo que llevaba intentando que aceptara una cita con él desde que entró.

—Si no es por John. Él es un amor —comenzó a hablar Emily—. Lo que nos preocupa es que, como sigas así, te vas a acostar con todos los de la oficina.

—No, con todos no —objetó Mason reprimiendo una carcajada—. Bastian y yo seremos los únicos que no hayamos visto el Triángulo de las Bermudas de nuestra Linda.

—¡Ay, qué exagerados sois! —exclamó Linda ofendida—. No les hagas caso. Es cierto que he tenido alguna que otra cita con algunos compañeros, pero no con todos —le explicó a Maca, que la miraba sin dejar de reír por las ocurrencias de esos tres.

—A mí me parece muy bien que hagas lo que te apetezca en cada momento. Si te apetece quedar con John, disfruta al máximo —comentó ella.

—¡Menos mal! Alguien que me entiende —dijo Linda cogiéndole la mano a Maca agradecida por sus palabras—. Mañana por la noche, si no se alarga demasiado lo de John, podríamos quedar para echarnos unos bailecitos por las discotecas.

—Te lo agradezco mucho, pero yo no soy muy de bailar —repuso ella con cara de circunstancias, lo que hizo reír a sus compañeros.

—Bueno, pues bailo yo y tú miras —terció Linda con gracia.

—De acuerdo. ¡No tengo ningún plan para el sábado por la noche! —exclamó Maca mientras le guiñaba el ojo.

—Ahora que estamos aquí los cuatro —dijo Mason con seriedad—, ¿qué te parece trabajar en Miami y, en concreto, en esta revista?

—¡Un alucine! —exclamó entusiasmada, provocando las risas de sus compañeros—. ¡¡Hoy he conocido en persona a Leonardo DiCaprio y estoy aún que no me lo creo!!

—Si esto es sólo el principio —dijo Linda entre risas—. En esta revista se entrevistan a muchos famosos, actores, modelos, políticos, presentadores...

—Vamos, que voy a llenar la memoria de mi teléfono con selfis, ¿no? —preguntó Maca.

—Eso es al principio, luego ni te asombra verlos —terció Emily restándole importancia.

—No hagas caso a Emily: parece que no tenga sangre en las venas, pero algo le circula —dijo Mason, lo que provocó un suave puñetazo de la aludida en su hombro—. Disfruta de estos momentos y hazte todas las fotos que desees, para

eso eres la fotografía de la revista.

—Sí, pero que no se entere Bastian —avisó Emily con tono fraternal.

—Uy, chicos, parece que sea el coco —terció Maca, asombrada de que siempre hablaran de su jefe como si fuera un ogro.

—Aún no lo has conocido en su peor versión —comentó Linda asintiendo con convicción.

—¿Tan malo es? —preguntó con curiosidad.

Los tres compañeros se miraron entre sí y asintieron. Maca levantó los hombros con indiferencia. En peores plazas había toreado, no le daba miedo el posible carácter agrio del señor Miller. Más miedo le daba su propia reacción, que solía aparecer en el peor momento, haciendo que todo explotase.

## Capítulo 5

Le dio al botón de «Enviar» y sonrió satisfecha. Había conseguido acabar justo a la hora en que terminaba su jornada laboral, un logro para ella, que parecía no percatarse de cómo avanzaba el tiempo cuando estaba enfrascada en la revisión de las instantáneas. Comenzó a apagar el ordenador mirando de reojo a sus compañeros, que hacían lo propio. Aquella tarde no hubo ningún sobresalto, ni tampoco ninguna visita al despacho del señor Miller; parecía que la estaba dejando trabajar sin presiones, algo que ella agradecía.

—Disfruta del viernes —dijo Linda pasando por su lado mientras se apartaba un mechón de su sedoso cabello.

—Intuyo que tú te lo pasarás mejor que yo —comentó Maca con una sonrisa.

—A ver si es verdad. Con la rachita que llevo, me espero cualquier cosa... Mañana te llamo, ¿vale? —dijo mientras le guiñaba un ojo y se alejaba de allí contoneando las caderas.

—Hasta mañana —se despidió Maca sin dejar de sonreír.

Recogió su bolso y se alejó de su mesa mientras se despedía de los pocos compañeros que se preparaban para marcharse. Con el rabillo del ojo observó cómo su jefe la observaba impasible, como si la estuviese evaluando a medida que se alejaba de allí, mientras hablaba por teléfono en el interior de su moderno despacho. Maca levantó la mano a modo de saludo y él simplemente apartó la mirada. Entró en el ascensor dispuesta a comenzar su primer fin de semana en Miami, lejos de ese hombre que, sorprendentemente, la perturbaba con su silencio, su intensa mirada y su manera de tratarla, algo bastante ilógico en ella, que no se achantaba con cualquier cosa, y menos aún con cualquiera.

Llegó a su casa casi a la carrera, se puso un bikini y un mono corto de su



color preferido y bajó a la playa. Le apetecía nadar en aquellas aguas, y la mejor hora para hacerlo era sin duda ésta: sin gente agolpándose en la orilla, sólo unos pocos rezagados o amantes de la soledad que bajaban a bañarse a esas horas de la tarde. Dejó la toalla sobre la arena, se quitó las chanclas y se zambulló en las cálidas y cristalinas aguas con reflejos turquesas del océano Atlántico, que bañaba toda la costa. Nadó un buen rato, sintiendo cómo sus músculos agradecían cada brazada; cuando no pudo más, salió y se secó con la toalla. Siempre le había encantado bañarse en la playa a esas horas, cuando lo normal era recoger para marcharse a casa; la maravillaba la paz que reinaba antes del anochecer. Prácticamente la orilla de la playa se había quedado desierta y la gente comenzaba a acumularse del lado del paseo, donde se concentraban los bares y la música invitaba a bailar. Habían cambiado la toalla por bañadores de diseño y ropa más llamativa. Sin más preámbulos, Maca se puso las chanclas y deshizo el camino hasta su piso. Después de una ducha rápida, se preparó la cena y se sentó en el confortable sofá a ver la televisión, aunque su mente la alejó de allí, a miles de kilómetros, recordando a todas las personas que había dejado en España, a las que extrañaba cada día que pasaba. Cogió el teléfono móvil y marcó veloz: necesitaba hablar con alguien.

—Hola, española viajera —contestó Abril con voz pizpireta al otro lado del teléfono.

—Hola, huevo Kinder —saludó con cariño, haciendo que su amiga se riera.

—Ya me gustaría a mí verte de esta guisa —comentó entre risas acariciándose instintivamente la barriga.

—Uf, calla, calla... ¡Lo que me faltaba! —exclamó alzando los ojos al techo, donde una ultramoderna lámpara bañaba con luz cálida el salón.

—¿Qué tal todo por ahí?

—Muy bien... El trabajo me encanta, tengo unos compañeros muy majos y he hecho amistad ya con algunos de ellos.

—¿Pero...? —añadió sabiendo que había algún fallo en aquella perfecta descripción de su nueva vida.

—Uf, Abril, no sé, es algo extraño...

—¿El qué?

—Mi jefe... Para que me entiendas, es un bombonazo sacado de la mejor revista de tíos buenos del mundo, pero se comporta conmigo de una manera

extraña. Es como si me mirase como si fuera una extraterrestre, y le encantan, más bien disfruta como un enano de los silencios incómodos —resumió casi de golpe—. Nunca me había pasado con nadie, pero me intimida un poco, porque no sé cómo comportarme con él...

—¿A ti? Ay, madre mía. ¡Envíame una foto, que quiero verlo! —exclamó con entusiasmo.

—Anda, anda, no seas exagerada. Debe de ser que aún estará molesto conmigo por cantarle la banda sonora de aquella película que me recordó su nombre y no consigo entablar una conversación normal con él, ya que sus silencios me ponen histérica... —bufó restándole importancia al hecho de que fuera él la primera persona con la que se sentía incómoda.

—Ten cuidado, que una empieza usando pantalones de pitillo y acaba gustándole un guaperas —comentó Abril con guasa.

—El embarazo te está sacando la vena graciosa —soltó enfurruñada—. Sabes que no es mi estilo de hombre. Es guapo, sí, pero no sé... Hay algo que no me cuadra.

—¿Algo bueno o malo? —preguntó Abril con curiosidad.

—No lo sé... —susurró pensativa al recordar aquel brillo de ojos y alguna frase en voz baja que había captado ella sin que él se hubiese dado cuenta de que había sido lo suficientemente audible.

—Cuando lo averigües, no dudes en contármelo —dijo chistosa.

—¿Y tú cómo llevas el embarazo?

—Genial, y más con Julen cuidándome tan bien. Me tiene entre algodones.

—Y que no me entere yo de lo contrario.

—Nooo, eso nunca —rio complacida—. Bueno, guapetona. Disfruta del viernes, no te preocupes por tu jefe, intenta llevarlo lo mejor que puedas y aprovecha esta oportunidad tan única. Me voy a dormir ya que estoy cansadísima, el embarazo me deja exhausta —susurró reprimiendo un bostezo.

—Ay, es verdad. Perdóname, Abril, no he caído en la hora que era en España —maldijo al no haberse dado cuenta antes de que allí sería de madrugada.

—No te preocupes. Sabes que me encanta hablar contigo, sea la hora que sea. Un besazo, mi aventurera.

—Otro para ti —dijo mientras finalizaba la llamada.

\* \* \*

El sábado transcurrió en un suspiro, y entre limpiar su casa y llenar la nevera pasó la mañana. Después de comer, se tumbó en el sofá a ver una película y cayó rendida en brazos de Morfeo, hasta que el sonido persistente de su teléfono móvil la despertó.

—Esta noche nos vamos de ruta de discotecas —dijo Linda nada más descolgar Maca el teléfono.

—¿Qué tal tu cita con John? —preguntó tumbándose en el sofá.

—Buf..., mejor no hablar. Luego te lo cuento todo, con pelos y señales, sobre todo, con pelo... Iuuuuu —soltó con desagrado, haciendo que Maca negase con la cabeza divertida.

—¿A qué hora quedamos?

—A las ocho paso por tu casa y nos vamos ambientando para esta noche.

—¡Síííí! —exclamó entusiasmada con el plan.

\* \* \*

Pantalones rectos de color negro rotos por las rodillas, una camiseta del mismo color con un prominente escote que dejaba entrever su sugerente pecho y sus sandalias planas fueron la ropa elegida para salir de fiesta con Linda. Se maquilló un poco, los ojos, para resaltarlos, y los labios de un rojo muy apetecible, se colgó su bolso y fue con Linda a un restaurante de Miami Beach.

—Creo que vas a crear tendencia con esos pantalones —apuntó Linda mientras observaba al camarero marcharse con la comanda.

—Hay que ser fiel a una misma, y éste es el uniforme que utilizo cuando salgo de fiesta —dijo como si nada, observando que ella iba impecable de la cabeza a los pies—. Bueno, cuéntame, que me tienes en un sinvivir.

—Buf... Me llevé una desilusión, Maca —explicó jugueteando con un mechón que caía en su rostro mientras se humedecía los labios para prepararse para hablar. Linda destilaba seducción en todos sus gestos—. Al principio, fue todo bien, hablamos, nos reímos, coqueteamos... Pero cuando me besó y la cosa fue a más... —Linda se detuvo y puso cara de asco—. Ay, Maca, que es la primera vez que me pasa... ¡Es un lobito! —exclamó abriendo los ojos

desorbitadamente.

—¿Un lobito? —preguntó ella sin entender nada de lo que decía.

—Sí... John tiene pelo por todos los lados... Imagínate, se me fue la libido en un segundo cuando vi la cantidad descomunal de pelo que había por su cuerpo. Me inventé una excusa y salí de su casa a la carrera. A la próxima les pregunto si les gusta depilarse y, si me dicen que no, les regalo una visita a la esteticista.

—Seguro que no será para tanto, mujer —comentó entre risas.

—Lo es, Maca, lo es. Tenía pelo donde, por regla general, no lo hay. Una grima que me dio... —dijo Linda, sintiendo un repelús que le recorría todo el cuerpo—. En fin, otra relación fallida... A este paso, me veo sola rodeada de gatos.

—Madre mía, Linda. Eres superjoven para decir eso. ¡Ya encontrarás a tu hombre ideal!

—Buf... Llevo buscándolo mucho tiempo y, nada, que no hay manera.

—A lo mejor es ése el fallo: que estás buscándolo. No lo busques, a ver qué pasa.

—Pues que me quedaré en casa, engordando y rodeada de gatos.

—Chica, qué manía te ha entrado con los gatos —replicó mientras negaba con la cabeza, divertida.

—Es la verdad, Maca... Tengo mala suerte con los hombres, todos tienen algo que al final no me gusta o, lo que es peor, cuando me gusta alguno en especial, son ellos los que rompen la relación.

—Bueno, esas cosas a veces pasan. Ya vendrá el idóneo para ti.

—Creo que no hay ninguno, ése es el problema. Vamos a ver, yo sé que soy complicada, pero que siga aún de flor en flor sin encontrar a mi abeja rey, ¡eso es para darse de cabezazos contra la pared!

—¿Abeja rey? —soltó entre risas.

—Claro, ¿no hay abeja reina?, pues yo quiero mi abeja rey —reiteró mientras le guiñaba un ojo.

—Ya verás cómo es cuestión de tiempo hasta que encuentres a tu abejorro y os enamoréis locamente —dijo mientras alzaba su botellín de cerveza—. Brindemos por ello.

—¡Porque encontremos el amor! —exclamó Linda, chocando su copa con el

botellín de ella.

—Porque lo encuentres tú, que yo estoy muy bien sola —corrigió Maca, chocando otra vez ambos recipientes.

—Ay, ¿por qué dices eso? Todo el mundo necesita a alguien a su lado —objetó extrañada ante la rotundidad de ésta.

—No lo descarto a largo plazo, pero ahora mismo quiero centrarme en mi carrera profesional y no me apetece volver a pasar por eso... —susurró haciendo un movimiento con la mano, como si lo echara literalmente de su lado y bien lejos de su vida.

—¿Lo pasaste mal con tu anterior relación?

—No, fue una vivencia muy bonita, pero ahora no estoy preparada para volver a conocer a alguien de esa manera.

—Ya... —susurró pensativa—. Bueno, ¡vamos a pasarlo bien y punto! Cuando acabemos de cenar, te voy a enseñar las discotecas de Miami Beach. Están todas pegadas las unas a las otras y hay un ambiente increíble.

—¡Pues vamos a aprovechar el tiempo! —exclamó mientras le guiñaba el ojo.

Después de cenar se fueron caminando hasta la zona de las discotecas. Linda hacía repiquetear sobre el asfalto sus altísimos tacones y contoneaba sus caderas para que su vestido corto de color fucsia dejara a más de un hombre patidifuso. Maca se quedó asombrada con el ambiente festivo del lugar. Muchísima gente, de todas las edades, se divertía y hablaba mientras esperaba para entrar en las discotecas o tomaba el aire fuera. Linda la arrastró al primer local con una amplia sonrisa mientras saludaba al portero.

—Veo que eres conocida —terció Maca al ver cómo la saludaban a medida que se acercaban a la barra de la discoteca.

—Sí, vengo todos los sábados a bailar y a ligar —dijo mientras le guiñaba el ojo.

La música retumbaba en sus oídos mientras Linda pedía dos copas en la barra. Observó a la gente que bailaba y se divertía alrededor de ella, contagiándose del buen ambiente. Sabía que ella no encajaba allí, no era de las que bailaban, prefería tomar una copa sentada en un pub tranquilo rodeada de sus amigos, pero era mejor eso que estar sentada sola en su sofá...

—Vamos a ponernos allí —sugirió Linda mientras le pasaba la copa y se

movían hacia un lateral de la discoteca—. ¿Te gusta?

—Bueno..., no está mal —susurró observando el ambiente desinhibido de aquel lugar.

—Ay, Maca. Suéltate, diviértete y contonea esa cadera y esos pechos. Con ese escote, dentro de nada tendrás aquí a más de uno preguntando tu nombre —comentó mientras le daba un largo trago a su bebida.

—Pues me da a mí que, como venga, se va con una patada en el culo —soltó tomando la fuerte bebida alcohólica que le había pedido su nueva amiga.

—¡Qué bruta eres! —rio divertida—. Me gustas. Eres genuina, y eso es raro de encontrar.

—Vaya, gracias, supongo... —dijo sin saber si era algo bueno o no viniendo de Linda.

—Sonríe, Maca, que nos están mirando —avisó mientras comenzaba a contonear más las caderas y a humedecerse los labios.

—Sonríe tú, Linda —advirtió mientras daba la espalda a las posibles conquistas de su amiga—. No me apetece ligar con nadie esta noche.

—Pero, Maca, puedes acostarte con ellos sin verte obligada a mantener una relación —explicó mientras le guiñaba con picardía el ojo.

—Lo sé, lo sé... —rio divertida ante su aclaración—. Hagamos una cosa, vamos a bailar, a divertirnos, si quieres irte con alguien me lo dices, me cojo un taxi y me vuelvo a casa, ¿de acuerdo?

—Trato hecho —susurró mientras le estrechaba la mano como formalizando el pacto.

Maca sonrió. Linda era una mujer decidida, a la que le gustaba el amor y el sexo, y que adoraba sentirse deseada. En cambio, ella... Ella prefería otras cosas, pero se relajó, sonrió cuando dos hombres se les acercaron sabiendo que uno de los dos tendría que marcharse a su casa solo, porque ella no estaba por la labor de comenzar nada con nadie, ni siquiera una relación liberal. No le apeteecía en absoluto; desde que finalizó su relación con Ismael, no le habían entrado todavía las ganas de volver al mercado, como habría dicho su buena amiga Almu, y prefería estar sola, volver a reencontrarse consigo misma y disfrutar al máximo de aquella estancia.

\* \* \*

Llegó exhausta a su piso. Al final, se lo pasaron muy bien, tanto, que Maca se arrancó a bailar mientras Linda no paraba de gritar de júbilo al verla desatada por la pista de baile. Al final de la noche, ninguna de las dos se fue con ningún hombre, hubo coqueteos por parte de su nueva amiga, pero poca cosa más. Según Linda, no había ninguno que le hubiese gustado lo suficiente como para dar ese paso.

El domingo se despertó tarde y agotada, desayunó algo ligero y volvió a la cama. Necesitaba descansar. Por la tarde, un poco más animada y mucho más descansada, bajó a la playa a nadar durante un rato; necesitaba moverse, si no, parecería un oso perezoso y, además, el estar a solas tanto tiempo podía volverla loca, ya que no cesaba de recordar las vivencias del pasado, de sus amigas, de sus padres y de Ismael. ¿Por qué ahora no paraba de acordarse de él? ¿Sería posible que debiera hablar con él para informarle de que se había marchado de Valencia? ¿Necesitaba oír de sus labios que él estaba bien, que había retomado su vida sin ella y que no importaba que ella estuviera a miles de kilómetros de donde él se hallaba? No lo sabía, y eso la carcomía por dentro, pero, por otra parte, tampoco quería parecer una ex acosadora. Era mejor dejarlo pasar y que cada uno hiciera su vida... Además, Almu le había contado que lo había visto con una mujer; era mejor no entrometerse en esas cosas, sobre todo, cuando ahora sabía que sus sentimientos hacia él eran simplemente amistosos.

Después de más de una hora nadando, se envolvió en la toalla y se dirigió a su estudio, para después ir directamente a esa ducha ultramoderna que poco a poco había aprendido a utilizar, aprovechando los chorros del *spa* para relajarse, pensando en cómo había podido vivir antes sin aquel adelanto en el aseo diario. Cuando estaba en el mejor momento, mientras los chorros masajaban su espalda dejándola al borde del sopor y su mente se encontraba en un apaciguador silencio, oyó el repetitivo sonido del timbre de la puerta. Al principio se asustó; que ella supiera, no esperaba a nadie. Podía decir, sin miedo a equivocarse, que no había nadie que la conociera lo suficiente como para ir de visita a su casa un domingo por la tarde, exceptuando Linda, pero dudaba que fuera ella... Cogió una toalla y se envolvió el cuerpo con ella mientras dejaba tras de sí un camino húmedo por culpa de sus pies descalzos y mojados.

—¿Quién es? —preguntó mientras se acercaba a la puerta, sintiendo cómo

cientos de gotas se deslizaban por su espalda y su rostro.

—Macarena, soy yo. Abre —apremió con seguridad.

Maca se quedó congelada al oír su nombre completo. Comenzó a abrir la puerta extrañada de que eso le estuviera pasando a ella y se encontró de cara con la última persona a la que había imaginado ver ese día.



## Capítulo 6

—¿Qué hace aquí, señor Miller? —preguntó con recelo, fijándose en que iba con unos pantalones chinos de color negro y una camiseta blanca que le resaltaba el bronceado.

—Te he estado llamando por teléfono, pero no me lo cogías y... —comenzó a decir sin poder evitar que sus ojos se posaran en el cuerpo semidesnudo de su nueva empleada, cuya única vestimenta consistía en una corta, cortísima, toalla que dejaba muy poco a la imaginación.

—Estaba en la ducha y no he oído el teléfono —dijo ella cogiéndose mejor el borde de la toalla.

No quería quedarse desnuda delante de ese hombre que la observaba como si no la hubiese visto antes. Pero ¿qué narices miraba? Como si no hubiera visto a una mujer semidesnuda en su vida...

—Ya veo, ya... —susurró él, intentando que su voz sonara normal y no con aspereza causada por la imagen, tan novedosa, de ella. ¿Desde cuándo tenía curvas la española?

—¿Qué es tan urgente para venir a mi casa? —inquirió Maca a la defensiva. Aquellos jueguitos nunca le habían gustado, y mucho menos viniendo de un hombre con el que le costaba ser ella misma.

—¿No me dejas pasar? —preguntó observando sus pies descalzos y húmedos para después mirarla a los ojos, intentando controlar esa situación que no esperaba, para nada, que transcurriera de esa manera mientras conducía hacia allí.

—Creo que no es apropiado hacer pasar a mi jefe a mi piso cuando sólo llevo una toalla cubriendo mi cuerpo —objetó con seguridad, haciendo que él volviese

a repasarla de arriba abajo, como si no se hubiese dado cuenta de su escasez de ropa, ¡ja! Si, al paso que iba, podía dibujar un boceto de su cuerpo...

—Claro... Bueno, Macarena, he venido hasta aquí para pedirte un favor. Si no quieres hacerlo, lo entenderé... —comenzó a decir mientras cambiaba el peso de una pierna a la otra, como si estuviese nervioso por algo, aunque Maca no comprendía por qué: la que estaba desnuda era ella y no él—. Esta noche me han invitado a una cena benéfica a la que asistirán algunas celebridades y famosos y me gustaría que vinieses a hacer un reportaje fotográfico para poder incluirlo en el número que estamos preparando.

—¿Y lo han invitado hace un rato? —cuestionó recelosa.

—Lo sabía desde hace semanas, pero no sabía qué me iba a encontrar cuando llegara la nueva fotógrafa —dijo señalándola con la mano—. Esta mañana he recibido un correo de Sophie en el que me informaba de la calidad de las fotografías que habías enviado el viernes y he pensado en aprovechar tu talento y sacar provecho de esa invitación.

—Ya... —farfulló Maca, no muy convencida con su explicación.

—Se te pagará aparte, como horas extras —indicó Bastian con tono profesional.

—¿A qué hora es? —preguntó a sabiendas de que no podía negarse a una petición de trabajo por parte de su jefe, sobre todo, cuando debía enmendar su error al bromear sobre su nombre.

—A las ocho pasaré a por ti.

—El equipo fotográfico está en la oficina —señaló Maca mientras se subía un poco más la toalla del pecho. No quería mostrar nada a ese hombre y parecía que la toalla quisiese todo lo contrario, ya que no cesaba de bajarse poco a poco.

—Pasaré antes a por él, ¿necesitas algo más? —preguntó intentando no mirar aquel canalillo tan tentador que asomaba por la toalla de color amarillo lima.

—No —contestó con seguridad, deseando que se marchara rápido de allí.

—Ve elegante —apuntó con soberbia, haciéndola enarcar una ceja.

—Entonces no voy —dijo Maca con rotundidad, irguiéndose de golpe mientras lo retaba con la mirada.

—¿Cómo? —soltó asombrado por su osadía al llevarle la contraria.

—Iré como yo creo que debo ir. Es una cena, no estoy en horas de trabajo y es un favor, como usted bien ha dicho. Confíe un poco en mí, que no soy tan

estrambótica. No se preocupe por mi manera de vestir, que no voy a ir con una maceta en la cabeza. Pero, eso sí, no le toleraré que vuelva a decirme qué debo llevar puesto. Ya me informó de las normas de la empresa y las he acatado. Tonta no soy, eso se lo aseguro —declaró con decisión y rotundidad.

—De acuerdo, Macarena —susurró Bastian frunciendo ligeramente el ceño al no estar acostumbrado a que la gente le hablase tan directamente y no se doblegase a la primera a sus deseos—. A las ocho estaré aquí. Sé puntual —dijo mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Siempre lo soy —replicó Maca mientras lo observaba alejarse de su puerta para, así, ella cerrarla y quedarse inmóvil mirándola, como si pudiese mirar a través de ella.

«Pero... ¿qué coño ha sido eso?», se preguntó mientras volvía a la ducha para terminar de asearse, sin dejar de pensar en la extraña situación que había vivido, en la mirada perturbadora de ese hombre que la estaba cansando especialmente y en ese tono de perdonavidas que se gastaba el susodicho, que la obligaba a morderse en más de una ocasión la lengua. No estaba bien poner firme a un jefe y algo había en él —aún no sabía el qué— que frenaba su lengua, pero como siguiera por ese camino, no podría controlarlo más y le diría todo lo que pensaba de él sin paños calientes, aunque eso conllevara su despido. Se lavó el cabello con brío y salió de la ducha, no le quedaba mucho margen de tiempo; dentro de un rato el señor Miller volvería a su casa a recogerla, con su equipo y con ese tono de suficiencia que estaba comenzando a aborrecer. «Tranquila, Maca, que nos conocemos. Respira y, sobre todo, piensa antes de abrir esta boquita que tu madre y tu padre te han dado», se dijo mientras se desenredaba su melena morena. Después se fue a su dormitorio y agradeció haber tenido la gran idea de guardar en la maleta el vestido que había llevado para la última boda que organizaron Abril y ella, la de la hermana de Julen, y se lo puso para darse el visto bueno delante del espejo. Era un vestido sencillo, de color negro, por supuesto, de escote de pico y tirantes finos, que la favorecía mucho al pronunciar su pecho generoso y amoldarse sutilmente a sus curvas. Se calzó unas sandalias con un poco de tacón que le había regalado Abril hacía unos años y dejó sus pulseras de cuero en casa para dejar desnudas sus muñecas. El cabello se lo dejó suelto, cayéndole con gracia hasta los hombros; era lo bueno de tener el pelo liso, que no hacía falta trabajarlo para tener un resultado impecable. Para rematar

su *look*, enmarcó su mirada —uno de los rasgos que más le gustaban de sí misma — con lápiz negro y se puso un poco de rímel. Nada más, ni siquiera brillo en los labios. Iba a trabajar, no a una fiesta.

Cuando estuvo lista, cogió su teléfono móvil, donde aparecían las cinco llamadas perdidas de su jefe cuando ella se encontraba disfrutando de su ducha relajante, más un mensaje en el que la avisaba de que iría a su casa porque estaba preocupado al no recibir respuesta. Pero ¿qué se creía ese hombre?, ¿que debía obtener una respuesta al segundo de mover él un dedo?, pensó mientras negaba con la cabeza. Le envió un escueto mensaje a su amiga, diciéndole dónde debía ir y cómo iría vestida (por iniciativa propia, todo había que decirlo, porque, aunque Maca era bastante dejada en aspectos de moda, sabía comportarse en todo momento). Al segundo, Abril le contestó que se divirtiera y que, sobre todo, no se obsesionara con la ropa; al fin y al cabo, sólo era eso: ropa, y ella tenía una personalidad lo suficientemente fuerte y asentada para no dejarse influenciar por un vestido y un poco de tacón... Un poco más animada, gracias a las siempre apropiadas palabras de su amiga, recibió otro mensaje. Era su jefe, que le decía que ya estaba abajo y que no tardara mucho en bajar.. Inspiró profundamente para darse ánimos y fue soltando el aire a medida que cogía un pequeño bolso estilo bandolera, ideal para trabajar sin que se le resbalase del hombro, para, así, salir del piso rápidamente, deseando tener una velada normal y corriente.

Abrió la puerta de la calle y se lo encontró apoyado en un espectacular Bugatti Chiron azul y negro que dejaba a cualquiera ojiplática y babeante, aunque no le gustaran los coches tan extravagantes como le ocurría a Maca. Pero la combinación de ese automóvil de gama alta junto a un Bastian Miller vestido con traje oscuro y camisa blanca habría dejado a cualquiera sin habla y con un reguero húmedo en la comisura de los labios. Maca se envaró cuando él, al verla, alzó las cejas asombrado al apreciar su vestimenta. A ella no le gustaban aquellas tonterías...

—¿Ha cogido el equipo? —preguntó acercándose a él con paso seguro, ignorando aquella mirada que repasaba sin ningún disimulo su atuendo.

—Ehm..., sí, está en el coche —dijo Bastian caminando hacia el lado del acompañante.

—¿Qué hace? —inquirió Maca al verle las intenciones. Lo que más odiaba era la caballerosidad forzada, y eso era lo que estaba haciendo él en esos mismos

momentos.

—Iba a abrirte la puerta —indicó señalando el coche.

—No soy manca, señor Miller, puedo abrirla sola sin problemas —comentó con seguridad, haciendo que él reculara y se dirigiera hacia su puerta.

—Joder, con la española —susurró por lo bajo, aunque no lo suficiente como para que ésta no lo oyese y enarcase una ceja sorprendida por la expresión de su rígido jefe.

—¿Quiere que fotografíe a todos los asistentes o, a medida que vaya transcurriendo la noche, me indica a quiénes debo fotografiar? —preguntó cuando vio que Bastian se sentaba tras el volante y hacía rugir el potente motor.

—En principio, a todos, luego haremos una criba de las instantáneas y elegiremos las mejores —dijo saliendo a la carretera—. Supongo que será la primera vez que subes en un Bugatti de dieciséis cilindros en configuración W, 7.993 centímetros cúbicos y 1.500 CV —comentó haciendo rugir todavía más el motor.

—¿En sus horas libres se dedica a ser comercial de la casa Bugatti? —soltó ella sin pensar, maldiciendo por dentro la carencia de filtro que poseía—. No soy muy amante de los coches, señor Miller. Lo que me ha descrito no ha servido para mucho, ya que no entiendo ni de cilindros, ni de centímetros cúbicos ni de nada de eso... —añadió intentando suavizar su primer comentario.

«Maca llamando al cerebro: ¡no me abandones, por favor!», pensó mientras disimulaba mirando el paisaje por la ventana.

—No te impresionas fácilmente... —indicó Bastian impasible.

—Me impresiono con cosas que creo que son más importantes que un motor y cuatro ruedas —comentó mientras alzaba los hombros con indiferencia.

Bastian Miller no contestó, sino que tan sólo la miró de nuevo de reojo y se concentró en la carretera. Mientras tanto, Maca observaba el paisaje y se preparaba psicológicamente para aquel encargo tan repentino.

El coche se detuvo en la puerta del magnífico hotel Four Seasons, un impresionante edificio que dejó boquiabierto a la joven. Salió del coche cuando un botones le abrió la puerta y esperó a su jefe para que cogiese su equipo fotográfico.

—Prepárate, ya habrá gente en la sala donde se celebra la cena benéfica —informó Bastian mientras le prestaba la llave de su querido coche al botones,

justo después de sacar la bolsa con la cámara fotográfica.

—De acuerdo —dijo mientras sacaba la cámara de la bolsa y se la colgaba del cuello para, así, poder comenzar a configurarla a medida que se iban acercando a la entrada y poder captar las instantáneas con la luz de que disponía el recinto.

En el salón de actos, el lujo y el poderío se reflejaban en cada esquina y en cada persona que había en aquel amplio espacio. Maca comenzó a fotografiar cada saludo y cada corrillo que se formaba con destreza, parecía que sabían que ella estaba allí para inmortalizar el evento, ya que todos sonreían a la cámara cuando la veían acercarse. Bastian Miller se separó de ella al poco de entrar para saludar a los anfitriones mientras Maca trabajaba. Estuvo un buen rato haciendo fotografías sin parar, encontrando los mejores ángulos y las mejores sonrisas. Al poco comenzó la cena y todos se sentaron. Bastian la hizo llamar mediante un camarero para que dejara de trabajar y pudiera cenar, en una mesa perdida en aquel mar de personas, prácticamente sola, como si fuera una repudiada. No obstante, Maca agradeció su aparente soledad, pues así podría observar a los invitados, por si se le había escapado alguna cara por inmortalizar. La cena estaba exquisita, algo que no le extrañó al ver el poder adquisitivo de toda aquella gente, y cuando comenzaron a circular las bebidas alcohólicas, Maca se volvió a poner en marcha para poder realizar otras instantáneas menos forzadas y mucho más naturales que las primeras. Su objetivo, el muy curioso, después de unos cuantos *flashes*, alcanzó un encuadre que la sorprendió por su frescura y su espontaneidad y que no dudó en inmortalizar. En él se veía a su serio jefe, sonriendo como un adolescente rodeado de mujeres bellas que se lo comían con los ojos. Y no era para menos, en aquel momento, con esa amplia y sincera sonrisa, era un bomboncito relleno del más delicioso de los chocolates para cualquier fémina. Sonrió mientras seguía caminando por el salón y se alejaba de un relajado Bastian Miller, que estaba disfrutando de lo lindo con la velada y con todas esas mujeres que ansiaban ser las elegidas por aquel hombre tan atractivo.

Cuando tuvo material suficiente para rellenar una revista y un especial, apagó la cámara y buscó con la mirada a su simpatiquísimo jefe, que no había vuelto a hablar con ella desde que habían llegado. Estuvo caminado por la sala, mucho menos concurrida que al empezar la velada, y también mucho más desinhibida a causa del alcohol y de la hora, pero no hubo suerte: Bastian Miller

no estaba. Se encogió de hombros sin darle importancia al hecho de que su jefe la hubiese dejado en esa fiesta y no se hubiese preocupado por ella y comenzó a guardar su cámara, para después salir al vestíbulo y pedir al recepcionista que le enviase un taxi a la puerta del hotel.

—Esperaré fuera. Muchas gracias —dijo Maca al amable recepcionista mientras se encaminaba hacia la calle.

Cerró los ojos al sentir la suave brisa de aquella noche cálida refrescando su piel, observó el cielo y divisó la luna creciente mientras sonreía disfrutando de esa tranquilidad.

—¡Macarena! —gritó alguien, haciendo que ella abriese los ojos asustada por algún posible peligro que la acechaba. Sin embargo, no había nada, sólo su jefe, que se acercaba hasta ella a grandes pasos, como si hubiese cometido algún error colosal por encontrarse en la calle—. ¿Se puede saber adónde vas? —preguntó con el mismo tono soberbio que tanto le disgustaba.

—A mi casa... —dijo recalcando lo obvio al estar a las puertas del hotel.

—¿Sin avisarme? —preguntó apretando los puños y endureciendo el gesto, enfurecido por esa falta de consideración por parte de su empleada.

—Lo he buscado por el salón, pero no lo he visto. Como comprenderá, no voy a recorrerme todas las habitaciones del hotel para decirle que ya he terminado con mi trabajo —expuso con seguridad, retándolo con la mirada.

—¡No es excusa! Deberías haberte quedado dentro hasta que yo volviese —apuntó con gesto duro.

En aquel instante, una preciosa mujer de cabello rubio comenzó a acercarse a él. Maca reprimió una sonrisa: ya sabía lo que estaba haciendo el sieso de su jefe.

—Claro —susurró jocosa mientras le guiñaba un ojo y miraba a la mujer que se había colocado justo al lado de él y la observaba como si fuera una amenaza—. No soy una niña, señor Miller. No se preocupe, que llegaré sana y a salvo a mi piso —dijo mientras veía cómo se acercaba su taxi y aminoraba la velocidad hasta detenerse a su lado—. Que disfruten de la noche —insinuó mientras reprimía una sonrisa y abría la puerta del vehículo, para después cerrarla ante un inexpresivo Bastian, que no perdía detalle de los movimientos de su empleada y del taxi en el que estaba montada.

—Bastian... —susurró con coquetería su conquista.

—Ahora no, Melania —farfulló con dureza, haciendo que la susodicha se sorprendiese por su negativa.

—¿Por qué no? Hace unos meses lo pasábamos muy bien... —volvió a la carga mientras paseaba sutilmente su dedo por el fornido pecho de Bastian, sin percatarse del gesto confuso de éste.

—Tú misma lo has dicho: hace unos meses. Ya te lo he dicho antes: estuvo bien, pero no quiero nada serio en estos momentos. Mi prioridad es la revista y no emparejarme con alguien —soltó molesto sin apartar la mirada del taxi, que se alejaba con rapidez de ellos, en el que se había ido Maca.

—¿Quién era esa chica? —preguntó dolida la mujer por las negativas de éste y por percatarse de que aún seguía con la mirada fija el automóvil donde Maca iba montada.

—Nadie importante, sólo la fotógrafa de la revista... —comentó centrándose de nuevo en la espectacular rubia que tenía al lado, la cual llevaba un sugerente vestido plateado que se amoldaba a la perfección a su cuidado cuerpo.

—Pues, si no es importante, vayamos a tu piso... —repuso ésta mientras se acariciaba con insinuación su magnífico escote, intentando que con aquel sensual roce él se fijara en todo lo que tenía para disfrutar.

—Melania, no insistas. Eres una mujer increíble que no necesita rogar a ningún hombre sus atenciones. Lo siento, pero tú y yo no vamos a volver a tener nada —dijo con voz pausada para que ésta entendiera lo que llevaba queriendo decirle toda la noche.

—Claro, tan increíble que no quieres volver a quedar conmigo... —susurró ella haciendo un mohín de pena al verse privada de sus atenciones.

—¡Chico! —gritó hacia el botones—. Tráeme el coche.

—Por supuesto, señor Miller —indicó el muchacho, que se dirigió al parking del hotel.

—Lo siento, Melania. Pero no puedo forzar las cosas. Estuvo bien cuando sucedió, pero no quiero que te hagas ilusiones... Lo nuestro no puede ser —comentó mientras le acariciaba el rostro con ternura, intentando que aquella negativa no fuera un duro golpe para la preciosa mujer.

—¡Tú te lo pierdes! —exclamó dolida.

Bastian no dijo nada más, simplemente se quedó callado hasta que el botones le dejó su espectacular coche delante de él. Acto seguido, se despidió de



Melania, que lo miraba como si fuera un cachorrito abandonado, y se alejó de allí haciendo derrapar las ruedas sobre el asfalto.

Mientras conducía, se sentía enfurecido, no por las continuas provocaciones de Melania para que volviese a yacer con ella, sino por la falta de respeto que le tenía su nueva empleada.

—¡Joder!! —gritó frustrado en el interior de su automóvil—. Esa mujer me va a volver loco. ¿Es que no sabe cumplir una maldita orden? —dijo acelerando todavía más mientras sentía que no conseguía controlar a su nueva fotógrafa, algo que lo hacía sentir extraño.

## Capítulo 7

Había pasado una pésima noche, dando vueltas sin sentido en su enorme cama, mirando el techo y el reloj alternativamente, deseando que amaneciese y acabar con ese infierno que no lo dejaba dormir.

Se levantó de mal humor, algo lógico cuando uno no pegaba ojo. Intentó despejarse metiéndose en su ducha último diseño, para después comprobar en el espejo de su baño qué aspecto tenía.

—Cojonudo: ¡parezco un jodido oso panda! —maldijo Bastian al ver sus ojos hinchados por la falta de descanso.

Se puso un poco de crema reparadora en las bolsas de los ojos —un remedio muy eficaz cuando quería ocultar las visibles evidencias de no haber dormido en toda la noche y que había descubierto hacía unos años, cuando su estilista se lo recomendó al verlo con mala cara—, para después afeitarse y dejar su cabello impecable para un nuevo día en la oficina. Cuando hubo terminado su aseo diario, se vistió. Ese día eligió una camisa negra que combinó con unos pantalones de lino en color blanco roto y unos zapatos de vestir oscuros de un diseñador italiano muy famoso. Se preparó el desayuno en la inmensa cocina que poseía su magnífico y modernísimo apartamento —algo bastante rápido para disgusto de él, pues no disponía de tiempo para preparar un gran desayuno para ese lunes que había comenzado ya con mal humor— y bajó directamente en el ascensor a por su automóvil, para dirigirse sin vacilación a la revista.

Con las manos aferrando el volante, el motor apagado y los ojos cerrados después de aparcar el vehículo en el garaje privado del edificio donde estaba ubicada la oficina, se mentalizó en que ese lunes sería buenísimo, que no habría sobresaltos y que trabajarían duramente para lograr que aquel número fuera

excepcional. Con ese mantra repitiéndose en su mente, bajó del coche para dirigirse a la tercera planta. Cuando salió del ascensor, comenzó a andar hacia su despacho con paso seguro y firme, aunque no sintiera ni una cosa ni otra.

—¡Buenos días, familia! —exclamó dirigiéndose a sus empleados, haciendo que lo mirasen con una sonrisa—. ¡Vamos a comernos el lunes y a dar lo máximo de nosotros mismos! —dijo para dar ánimos a sus trabajadores y a sí mismo, mientras oía cómo lo saludaban a medida que avanzaba por la amplia oficina.

De camino a su despacho, la vio —algo que no era extraño, ya que debía encontrarse allí para desempeñar su trabajo—, sentada delante de su mesa, con su melena morena suelta y una camiseta negra —cómo no— con un poco de escote, lo suficiente como para hacerle recordar la imagen de ella ataviada sólo con una minúscula toalla. Se obligó a centrarse en llegar lo antes posible al despacho y poder sentarse delante de su mesa para conseguir, así, calmar a su pene, que comenzaba a izarse de manera gloriosa —para estupor de Bastian, ya que jamás le habían ocurrido esas cosas en horas de trabajo, ni siquiera cuando había modelos en lencería fina a pocos metros de él—, sólo provocado por aquel recuerdo de ella. «Pero ¿qué narices me pasa?», se preguntó mientras se dejaba caer en su sillón e intentaba que su miembro se relajara de una vez para poder centrarse en su trabajo. Se obligó a encender el ordenador, como si no pasara nada extraño en su mente, como si no hubiera estado pensando en esa mujer que no paraba de plantarle cara y de decirle las verdades sin amago de achantarse, como si no estuviese empalmado sólo con el recuerdo de esa mujer húmeda de la cabeza a los pies. «Vamos a ver, Bastian... ¡¡No te gusta, joder!! Mírala, es poco femenina y muy responzona», pensó mientras la contemplaba desde la comodidad de su despacho. Ella se encontraba de espaldas a él, algo que le permitía observarla sin ser visto y se percataba de la veracidad de sus palabras mientras acomodaba su pene rígido hacia un lado para que, cuando le diese la gana, se relajara, ya que su razonamiento no tenía ningún valor para él, pues seguía empalmado con aquella nueva imagen de ella... Se frotó nervioso la cara, intentando encontrar lógica a lo que le ocurría. No era su tipo, ¡en absoluto!; entonces ¿por qué no paraba de pensar en aquellas gotas resbalando juguetonas hasta su maravilloso escote? Negó con la cabeza en un solo movimiento, como desechando de su mente aquella imagen que no paraba de recordar, e intentó

concentrarse en la agenda para ese día. Sin embargo, no pudo pasar de la primera línea, ya que, en ese mismo instante, recordó la primera vez que la vio, mientras ésta cantaba la canción de aquella película que lo había perseguido toda la vida, gracias a la magnífica idea de sus padres de ponerle el nombre del niño protagonista... Lo primero que pensó al caminar hacia ella y sus tres empleados, que hablaban animadamente con su nueva compañera, era que tenía un gusto pésimo para la ropa. ¿Cómo podía una fotógrafa de moda vestir con tan poco gusto? Lo segundo, cuando llegó la melodía a sus oídos, era que debía pararle los pies en ese momento. ¡Aquella española no podía ir hasta allí para destruir el respeto que se había ido ganando a través de los años! Y, después, cuando ella le contestó con tanto descaro, posando aquella mirada retadora y sincera en él, era que Macarena Albert había ido a Miami a complicarle su apacible vida..., ¡y no se había equivocado! Estuvo a nada de despedirla, pues no podía consentir que nadie se riera de él —y mucho menos delante de todos sus empleados—; había luchado mucho para alcanzar el reconocimiento de director y propietario de *Miami Life Magazine* y no podía dejar que una extranjera impertinente arruinara toda su carrera... Pero debía ser justo, para algo era el jefe y no un dictador, y Macarena —a pesar de no poder controlar aquel genio y aquella boquita que soltaba cualquier barbaridad— era una magnífica profesional que había realizado unas instantáneas increíbles. No podía tirar por la borda aquel talento sólo porque no le cayera bien, no pudiera soportar verla con esas pulseras de cuero en sus muñecas y vestida siempre de aquel color, que comenzaba a aborrecer. ¿Cómo era posible que sólo tuviera prendas de color negro en su armario? Y, aunque él la había avisado de las normas de la empresa, y a sabiendas de que había mejorado bastante en su manera de vestir —había pasado de una profesional del *skate* a ser sólo una aficionada—, había algo en la personalidad de Macarena que lo dejaba intranquilo y, a la misma vez, con curiosidad de saber las razones que la habían llevado a comportarse de esa manera tan directa con cualquiera —incluido su propio jefe, que no sabía cómo reaccionaría esa mujer cuando debía hablar con ella—, y a vestirse de esa manera que ocultaba su *sex-appeal*... Porque había constatado, de una manera bastante peculiar, que lo poseía, y en cantidad. Ya que el resultado era que tenía grabado en sus pupilas aquel recibimiento tan curioso que le había ofrecido cuando había ido a su casa, muy preocupado porque ella no daba señales de vida

después de varios intentos en su teléfono móvil. Eso era algo que nunca le había ocurrido: siempre que llamaba a algún empleado, fuera el día que fuese, a la hora que se le antojase, recibía contestación... ¡Siempre! Pero con Macarena sólo había habido silencio y, por esa razón, no lo dudó un instante, ya que sabía que su nueva empleada se encontraba sola en aquel país y él era responsable, en cierta medida, de su persona, y fue directamente a su piso (cuya existencia conocía porque su empresa pagaba la mitad del desorbitado precio del alquiler, un acuerdo que estaba estipulado en el contrato que ella firmó cuando aceptó el trabajo). Ni siquiera tuvo que llamar al telefonillo de la calle porque se encontró la puerta abierta del portal, subió directamente en el ascensor, angustiado de hallar cualquier barbaridad cuando llegara a la última planta. Pulsó el timbre de la puerta de su estudio, casi sin respirar, sintiendo el bombeo de su corazón, anhelando alguna señal de vida, ya que, si no estaba allí, no sabía dónde buscarla... Pero cuando la vio aparecer totalmente empapada, con aquella melena morena cubriéndole los hombros pegada a la piel y esa cortísima toalla de un color tan llamativo para una persona que siempre solía vestir en tonos oscuros, Bastian la vio por primera vez de verdad, lejos de los prejuicios que se habían instalado en él al verla con esa ropa más apta para un cantante de hip hop que para una fotógrafa de una revista actual y moderna. La vio como era Maca al natural, sin aquel empeño suyo por ocultar sus sugerentes curvas, quedándose de piedra al percibir su belleza y maldiciendo por no poder disimular en aquel preciso momento su reacción desmedida, pues ella clavaba con dureza y recelo sus grandes ojos negros en él. Pero ¿qué podía decirle? Jamás se había imaginado que aquella mujer que no callaba ni debajo del agua, que había hecho amistad al segundo con Linda, Mason y Emily, y que se empeñaba en empeorar su imagen vistiendo de aquella manera tan peculiar y tan poco femenina, fuera tan atractiva. Le costó horrores intentar que ella no se percatase de cómo su cuerpo reaccionaba al verla de aquella manera, debía pensar —muy seriamente, pues aquello no era un juego— que él era el jefe y ella una simple empleada, y no estaba bien desear a una subordinada, ¿no? Aunque ésta lo sacara de quicio en más de una ocasión, y eso que no llevaba en la empresa ni una semana. ¡Menudo récord! Sin embargo, la cosa no había quedado ahí, pues además de hablarle con una dureza que lo sorprendió y de haberle dicho claramente que ella podía vestirse como le diese la gana, cuando por la noche la vio aparecer con

aquel vestido —cómo no, negro— que acentuaba su cuerpo, que la hacía muy femenina, se quedó boquiabierto. Pero, claro, ya estaba ella allí para plantarle cara al segundo y decirle que tenía manos para abrir el coche. ¿Es que esa mujer no podía estar en silencio más de dos segundos seguidos? Intentó entablar conversación cuando estuvieron en el interior del vehículo, ¡no sabía de qué hablar con ella! (algo que jamás le había ocurrido y que lo hacía sentirse raro, muy muy raro). Y comenzó a hablar de su apreciado coche. Pero, claro, ella no podía ser como todas las mujeres, que se quedaban embobadas con su maravilloso Bugatti... Ella debía soltar por su boquita aquella frase, y Bastian a punto estuvo de romper en carcajadas ante ella (menos mal que supo disimular, si no, no sabía lo que habría pasado). En ese momento supo sin lugar a dudas que Macarena no era como las demás, que ella era diferente —pero en mayúsculas y con focos resplandecientes alrededor—, y prefirió ignorarla. No hablaría con ella en la fiesta, la dejaría que trabajara a solas —para eso la había llamado y eso era lo que haría esa noche—, y después permitiría que se marchara sola... ¡Pero no! Melania tenía que estar en aquella cena, no podía haberse quedado en su casa y haberlo dejado que se convenciera de que lo que había sentido al ver a Macarena horas antes era un espejismo, algo que supuso se debería a su escasez de sexo, algún fallo técnico en su esquematizada vida o algún error en su cerebro, siempre preocupado por el trabajo. Tuvo que salir a la calle con Melania, una preciosa mujer con la que había tenido más de una noche de pasión maravillosa pero con la que no pretendía nada más, al contrario que ella, que supuso que ya habría elegido los nombres de sus tres retoños y se veía en una extravagante villa en Coral Gables... Por eso tuvo que aclararle que se había divertido con ella, pero que no le apetecía atar su vida —una muy caótica que giraba en torno al trabajo y a su pintoresca familia— a nadie. Y cuando vio a Maca delante de él, cerrando los ojos mientras alzaba su rostro al cielo, la luz bañándole con delicadeza sus rasgos españoles y sugerentes..., ¡le hirvió la sangre! ¿Adónde se creía que iba? Pero, claro, no se acordó de que Macarena no era de las que se quedaban calladas cuando su jefe se enfurecía y tampoco era de las que hacían caso a la primera... Y, con toda su desfachatez, se subió al taxi mientras le guiñaba el ojo y le deseaba que disfrutase de la noche. ¿Cómo iba a hacerlo si ella no paraba de darle motivos para no dormir?

—Señor Miller —dijo Linda con dulzura mientras se asomaba por la

abertura de las dos paredes de cristal.

—¿Qué quieres? —soltó de malas maneras, arrepintiéndose al segundo de su brusca respuesta. No obstante, ya no podía dar marcha atrás, pues eso lo haría parecer voluble frente a sus empleados.

—Hay un fallo en las líneas telefónicas y sólo le quería recordar la cita que tiene dentro de media hora —susurró ella afligida por la dureza de su contestación.

—¿Has hablado con mantenimiento para saber cuánto durará la avería? —preguntó con seriedad mirando cómo ésta se encontraba nerviosa ante su presencia.

—Sí, me han dicho que en menos de una hora estará solventado.

—De acuerdo. Gracias, Linda —dijo volviendo su mirada hacia los papeles que tenía en la mesa, fingiendo que estaba terriblemente ocupado y que ella estorbaba en aquel espacio.

¡A eso era a lo que estaba acostumbrado! A hablar con dureza, a que los demás se achantasen, y no al revés. Y con Macarena sabía —sin entender muy bien las razones de su aplastante seguridad— que no sería así nunca. Alzó la mirada y la vio enfascada en la revisión de las fotografías que había hecho la noche anterior. Era una trabajadora nata y muy profesional, a la que debía mantener lo más alejada posible de él. Eso era lo que haría. Hablaría de los temas de trabajo por email o por mediación de Linda, así no tendría que lidiar con ese carácter en vivo y en directo. ¿Parecía una solución de cobardes? Era posible que fuera así, pero prefería mantener a raya a esa mujer a la que no conseguía saber cómo tratar con destreza a que todo se fuera al garete por culpa de su falta de control o por algo muchísimo peor... Con esa decisión, se marchó a la cita obligándose a no mirarla. Era muy buena para la revista, pero no era una buena influencia para él, de eso ya se había dado cuenta.

\* \* \*

—¡Qué cara traes!

—He dormido fatal —dijo Bastian mientras se sentaba delante de la mesa de la cafetería en la que había quedado para celebrar aquella cita tan repentina.

—¿Trabajo o amor? —inquirió su hermano socarrón.

—Ni una cosa ni la otra. Dime, ¿por qué querías reunirte conmigo? —preguntó con gesto cansado.

—Ay, de verdad, desde que me he marchado de la revista, estás de un impertinente... —indicó haciéndole gestos al camarero para que se aproximase a anotar la comanda.

—Michael, que nos conocemos —farfulló Bastian, cansado ya de aquel juegucito que se sabía de memoria—. ¿Qué quieres?

—Sólo quería saber cómo vas con la nueva fotografía. Este fin de semana he ido a casa y papá y mamá no paraban de decirme que te había dejado en la estacada y que eso no se hacía con la familia —informó Michael, callándose de golpe para pedirle un café al camarero y esperar a que su hermano pidiese su bebida—. ¿Un zumo de naranja? —preguntó cuando se hubo marchado el camarero con la comanda—. ¿Ahora tomas bebidas infantiles?

—No, Michael, lo que hago es cuidarme, es eso que se hace cuando uno quiere encontrarse bien físicamente —explicó agotado de su hermano pequeño, que no paraba de cuestionárselo todo, y cuando decía todo, era absolutamente todo—. Y no te preocupes, la nueva fotografía es muy buena profesional; un poco extraña, pero buena al fin y al cabo.

—Uy, qué interesante suena eso de «extraña». A ver, dime, ¿extraña para bien o para mal? —preguntó con curiosidad al haberse fijado en esa parte de la frase y no en otra mucho más cómoda para él—. Ay, dime para mal y me planto delante de ella con un anillo de prometida.

—Extraña a secas —terció de malas maneras por aquella falta de madurez por parte de su hermano, con el cual sólo se llevaba tres años de diferencia.

—Ya me lo había dicho mamá: últimamente estás de un humor horrible —anunció con solemnidad como si estuviese dando el parte meteorológico.

—Bueno, yo no tengo la facilidad de cogerme un año sabático por el morro porque, de repente, no disfrute con el trabajo que desempeño y, por supuesto, a expensas del dinero de nuestros padres, que parece que nunca hayan pagado nada en toda nuestra vida.

—Ya estamos echando las cosas en cara... —rebufó Michael mientras se recostaba en la silla con gesto aburrido—. No descansas porque no te da la gana, Bastian. Vete de viaje, vive un poco, hermano, que siempre estás en la pecera, mandando con esa cara de agrio, y eso no es bueno para la salud.



—¡Estoy intentando que la revista sea un éxito y para eso hay que trabajar!  
—soltó visiblemente molesto por el pensamiento tan despreocupado de su hermano.

—Bueno, bueno —susurró moviendo las manos y tratando de sosegar con esa acción a su hermano mayor, al que ya le quedaba poco para soltar las mil virtudes de un buen emprendedor—, no hay que ponerse así.

—¿Cuándo te marchas a Vietnam? —preguntó Bastian cambiando de tema, ya que ése parecía hacerlo saltar a la mínima.

—Dentro de un par de semanas. Estoy ahora con los trámites para viajar, las vacunas y todo eso... —comentó Michael mientras cogía el café que le acababa de poner delante el camarero.

—Muy bien.

—A lo mejor me acerco por la revista para hablar con la nueva, así le explico dónde están las cosas y puedo ponerla sobre aviso del agrio carácter del jefe —indicó mientras le guiñaba el ojo, volviendo a retomar el tema que ponía visiblemente nervioso a su hermano.

—Si me niego, vas a acercarte igual, ¿verdad? —preguntó mientras dejaba el vaso de zumo de naranja recién exprimido en la mesa, después de haberle dado un buen trago, agotado de aquella fijación que le había dado por su nueva empleada al impresentable de Michael.

—Por supuesto —terció sonriente, mostrando sus perfectos y blanquísimos dientes.

Bastian negó con la cabeza. Su hermano era un caso perdido, y sabía que era imposible convencerlo para que no se acercara a la revista, ya que, cualquier negativa por su parte, acrecentaría todavía más las ganas de éste por conocer a la nueva incorporación de *Miami Life Magazine*... Algo que le habría gustado conseguir, porque lo que no deseaba era que averiguara cómo se las gastaba la española, si no, se lo restregaría todos los días y eso sería un auténtico martirio, viniendo del chistoso de su hermano...

—Vamos, tómate rápido el zumito, cariño mío, que tengo ganas de conocer a la extraña fotógrafa que me ha sustituido —comentó Michael con guasa haciendo que Bastian negase, de nuevo, con la cabeza.

## Capítulo 8

Maca estuvo toda la mañana revisando las fotos que había hecho la noche anterior, sin ni siquiera levantar la mirada del ordenador cuando el señor Miller entró en la oficina saludando con seguridad por si descubría en su rostro una carita sonriente, algo que sólo significaría que le había hecho caso cuando se había despedido de él en la puerta del hotel y que había disfrutado de la noche con aquella impresionante rubia (una información que le importaba bien poco averiguar, al contrario, ganaba más si no obtenía respuesta a aquella peliaguda cuestión). Tampoco levantó la mirada cuando lo oyó marcharse al poco, y se centró en las fotos y en nada más.

—¡Qué humor tiene hoy Bastian! —exclamó Linda cuando pasó por su lado de camino a la fotocopidora, que se encontraba próxima a donde estaba ella—. Hoy está imposible, ten cuidado y no te acerques a él por si te muerde.

—Tranquila, que hoy me he puesto el repelente de jefes cabreados antes de salir de casa —dijo Maca mientras le guiñaba un ojo.

—Me voy, que no sé cuándo volverá y no quiero que me vea de aquí para allá. Luego, en el almuerzo, hablamos —musitó sin dejar de mirar la entrada de la oficina, dirigiéndose a toda prisa a la fotocopidora, para después, cuanto tuviera listas las copias, volver corriendo a su mesa.

Parecía que Linda ya había puesto sobre aviso a todos los empleados, pues aquel lunes especialmente caluroso no levantaron el trasero de sus sillas por si el señor Miller aparecía de repente y los sorprendía haciendo cualquier otra cosa que no fuera trabajar...

Al cabo de un buen rato, ensimismada en mejorar las instantáneas, Maca oyó un revuelo que provenía de la entrada de la oficina. Levantó la mirada con

curiosidad y se encontró con su jefe —visiblemente más serio de lo que ya era normal en él— y, justo a su lado, un hombre que saludaba a todo el personal con una amplia sonrisa, como si los conociera desde siempre.

«Jo... der», pensó cuando posó por primera vez la mirada en aquel hombre que acompañaba al señor Miller. Era alto, incluso un poco más que su jefe, y eso era ya decir, porque éste debía de medir cerca del metro noventa. Castaño, con el cabello un poco largo y ondulado que le llegaba por la mandíbula, una muy fuerte y varonil, que acentuaba su atractivo. Físicamente era más larguirucho que el señor Miller —su jefe estaba mucho más musculado que su acompañante—, seguramente debido a la falta de tanto gimnasio, algo que parecía gustarle más a Bastian que al hombre que no se despegaba de su lado. Maca vio que se acercaban, juntos, hacia... ¿ella?! Tragó saliva intentando aparentar normalidad, como si todos los días se le aproximaran dos especímenes como aquéllos, mirándola fijamente: uno reprimiendo una sonrisa (el hombre misterioso, que a cada paso que daba le parecía todavía más atractivo) y el otro apretando la mandíbula, frenando algo que no supo adivinar, ¿nervios o enfado general?

—Macarena —comenzó a decir con tono frío el señor Miller—, te presento al anterior fotógrafo de la revista...

—Anda, no seas petulante —soltó Michael interrumpiéndolo y dando un paso hacia delante para acercarse más a Maca y, así, estrecharle la mano con galantería—. Estaba deseando conocer a la persona que me ha sustituido. Soy Michael, el hermano pequeño de la oveja negra de la familia —informó señalando a Bastian, que puso los ojos en blanco cansado de aquella falta de respeto por parte de éste.

—¿Es usted hermano del señor Miller? —preguntó ella mirando a uno para después mirar al otro: ¿no se parecían en nada!

—No me hables de usted, que me haces parecer muy mayor y, sí, aunque a veces me avergüence decirlo, soy su hermano pequeño. Ahora que no nos oye —añadió mientras le guiñaba el ojo a Maca sabiendo que esa afirmación no era real, ya que el aludido estaba pendiente de todo lo que decían—, es un muermo en comparación con toda la familia, creemos que se dio un fuerte golpe en la cabeza al nacer y por eso no es como todos nosotros —dijo con guasa, haciendo que Bastian, molesto por aquello, diese un paso hacia delante para poner fin a aquel desmadre de presentación.

—Creo que eso a Macarena no le interesa, Michael. ¿No habías venido a hablarle de fotografía? —preguntó intentando centrar la conversación en el trabajo y alejarlo, lo máximo posible, de su persona y, sobre todo, de su peculiar familia.

—Claro que sí. Anda, hermanito, déjanos solitos a Macarena y a mí, que tenemos que hablar de este oficio que nos apasiona tanto —soltó mientras señalaba el despacho de éste con la mano invitándolo a marcharse.

—No la entretengas mucho. Tiene que terminar de cotejar unas fotos —farfulló incómodo mientras lo miraba fijamente, intentando no prestar atención a los ojos curiosos de Maca, que no paraban de ir de un hermano a otro, tratando de encontrar las siete diferencias, aunque Bastian sabía que era mucho más difícil hallar un par de cosas que los asemejasen.

—Claro que sí, no te preocupes por eso —dijo Michael mientras cogía una silla y se sentaba al lado de Maca—. Mira, quería mostrarte este programa, que no sé si utilizarás —empezó a explicar, haciendo que Maca se concentrase en sus movimientos en el ordenador y en sus palabras, frunciendo el ceño al ver que simplemente paseaba el puntero por la pantalla sin hacer nada más que dar vueltas—. ¡Al fin! —exclamó por lo bajo cuando vio que estaban solos, dejando el ratón quieto.

—¿Cómo? —inquirió ella sin entender nada.

—Quería que mi hermano nos dejara a solas, es un poco pesado cuando quiere, y no sé por qué no quería que te conociera en persona... —comentó mirándola fijamente, sin ver nada extraño para que Bastian quisiera ocultársela.

—¿Se ha opuesto a que me conocieras? —preguntó Maca sorprendida.

—No con esas palabras, pero conozco lo suficiente a Bastian como para saber cuándo no quiere que haga algo y, claro, cuando lo intuyo, es lo primero que hago —explicó sonriendo y sin dejar de mirarla fijamente—. Sé que eres una fotógrafa excepcional porque antes de que mi hermano te contratara estuve investigándote y comprobé todo el trabajo que realizaste en España... Sé que eres muy creativa y Ernesto habla maravillas de ti, por tanto, no tiene nada que ver con el trabajo... —comenzó a decir casi para sí, como tratando de encontrar algo para que su hermano la hubiera catalogado de «extraña»—. ¿Alguna cosa que debas contarme? —preguntó alzando una ceja en un gesto que hizo sonreír a Maca.

—No hemos tenido el mejor de los comienzos, pero he intentado subsanarlo lo mejor posible —dijo mientras se tocaba la nuca despreocupadamente, intentando recordar que el hombre que le estaba pidiendo explicaciones de la conducta del señor Miller era el hermano de éste y no podía dejar mucha libertad a su lengua, si no, peligraría de nuevo su puesto de trabajo.

—Macarena... —susurró en tono instigador.

—Maca, por favor —dijo al ver la oportunidad de corregir su manera de llamarla, ya que su jefe era un caso perdido.

—¿Qué hiciste, Maca? —preguntó él con curiosidad y sin dejar de observar sus movimientos nerviosos, que le indicaban que la historia sería sustancial.

—En mi defensa diré que lo hice sin saber que era él quien se llamaba de ese modo —comentó levantando las manos en señal de inocencia.

—Ay, que me temo lo peor... —repuso él guasón mientras se tapaba la cara con las manos—. Suelta por esa boquita española todo lo que ocurrió.

—Me sorprendió tarareando cierta canción de la que me acordé al oír su nombre, pero te aseguro que no tenía ni idea de que el señor Miller se llamara así. ¡Palabra de *scout*! —dijo mientras levantaba la mano delante de él y cruzaba los dedos en un movimiento muy solemne.

—¿Eras *scout*? —preguntó extrañado mientras levantaba la ceja, al no imaginársela con un pañuelito colorido alrededor del cuello.

—No —dijo mostrándole los dientes en una sonrisa forzada que hizo que Michael rompiera en carcajadas.

—Ahora puedo entenderlo un poquito, aunque aún tengo varios interrogantes pendientes —dijo Michael mientras se limpiaba las lágrimas causadas por la risa. Al levantar la mirada, vio a su hermano, que se encontraba en su despacho sin despegar la vista de ellos—. Voy a dejarte ya, veo que Bastian está a punto de arder en combustión espontánea y no quiero que provoque un incendio involuntario. ¿No notas su mirada clavada? ¡No te gires! —exclamó haciendo que Maca se sobresaltase al frenarle el movimiento que destaparía que estaban hablando de él—. Ha sido un placer hablar un ratito contigo. Pórtate bien con el jefe; aunque parezca un cascarrabias, te aseguro que no lo es tanto —informó mientras le apretaba con cariño el hombro al levantarse de la silla.

Maca se giró para verlo dirigirse con paso seguro hasta donde se encontraba su hermano mayor. Michael era, sin lugar a dudas, un hombre divertido, natural

y sincero, algo que no podía decir de su jefe. Se concentró en su trabajo intentando no mirar hacia atrás para saber qué estarían haciendo y, sobre todo, de lo que estarían hablando. «Vale, Maca, céntrate. ¡Que hablen de lo que quieran! Tú has venido aquí a trabajar y no a hacer amigos, y mucho menos así de guapos, altos y simpáticos. ¿Cómo es posible que sea tan... perfecto?», pensó mientras recordaba los labios jugosos de Michael y esa sonrisa picarona que le alegraba todavía más el rostro. Se obligó a concentrarse en la foto que tenía a medias, cuando la terminó de cotejar, pasó a la siguiente y se encontró la sonrisa relajada y sincera de su jefe, en aquella instantánea que le había hecho sin que él se diese cuenta. Estuvo mirándola más rato de lo estrictamente necesario, incluso cuando ya la tenía acabada, sólo por el placer de hallar algo en lo que se asemejara a su hermano, y sí, Maca halló cierto parecido. Cuando sonreían se parecían bastante, lo que ocurría era que Michael lo hacía a cada segundo y al señor Miller era difícil verlo de aquella guisa. Una lástima, porque su rostro se transformaba y su atractivo aumentaba.

\* \* \*

—Menudo lunes... —se quejó Linda mientras dejaba el cubierto sobre la mesa después de almorzar en el restaurante al que siempre iban a esa hora.

—Ha mejorado bastante al venir Michael, ¿no? —preguntó socarrón Mason mientras movía repetidamente las cejas sin dejar de mirar a su compañera.

—No te creas... Casi ni me ha mirado —bufó ésta con apatía.

—Es que se lo diste todo muy pronto, *baby* —comentó él con cariño.

—¿Estuvisteis juntos? —preguntó Maca con curiosidad, haciéndose fan al instante de Linda por poder conquistar a semejante hombre, y seguramente sin despeinarse.

—Más o menos... Estuvimos enrollados durante una semana —informó ella distraídamente como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Di las cosas como fueron, Linda. Estuvisteis fornicando durante siete días, sin parar, y sin importaros hacerlo en horas de oficina —puntualizó Emily.

—Ay, *baby*, ¡fornicando! Qué fina eres cuando quieres... —rio Mason, llevándose una mirada inquisitiva por parte de ésta—. Maca, para que entiendas de lo que hablamos, eran como dos chimpancés en celo, todo el día dale que te

pego... Fueron unos días extraños en la oficina, el sexo se respiraba en el ambiente y ellos dos no paraban de esconderse por los aseos, los almacenes o los ascensores para saciar su apetito carnal, sin importarles que más de uno los sorprendiera en plena faena... —informó a Maca, que lo escuchaba con atención.

—¡Qué exagerados sois, por favor! —exclamó Linda mientras negaba con la cabeza—. No fue tanto: unos cuantos encuentros sexuales y una cita maravillosa. Pero no pasó de ahí, yo no era lo que él buscaba... —resopló con disgusto al recordar la manera en que había terminado esa relación que tanto disfrutó ella.

—Y Bastian, ¿se enteró de lo vuestro? —preguntó Maca con curiosidad.

—Que yo sepa, no... Pero, claro, son hermanos, a lo mejor algo le diría... —contestó Linda encogiendo los hombros sin saber la respuesta a esa pregunta.

—Seguro que se enteró. Lo sabía todo el edificio —confesó Emily.

—¿Y aún te sorprende que Bastian no haya caído en tus redes de seducción? —soltó Maca incrédula—. Seguramente lo sepa y es lógico que no quiera nada contigo.

—¡Eso es lo que yo le dije! —exclamó Emily emocionada porque hubiera alguien que pensara como ella.

—Pero al fin y al cabo somos tíos, Maca —añadió Mason, dando la visión masculina al tema—. Si le gusta y sabe que es un polvo fácil, no le hará ascos porque su hermano le haya dado un buen repaso.

—Oye, no te pases, que no soy tan fácil —se quejó Linda.

—Lo eres, Linda, no discutas eso porque sales perdiendo —dijo Emily con cariño mientras la cogía de la mano para demostrarle que, aun así, ella era su amiga.

—Bueno, eso es lo de menos —comentó Maca poniendo un poco de orden a aquella conversación—. Linda es una persona adulta que puede hacer lo que quiera con su cuerpo, siempre y cuando ella desee hacerlo, por supuesto —dijo mientras le guiñaba un ojo—. Lo que yo quería decir es que hay hombres a los que no les gusta estar con la mujer con la que ha estado su amigo o su hermano. A lo mejor Bastian es así, no sé...

—Es posible... —farfulló Linda, poco convencida de aquella suposición—. Aunque ya da igual. ¡Ya me lo he quitado de la cabeza! —exclamó decidida.

—Y ¿ahora a quién tienes en el punto de mira? —preguntó Mason,

consciente de que su compañera no podía estar sin tener a alguna posible conquista en mente.

—De momento, a nadie —contestó haciendo un movimiento con la mano con despreocupación—. Pero nunca se sabe —soltó haciendo sonreír a todos los de la mesa—. Cambiando de tema, ¿qué tal se tomó Jayden la ruptura?

—Buf... —resopló Emily incómoda.

—Desembucha —la animó Mason.

—Al final no se lo dije... Había pasado una semana mal por culpa de su jefe y me dio pena decirle que no quería saber nada más de él... —confesó con vergüenza.

—¡Pero, Emily!! —dijeron casi a la vez los tres compañeros.

—Lo haré, no os preocupéis, que lo haré, pero tengo que esperar al momento apropiado...

—Pero, Emily, tienes que coger el momento y hacerlo tú apropiado. No te va a poner en bandeja la conversación, sobre todo sabiendo que vuestra relación está pendiente de un hilo... —señaló Linda.

—Dadme tiempo... —susurró mientras jugaba con su comida sin levantar la mirada del plato para no enfrentarse a los rostros confundidos de sus compañeros.

\* \* \*

La tarde comenzó mejor que la mañana, parecía que los ánimos se habían calmado gracias a la visita de Michael y el buen humor se instaló en la oficina. Maca siguió con su tarea de mejorar las fotos que había hecho la noche anterior, y, a causa de la gran cantidad de ellas que tenía, tuvo que emplear más tiempo en aquella labor.

Después de más de una hora trabajando sin levantar la vista de la pantalla del ordenador, en ésta emergió una pequeña ventana con un nuevo mensaje. Maca enarcó una ceja e hizo clic encima al ver que se trataba de un e-mail que había recibido de su jefe, el cual se encontraba en su despacho...

De: Sr. Miller

Para: Macarena Albert



Macarena:

Me acaban de confirmar que tenemos permiso para acceder mañana a Walt Disney World Resort y deberás acompañarnos para realizar las fotos pertinentes para añadir al último número, donde habrá un especial del famoso parque de atracciones.

Mañana a las seis de la mañana pasará un chófer por tu casa a recogerte. Sé puntual.

Un saludo,

Bastian Miller, director y propietario de *Miami Life Magazine*

Maca se quedó pensativa, intentando averiguar por qué su jefe no había levantado el teléfono o la había llamado al despacho para decírselo de viva voz. Sin querer ahondar más en aquella extrañeza, creyendo que era su *modus operandi* habitual, comenzó a teclear en su ordenador para enviarle una respuesta digna.

De: Macarena Albert

Para: Sr. Miller

Señor Miller:

No se preocupe, que estaré antes de las seis de la mañana en la puerta de mi casa para que el chófer no gaste más combustible del necesario y, también, intentaré dar el protagonismo que se merece a Mickey Mouse y sus amigos. No sufra, que mañana me llevaré mi diadema de Minnie Mouse para no desentonar con el ambiente y, así, no avergonzarlo con mi apariencia.

Un saludo,

Maca

Le dio al botón de enviar y reprimió una sonrisa de felicidad. ¡Iba a visitar Disney World!

## Capítulo 9

Bastian observó la hora en su lujoso reloj de pulsera por décima vez consecutiva. El chófer seguía sin aparecer, lo que no era de extrañar, porque él llevaba esperándolo más de media hora antes de la cita acordada, pero no podía estar en su apacible apartamento y había bajado a la calle para ver si, así, conseguía controlar su mente...

La jornada anterior había sido un día para olvidar, algo que ya intuyó cuando se despertó... Para mejorar todavía más el día —léase con toneladas de ironía—, Michael se empeñó en ir a la oficina a conocer a Macarena, algo que a él no le apetecía mucho, pero a lo que no pudo negarse, al conocer muy bien a su hermano y esa manía tan suya de hacer siempre lo contrario de lo que él decía... Lo que Bastian no esperaba era que conectaran tan bien ellos dos; aún recordaba cómo hablaban entre risas mientras él los espiaba desde su despacho. Y, sí, no podría negar jamás que lo que estaba haciendo desde que llegó a su mesa era espiar a su hermano y a su nueva empleada para saber si ella trataba a todo el mundo por igual o lo suyo era un caso especial... Con lo que no contaba —al ser la primera vez que realizaba un espionaje en toda regla— era con que con sólo ver los gestos no se podía adivinar si Macarena le contestaba también con aquella altivez a su hermano pequeño o le estaba dando el pronóstico del tiempo con dulzura, una cuestión que no podría saber si no se armaba de valor y se lo preguntaba directamente a uno de los dos participantes de aquella conversación. Mientras tanto, al margen del calentamiento mental que estaba sufriendo Bastian al intentar adivinar de qué hablaban, Michael reía complacido por alguna lindeza que debía de haber soltado la española, a la que ya se la conocía en la oficina por su buen humor y sus bromas.

Levantó la mirada al cielo, que comenzaba a clarear por la salida inminente del sol, intentando encontrar la serenidad de la que había presumido en multitud de ocasiones, esa cabeza fría que lo había conducido a fundar una revista y a llevarla hasta lo más alto, algo que se había esfumado en cuestión de días, coincidiendo justo con la llegada a la empresa de cierta española que lo desquiciaba de una manera que jamás pensó que le pasaría con nadie... Lo que más lo molestó no fue la sintonía que pudieran o no tener Michael y Macarena, sino más bien las palabras que tuvo después con su hermano, cuando éste se acercó al despacho para despedirse de él y marcharse a cualquier evento de poca importancia a los que le encantaba asistir para eludir cualquier responsabilidad que se le pudiera presentar... Según Michael, Macarena era lo que necesitaba esa revista para despegar del todo, para poder alcanzar el reconocimiento que creía Bastian que se merecía, para dar aquel último paso que le estaba costando tanto conseguir. Por supuesto que le preguntó a su hermano pequeño por qué creía tal cosa, y su respuesta lo dejó todavía más desconcertado. Michael sonrió mientras le guiñaba el ojo izquierdo y simplemente le dijo —como si de un adivino de pacotilla se tratara— que le diese tiempo a Macarena a mostrar todo lo que valía. Por supuesto, él no se calló y le pidió una explicación coherente y no esa sarta de palabras que no escondían ningún significado esclarecedor, pero Michael alegó que debería descubrirlo él solo y se marchó de allí, dejándolo todavía más confundido y con un lío mayor en su mente que empezaba a desencadenar en un fortísimo dolor de cabeza. ¿Cómo podía una simple fotógrafa ser la solución que buscaba Bastian? ¿Por qué debía ser Macarena y no otra empleada o empleado con mucho más peso en la revista? Molesto por sus palabras ambiguas, intentó descartarlas por completo para poder centrarse en lo que era verdaderamente importante para él: la revista. Pero una llamada, en el peor de los momentos, volvió a inquietarlo. El encargado de marketing había logrado que el parque de atracciones más famoso del mundo, Walt Disney World Resort, le diese la oportunidad de poder realizar una entrevista al director del mismo y fotografiar sus instalaciones para poder incluirlo en la nueva sección de *Miami Life Magazine*. Por supuesto que siguió al pie de la letra su propia decisión de intentar no hablar directamente con Macarena, por eso le envió un e-mail que ésta contestó... Bueno, digamos que contestó, para disgusto de Bastian, que al leerlo por poco brama por la frustración y la impotencia. ¿Es que esa

mujer era incapaz de permanecer en silencio por una vez en su vida y acatar las órdenes sin rechistar?, pensó con rabia al recordar aquel momento, en el que tuvo que disimular por temor de que alguien lo viese enfurecido, simplemente por leer un correo electrónico... Después de eso, se quedó en su despacho hasta que vio al último de sus empleados salir de la oficina, intentando controlar su ira y ansiando, en lo más profundo de su mente, ver cualquier mínimo error en el trabajo de Macarena para echarla sin titubeos. Si pudiera ser un tirano, estaría ya en la calle simplemente porque no podía soportarla, pero él, por desgracia, no lo era, aunque intentase que todos sus empleados lo creyesen, para así tenerlos controlados y que no se desmadrasen...

Al llegar a su piso, la situación no mejoró. No tenía ganas de ver a nadie, ni de hacer nada más que machacar sus músculos con las pesas y, después, correr sin descanso en la cinta. Pensó, iluso de él, que si se extenuaba haciendo ejercicio podría conciliar mejor el sueño y que, así, al día siguiente todo iría mucho mejor y podría controlar con destreza la situación. Pero no fue así y, cansado de dar vueltas en la cama, decidió vestirse y esperar al chófer. Porque, aunque habría preferido quedarse en la comodidad que le proporcionaba su despacho, intentaba —siempre que la agenda se lo permitía— asistir a las citas más importantes, como ésta, para ser testigo en primera persona de que todo se realizaba según él deseaba.

—Buenos días, señor Miller —saludó el chófer cuando éste entró por la puerta del acompañante.

—Buenos días, Peter —susurró él intentando aparentar normalidad.

Y, sin mediar más palabra, el amplio y confortable monovolumen se incorporó al tráfico. A los pocos minutos llegó a la zona donde vivía Macarena. Bastian se irguió al verla, en la calle, vestida con unos vaqueros negros de pitillo y una camiseta, sin mangas, del mismo color pero con una ilustración enorme en blanco y negro de... ¡Minnie Mouse! Para completar el estilo Disney, llevaba sobre su melena morena recogida en una alta coleta una diadema de orejas de la famosa ratoncita de dibujos animados.

—¿Es ésta la joven a la que venimos a buscar? —preguntó incrédulo el chófer al verla de aquella guisa.

—Sí... —susurró Bastian sin poder darle más información a las razones de que esa mujer se vistiera como una adolescente y no como una profesional.

—¡Buenos días! —saludó Maca jovial mientras se sentaba en la parte trasera del vehículo.

—Buenos días —gruñó Bastian manteniendo la mirada fija delante de él y no volviéndose a mirar esa diadema que lo desafiaba sin remedio—. Macarena, sabes que vamos a hacer un reportaje fotográfico y no a disfrutar de un día en Disney World, ¿verdad?

—Claro, señor Miller, por eso me he puesto el kit Disney. He sentido el deseo irrefrenable de mimetizarme con el ambiente para poder captar mejor el espíritu del parque y trasladarlo en cada fotografía.

—Ya... —protestó él mientras apretaba los puños y refrenaba su carácter, que comenzaba a desatarse en cada palabra que pronunciaba ella.

Aguantaron en silencio hasta que el chófer se detuvo de nuevo para recoger a Emily, la encargada de entrevistar al director del parque. Al entrar la periodista en el coche, el ambiente cambió radicalmente y las dos mujeres no cesaron de hablar hasta llegar a Walt Disney World Resort. Fueron tres horas y media que le ofrecieron la oportunidad a Bastian de conocer mejor a la española. Averiguó que le encantaba el mundo Disney, que era una especie de friki de los dibujos animados y que, desde que nació una tal Zoe —supuso que sería su sobrina o alguien muy próximo a ella—, Macarena era la encargada de llevarla al cine para ver cualquier estreno de la famosa factoría de ficción. También descubrió que le encantaban los niños, sobre todo los de los demás, pues según ella no tenía intención de ser madre en un futuro próximo, sobre todo desde que se había quedado soltera. Bastian agudizó más el oído para saber qué había pasado para que hubiese habido aquel cambio en su estado civil, pero ni Emily ni Maca profundizaron más en la cuestión. Por supuesto que él no abrió la boca en todo el viaje; se sentía una especie de *voyeur* de las conversaciones ajenas, anotando en su cerebro cualquier cosa que creyera que sería crucial para entender a Macarena y, sobre todo, poder controlarla cuando tuviera que hablar con ella. Pero, o bien él no estaba del todo despierto o era a causa de la manera de hablar de sus dos empleadas, que utilizaban palabras confusas que encerraban mucho más de lo explicado, pero se enteró de bien poco durante todo el largo trayecto.

—Vamos a hacer un trabajo excelente, señoritas —dijo Bastian, hablando por primera vez en todo el viaje, cuando el coche se detuvo en la puerta de las famosas instalaciones.

—¡Eso siempre! —exclamó Maca emocionada abriendo la puerta para bajar del coche.

Las dos mujeres comenzaron a andar hacia la entrada mientras él las observaba desde una distancia prudencial. Emily era una magnífica periodista, una mujer serena, cordial y racional con la que había tenido el gusto de trabajar antes de formar su propia revista. Era curioso ver lo bien que se llevaba con Macarena, sonreía más de lo habitual cuando ella estaba cerca, se notaba más relajada, más segura de sí misma. Resultaba curioso ver a dos personas totalmente distintas que se llevaran tan bien, como si encajaran dentro de sus diferencias, como si se complementaran.

Bastian saludó al director del parque y estuvo hablando unos minutos con él antes de dejar sola a Emily con el hombre. Mientras tanto, alejada de cualquier tipo de formalidad, Macarena paseaba al lado de un encargado de zona por las instalaciones, como si fuera una niña pequeña, disfrutando al ver a cualquier personaje Disney. Bastian la estuvo observando desde la distancia, sin que ella se percatase de su presencia. Era curioso ver cómo se ponía a gritar, como si de una fan enloquecida se tratara al ver a su ídolo por primera vez, aunque ella lo hacía con cada personaje al que le tocaba fotografiar para la revista. El muchacho que la acompañaba comenzó a reírse con sus espontáneas y exageradas —según Bastian— reacciones, e incluso empezó a hacerle fotos con el teléfono de Macarena junto a sus personajes favoritos. Bastian no podía creer lo que estaba viendo, era como si todo lo disfrutara intensamente, viviéndolo de la misma manera que lo vivirían los niños, con la misma ilusión, con la misma alegría. Era algo extraño verla de aquella manera, pues la primera impresión que tuvo de ella fue la de una mujer fuerte y sarcástica que se inclinaba por el lado oscuro, mientras que lo que estaba presenciando no encajaba con aquella imagen preconcebida. En una parte recóndita de su mente, la envidió, algo que lo sorprendió. Hacía muchísimo tiempo que Bastian no se emocionaba de esa manera, que no se divertía como lo estaba haciendo ella; daba gusto verla sonreír, hacer tonterías y bromear con Pluto, Chip y Chop e incluso Goofy. Incluso se descubrió sonriendo como un bobo cuando, al ver a Campanilla, Macarena comenzó a gritar de júbilo diciéndole que tenía una amiga a la que apodaba con ese nombre. Por supuesto que el muchacho que la acompañaba le hizo la pertinente foto cuando ésta terminó de fotografiarla con su cámara

profesional, pero Bastian, por primera vez, no se molestó al ver que no acataba al cien por cien sus órdenes; sabía que, después, cuando entregara las fotos a la editora, serían perfectas, al margen de que la joven aprovechara su visita para hacerse un álbum de recuerdos con su dispositivo móvil.

\* \* \*

—Ya he acabado —dijo Emily acercándose a Bastian, que seguía persiguiendo a Macarena por todo el amplio parque temático y no se había percatado de que la periodista caminaba hacia él.

—Muy bien —susurró intentando que pensase que era casual que estuviera detrás de la fotógrafa mirando hacia otro lado cuando ésta lo sorprendió con la vista fija en la española.

—¿No te fías de ella? —preguntó señalando con la mano a Macarena, que sonreía complacida al posicionar a las princesas Disney justo enfrente del castillo para poder sacar una instantánea de todo el conjunto.

—¿Por qué me preguntas eso? —inquirió mirándola con curiosidad.

—Sólo digo lo que veo, Bastian, y no le quitas ojo... —comentó mientras alzaba los hombros con indiferencia.

—Es nueva, tengo que asegurarme de que hace bien su trabajo —apuntó intentando aparentar normalidad en sus actos.

—La he visto trabajando y es una fuera de serie, Bastian. Hace sentir cómoda a la persona que fotografía para poder sacarle una buena instantánea, que no parezca forzada, sino, natural. Creo que hiciste bien en contratarla —informó Emily con cariño sin dejar de ver los movimientos de Macarena al hablar con las princesas Disney.

—Es que ella es... —comenzó a decir, pero al darse cuenta de lo que iba a verbalizar, se detuvo de golpe.

—¿Excéntrica? ¿Payasa? ¿Chistosa? ¿Distinta? —soltó con una sonrisa—. Sí, ella puede ser todas esas cosas, e incluso alguna más, pero te aseguro que detrás de esa fachada de mujer bromista y sobrada de la vida se esconde otra con un corazón de oro, buena compañera y una profesional excepcional.

—Ya... —farfulló sin saber muy bien qué contestar a todo aquello, ya que él no había podido ser testigo de todo lo que le había nombrado en un momento

Emily.

—Dale una oportunidad, Bastian. No te arrepentirás —añadió la periodista con confianza.

—De acuerdo —dijo mientras se daba media vuelta para dejarla sola y permitir que Macarena realizase las fotografías sin su mirada inquisitiva encima.

\* \* \*

Comieron en un restaurante que había dentro del recinto. Macarena y Emily no paraban de hablar de lo maravilloso que era aquel lugar, y Bastian, simplemente, comía y escuchaba. Después del almuerzo, Maca terminó de fotografiar a los demás personajes, las atracciones más interesantes y, por supuesto, al director, para poder añadirlo al lado de la entrevista que había realizado Emily. Sobre las cinco de la tarde, volvieron a coger el automóvil que los llevaría de nuevo a Miami.

—Tengo que volver otro día —dijo Macarena emocionada.

—Pero si hemos estado hoy, Maca —comentó Emily sin entender por qué quería volver a un sitio del que acababa de salir.

—Pero es que no me he podido montar en ninguna atracción y quiero probarlas todas —anunció sonriente al imaginar cómo se sentiría.

—¡Eres peor que una niña!

—Eso es lo que siempre me dice Abril —informó con dicha al recordar a su querida amiga—. Pero, chica, soy de las que piensan que la vida es para vivirla y que no te puede frenar el qué dirán para hacer algo que desees —comentó con elocuencia.

Bastian se quedó pensando en aquella frase llena de sabiduría. Eso era precisamente lo que él no hacía: vivir la vida. Trabajaba muy duro, se machacaba físicamente para tener una buena imagen, intentaba sofocar su apetito sexual con cualquier mujer que lo atrajera lo suficiente, asegurándose previamente que ésta no quisiese nada serio, ya que él no podía dedicarse a nada más que a su empresa y, después, vuelta a empezar. Mientras Macarena y Emily hablaban de sus cosas, Bastian aprovechó el tiempo pensando en las circunstancias que lo habían llevado a no disfrutar tanto de la vida porque antes sí lo hacía, cuando era un simple empleado, cuando estudiaba y los ratos que



tenía libres los exprimía haciendo las cosas que de verdad le gustaban y, ahora, lo único que le apetecía era estar encerrado en su casa haciendo ejercicio mientras pensaba en el siguiente paso que debía dar para que su revista fuera reconocida a nivel nacional e incluso internacional... Sus padres y su hermano siempre se lo decían, cuando se juntaban para comer o tomar un café: la vida no gira en torno al trabajo... Entonces, si no dedicaba el tiempo que él creía que debía dedicar a su revista, ¿cómo conseguiría que ésta llegase a lo más alto? Pensando en eso, sin darse cuenta, el chófer llegó a Miami. Primero dejó a Emily en su casa y después a Macarena; ambas se despidieron de él, y Bastian, simplemente, levantó la mano a modo de saludo. No tenía ganas ni de hablar.

—Ya hemos llegado, señor Miller —anunció el chófer cuando llegó al lujoso edificio donde se encontraba su apartamento.

—Gracias, Peter. Mañana te harán la transferencia para abonarte el servicio de hoy...

—Gracias, señor Miller. Siempre es un placer trabajar para usted —dijo el chófer observando como éste se bajaba del automóvil para, después, salir flechado por las calles de Miami.

Sin vacilación, fue directamente al garaje del edificio para sacar su coche. No le apetecía volver a su casa, necesitaba hablar. Llevaba demasiado tiempo callado y, si no hablaba, aunque fuera un poco, estallaría en un alarido delirante, lo que le extrañaba incluso a él, que era la viva imagen de la serenidad, e incluso le daba un poco de pavor. ¿Qué le ocurría para sentirse así?

\* \* \*

—Hola, cariño —lo saludó su madre, que se encontraba en el sofá, nada más cruzar la puerta—. ¿Qué haces por aquí entre semana? ¿Algo que contarme?

—Hola, mamá —dijo acercándose a ella para darle un beso en la mejilla y sentarse a su lado—. Me apetecía veros.

—A ver, déjame que compruebe si tienes fiebre... —soltó mientras le tocaba la frente con la mano—. Uy, pues estás bien.

—Claro que lo estoy, mamá —comentó reprimiendo una sonrisa. Su madre era un caso aparte.

Lucrecia, o como a ella le gustaba que la llamasen, Lucre, era el alma de la

casa, un ser risueño que siempre estaba dispuesta a hacer sonreír a todo aquel que se encontraba cerca. Tenía cincuenta y siete años pero nadie le echaba su verdadera edad, pues le encantaba vestirse con ropa alegre y juvenil, e incluso el cabello —dependiendo de la época— lo llevaba teñido en colores poco comunes; el último, el que llevaba en esos momentos, era morado. Era de estatura media y complexión delgada, una amante de las películas y las novelas románticas y, en definitiva, la mujer más importante del mundo para Bastian.

—¿Y papá? —preguntó al no verlo por allí.

—Se ha ido con tu hermano a hacer no sé qué... —comentó ella mientras alzaba los hombros con indiferencia, al no haber prestado especial atención cuando la informaron de adónde iban—. ¿Cómo va la revista, cariño?

—Muy bien, acabamos de hacer un reportaje en Disney World que saldrá en el próximo número...

—Ah, eso está genial. Ay, aún me acuerdo de cuando os llevamos allí... —dijo sonriendo complacida al recordarlo—. Os lo pasasteis tan bien que no queríais salir del parque aunque estuvieran cerrándolo, ¿te acuerdas?

—Sí, algo recuerdo... Mike y yo no paramos en todo el día de subir y bajar de las atracciones, de gritar de júbilo y de reír —dijo mientras se frotaba la cara con ambas manos—. Mamá, ¿por qué he cambiado?

—¿En qué sentido? Porque crecer tienes que crecer. Sólo faltaba tenerte aún berreando por casa y cambiándote los pañales —dijo refiriéndose al cambio físico.

—Ya, me imagino que no puedo ser toda la vida un niño... No, me refería a la manera de ser. Yo antes me divertía más, reía todo el día, y ahora...

—Ahora parece una lechuga mustia —sentenció su madre posando en Bastian sus ojos verdes, de la misma tonalidad que los de él.

—Bueno, yo no diría tanto, pero sí... Algo por el estilo.

—Supongo que es tu manera de ser responsable y profesional. Crees que debes comportarte así para tener éxito, pero, cariño mío, estás muy equivocado.

—¿Por qué? —preguntó extrañado ante su afirmación.

—Cuanto más disfrutes con tu trabajo, más gustará a la gente, porque eso se nota, cariño mío. Las cosas que se hacen con gusto y diversión traspasan a otras personas... Trabajar no tiene que ser una condena; puede ser un motivo maravilloso para levantarse todas las mañanas y dar lo mejor de ti, eso sí, no

minando tu forma de ser, sino creciendo con las adversidades y el día a día.

—Es posible que tengas razón... —murmuró él por lo bajo.

—¡Por supuesto que la tengo! —exclamó con rotundidad—. Y, dime, ¿qué te ha hecho darte cuenta de ese cambio? Porque te llevamos diciendo ya hace tiempo que te tomas las cosas con demasiada seriedad.

—No sé... Será el viaje a Disney.

—¿Y cierta fotografía no tiene nada que ver? —preguntó ella de repente observando su reacción.

—¿Qué os ha contado Michael? —soltó Bastian visiblemente nervioso y molesto.

Su madre, simplemente, se echó a reír mientras él la miraba negando con la cabeza: ¡menuda familia le había tocado!

## Capítulo 10

Levantó la mirada y lo vio paseando de lado a lado, como si estuviese midiendo con sus grandes zancadas el espacio de que disponía la planta donde estaba ubicada la revista. Maca volvió a centrarse en la pantalla de su ordenador cuando lo vio girarse para quedar justo de cara a ella. Por lo que le habían contado sus compañeros, el señor Miller era así, un ser extraño que podía pasar de ser un tipo fraternal cuando los saludaba nada más cruzar el arco de la entrada a ser un ser déspota sin sentimientos que se encontraba enfurruñado con la vida, y esa mañana, ella se decantaba por la segunda opción. No obstante, tenía mucho trabajo entre manos para pensar qué le habría ocurrido a su jefe para pasar a ese estado irascible, por lo que se sumergió de nuevo en la comprobación del material del día anterior en el parque temático de Disney. ¡Ay, qué bien lo había pasado! Aunque también era cierto que cierto hombre que había enmudecido de golpe —no sabía si debido a verla con el *look* Disney, que, por supuesto, utilizó como venganza por ser tan rígido con el tema de la apariencia— no le había puesto las cosas sencillas para disfrutar como le habría gustado de aquel lugar de ensueño. Reprimió un suspiro al intuir que la relación con su jefe no mejoraría con el paso del tiempo. Eran dos personas totalmente distintas, uno tan meticuloso con el físico y la ropa, y ella, tan pasota con ese tema, que no le importaba lo más mínimo.

De repente, surgió una pantallita en su monitor que la avisaba de que había recibido un nuevo correo electrónico. Hizo clic sobre ella y vio que era de su jefe. Levantó la vista y lo vio guardándose el teléfono móvil en el bolsillo de su pantalón de tela, como si no hubiese hecho nada extraño en toda su vida. ¿Tendría alergia al vaquero?, se preguntó Maca mientras intentaba encontrarle

lógica al hecho de que le hablase por ahí y no en persona, pues se encontraba a escasos pasos de ella. Habría sido más sencillo acercarse y comunicarse directamente con ella, ¿no? Y no tener que teclear un correo electrónico desde su teléfono móvil...

De: Sr. Miller  
Para: Macarena Albert

Macarena:  
Necesito que envíes, como muy tarde, a primera hora de mañana las fotos que hiciste ayer.  
Un saludo,

Bastian Miller, director y propietario de *Miami Life Magazine*

Maca releyó el e-mail y volvió a levantar la mirada hacia a donde se encontraba él, dos mesas más allá de donde ella estaba, hablando con un compañero sobre un artículo que debía salir en el próximo número. ¿Debía dar rienda suelta a su lengua? Uf..., si lo hacía, él tendría una oportunidad de oro para echarla... Maca se quedó helada al no haber caído antes en esa posibilidad. ¡¡La estaba provocando para despedirla!! Maldijo por dentro mil veces, intentando frenar su fuerte carácter, que se encontraba al borde de explotar en cualquier momento. «Es tu jefe y tú necesitas este trabajo porque es una gran oportunidad para ti», se repetía como si fuera un mantra mientras tecleaba en el ordenador.

De: Macarena Albert  
Para: Sr. Miller

Señor Miller:  
No se preocupe, que aunque me quede sin comer e incluso sin dormir, la editora tendrá las fotos mañana a primera hora en su bandeja de entrada.  
Un saludo,

Maca

Aunque acatara las órdenes, no podía quedarse sin contestar, era superior a sus fuerzas, pese a que le habría gustado ponerle algo más, algo relacionado con esa manía de enviarle e-mails cuando estaba a escasos metros de donde ella se

encontraba, esa afición que había cogido a no hablarle a la cara, algo que ya había preguntado y que sólo le ocurría a ella... ¿Por qué? ¿Tan repugnante era para que él no pudiese hablarle de frente?

Gracias a Linda no se murió de hambre, ya que no pudo bajar a almorzar para adelantar el trabajo y poder tenerlo acabado antes de marcharse a casa. Su compañera le subió una ensalada griega que se comió entre foto y foto, sin despegar la mirada de la pantalla. Las horas pasaban veloces e incluso sus compañeros comenzaron a marcharse a sus casas, mientras Maca seguía trabajando en las instantáneas, una ingente cantidad que realizó de todos los personajes y las atracciones; aunque después sólo eligiera unas cuantas de todas éstas, debía dejarlas perfectas.

—¿Te queda mucho? —preguntó el señor Miller mientras se acercaba a ella. La oficina estaba desierta, sólo quedaban ellos dos.

—Anda..., ¿ahora me habla a la cara? —soltó Maca sin pensar. De inmediato, se mordió la lengua al oír con qué tono se lo había dicho. «Es tu jefe y tú necesitas este trabajo porque es una gran oportunidad para ti», volvió a repetirse para serenar su carácter—. Un poco, sobre unos cuarenta minutos, calculo yo... —añadió sin darle tiempo a que contestase.

—¡Date prisa! —soltó él molesto mientras se daba la vuelta y se dirigía de nuevo a su despacho.

Maca comenzó a gesticular burlándose de las últimas palabras que había pronunciado su jefe. ¡Como si tardara más apostá! Con las ganas que tenía de llegar a su piso de liliputienses para darse una ducha de esas relajantes, cenar algo y tirarse en el sofá hasta que le entrara el sueño y, en cambio, estaba allí, mirando fotos y matizándolas, utilizando incluso a veces el Photoshop para corregir imperfecciones que afeaban la imagen y un sinfín de técnicas para que la editora le dijera al sosaina y explotador de su jefe que la nueva —o sea, ella— había hecho un gran trabajo.

Después de cuarenta y cinco minutos, Maca le dio al botón de enviar para que al día siguiente la editora pudiese elegir las fotografías que entrarían en el próximo número. Con una sonrisa maliciosa, comenzó a teclear con fervor un escueto e informativo e-mail:

De: Macarena Albert  
Para: Sr. Miller

Señor Miller:

La editora ya tiene en su bandeja de entrada las fotografías. Me marchó a mi casa, ¡que ya va siendo hora!

Hasta mañana,

Maca, fotógrafa profesional con hambre y con dolor de espalda

Comenzó a apagarlo todo y se levantó con el cuerpo entumecido por permanecer tantísimas horas sentada, sin moverse para nada, sólo para visitar un par de veces el baño y poca cosa más.

—¡Macarena! —oyó de repente su voz profunda y un poco más alta de lo habitual, que provenía de su despacho.

Se giró y lo vio de pie, con los puños cerrados, la mandíbula apretada y sus verdosos ojos furiosos mirándola sin pestañear. Y ¿ahora qué había hecho?

—Dígame, señor Miller —dijo mientras se acercaba con la inocencia de no haber roto nunca un plato, aunque llevara unas cuantas vajillas rotas en su historial.

—¿Ibas a marcharte sin informarme? —preguntó con seriedad mientras daba dos largos pasos y se posicionaba enfrente de ella.

—Creo recordar que le he enviado un e-mail en el que le he explicado que me iba a casa... —indicó mientras señalaba su mesa de trabajo—. Creía que era la manera de comunicarnos entre usted y yo —añadió mientras levantaba los hombros con indiferencia, como si fuera algo normal.

—¡Te llevo a casa! —soltó de malas maneras sin responder a su provocación, algo que la frustró bastante.

«Venga, señor Miller, que sé que lo está deseando. ¡Suelte por esa boquita todo lo que piensa de mí!», se dijo Maca sin apartar la mirada de él.

—No hace falta —repuso—. Como sabe, no vivo lejos y un paseo me vendrá bien después de estar tanto tiempo sentada. Creo que me he quedado con la forma de la silla —comentó mientras se colocaba mejor el bolso de bandolera y estiraba, de paso, sus músculos agarrotados.

—¡He dicho que te llevo! —reiteró mientras apretaba los puños.

«Pero... ¿qué le pasa a este hombre?», se preguntó Maca.

—Y yo le he dicho que declino, educadamente y con una sonrisa resplandeciente, su ofrecimiento. Buenas noches, señor Miller —comentó

mientras forzaba una sonrisa y se giraba para dirigirse al ascensor.

«No me sigas, no me sigas...», se decía mientras veía el ascensor cada vez más cerca. Oprimió el botón y esperó a que subiera. «Joder, al final me va a tocar compartir el ascensor y se va a liar la cosa. Uf...». Las puertas se abrieron y Maca entró rápida como el rayo, pero, para su desgracia, detrás de ella entró el señor Miller. Pulsó el botón de bajada y esperó a que descendiera de golpe los tres pisos.

—Macarena... —dijo casi en un susurro. Ella lo miró de reojo. Él centraba su atención en las puertas cerradas del ascensor, como si les estuviese hablando a ellas. Maca alzó los ojos con resignación—. Me gustaría invitarte a cenar, quiero recompensarte el duro trabajo que has realizado hoy.

—Muchas gracias por la invitación, señor Miller, pero debo declinar su ofrecimiento una vez más. Es mi trabajo, no hace falta que me invite a cenas por realizarlo —comentó con voz suave, intentando sonar despreocupada y no como realmente se sentía en esos momentos: deseando gritar por la frustración de ver que no entendía el comportamiento de su jefe.

—Insisto... —farfulló él mirándola a la cara con seriedad y dureza, clavando su preciosa mirada en ella para que pudiera ser testigo del gran atractivo de ese hombre que tenía por jefe.

—No insista, porque mi respuesta será la misma. Además, mi atuendo no está dentro de los cánones establecidos por usted para asistir a cualquier restaurante de los que debe frecuentar habitualmente. —Las puertas del ascensor se abrieron en el vestíbulo—. Buenas noches, señor Miller.

—Macarena, ten cuidado... —susurró él a modo de despedida mientras la observaba salir del ascensor con aquella manera de caminar tan única y esperaba a que las puertas volvieran a cerrarse para bajar al garaje subterráneo de que disponía el edificio.

¡Qué jefe más extraño le había tocado! Mientras caminaba en dirección a su piso, recordó su visible cambio. ¿Del pasotismo extremo a la sobreprotección absurda? Buf..., estaba que echaba chispas. Jamás le había ocurrido nada parecido. Con su antiguo jefe nunca había tenido ningún problema, sabía cómo era y le dejaba su espacio, para, así, cuando necesitara algo, tenerla allí, al pie del cañón. Con el señor Miller era una guerra psicológica continua; sabía que había entrado con mal pie, pero ya había demostrado en varias ocasiones que



ella, ante todo, era una buena profesional. No podía negar que le gustara bromear y que saltara con cualquier cosa, pero era superior a sus fuerzas; así era ella, no podía cambiar aunque al sieso de su jefe le molestasen sus contestaciones. Negó con la cabeza divertida cuando pasó cerca de Ocean Drive. El ambiente en aquella zona era espectacular, la gente paseaba y se divertía en los bares y los clubes selectos que allí había. Al poco, vio a un hombre alto, con el cabello castaño recogido en una coleta que la impactó por su abierta sonrisa. Maca se acercó a él mientras observaba sus movimientos divertidos al hablar con varios hombres y mujeres que se hallaban alrededor de una mesa alta, pegados a un bar. De repente, se giró y sus ojos se posaron en ella. Al verla, esbozó una sonrisa, a la que Maca contestó con un guiño de ojos.

—¡Maca! —exclamó con efusividad—. ¿Qué tal?

—¡Hola, Michael! —repuso ella con alegría al ver al hermano de su jefe—. Muy bien, de camino a casa.

—Vaya, ¿y eso? No me digas que acabas de salir de trabajar. ¡Si es supertarde! —exclamó tras observar su reloj de pulsera.

—Tenía que terminar unas fotos para enviárselas a la editora con urgencia... —dijo encogiendo los hombros.

—Me imagino de dónde vendrá esa orden... —susurró negando con la cabeza—. ¿Qué te apetece tomar? ¡Te invito a una copa!

—No hace falta, veo que estás muy ocupado —comentó señalando con disimulo a las personas que Michael tenía alrededor.

—Anda, no seas boba. ¡Ellos me tienen muy visto! Vente conmigo —dijo acercándose a ella y despidiéndose de sus amigos con un movimiento de la cabeza—. ¿Qué tal con el explotador de mi hermano?

—Bueno..., ahí vamos —farfulló dejándose arrastrar por aquel hombre que irradiaba buen rollo y felicidad.

—¡Bah! —soltó él, haciendo que lo mirase al rostro—. No le hagas caso. A veces se pone en plan rey de las borderías, pero luego se arrepiente. ¿Qué te apetece tomar? —preguntó cuando llegaron a la barra.

—Una cerveza —contestó sin perder detalle de sus movimientos.

Observó con detenimiento cómo él pedía las bebidas a la bonita camarera, que enmudeció al verlo —y no era para menos, porque con esa coleta que dejaba sus rasgos varoniles y perfectos al descubierto era difícil no titubear e incluso

babear sin pudor alguno—, para después pagar y alejarse de allí a un rincón con menos gente. Se acercaron a una mesa alta que había en la parte de la calle, aunque más alejada de todo el bullicio. Maca le dio un largo trago a su bebida para intentar serenarse porque Michael, incluso, la ponía nerviosa a ella, ¡a ella! Pero era tan... ¡perfecto!

—Entonces seguís como el perro y el gato, ¿no? —replicó Michael posando su mirada clara en ella. Tenía los ojos de diferente tono que su hermano, éstos eran más grisáceos, con líneas en color miel que le daban un aspecto como de felino...

—No tanto, pero me temo que no le caigo especialmente bien —dijo encogiéndose de hombros con resignación.

Ya había dado por sentada aquella conclusión y no podía hacer otra cosa más que intentar cumplir con su trabajo lo mejor posible y punto, al margen de lo que pensara su jefe de ella.

—¿Por qué dices eso? —preguntó echándose a reír, como si aquello fuera tan extraño para él que le hiciera gracia su hipótesis.

—Utiliza el correo electrónico para comunicarse conmigo, algo que con nadie más hace. Es como si evitara hablar conmigo directamente —informó haciendo una mueca de resignación, dando por hecho que no podía caerle bien a todo el mundo.

—Qué raro... —susurró Michael mirándola de arriba abajo—. No has hecho nada más que pudiese enfadarlo, ¿verdad? —preguntó alzando una ceja con expectación.

—No. Esta vez me he portado como una niña buena —contestó mostrándole una sonrisa divertida que contagió a Michael.

—Me da a mí que tú de niña y de buena tienes poco —replicó con guasa.

—Hay que ver qué opinión tan mala tienes de mí —comentó Maca entre carcajadas. Daba gusto hablar con él, se sentía cómoda a su lado. Tenían el mismo humor, y eso era de agradecer.

—La mejor, eso no lo dudes —soltó guiñándole un ojo y cogiendo su copa para darle un largo trago sin dejar de mirarla fijamente.

—He oído por la oficina que te vas a marchar a Vietnam, ¿no? —dijo Maca intentando cambiar de tema. No le apetecía hablar de su jefe en aquellos momentos, sobre todo, cuando se lo estaba pasando tan bien con él...

—Sí, dentro de unos días me marcharé. Necesito encontrarme a mí mismo, vivir sin dar explicaciones, y qué mejor que hacerlo a miles de kilómetros de aquí —confesó con alegría.

—Debe de ser bonito todo aquello...

—Sí, creo que voy a disfrutar como un niño fotografiando aquellos paisajes singulares.

—A mí también me encanta ir a los lugares que visito con mi cámara de fotos en la mano. Nunca se sabe lo que hallarás a la vuelta de la esquina.

—Brindemos por nuestra pasión: la fotografía —anunció mostrándole una maravillosa sonrisa que hechizó a Maca mientras alzaba su copa para chocarla contra su cerveza.

—Seguro que dejas en Miami muchos corazones rotos —indicó guiñándole un ojo.

—Alguno habrá —insinuó tocándose con despreocupación la barbilla—. Supongo que tú habrás hecho lo mismo al venirte aquí, ¿no?

—¿Dejar corazones rotos? —preguntó con sorpresa—. ¡Qué va! Ni uno. Si es que no me tienen valorada por ahí.

—Eso está francamente mal. Menos mal que decidiste venirte —sonrió Michael divertido.

—Sí... Creo que es lo mejor que he hecho hasta ahora. En España estaba haciendo siempre lo mismo. No me malinterpretas, era feliz con mi vida, pero anhelaba más... Un cambio. Más o menos lo que tú quieres hacer ahora.

—Te entiendo perfectamente. A mí me pasaba lo mismo. Por eso decidí dejar de trabajar en la revista con mi hermano y viajar... Pienso que es vital encontrarse a uno mismo para poder estar completo y feliz... —comentó pensativo, haciendo que Maca asintiera a sus palabras. Estaba de acuerdo con él.

—Y, así, al hallarte y aceptarte tal y como eres, poder ser feliz con otra persona —añadió ella, cogiendo el botellín de cerveza para después darle un trago.

Michael se quedó callado sin dejar de mirarla fijamente, como si estuviese elaborando algún plan o simplemente estuviese pensando en otra cosa alejada de su persona. Maca lo observó con detenimiento, Sin lugar a dudas, era un hombre atractivo, simpático, interesante e inteligente. Tenía una manera de hablar y de expresarse que al segundo podías sentirte cómoda a su lado. Era chistoso y su

buen humor contagioso, y por primera vez desde que había roto con Ismael, Maca se sintió atraída por otro hombre... Lo malo era que ese hombre se marcharía en poco tiempo a otro país, llevándose consigo cualquier esperanza de poder conocerlo más profundamente, y a eso había que añadirle que era el hermano de su jefe, con el que tenía una relación tirante...

—Tengo que hacerte una propuesta y espero que la aceptes, Maca —dijo Michael de repente, haciendo que ella lo mirase con atención.

«¿Una propuesta? Uy, qué bien suena eso saliendo de los labios de este hombre», se dijo sin dejar de mirarlo.

## Capítulo 11

Cerró la puerta tras de sí y el silencio ensordecedor de su amplio apartamento lo recibió con angustia. Fue directamente a su dormitorio, se cambió de ropa y comenzó a hacer deporte sin darse tiempo a pensar. Tras media hora con la mente en blanco —un récord para él, dadas las circunstancias—, con el torso perlado de gotas de sudor, se bajó de la cinta de correr para ir a beber agua fresca. Mientras se refrescaba con el líquido transparente, su mente le recordó la imagen de Macarena, totalmente relajada, hablando con su hermano... No se sentía orgulloso, pero había decidido seguirla con su flamante automóvil para asegurarse de que regresaba bien a su casa. Lo que no imaginaba era que ella se encontraría con Michael y que éste la invitaría a tomar algo y..., lo más extraño para Bastian, ¡¡que ella aceptaría!! Algo que lo confundió bastante cuando, minutos antes, ella había declinado dos veces su ofrecimiento de llevarla a casa e invitarla a cenar... Se obligó a retomar sus ejercicios. Necesitaba saciar aquella presión que sentía en la boca del estómago desde hacía días, hacer que desapareciera para poder ser él, sin más artificio y, así, conseguir olvidar esa sonrisa sincera del rostro de Macarena cuando hablaba con Michael... Esa sonrisa que no había visto cuando él la tenía enfrente.

Cuando su cuerpo comenzó a fallar, a causa del esfuerzo y el cansancio, se dirigió a la ducha. El agua caía con fuerza sobre su cabeza y sus hombros, y cerró los ojos sintiendo cómo sus músculos se relajaban. Miró hacia abajo y vio su prominente pene izándose con descaro.

—Uf... ¿Cuánto tiempo llevamos sin follar? —le preguntó a esa parte de su cuerpo, que se movió como si tuviese vida propia, contestándole con ese movimiento lo que él ya sabía.

Hizo memoria para saber cuánto llevaba sin sucumbir a los placeres del sexo entre las piernas de una preciosa mujer. Y tuvo que retroceder más de tres meses. La encargada fue Melania, la misma mujer que se encontró en la cena benéfica a la que acudió con Macarena... Su pene se endureció todavía más y Bastian se lo movió despacio, de delante hacia atrás, deleitándose con el placer que le proporcionaba su propia mano.

—¿Qué coño me pasa con la española? —se cuestionó cerrando los ojos sin dejar de masturbarse, notando cómo caía con fuerza el agua sobre sus hombros.

No le gustaba su físico: era demasiado poco femenina, a él siempre le habían gustado las mujeres que se cuidaban y se arreglaban, que explotaban todo su potencial, y ella era lo contrario a todo eso. Además, su manera de ser no encajaba con la de él, era demasiado contestona, demasiado fuerte y habladora para su gusto; entonces, sabiendo que Macarena no era su tipo de ninguna de las maneras, ¿por qué no dejaba de revivir aquella imagen de ella recién salida de la ducha y tapada con una minúscula toalla? Echó la cabeza para atrás sin dejar de mover la mano derecha, pensando en aquella imagen que llevaba utilizando —muy a su pesar, pero era la única que lo ayudaba a alcanzar el orgasmo— desde entonces para masturbarse: Macarena, con la piel brillante y resbaladiza, su cabello todavía más oscuro de lo que realmente era, esas gotitas que resbalaban juguetonas hacia el interior de sus generosos pechos, esos labios definidos, rosados, contrayéndose por la sorpresa al verlo ante su puerta, sus ojos inquietantes, curiosos, observándolo con astucia.

—¡¡Joderrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr!! —gruñó totalmente excitado sin dejar ni por un segundo sus movimientos—. ¿Qué me pasa, que no puedo quitarte de mi mente? —inquirió entre gemidos guturales al borde del orgasmo.

Apartando a un lado la coherencia y dejándose arrastrar por la excitación, Bastian comenzó a imaginar escenas tórridas con Macarena. Se imaginó otro desenlace totalmente distinto de lo ocurrido en ese día que se presentó sin avisar en su piso. Ella lo hacía pasar al pequeño apartamento, él la seguía al salón, ella se sentaría en el sofá haciendo que la toalla se subiera un poco más y pudiera contemplar sus maravillosos muslos, a él se le secaría la boca de tenerla así, ella comenzaría a coquetear con él al percibir el tremendo bulto en su pantalón, se levantaría con la excusa de invitarlo a una copa, y él, sin poder aguantar más la falta de contacto, se le acercaría por detrás mientras ella estuviera en la barra de



trabajaba a pocas mesas de distancia de donde él se encontraba. Ese día había optado por llevar unos pantalones claros —algo sorprendente en ella, que era la reina del Lado Oscuro; Bastian llegó a pensar incluso que debía de ser una acérrima admiradora de Darth Vader—, que definían muy bien su cuerpo, y para Bastian, aquel descubrimiento lo estaba mortificando todavía más de lo que ya se encontraba. «No te gusta, recuérdalo», se repetía cuando se descubría observando sus movimientos seguros y alegres por la oficina. Se estaba volviendo loco, él, que era la viva imagen de la cordura y la racionalidad, estaba perdido y confundido porque no sabía cómo llamar a lo que le ocurría. Exasperado por ello, cogió el teléfono y marcó veloz.

—¿Puedes almorzar hoy conmigo? —preguntó con voz seria cuando contestaron.

—Ehm..., sí, claro.

—Te espero donde siempre —dijo mientras finalizaba la llamada y comenzaba a mover papeles de un lado para otro para poder centrarse, al fin, en el trabajo.

Cuando llegó la hora, se levantó como un resorte para salir de su despacho y marcharse a almorzar. Fue el primero en salir de la oficina para ese fin y, sin despedirse siquiera de nadie, cogió el ascensor y se dirigió al restaurante.

—No sé por qué te he llamado, pero necesitaba hablar con alguien —informó mientras se sentaba a la mesa.

—Y ¿quién mejor que tu querido hermano? —dijo Michael mientras le guiñaba un ojo—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué hacías ayer con Macarena? —preguntó de golpe, haciendo que Mike frunciera el ceño extrañado.

—¿Cómo sabes que ayer estuve con Maca?

—Os vi... Pero eso es lo de menos... —soltó mientras se tocaba nervioso el cuello.

—Me la encontré por casualidad y estuvimos tomando una copa... Todo muy inofensivo, que no afectará para nada a tu querida revista —susurró observando los gestos de su hermano—. Estás muy extraño, más que de costumbre... ¿Qué te ocurre?

—No lo sé, Mike... Me estoy volviendo loco —susurró Bastian mientras se frotaba enérgicamente el rostro con ambas manos.



—¿Tu problema tiene nombre de chica y empieza por eme?

—Sí —susurró mientras le ofrecía una mueca de disgusto, al no estar especialmente orgulloso de que fuera ése el caso.

—A ver... —comenzó mientras se echaba para atrás como evaluando la situación—, la pija esa relamida no puede ser..., ¿cómo se llamaba? ¿Melanie? —preguntó haciéndose el interesante, algo que puso más nervioso aún a Bastian. ¿De verdad que tenía que aguantar esas tonterías para poder sincerarse con alguien?

—Melania —lo corrigió mientras ponía los ojos en blanco. ¿Por qué lo habría llamado a él?

—Eso, Melania. Pues ella no puede ser porque tiene menos luces que un abeto en el mes de agosto... Por tanto, y viendo que nos estuviste espiando ayer..., debe de ser Maca, ¿no?

—¡No os estuve espiando! —exclamó intentando que aquello no sonase peor de lo que en realidad era—. Joder, Mike, no sé qué me pasa con ella. No me gusta, ¡nada!, pero aun así me la imagino de una manera íntima, ya sabes...

—Vamos..., que te la meneas pensando en ella... —dijo haciendo un resumen de lo que su hermano mayor quería decirle.

—Sí... —contestó con timidez. Aquello se le estaba escapando de las manos.

—Bueno, Maca está muy bien. Es exótica, es distinta de todo lo que hay por aquí y tiene un buen polvazo.

—No te estoy diciendo que sea fea ni nada de eso, pero no es mi estilo de mujer. A mí me van más parecidas a Melania —confesó Bastian.

—Y así te va... De Melania en Melania —farfulló reprochando su comportamiento—. Ese tipo de mujeres no te convienen, Bastian. Tú eres un tío listo, necesitas a alguien que te provoque, que te rete cada dos por tres, que te lleve al límite, y te puedo asegurar que no necesitas a mujeres florero que siempre dicen que sí a todo y que están dispuestas a cualquier cosa sólo por el hecho de que, uno, tienes dinero, y dos, eres guapo.

—Entonces ¿me estás diciendo que necesito a una mujer como Macarena? —preguntó incrédulo.

—No te estoy diciendo que necesites a una mujer como ella, sólo te digo que tienes treinta y cinco años, sigues soltero y sin pensamiento de emparejarte con nadie... Si has intentado siempre con el mismo tipo de mujer y no ha cuajado,

por algo será, ¿no? Dime, ¿qué es lo que no te gusta de Maca?

—Todo.

—Pero tienes pensamientos calientes con ella, ¿no?

—Sí, desde que la vi... —Se detuvo de golpe al no saber si hablarle de eso o no, pero al final optó por sincerarse. Michael era lo opuesto a él, a lo mejor lo ayudaba a encontrar una solución a su problema—. Fui un día a su casa, para comentarle algo del trabajo, y me abrió la puerta llevando sólo una toalla encima.

—Guau —soltó con unos ojos como platos—. ¿Te la follaste?

—No... ¡Claro que no! —negó incluso con la cabeza para que su hermano no tuviese dudas de la veracidad de sus palabras.

—Entonces, desde que la viste de esa manera, no paras de imaginártela en otras tesituras que no son laborales, ¿verdad?

—Sí.

—Pero ¿no te gusta físicamente?

—Nada.

—Pero te pones cachondo al pensar en ella...

—No sabes tú cuánto.

—Me lo puedo imaginar... —murmuró Michael pensativo, intentando llegar a una conclusión—. Hermano, estás jodido.

—¿Por qué? —preguntó realmente interesado por su punto de vista, seguramente mucho más alejado del que él tenía en esos momentos.

—Porque, aunque no quieras, Macarena te tiene pillado.

—Menudo lumbreras... Eso ya lo sabía, me he dado cuenta de que, si no dejo de pensar en ella, por algo será. Pero quiero darle nombre a eso —rebufó disgustado de que no lo ayudase a dar con el meollo del asunto.

—Muchas cosas empiezan sin tener nombre, Bastian. El deseo, la química, el amor, o llámalo equis no es un cúmulo de datos o de aspectos afines a otra persona. Es algo extrasensorial, algo que escapa al raciocinio, algo tan acojonante que hace que un hombre como tú se fije en una mujer como Macarena y que no sepa las razones.

—No me estás ayudando, Mike —anunció todavía más nervioso y confundido.

—Fóllatela —indicó categóricamente.

—Pero ¿cómo quieres que me la folle? ¡Es la fotografía de mi revista! — exclamó desquiciado por su absurdo comentario.

—¿Y qué? Yo me follaba a Linda y la revista no se ha hundido por eso — comentó Michael como si nada.

—No es lo mismo, Mike. Yo soy el propietario, tengo que dar ejemplo y no puedo follármela para dejar de pensar en ella —replicó pesaroso.

—¿Crees que si te la follas se estabilizará tu vida? —preguntó con curiosidad.

—Claro, pero sé que las consecuencias serán peores. Macarena no es como las demás, te lo puedo asegurar. Ella..., no sé, me desquicia, me lleva al límite, me sorprende con sus contestaciones y con su manera de actuar delante de mí... Ella me descoloca —confesó echándose para atrás en la silla en un movimiento de absoluta rendición—. *Shit!* Deberías haberla visto cuando fuimos a Disney a hacer un reportaje fotográfico... Mike, ¡iba con una absurda diadema de Minnie Mouse en la cabeza...! —exclamó exasperado.

Su hermano pequeño comenzó a reír a carcajadas al imaginarse a Maca de aquella guisa y, sobre todo, por la cara que debió de poner Bastian al verla.

—¡Maca es genuina! —exclamó sin dejar de reírse—. Dime, y ¿qué pasará si te acuestas con ella y tu situación empeora?... ¿Lo has pensado? —preguntó ya más calmado.

—¿Más aún? Llevo no sé cuántos días sin poder dormir, pajeándome sólo con la imagen de ella con la toalla, y crees que, después de aguantar verla al día siguiente como si nada por la oficina, si algún día (cosa que dudo que ocurra) consigo acostarme con ella, luego, ¡¿empeoraré?! —

—Ya lo dice mamá: en temas de mujeres estás pez —dijo Mike llamando al camarero para que les tomara nota.

Bastian lo miró y negó con la cabeza desesperado, eso le ocurría por sincerarse con el alocado de su hermano, y lo peor de todo era que seguía incluso peor que antes, sólo por verbalizar la posibilidad de poder acostarse con Macarena... Algo bastante complicado, cuando ninguna de las personas implicadas soportaba a la otra, ¿verdad?

\* \* \*

—De lo que te he contado antes, ni media a nadie, ¿eh? —soltó al terminar de almorzar, tras una extensa conversación que giró en torno a Macarena y al viaje que haría Michael al cabo de unos días.

—¿Cuándo le he contado algo a alguien? —preguntó ofendido.

—Mike... —dijo mientras enarcaba una ceja como dándole a entender que más veces de las que a él le habría gustado.

—Bueno, a los únicos que se lo cuento es a nuestros padres. Ellos no dicen nada a nadie.

—Pero no quiero que cuando me acerque a casa me bombardeen a preguntas. Quiero solucionar esto lo mejor que pueda y continuar con mi apacible vida.

—Dirás tu aburrida vida —rectificó Michael.

—Para ti lo será, para mí no.

—Claro, por eso te has fijado en una mujer completamente distinta del prototipo de Barbie descerebrada al que estás acostumbrado... —le recriminó mientras observaba a su hermano pagar la cuenta.

—Tampoco eran tontas.

—No, pero no tenían personalidad, y me da a mí que a Maca de eso le sobra.

—Puf... ¡Ya te digo! —soltó mientras se levantaba de la silla para abandonar el restaurante.

—Dale una oportunidad. Intenta seducirla y vive una noche apasionada o dos con ella. ¿Qué puedes perder?

—Puedo perder a una excelente fotógrafa y puedo perder mi reputación. Un precio demasiado alto para dos revolcones, ¿no?

—Pero pueden ser los revolcones más alucinantes de tu existencia —anunció Michael.

—O puede que no tengamos la química suficiente para llegar a esa parte de la cita. Lo mejor será que me olvide de todo esto.

—Como tú veas, Bastian... Pero es una lástima dejar escapar una oportunidad como ésta. Una mujer distinta, como tú has dicho, que te reta de continuo y te desafía verbalmente cada dos por tres es algo que uno no encuentra todos los días...

—Lo primero es lo primero.

—Pero no siempre es el trabajo, Bastian.

—Para mí, sí... Bueno, gracias por venir a hablar conmigo, te debo una.

—Para eso estamos los hermanos —dijo Michael mientras se daban un abrazo a la salida del restaurante—. ¡Ah! Casi se me olvida —soltó entre risas, haciendo que Bastian lo mirase extrañado—. Recuerda que el viernes de la semana que viene es la cena del cumpleaños de mamá y, ya de paso, nos despedimos a lo grande, ya que me marcho al día siguiente.

—No te preocupes, que me acordaré.

—Y Bastian, ¡¡sé malo!! —soltó mientras le guiñaba un ojo y se despedía de él con la mano.

Éste negó con la cabeza: su hermano era un caso aparte, y lo peor de todo era que, aun sabiendo cómo era, siempre recurría a él... ¡No aprendía nunca!

Bastian se encaminó hacia la oficina un poco más tranquilo que cuando había salido y, al ver el ascensor cerrándose, se introdujo en él corriendo. En su interior se encontraban Emily, Linda, Mason y... Macarena.

—Buenas —dijo intentando no mirar a la española, como si ella no estuviese a escasos centímetros de su piel, como si no la pudiese rozar con la yema de los dedos, como si no existiese...

—Hola, señor Miller —le contestaron sus trabajadores.

Y el silencio, uno incómodo que puso hasta nervioso a Bastian, se instaló en aquel pequeño habitáculo. Aunque intentó mostrar una serenidad que no sentía, no podía permitir que sus trabajadores —y, sobre todo, Macarena— se diesen cuenta de cómo le afectaba la proximidad de la nueva empleada. Al abrirse las puertas, se quedó atrás para ceder el paso a las mujeres —ante todo era un caballero— y así, de paso, observar lo bien que le quedaban esos pantalones claros a la española —ser caballeroso no era sinónimo de tonto—, aunque era obvio que Mason en esos menesteres estaba oxidado, ya que salió el primero.

—Por favor —dijo Macarena cediéndole el paso a Bastian.

—Después de ti —indicó él posando, por primera vez, la mirada en sus ojos y... en su tentadora boca, que sonreía divertida mientras le señalaba con la mano la puerta abierta del ascensor para que saliera él primero, sin ofrecer muestras de dar su brazo a torcer.

—Insisto. Ya sabe que no me gustan estas cosas —confesó Macarena dando un paso atrás para que no tuviese dudas de que ella no iba a salir la primera en esa ocasión.

Bastian tragó saliva, parecía que le gustaba desquiciarlo, llevarlo al límite de

su paciencia, llevarle la contraria. Parecía que no daba su brazo a torcer ni siquiera en algo tan absurdo como quién salía primero del ascensor.

—¡Como quieras! —exclamó molesto por perderse el espectáculo de las caderas de la española contoneándose en un baile para nada femenino pero sí genuino delante de él.

Al comenzar a andar, su torso rozó sin querer el pecho de Macarena, que, al notar la proximidad de ambos cuerpos, dio un paso a un lado, como si el contacto de él la hubiese quemado. Bastian anduvo el camino que separaba el ascensor de su despacho, rogando, anhelando, que nadie notara la creciente erección originada por aquel diminuto e inofensivo roce, que a él le supo a gloria y lo mortificó a partes iguales. Al sentarse ante su mesa, cerró los ojos para serenarse, su pene se encontraba embutido en sus calzoncillos y tuvo que recolocárselo para liberar la presión. Desde la distancia la vio, ajena a lo que conseguía con esa manera de ser tan altiva, como si no se percatara de que su cuerpo tenía vida propia y lo llevaba hasta el de ella para poder saciar así aquella sed que de repente sentía. Algo que jamás le había pasado en toda su vida: excitarse con alguien que no entraba dentro de sus gustos.

## Capítulo 12

—¡Hola, mamá! Feliz cumpleaños —dijo Bastian nada más traspasar la puerta de la casa de sus padres.

—Hola, cariño. Has venido pronto... —indicó dejándose abrazar por su primogénito y cogiéndolo de la cara para ver, con detalle, los visibles signos de cansancio en su rostro—. ¿Estás bien?

—Sí, un poco cansado... Estamos terminando de preparar el número del mes que viene y, ya sabes, los últimos días hay mucho más estrés... —comentó para tranquilizar a su madre.

—Ya... —Chasqueó la lengua sin creerse aquella razón para que su hijo tuviera tan mal aspecto—. ¿Quieres una cerveza antes de que vengan tu hermano y tu padre?

Bastian maldijo por dentro, sabía que su madre se había percatado de que mentía, de que no se encontraba así por el trabajo, sino, más bien, por cierta española que no podía arrancar de su mente, aunque lo había intentado con todas sus fuerzas. Había transcurrido una semana desde la conversación con su hermano, en la cual había intentado olvidar y eliminar de su vida a la culpable de sus fantasías más tórridas, que lo perseguían sin descanso en cualquier momento de su día. Un esfuerzo constante, sin éxito alguno, para rehuir a la protagonista de sus deseos más calientes, que seguía en la tesitura de contradecir todo lo que él decía, incrementando, con su descaro, aquellos sentimientos contradictorios que lo estaban enloqueciendo. Había podido alcanzar aquel último día de la semana casi sin aliento y agotado tanto psíquica como físicamente, anhelando aquella velada tranquila con su familia, alejado de la revista y, sobre todo, de esa mujer que seguía, para su estupor, tatuada en su mente. En cambio, ella, en la

revista, continuaba sembrando amistades por doquier, y se podía decir que había encontrado un hueco dentro de la plantilla de trabajadores, algo que en parte lo alegró, pero también lo disgustó, ya que tenía la descabellada esperanza de que Macarena se aburriese de todo y se marchara de vuelta a su país, aun sabiendo que, si lo hacía, perdería a una gran fotógrafa. Sin embargo, la verdad era que aquella fijación que no lo dejaba ser él mismo, lo estaba desquiciando llevándolo al borde de la demencia. ¿Cómo podía explicar que se sintiera atraído por una mujer que lo disgustaba? ¡De locos, ¿verdad?! Así andaba después de más de dos semanas, intentando controlar a su cuerpo y haciendo caso a su razón, que le decía que aquello no estaba bien.

—Bastian, te estoy hablando, ¿me estás escuchando? —preguntó Lucre al ver que éste no le contestaba.

—Sí, sí que quiero esa cerveza. Pero, antes de nada, toma —dijo mientras le tendía un paquetito envuelto en papel de regalo plateado.

—No hacía falta que me compraras nada, pero ¡gracias, tesoro! —exclamó con emoción Lucre, cogiendo el regalo y desenvolviéndolo delante de Bastian, que la observaba con una tierna sonrisa—. Oh..., cariño, ¡me encanta! —exclamó sacando de un estuche un precioso reloj de pulsera de Swarovski y dándole otro abrazo a su hijo.

—Sabía que te gustaría. Me di cuenta el otro día de que no llevabas tu reloj... Supuse que se te había roto.

—Sí, se me rompió, iba a comprarme uno la semana que viene. Ay, Bastian, siempre tan atento a las pequeñas cosas... —suspiró con orgullo mientras se encaminaba a la cocina—. Vamos a ponernos al día antes de que vengan.

Bastian sonrió mientras se sentaba en la isla bordeada por cuatro taburetes altos que era la protagonista indiscutible en esa cocina que hacía poco que habían reformado sus padres. Observó cómo su madre se sentaba a su lado y ponía delante de ellos unas copas bien frías de cerveza, mostrándole esa mirada que tan bien conocía, como si pudiera saber lo que le ocurría sin que él tuviera que hablar.

—Entonces ¿mañana vais a acompañar al aeropuerto a Mike? —preguntó Bastian dándole vueltas a la copa en la superficie brillante de aquella isla e intentando hablar de cualquier cosa que no tuviera como protagonista su persona.



—Sí, su vuelo sale a las doce de la mañana... Esperemos que esta noche no salga hasta muy tarde, si no, tu padre y yo nos veremos en la ardua tarea de despertarlo para que no pierda el vuelo...

—¿Tú crees que le hará bien irse tan lejos?

—Él tiene muchas ganas de ir. Además, espero que encuentre lo que está buscando.

—Y ¿qué está buscando para irse tan lejos?

—Lo mismo que tú, aunque aún no te hayas dado ni cuenta de ello —confesó con misterio mientras le guiñaba el ojo divertida.

—Buf... —resopló con resignación, a sabiendas de cómo podía ser su madre de enrevesada para sacarle información—. Escupe —soltó con desgana.

—¿El qué?

—Lo que te ronda por la cabeza, mamá. ¡Que nos conocemos! —exclamó exasperado, sabiendo que su madre no pararía de lanzarle indirectas hasta que sacara a colación lo que lo preocupaba.

—Pues si tan bien me conoces, ya sabes que me gustaría que saliese de ti contármelo y no ser yo quien vaya sacándote las palabras de la boca —concluyó mientras alzaba la copa para darle un trago.

—Sabes que no me gusta hablar de esas cosas... —susurró mirando la ventana que daba a la piscina de su casa, la misma que había utilizado tantísimas veces durante su infancia y adolescencia.

—¿Por qué te desagrada contarme tus amoríos, Bastian? Sabes que siempre puedes contar conmigo, incluso para que no haga nada más que escuchar...

—Lo sé, mamá. Pero no quiero que te preocupes innecesariamente. Esto es pasajero —señaló levantando los brazos—. Lo sé.

—Para ser pasajero, llevas unas semanas extraño, y tu cara ya va reflejando el cansancio acumulado.

—Lo que no te mata te hace más fuerte, ¿no? —soltó con ironía mostrándole una sonrisa forzada.

—¿Qué te pasa con esa fotografía? —preguntó Lucre sin titubeos, intuyendo que él no sacaría el tema.

—No va a hacer falta que mañana acerquéis a Mike al aeropuerto —repuso con seriedad.

—Y ¿eso por qué? —inquirió ella sin entender a qué venía ese comentario.

—Porque en cuanto lo vea le voy a dar tal patada en el culo que va a llegar a Vietnam sin hacer escalas ni nada —contestó con determinación, haciendo que su madre se riera a carcajadas.

—Anda, anda, no seas bruto. Ambos sabemos muy bien que no le vas a hacer nada a tu hermano, porque, aunque te cueste reconocerlo, eres consciente de que Mike está preocupado por ti y, al marcharse y no poder estar atento a ti como le gustaría, ha tenido que recurrir a nosotros para que estemos pendientes.

—No me ocurre nada grave, mamá. No es tan importarte como para que estéis preocupados por mí... Es simplemente un encaprichamiento absurdo con una mujer que no es de mi estilo y que no tiene nada que ver conmigo. Cuando pasen unos días y consiga liberarme de... ¡esto! —se señaló la sien derecha—, estaré como siempre.

—¿Dónde está la cumpleañera más bonita del mundo mundial? —oyeron que decía la voz inconfundible de Mike, que acababa de entrar en la casa.

Bastian alzó los ojos al techo como dándole a entender a su madre todo lo que había que aguantarle al impresentable de su hermano, y Lucre, simplemente, sonrió mientras negaba con la cabeza divertida: no podía tener dos hijos más distintos uno del otro.

—¡En la cocina! —indicó ella mientras acariciaba con cariño la mano de su hijo mayor.

Bastian giró la cabeza hacia la gran abertura de la cocina, que comunicaba directamente con el comedor y, éste, a su vez, con el salón y la entrada. Vio a su hermano pequeño entrar con un gran pastel de cumpleaños, y detrás de él... Parpadeó varias veces asegurándose de que no veía ningún espejismo y que detrás de Mike, de su hermano pequeño, el cual sabía de la batalla interna en la que estaba metido desde que arribó cierta nueva incorporación a la revista, con su peculiar manera de caminar, con su cabello negro atado en una alta coleta, con esa manera de vestir que tanto le desagradaba —pantalones negros, cómo no, y camiseta de tirantes del mismo color pero con un escote de pico que mostraba la piel de parte de sus pechos—, iba... ¡¡Macarena!! Se giró de golpe y cerró los ojos intentando serenarse y que no se notara que su cuerpo se estremecía al verla sonreír con aquel descaro, como si estuviera disfrutando al verlo sorprendido por su presencia...

—¡Feliz cumpleaños, mamá! Te traigo un regalo fabuloso —explicó Michael

mientras dejaba el pastel sobre la encimera de la cocina y, después, le daba un afectuoso abrazo a su madre, que acompañó con un sonoro beso en la mejilla que la hizo sonreír divertida.

—Muchas gracias, cariño —dijo Lucre mirando con curiosidad a Macarena, que se había quedado quieta detrás de su hijo pequeño—. ¿Tú eres mi regalo? —preguntó enarcando una ceja con curiosidad.

—Ella en sí, no, mamá —rio Michael despreocupado—. Te presento: ella es Maca, y está aquí para hacernos un reportaje de fotos familiar y, así, darte un álbum que manosear y mirar hasta la extenuación, para que no te olvides de mi preciosa cara cuando esté en Vietnam —explicó mientras le guiñaba un ojo socarrón a su madre.

—Oh, qué detalle tan bonito, cariño —indicó Lucre cogiéndole la mano para demostrarle lo que le encantaban aquel tipo de regalos para, así, después levantarse de la silla y darle un par de besos a la invitada—. Encantada de conocerte, Maca; me llamo Lucre.

—Encantada, Lucre, y felicidades —dijo Macarena con una sonrisa.

—Bueno, Bastian, a ti no te la presento porque ya la conoces —comentó Mike divertido, llevándose como premio una mirada fulminante de él.

—¿Os conocéis? —preguntó Lucre sin entender nada mientras observaba a la invitada y a su hijo mayor, al que le había cambiado de golpe la expresión por una más dura y hosca.

—Maca es la fotógrafa de la revista de Bastian —anunció Michael con alegría, percibiendo el cambio sutil en el rostro de su madre, de la alegría a la curiosidad, por conocer a la mujer que había obnubilado a su hijo mayor y a la que repasó de arriba abajo intentando encontrar aquel fallo que hacía que su hijo no quisiera nada con ella, pero que, al mismo tiempo, no pudiera dejar de pensar en esa mujer.

—Oh, vaya... —farfulló Lucre mirando de reojo a Bastian, que simplemente hizo un movimiento de cabeza a modo de saludo a Maca, a lo que ella le contestó con una amplia sonrisa—. ¿Quieres una cerveza o un refresco, Maca?

—Una cerveza, muchas gracias —dijo ella acercándose a la isla y sentándose en el taburete que le estaba señalando Michael—. Le he traído un pequeño detalle; al saber que era su cumpleaños, me daba apuro venir con las manos vacías.

—Anda, ¡qué chica más detallista! Muchas gracias —indicó Lucre dejándole la cerveza a su lado.

Maca sacó de su grandísimo bolso un pequeño sobre dorado y se lo tendió. La mujer lo abrió y se quedó perpleja mientras lo sujetaba con la mano. Era una bonita pulsera plateada en la que, ensartados con el símbolo del infinito, se podían leer perfectamente los dos nombres de sus hijos.

—Es... es preciosa. Muchísimas gracias —confesó acercándose a ella para darle un par de besos en las mejillas.

—Me alegro de que le guste.

—Ay, Maca, no me llames de usted, que me haces más vieja de lo que soy —dijo con una sonrisa tendiéndole la pulsera a Bastian para que la ayudase a ponérsela alrededor de la muñeca.

—Como quieras —indicó sonriendo mientras miraba de reojo a Bastian, que ponía con mucho tacto y acierto la pulsera a su madre.

—Antes de que venga vuestro padre, quiero una foto con vosotros dos —señaló con alegría Lucre—. ¿Nos la haces, Maca?

—Claro. Dame un segundo, que me prepare —dijo mientras sacaba de su bolso una pequeña cámara de fotos profesional, mucho más pequeña que la que utilizaba en la revista, y se la colgaba al cuello—. ¿Dónde queréis que os la haga?

—Aquí mismo, en la cocina, en el lugar donde siempre hemos resuelto todos nuestros pequeños problemas, delante de un buen guiso o de un buen café —comentó mientras se colocaba en medio de sus dos hijos.

Maca comenzó a mover el objetivo para que la luz no importunase aquella bella instantánea en la que dos hombres tan distintos entre sí, tanto en el físico como en la personalidad, posaban junto a esa mujer de bellos rasgos latinos, con unos ojos de un tono verdoso que le recordaron a los de Bastian y con una sonrisa alegre que era la carta de bienvenida de Michael. Ambos hombres tenían rasgos semejantes a los de su madre: uno la nariz, el otro el espesor de las pestañas, el uno el don de palabra y el otro esa mirada que parecía que veía más allá de lo básico.

Mientras tanto, Bastian aguantaba estoicamente su postura rígida e indiferente, sin dar muestras del revoltijo que sentía en su interior, que pasaba de la indignación (por no esperarse que su hermano tuviera la desfachatez de

llevarla a casa de sus padres) al deseo (por verla fuera de las cuatro paredes de su oficina, tan concentrada, tan... ella). Maca tenía una manera única de indicarles que se movieran para que la luz rebotase en el punto exacto que ella deseaba, con voz suave y entre sonrisas; esa manera tan auténtica que tenía de hablar a todo el mundo a excepción de él, con que siempre solía encontrarse a la defensiva, como si esperase cualquier réplica por su parte para poder ponerlo entre las cuerdas y dejarlo mal delante de sus empleados.

—¡Al fin llegas! —exclamó Lucre en cuanto vio aparecer por la cocina a su marido.

Steve era, sin lugar a dudas, el prototipo de hombre americano: ojos claros, pelo rubio, rasgos rudos y marcados, corpulento y con un tono de piel blanquecina, tan distinta de la que habían heredado sus hijos, mucho más parecida a la de su madre, con aquel tono dorado acostumbrado al sol de aquella ciudad. Se acercó de dos grandes zancadas a su mujer y le dio un beso de película que Maca no dudó en immortalizar con su cámara. Era maravilloso ser testigo de un amor así. Después de aquel bonito recibimiento, Lucre se lo presentó a Macarena y todos pasaron al comedor para ir preparando la mesa para la cena.

—Maca, ¿te gusta la comida mexicana?

—¡Sí! Me encanta —contestó con una sonrisa.

—Pues vas a tener la comida más deliciosa que jamás hayas probado —informó Michael guiñándole un ojo.

—No lo dudo. Pero de verdad que puedo ir a cenar por aquí cerca y luego volver para terminar de hacer las fotos. No quiero estorbar en una cena tan íntima y familiar —se excusó al percibir que no era bien recibida por su jefe.

—Anda, anda, no seas boba. En esta casa todo el mundo es bien recibido, y mucho más una amiga de mis hijos. Igualmente, siempre hago comida de más —comentó Lucre mientras dejaba las fuentes sobre la mesa, donde se podía ver multitud de platos típicos mexicanos. A Maca se le hizo la boca agua al ver esa comida deliciosa.

Los cinco se sentaron alrededor de la mesa y Bastian escuchó en silencio las conversaciones que giraban en torno a la comida mexicana y la española. Al poco, sin casi darse cuenta, su madre comenzó a hablar en español con Macarena, algo que ella agradeció con una sonrisa al poder hablar en su idioma.

Ninguno de los presentes en la mesa se perdió nada de lo que hablaron las dos mujeres, entre risas, recordando viejos momentos y hablando de las grandes diferencias y semejanzas de ambas culturas hispanas, ya que todos conocían a la perfección el idioma, aunque normalmente hablaran en inglés.

Al acabar la copiosa y deliciosa cena, salieron al jardín para que Macarena pudiese fotografiarlos a los cuatro de diferentes maneras: todos juntos, uno con otros y un largo etcétera, mientras, entre instantánea e instantánea, seguía el buen humor, a excepción del de Bastian, que comenzaba a peligrar con estallar en breve, atacando en primer lugar a su hermano, que sonreía complacido al bromear con Macarena cada poco tiempo. Pero... ¿por qué la habría invitado Michael?

—Maca, ¿puedes incluir en el álbum algunas fotos de mis hijos de pequeños? —le preguntó Lucre antes de sacar el pastel de cumpleaños.

—Claro.

—Vente conmigo, creo que las tengo en el salón. Me encantaría que estuvieran en el álbum que me vas a preparar —indicó mientras la cogía del brazo y se la llevaba al interior de la casa—. Steve, ve preparando los platos y el pastel y sácalos al jardín. Hace una noche estupenda para tomar el postre fuera —ordenó antes de desaparecer.

—¿Qué pretendes? —soltó Bastian con los dientes apretados a su hermano cuando estuvieron a solas en el jardín.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido ante la actitud hosca de Bastian.

—Joder, Mike, te dije que estaba hecho un lío, que me estaba costando horrores mirar a... Macarena y no tirarme encima de ella, y... ¡me la traes a casa! —exclamó exasperado.

—Quería hacerle un regalo a mamá. Además, para que quede claro, ya había hablado con ella antes de que tú me confesaras todo eso... —declaró mientras levantaba los brazos en señal de inocencia—. Y, tío..., si quieres meterla en tu cama, te aconsejaría que le hablaras y dejaras ya esa cara de lechuga podrida con la que llevas toda la noche.

—Pero ¿cómo quieres que sonría y me divierta? ¡Joder, Mike! —exclamó ofuscado mientras se frotaba enérgicamente el rostro—. ¿Te la has...? —susurró temiéndose lo peor. Había comprobado que entre Macarena y él había sintonía y química, algo que no existía con él, pues parecían estar siempre a la gresca.

—¡No! Jamás te haría algo así. Sé que te gusta, aunque tú no quieras reconocerlo. De ningún modo podría ponerle un dedo encima aunque me lo pusiera en bandeja. ¡Somos hermanos, joder! —indicó con seriedad.

—No sé si sería mejor que te la follaras... Por lo menos, así me la quitaba de la cabeza de un plumazo —bufó inquieto. ¡Se iba a volver loco en breves instantes si no hacía algo para remediarlo!

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Mike extrañado por aquella confesión tan inquietante.

—Lo más jodido es que no lo sé... —resopló angustiado al sentir cómo se le contraían las entrañas al pensar siquiera en la posibilidad de saber que su hermano hubiera podido hacer realidad sus tórridos y húmedos sueños.

—Relájate, Bastian, demuéstrole a Maca cómo eres de verdad. Ella cree que eres un sieso amargado y, ahora que veo cómo te comportas con ella, es normal que piense eso de ti.

—Debo mantener las distancias. No puedo ni debo dejar... —susurró amargamente.

—¡No digas tonterías! Deja que las cosas fluyan, no lo esquematices todo, que hasta el término suena aburrido, y disfruta de lo que te da la vida. ¡Eres joven, joder! Si no arriesgas ahora, ¿cuándo lo harás?

Bastian negó con la cabeza. Siempre había arriesgado muchísimo, cuando fundó la revista, cuando apostó para que alcanzara a ser la mejor... Pero era cierto que en su vida privada no había arriesgado nunca. Las pocas relaciones que había tenido habían sido esporádicas, una o dos noches como mucho, alguna cena social y poco más. Siempre se escudaba con el pretexto de que tener una novia afectaría enormemente al crecimiento de su negocio. No podía dedicarle todo el tiempo libre a una mujer, debía dedicárselo a la revista...

En aquel instante salió Macarena con su madre al jardín, las luces de las antorchas artificiales que bordeaban el lugar la resaltaron como si fuera una estrella. Bastian tragó saliva al sentir cómo su cuerpo lo empujaba hacia ella para poder olerla, para poder acariciarla, para poder ser él el causante de aquella maravillosa sonrisa que mostraba a todo el mundo, excepto a él... Su madre se dio cuenta del escrutinio que le estaba haciendo a la fotógrafa y le guiñó un ojo, como dándole luz verde a que se arriesgara a hacer algo que no fuera para el bien de su empresa, sino para el suyo propio. Bastian cerró los ojos y se dio la vuelta

para observar el agua de la piscina, que se encontraba en calma e iluminada por seis focos instalados en su interior. Sabía que era una locura sentirse atraído por ella y cuando pensó, por un instante, que su hermano podría haber tenido algo con ella, algo se contrajo en su interior, como si se lo retorciesen... ¿Acaso eso era sentirse celoso? No lo sabía. Jamás, en sus treinta y cinco años, había notado algo parecido. ¿Qué podía hacer? Esa pregunta lo estaba mortificando, ya que no tenía respuesta para ella. Temía cometer algún error que lo hiciese arrepentirse de todo aquel disparate. Volvió a girar la cabeza cuando la oyó reírse a carcajadas con alguna contestación de su hermano pequeño. Hacían buena pareja... En cambio, él no pegaba al lado de Maca, ni siquiera utilizando pegamento extrafuerte. Entonces ¿por qué deseaba ponerse al lado de ella y que fuera a él quien mirase con esos ojos oscuros, y que fuera él el causante de que ella sonriese? Ahogó un suspiro y una maldición, se estaba volviendo loco y lo peor era que no podía alejarla de él. Era tan buena en su profesión que sería una estupidez hacerlo.

—Bastian, acércate, vamos a cantar el *Cumpleaños feliz* —informó Michael con una sonrisa.

Él comenzó a andar hacia a donde se encontraba su familia, encendieron las velas creando una atmósfera casi mágica que fue fotografiada por Macarena, y Lucre sopló las velas cerrando los ojos para que su deseo se cumpliera, en aquella noche de luna llena, rodeada de todas las personas que más quería y de una mujer a la que esperaba volver a ver.



## Capítulo 13

—¡Vamos a hacer un brindis en honor de la cumpleañera! —exclamó Michael con dicha mientras rellenaba las copas de champán—. Por la mujer más preciosa del universo, la que siempre nos ha alentado a que persigamos nuestros sueños, la que nos curaba las heridas con un tierno beso y nos empujaba a volver a intentarlo, la que siempre nos animaba a ser nosotros mismos, le pesase a quien le pesase. Gracias por ser como eres, gracias por educarnos con tus flexibles convicciones y gracias por ser tan única. Nos has enseñado que lo que nos hace grandes es lo que llevamos en el interior. Mamá, ¡te queremos! —habló mientras extendía en el centro de la mesa de teca la copa para que los demás brindaran con él.

—Yo también os quiero mucho y, ¡pendejo!, te voy a echar mucho de menos —comentó Lucre visiblemente emocionada.

—Y yo a ti, mamá —susurró Michael con ternura, levantándose de su asiento para darle un afectuoso abrazo.

Maca aprovechó y capturó aquella tierna imagen, reflejando en su rostro lo que sentía al ver el cariño que se tenía esa familia.

—Maca, ¿has visto qué hombretones más guapos hay en Miami? —preguntó Lucre, haciendo que todos los presentes enmudecieran observando con el rabillo del ojo a la matriarca de la familia, que había traspasado la línea invisible marcada por su primogénito con aquel silencio que había sido el acompañante en aquella velada.

—Sí que me he fijado. Muy guapos y bronceados —rio divertida.

—Y, bueno, tú también estás estupenda. Si es que las latinas tenemos nuestro *sex-appeal*, ¿verdad, chicos? —inquirió de nuevo, haciendo que los tres hombres

asintieran con la cabeza al no querer llevarle la contraria ni interferir en lo que únicamente ella sabía que estaba haciendo—. Y digo yo una cosa... —susurró pensativa observando cómo Maca le daba un sorbo a su copa de champán sin dejar de mirarla, atenta a sus palabras y nerviosa por aquella conversación tan... peculiar—, ¿por qué no os habéis liado ya mi hijo Bastian y tú?

De repente, sin poder evitarlo, Maca escupió el sorbo con tal fuerza que se asemejó a un géiser por la potencia con la que salió el champán, que fue a parar al brazo de Michael, quien comenzó a reír a carcajadas por verla de aquella guisa: tan asombrada por las palabras de su querida madre. Maca, entonces, empezó a toser enérgicamente. La pregunta le había sorprendido tanto que la poca bebida que había podido ingerir se había ido por otro camino, atragantándose sin dejar de observar el rostro impasible de Lucre, que aguardaba una respuesta a su peliaguda cuestión. Pero ¿acababa de oír lo que le había parecido?

—Perdona —se disculpó Maca cuando pudo controlar la tos, observando cómo Michael cogía una servilleta para limpiarse el champán despedido en su brazo.

—No te preocupes —sonrió él, restándole importancia al hecho y aguantándose la risa por ver la que había liado su madre con aquella, para nada, inofensiva pregunta.

—Yo..., eh... —titubeó incómoda al no saber qué tenía que contestar a la madre del aludido, que se encontraba serio y con el rostro impasible, mirando fijamente a su madre, que estaba concentrada en Maca.

—No te angusties, Macarena. Mi madre sólo estaba bromeando —masculló Bastian iracundo, con la voz grave y el rostro todavía más serio de lo que había mostrado en toda la velada.

—¡No bromeaba! —exclamó Lucre volviendo de nuevo a centrar la atención en aquella cuestión. Ya que su hijo no daba el paso, ella lo ayudaría. Eso era lo que hacían las madres, ¿no?—. Mira, Maca, mi hijo es un partidazo con todas las letras: responsable, caballeroso, divertido, amable, inteligente, detallista, guapo y emprendedor. Creo que haríais una muy buena pareja.

—Ehm... No dudo que tu hijo sea todo eso e incluso más —terció ella con diplomacia—, pero él..., bueno, ¿para qué mentir? —dijo reprimiendo una sonrisa nerviosa—. Yo a él no le caigo bien y, como comprenderás, partiendo de

esa base, poco o nada puedo hacer al respecto —soltó con determinación, deseando que su respuesta saciase la curiosidad de la matriarca de la familia.

De repente, todos en la mesa se quedaron callados, incluido Bastian, que la miraba enarcando una ceja, como si lo sorprendiese su afirmación, como si fuese algo nuevo para él. Pero Maca pensaba eso desde hacía días, si no, ¿cómo explicaba que siempre eludiera hablar con ella en persona y que incluso evitase mirarla de frente?

—¿Quién quiere repetir pastel? —preguntó de repente Michael intentando deshacer la tensión que se percibía en aquel momento y desviar la atención de su hermano y su empleada a algo mucho más sencillo de llevar.

—¡Yo! —dijo Steve tendiéndole el plato y observando el rostro estupefacto de su hijo mayor, que seguía concentrado en Maca, como si intentase leerle el pensamiento con esa acción.

—Creo que ya se ha hecho muy tarde... —susurró ella intuyendo que algo había dicho o hecho mal para que el ambiente se enfriase de golpe mientras se ponía de pie—. Muchísimas gracias por la maravillosa cena, cuando tenga el álbum te lo traeré lo antes posible.

—Muchas gracias, Maca. Me ha encantado conocerte —anunció Lucre un poco más alto de lo habitual, levantándose del asiento para cogerla de ambas manos y mirarla a los ojos de un modo con el que pretendía decirle algo, aunque la española no supiese el qué.

—Yo también me marchó —anunció Bastian con seriedad repartiendo besos a sus padres y fundiéndose en un afectuoso abrazo con su hermano—. Macarena, te llevo a casa.

—No hace falta. Ahora llamaré a un taxi —terció con una sonrisa, sintiendo tres pares más de ojos que la observaban en silencio, como si hubiese dicho algo de carácter grave.

—No te he preguntado si te llevaba: te he dicho que te llevo y eso es lo que haré —soltó con dureza, clavando su mirada verdosa y decidida en ella.

—Lo que mi hijo quiere decir es que estaría encantado de acercarte a casa y que a él no le supone ningún estorbo hacerlo —suavizó Lucre, propinándole un codazo a Bastian para que dejase aquella actitud déspota y casi neandertal que no le pegaba nada.

—Ya... —farfulló Maca, notando que no podía negarse a que su jefe la

acercara a casa—. Buenas noches y, de nuevo, gracias —dijo mientras cogía su bolso y salía del jardín para dirigirse a la calle, sintiendo cómo el señor Miller la seguía muy de cerca.

Él accionó el mando a distancia de su espectacular coche y le abrió la puerta del acompañante, haciendo que Maca lo mirase con paciencia. ¿Qué leches le pasaba a ese hombre ahora? ¿Qué había hecho para que siguiera con su actitud de indiferencia y enfado continuo? Se estaba cansando de callarse y en breve estallaría soltando todo lo que pensaba de su jefe.

Al poco, él se subió también y puso en marcha el coche, rompiendo la tranquilidad de aquella apacible noche.

—No me caes mal —soltó de golpe, haciendo que Maca parpadeara sorprendida ante aquella revelación, que no se esperaba.

—Pues, para no hacerlo, lo disimula bastante bien —comentó en voz baja—. No pasa nada, señor Miller, sé que a todo el mundo no le puedo caer bien, y usted es una de esas personas.

—No es eso lo que me pasa contigo —tragó saliva—, es otra cosa... —repuso con dificultad, como si le costase decir las últimas palabras, como si algo o alguien lo frenase.

—¿El qué? ¿Es porque le canté la canción de aquella película? —preguntó con interés, a ver si conseguía resolver aquel enigma de una vez por todas y comprender mejor por qué la trataba de esa manera—. ¡Ya le pedí disculpas por eso! Pero, vamos, que si debo volver a disculparme, ¡lo hago! A mí no se me caen los anillos por eso. Sé que lo hice mal, pero ya ha pasado tiempo desde que ocurrió, por tanto, si sigue aún molesto por eso, le pido, de nuevo, disculpas —dijo sin parar siquiera a respirar.

—No, Macarena... —susurró en tono cansado—. Es algo que debo solucionar solo, aunque mi familia se empeñe en que lo mejor es no pensar y actuar —informó mostrándole una pequeña sonrisa irónica, dándole a entender algo que ella, en aquel momento, no intuyó.

—¿Actuar? Estoy cada vez más perdida... Entonces ¿qué le ocurre conmigo? ¿Por qué utiliza el correo electrónico para comunicarse conmigo? ¿Por qué parece que aborrece verme? ¿Por qué tengo la sensación de que estorbo cuando coincido con usted en algún sitio? ¿Por qué me mira de esa manera tan extraña? —preguntó soltando un poco todo lo que llevaba guardando desde el primer día,

avasallándolo con sus dudas.

—Porque me siento atraído por ti —confesó con dificultad, como si cada palabra pronunciada le fuera desgarrando la garganta, mientras cogía tan fuerte el volante que los nudillos de su mano se pusieron blanquecinos.

El silencio se instaló en el coche, sólo roto por el murmullo del motor y las respiraciones entrecortadas de ambos. Maca no podía creer lo que estaba oyendo: ¿su jefe se sentía atraído por ella? Pero... ¿cómo era posible? Comenzó a mirar por detrás del asiento y por todos lados del vehículo, sin mediar palabra, sólo concentrada en hallar aquello que había aparecido de súbito en su mente, como la respuesta que ansiaba para que todo tomase sentido.

—¿Qué buscas? —preguntó Bastian al ver que no paraba quieta y no respondía a su confesión, con esa altivez que la caracterizaba.

—La cámara oculta. ¿Dónde está? —soltó haciendo que él negase con la cabeza y se echara a reír como jamás lo había visto: con carcajadas grandes y sonoras, descargando así toda la tensión vivida esos días atrás.

Maca sonrió complacida. Daba gusto oírlo reír de aquella manera. Su gesto se suavizaba y aumentaba su atractivo; aunque no entendiese muy bien por qué reía así de a gusto...

—Eres única, Macarena. Te confieso que me siento atraído por ti y lo primero que haces es buscar una cámara oculta... ¿Tan raro te parece? —preguntó enarcando una ceja en un gesto divertido y tranquilo, tanto, que incluso a él le extrañó, pues había pasado de la irascibilidad al sosiego tan sólo con confesarle aquello que llevaba rondándolo tanto tiempo.

—Sí, muchísimo —dijo ella con rotundidad observando su rostro más relajado—. ¿Me lo está diciendo en serio? ¿Cómo es posible? ¡Míreme y mírese! —exclamó señalándolos a ambos, como si fuera algo tan obvio que no necesitase más palabras.

—Esa pregunta también me la hago yo, pero es lo que siento, es lo que me ocurre contigo... —anunció encogiéndose de hombros al no poder darle la respuesta que le pedía.

Maca se quedó mirándolo atentamente: no la estaba engañando. ¡Se sentía atraído por ella! Y ahora, ¿qué se suponía que debía hacer?

—Ehm..., yo... Bueno... —titubeó sin saber muy bien qué decir. ¡¡Era su jefe, por Dios!! ¿Qué se suponía que debía decirle?

—Relájate, Macarena. Te lo he contado porque no quiero que pienses que me caes mal; simplemente, es mi manera de alejarte para no... —Tragó saliva con dificultad, como si le costase pronunciar aquella palabra que daría significado a lo que de verdad le ocurría.

—¿Seducirme? —preguntó con un hilo de voz, intentando acabar aquella frase que había dejado a medias.

—Sí, exacto —dijo él con una sonrisa al hacerle gracia la manera en que lo había dicho. Se notaba que la había sorprendido.

—Ya...

—Pero, por la cara que has puesto, veo que es complicado que te seduzca, ¿no? —soltó enarcando una ceja y relajando un poco la fuerza con la que agarraba el volante.

—No se lo tome a mal, señor Miller, pero creo que lo nuestro no podría ser.

—¿Tú crees? —inquirió con curiosidad.

—Sí —dijo categóricamente—. Es usted muy atractivo y todo eso, pero somos tan distintos, tan dispares, que sería imposible que, alguna vez, tuviéramos algo...

—Me alegra oírlo —comentó con alivio.

—No lo entiendo. En teoría, debería sentirse ofendido por haberlo rechazado, ¿no? —preguntó Maca cada vez más perdida, observando que en aquel momento Bastian detenía su coche enfrente del edificio donde vivía ella.

—Que me sienta atraído por ti no significa que quiera dar ese paso contigo. Eres una gran profesional y no quiero que nuestra relación laboral se vea afectada por... ¡esto!

—Ya... —farfulló confundida por todo aquello.

—Ahora que sé que a ti te resultaría imposible sentirte atraída por mí, voy a permitirme relajarme cuando estés a mi lado y voy a bajar las defensas para que no te creas que me caes mal o que tengo algo en tu contra... ¡Pero no me falles, Macarena! No puedes dejar que entre nosotros ocurra nada, ¿de acuerdo? —pidió un poco más tranquilo al saber que ella se opondría a que él llegara a algo más.

—¡De acuerdo! —exclamó con una sonrisa. Lo que ella decía: su jefe era raro raro—. Muchas gracias por acercarme a casa.

—De nada. Descansa, Macarena. Hasta el lunes.

—Sí... Hasta el lunes, señor Miller.

Maca salió del coche y se encaminó hacia el portal de su edificio. Cuando abrió la puerta y la traspasó, vio cómo su jefe arrancaba de nuevo el coche y se alejaba de allí. Pero... ¿qué leches había pasado? Subió a su piso con una combinación de incredulidad y nerviosismo. «¡El señor Miller se siente atraído por mí..., flipa! ¡Si me lo cuentan, no me lo creo!», se dijo mientras entraba en su estudio y se dirigía directamente al cuarto de baño para asearse y prepararse para dormir. Al echarse agua en el rostro, se quedó mirando su propio reflejo en el espejo. ¿Y ahora cómo se suponía que iba a mirarlo a la cara? Maldijo en voz alta mientras se secaba con la toalla.

—Un tío buenorro que se fija en mí y tiene que ser el sosainas avinagrado de mi jefe... Si es que tengo suerte hasta para eso —se dijo mientras se ponía el pijama para después meterse en la cama.

\* \* \*

El despertador sonó en el momento apropiado. Maca resopló mientras controlaba de nuevo su respiración, pues había tenido un sueño demasiado real que la había dejado temblorosa... Un sueño que le daba vergüenza reconocer, ahora que se encontraba consciente. De un salto, se fue directamente a la ducha. El agua caía fría y con fuerza sobre su cabeza, haciendo que reviviese de nuevo aquella fantasía. Tragó saliva y miró hacia arriba para que ésta cayera sobre su cara y así borrar cualquier indicio de aquel sueño que se negaba que se hiciera real. Había pasado un fin de semana tranquilo, entre paseos en la playa y quedar con Linda, a la que no le mencionó nada de cierta confesión que le había hecho su jefe. Había aprovechado el tiempo libre para elaborar el álbum de Lucre digitalmente, algo que la hizo aprenderse de memoria los rasgos de su jefe, la manera que tenía de mirar a su madre, a la que se notaba que adoraba, el respeto que le tenía a su padre y su cariño por su hermano...

—¡Joder, Maca, céntrate! Vale que esté bueno, y vamos a aceptar que se sienta atraído por ti, pero ¿de verdad era necesario tener un sueño calenturiento con tu jefe? —se dijo mientras frotaba con energía su cabello para aclararse el champú.

Intentó no volver a pensar en ello; al fin y al cabo, era un sueño, no era real y

ni quería que llegase a ese extremo. Aunque lo que sí era verdad era aquella atracción que el señor Miller sentía por ella... Maca se mordió el labio nerviosa mientras se vestía y salía corriendo de su casa para dirigirse a su puesto de trabajo. Iba a ser difícil mirarlo a la cara sabiendo lo que sabía y, sobre todo, habiéndose imaginado ciertas escenas sacadas de la última versión del *Kamasutra*. «Maca, necesitas desahogarte cuanto antes, si no, te volverás loca», se dijo entrando en el ascensor para subir al tercer piso, donde se encontraba la oficina.

Llegó como siempre, de las primeras, se fue directamente a su sitio y comenzó a encenderlo todo. Se había propuesto tener un día muy productivo para así mantener a raya a su mente, que le recordaba lo que no deseaba recordar.

—¡Buenos días, familia! Vamos a empezar —dijo el señor Miller con alegría cuando traspasó la puerta de la oficina.

Maca lo miró de reojo y le dio un repaso de arriba abajo: camisa negra y pantalón chino en color beige. El cabello lo llevaba todavía humedecido y caminaba con soltura y decisión hacia su despacho, haciendo que todas las féminas se lo quedaran mirando fijamente. Maca tragó saliva de nuevo. Ese portento de hombre se sentía atraído por ella..., ¡por ella! Era una locura que estaba comenzando a desquiciarla pensando en cosas que no debía imaginar y se centró en su trabajo, que para algo le pagaban.

\* \* \*

—Macarena, a mi despacho —dijo Bastian de repente, justo cuando ella iba a sentarse a su mesa después de almorzar con sus compañeros.

Se aproximó hasta donde él se encontraba, cercado por esas paredes de cristal, expuesto a toda la oficina mientras tecleaba con decisión en su ordenador y mostrando concentración en su rostro.

—Dígame, señor Miller —dijo Maca al llegar.

—Siéntate, por favor —indicó señalando la silla que se encontraba enfrente de la mesa. Ella hizo lo que le pedía—. Mañana salimos para las Bahamas, concretamente nos vamos a la isla Harbour —informó con seriedad.

—¿Mañana? —preguntó asombrada—. Y ¿qué vamos a hacer allí?



—Andrew y Sophie han conseguido que fotografiemos en exclusiva para nuestro próximo número a las modelos de Victoria's Secret y han elegido esa preciosa playa como escenario para esas fotos. No podían otro día, así que nos toca correr para que todo salga perfecto.

—¡Eso es fantástico! —exclamó emocionada por aquel importantísimo encargo.

—Quiero que prepares todo lo que necesites para llevarte. Si todo sale bien, será un viaje rápido, de ida y vuelta.

—Perfecto —dijo entusiasmada.

—Necesito que queden perfectas, que sean innovadoras y que sean la joya de la corona del número que viene, ¿de acuerdo?

—Sí, sí... No se preocupe, señor Miller, haré un trabajo excepcional.

—Confío en ti, Maca, aunque a veces no lo parezca... —murmuró muy bajo, haciendo que ella enarcara una ceja. ¿Lo había oído de verdad o su imaginación le estaba tomando el pelo?—. Nuestro avión sale a las diez y cuarto de la mañana, tardaremos sobre una hora en llegar, después nos vendrán a recoger en un barco para llegar a la isla; creo que nos dará tiempo a coger el vuelo que hay programado a las cinco y cuarto para volver a Miami...

—¿Quién más del equipo vendrá? —preguntó Maca con curiosidad.

—Sólo tú, el becario, que te ayudará con la iluminación, y yo. Los ángeles de Victoria's Secret viajan con maquilladora y peluquera propia.

Maca se removió incómoda en su asiento... Iba a tener que pasar un día entero con su jefe, el becario —un muchacho supertímido que había cruzado con ella dos palabras en todo el tiempo que llevaba trabajando allí— y unas bellísimas mujeres acostumbradas a que todos los hombres del mundo mundial babearan detrás de ellas.

—¿Estás bien? —preguntó Bastian enarcando una ceja al ver que se había quedado callada, algo novedoso en ella.

—Sí, sí... ¡Perfectamente! Es que no todos los días una puede fotografiar a los ángeles de Victoria's Secret —soltó forzando una sonrisa resplandeciente para que su jefe no notara que se encontraba nerviosa por pasar un día entero con él.

—¡Pues manos a la obra, Macarena! —exclamó dando por finalizada la reunión.

Maca se levantó, le mostró una sonrisa y se dirigió a su mesa mientras se repetía en su mente, intentando aparentar normalidad: «Es tu jefe, aunque esté bueno y se sienta atraído por ti, es tu jefe. ¡Céntrate, por favor! Mañana será un gran día y nada ni nadie lo va a estropear...».

## Capítulo 14

Maca estuvo cinco minutos rumiando delante del armario qué ropa iba a llevar ese día tan importante en su carrera, cinco minutos que se habían convertido en su mayor récord delante de un armario sin hacer nada más que mirar la ropa del interior, trescientos segundos que se le hicieron eternos. Al final, después de debatirse entre cumplir la normativa de la empresa o escoger un atuendo que la hiciera sentir cómoda, optó por lo último. En principio no se saltaba ninguna norma, ya que no iba a encontrarse en el interior de la oficina y, además, necesitaba sentirse a gusto consigo misma para poder dar lo máximo en aquella escapada a las Bahamas. Por eso, cogió de un tirón sus pantalones favoritos —elásticos de pitillo en color negro con el bajo deshilachado y rasgados por las rodillas—, una camiseta sin mangas del mismo color con unas grandes letras en amarillo en la que se podía leer «*Wonder Woman*» y sus *Converse*, ya que odiaba sentir la arena entre los dedos de los pies cuando llevaba sandalias. Después de desayunar, se lavó la cara, se puso una crema hidratante con factor cincuenta en el rostro y se peinó optando por hacerse una coleta alta para que su cabello no entorpeciera su labor. Nada más, ni siquiera un poco de brillo labial. Iba a trabajar al aire libre, necesitaba sentirse cómoda y segura. Cuando estuvo lista, cogió una pequeña mochila y salió del piso para buscar un taxi que la llevase al aeropuerto.

—¿Macarena Albert? —preguntó un hombre con traje y corbata cuando ésta salió del edificio.

—Sí, soy yo —susurró observándolo detenidamente. Era Peter, el chófer que los llevó a Disney World.

—Me ha enviado el señor Miller para que la acerque al aeropuerto. Por

favor, suba al carro —indicó mientras se movía hacia el coche para abrirle la puerta trasera.

—Ehm... —titubeó Maca al no saber qué hacer. Miró a ambos lados de la calle. No se veía ningún taxi cerca, se encogió de hombros y dio un paso hacia él. Era absurdo desperdiciar aquel medio de transporte cuando no tenía otra opción mejor—. Gracias, Peter...

Se acomodó en el asiento del acompañante mientras observaba cómo el chófer, con estoicismo, cerraba la puerta trasera para después colocarse al volante y comenzar a alejarse de Miami Beach.

—El señor Miller ya se encuentra en el aeropuerto —la informó Peter.

Maca no dijo nada, no sabía qué decirle al chófer: «Me alegro de que esté allí», o... «¿Le doy un premio por ser el primero en llegar?», o, mucho mejor: «¿Le estampo el bolso nada más verlo por obligarme a aceptar ir en un coche privado?», pensó mientras observaba el paisaje por la ventanilla. De repente se acordó de otra persona que debía ir a esa cita tan importante.

—¿Raúl también ha llegado al aeropuerto? —preguntó.

—¿Quién es Raúl?

—El becario, tiene que viajar con nosotros...

—No sé nada. El señor Miller sólo me ha ordenado que viniese a por usted —informó impasible.

Maca frunció el ceño y volvió a centrarse en el paisaje. Bastian le había dejado claro que, aunque se sentía atraído por ella, no quería dar ese paso, entonces ¿qué pretendía con aquel trato especial hacia su persona? Lo que ella decía: su jefe era raro raro...

—Ya hemos llegado, señorita —avisó el chófer después de unos minutos conduciendo.

—Muchas gracias —dijo Maca mientras observaba como él corría para abrirle la puerta. Pero ella se le adelantó y le guiñó el ojo con gracia—. Adiós.

—Adiós, señorita... —murmuró él cerrando de nuevo y observando a aquella extraña mujer caminando con firmeza y seguridad hacia el interior del aeropuerto.

No le costó saber dónde se encontraba su jefe: era inconfundible, aunque estuviera el aeropuerto repleto de personas. Se hallaba de espaldas, hablando por teléfono mientras ella se acercaba a él. Alto, musculado, esa camisa blanca le

sentaba de fábula, potenciando su espalda ancha y su cintura estrecha. Parecía sacado de uno de esos carteles publicitarios del mejor perfume masculino. Culo prieto y largas pero fuertes piernas... ¡Un momento! ¿No eran ésos unos pantalones vaqueros? Maca se quedó boquiabierta al verlo, e incluso se le secó la boca. Por primera vez desde que lo conocía, utilizaba un pantalón que no era de vestir, y tuvo que tragar saliva al ver lo bien que le sentaba aquella cotidiana prenda, que lo favorecía mucho, muchísimo..., ¿demasiado? En ese mismo momento, él se giró y la vio a pocos pasos. No disimuló una mueca de sorpresa al verla con su atuendo cómodo e informal. Ella se alegró de ver que le disgustaba, así lo ayudaría a recordarle que ella era así y que podía olvidarse de aquella supuesta y descabellada atracción que sentía por ella. «Señor Miller, ¡no pegamos ni con Loctite!» Además, aquella mirada de desaprobación la ayudaría a ella a no verlo como a un seductor de ojos claros y boca traviesa al que le encantaba repasar su cuerpo con la mirada y a quien le sentaban los pantalones vaqueros de vicio... «Joder, qué guapo que es el *jodío*», pensó mientras le ofrecía una sonrisa radiante y éste le devolvía un gesto con la mano de que esperase un segundo a que acabara de hablar por teléfono.

—Ya..., claro —dijo a su interlocutor—. ¡Ya hablaremos mañana! —soltó abruptamente, haciendo que Maca se extrañase por las malas maneras de esa frase cotidiana—. ¡Adiós! —gruñó mientras finalizaba la llamada y se tocaba el cuello en un gesto nervioso.

—Buenos días, señor Miller. Gracias por hacer que me trajeran al aeropuerto, pero no debería haberse molestado.

—Buenos días, Macarena. No hace falta que me agradezcas nada, era una manera infalible de saber que llegarías a tiempo —indicó con gesto serio.

—¿Y Raúl? —preguntó observando que allí sólo estaba él con dos maletas con el equipo necesario para la sesión fotográfica.

—¿Raúl? —soltó con sarcasmo—. Acabo de hablar con él por teléfono, resulta que anoche cenó algo en mal estado y está indispuerto... —informó mientras negaba con la cabeza como desaprobando aquella falta de profesionalidad por su parte.

—Ay, pobrecito... —dijo Maca al pensar en lo malo que debía de estar para no acudir a aquel encargo importante—. Entonces ¿quién me va a ayudar con la iluminación? —preguntó preocupada por ese contratiempo.

—No te preocupes, yo te ayudaré en todo lo que necesites —indicó cogiendo todas las bolsas del suelo.

—¿Y si llama a alguien para que venga de la oficina? —preguntó Maca a la desesperada. ¿Se notaba que no quería estar a solas con él?

—Tenemos que embarcar ya —informó mirando la hora—. Todo va a salir bien —aseguró con convicción mientras comenzaba a andar hacia el acceso de los pasajeros.

Maca se mordió el labio inferior mientras seguía a su jefe, obligándose a no mirarle aquel trasero que se adivinaba bajo sus vaqueros azules. ¿Por qué le gustaban tanto los hombres que utilizaban vaqueros? Y cuanto más gastados eran éstos, más le gustaban... Se obligó a no pensar en esas cosas y centrarse en la sesión fotográfica que estaba a punto de hacer, y sin ayudante... «Ay, madre mía, me temo que hoy habrá una gran tormenta en las Bahamas», se dijo al imaginarse las posibles discusiones que tendría con su jefe con el tema de la elaboración de las instantáneas. «Maca, tú disfruta, y si se molesta... ¡es su problema!», se animó mientras aceleraba el paso para ponerse al lado de éste.

\* \* \*

—¿Estás nerviosa? —preguntó Bastian cuando estuvieron sentados en el avión.

—Un poco —dijo mostrándole una sonrisa—. Espero estar a la altura de esas mujeres.

—Seguro que lo estás —aseguró mientras sacaba su tableta y comenzaba a escribir un correo electrónico rápidamente—. ¿Cómo llevas el álbum familiar?

—Muy bien... Si todo sale como espero, esta semana se lo llevaré a su madre —contestó ella mientras se giraba para ver por la ventanilla cómo despegaban.

—¿Por qué sigues hablándome de usted?

—Bueno, es mi jefe, es como debo llamarlo, ¿no? —expuso mientras se volvía para observar el gesto sereno de Bastian, que la examinaba sin ningún pudor.

—Sé que a Ernesto lo tuteabas...

—Bueno, es diferente...

—¿El qué? Incluso te diría que tiene menos lógica que te empeñes en llamarme así cuando Ernesto es mucho mayor que yo.

—Pero Ernesto, desde que llegué, me dio la confianza para tutearlo, y usted...

—Bueno, comprende que nada más llegar te encontré burlándote de mi nombre.

—¡No me estaba burlando de su nombre! Además, me parece un nombre muy original y bonito.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

—Porque soy una payasa que no calla ni debajo del agua y, cuando estoy nerviosa, me pongo a disparar barbaridades que, nada más pronunciarlas, ya me arrepiento de haberlas verbalizado.

—No te entiendo. Si sabes que te vas a desdecir, ¿por qué lo haces?

—Porque pienso que hay que arrepentirse de las cosas hechas y no de las que nos gustaría hacer... Pero, claro, así me va. Metiendo la pata cada dos por tres —rio divertida.

Bastian se quedó callado asimilando aquellas palabras que también había oído pronunciar a su hermano, y además, no hacía mucho tiempo, hablando de esa misma mujer que estaba sentada a su lado. Maca, al observar que él se quedaba de repente en silencio, intuyó que no deseaba proseguir la conversación y se distrajo observando el cielo azul desde la ventanilla de su asiento.

—Jamás he hecho nada de lo que me pudiera arrepentir. Antes de hacerlo, siempre lo pienso todo esquemáticamente, si veo algún fallo, directamente lo descarto... —soltó Bastian de repente, haciendo que ella se girase para mirarlo extrañada.

—¿Y eso por qué? Por lo que vi, su familia es bastante distinta de usted.

—Por favor, Macarena, tutéame.

—Siempre y cuando tú dejes de utilizar mi nombre completo.

—¿No te gusta? Tienes un nombre muy bonito.

—Sí, ya lo sé, pero prefiero acortarlo, es para que no os canséis al pronunciar la versión extendida —soltó guiñándole un ojo—. Mi abuela se llamaba Macarena, era una manera de diferenciarnos y ahora me es raro oír mi nombre completo —explicó en un tono más serio.

—Trato hecho, Maca —dijo con una sonrisa que a ella la hizo titubear.

«Jo...der, ¡qué sonrisa, macho!», pensó intentando que no notase cómo la había afectado aquel gesto suyo.

—Y, dime, retomando lo que me has dicho, ¿por qué no has hecho ninguna locura?

«¿Por qué me mira de esa manera tan... pero que tan seductora?», pensó Maca mientras tragaba saliva, intentando recordar que ese hombre no le gustaba y que él confiaba en que ella mantuviera su relación tal y como estaba.

—No lo sé... —susurró Bastian mirando al frente.

—Bueno, aún eres joven para dejarte llevar sin pensar en las posibles consecuencias —comentó como si nada, observando sus rasgos, que se habían suavizado muchísimo desde que él le había confesado lo que en verdad le ocurría.

—Supongo... —farfulló Bastian pensativo.

El avión aterrizó antes de una hora en el aeropuerto de Eleuthera Norte. Cuando llegaron, se fueron directamente a coger un barco que los estaba esperando para llevarlos a la preciosa isla Harbour. Al arribar a puerto, un coche los aguardaba ya para acercarlos a la playa Coral, ya que, justo al otro lado de la isla, se encontraba el lugar donde habían quedado para realizar aquel encargo tan especial.

—Jo... der —fue la reacción de Maca al pisar la preciosa playa.

Bastian esbozó una sonrisa al oír su reacción mientras ella se quedaba embelesada al ver el contraste sin igual de aquella arena de tonos rosados, causada por las partículas erosionadas del coral rojo que había teñido la costa con aquel tono tan atípico. El contraste con las aguas turquesas lo hacía casi un lugar mítico, ideal para hacerles un reportaje de fotos a unas mujeres consideradas ángeles...

—Bonito, ¿verdad? —dijo él acercándose a Maca sin dejar de observar su rostro, que reflejaba la sorpresa que se había llevado al ver esa atípica y preciosa playa.

—Único. Jamás había visto un lugar así —comentó emocionada al avistar los kilómetros de arena rosa que se extendían frente a ellos.

—Va a quedar un reportaje excepcional, ya lo verás —susurró mientras le apretaba con delicadeza el brazo, haciendo que la recorriese un cosquilleo por todo el cuerpo, y la dejaba de nuevo sola ante la maravillosa panorámica de



aquella playa.

Maca cerró los ojos y se repitió esas mismas palabras para darse ánimos y poder alcanzar las altas expectativas que había depositadas en ella, mientras sentía aún el contacto cálido de la mano de su jefe en su brazo desnudo y aquella electricidad que la había erizado por completo. «Maca, que nos conocemos... ¡Céntrate en trabajar!», se dijo justo antes de oír cómo varios coches se aproximaban donde estaban ellos. De los vehículos, ya detenidos, comenzaron a aparecer doce espectaculares mujeres con la melena al viento y unos cuerpos de infarto.

—¡Allá vamos! —se dijo Maca sonriendo a las modelos que empezaban a apearse de los automóviles.

Después de las debidas presentaciones y de comenzar con el retoque de cabellos y maquillajes —ya que las chicas venían ataviadas con los modelitos que debían lucir, debajo de su ropa—, Maca comenzó a buscar el mejor ángulo para el reportaje. Quería que el azul del mar y el rosa de la arena resaltaran como jamás habían hecho sobre los cuerpos de esas doce modelos vestidas con ropa interior sexy. Reajustó varias veces la cámara y sacó una gran pantalla curvada de un material parecido a la plata que ayudaba a focalizar la luz natural en el objetivo deseado. Estuvo yendo de aquí para allá, incluso moviendo alguna piedra o coral no del todo roto para que la fotografía quedase lo mejor posible. Cuando la primera modelo estaba lista —vestida únicamente con un conjunto minúsculo de sujetador y braguita—, Maca le indicó dónde quería que se colocara y cómo.

—Señor Miller, digo..., Bastian, necesito que cojas el reflector, es la pantalla plateada, para que la luz del sol incida en el cuerpo de la modelo —pidió mientras se alejaba unos pasos de la modelo para ver cómo quedaría la instantánea.

—Sé lo que es un reflector, Maca —terció él de un humor excelente.

Su jefe, mostrando una sonrisa a todas aquellas mujeres, cogió aquel artefacto, que siempre acompañaba a los fotógrafos en sus salidas al exterior, y comenzó a moverlo hasta que halló el ángulo apropiado para que la luz se reflejara donde su empleada le había pedido. Maca asintió con la cabeza y comenzó a disparar repetidamente su cámara mientras le indicaba a la modelo que se moviera ligeramente cambiando la postura, para así, después, en la

oficina, escoger la instantánea más favorecedora tanto para la chica como para el conjunto de la fotografía. Por cada toma, podía disparar un mínimo de diez fotos.

Así estuvieron durante horas, cambiando de lado, una vez dentro del agua, otras sobre una hamaca, otras tumbadas sobre la arena o saltando. A cada modelo le pedía algo distinto, con diferentes posturas para poder encontrarles el mejor ángulo a ellas y darle el protagonismo necesario a la minúscula y sugerente ropa que llevaban encima. Para sorpresa de Maca, Bastian no se quejó ni una sola de vez por tener que aguantar, estoicamente y bajo aquel sol que quemaba sin piedad, el reflector. Tampoco dio muestras visibles de sentirse atraído por esas espectaculares mujeres, algo que le extrañó bastante a Maca, porque algunas de ellas, conscientes de su elevado *sex-appeal* y de su fama de mujeres deseadas, no dudaron en coquetear descaradamente con él. No obstante, él simplemente las ignoró o no se percató de que aquellos contoneos y aquellas caídas de pestañas iban dirigidos a su persona... Pero, además de que la sorprendiese aquel hecho, hubo otro que también la dejó desconcertada, y fue la ausencia de disputas entre ella y su jefe. Era cierto que Maca estaba demasiado concentrada en sacar las mejores instantáneas de la historia y, además, las modelos, la maquilladora y la peluquera que las acompañaban eran unas profesionales en esa materia, pero, aun así, fue extraño ver que su jefe podía dejarla trabajar libremente, y todo fue relativamente sencillo para ella. A lo mejor decía la verdad y se estaba relajando en su presencia, pero entonces ¿eso era bueno o malo para Maca?

\* \* \*

—¡Ya hemos terminado! —avisó Maca cuando acabó de fotografiar a la última modelo, después de una intensa mañana—. Me gustaría haceros un par de fotos grupales y ya le ponemos el broche de oro a esta sesión —comentó con alegría.

Las modelos empezaron a juntarse mientras ella les indicaba cómo le gustaría que saliera cada una. Cuando estuvo todo como deseaba, se alejó, indicó a su jefe que se moviera para captar mejor la luz y fotografió el momento.

—Muchísimas gracias, ángeles. Ya sé de dónde viene vuestro nombre. Ha sido un placer trabajar con todas vosotras —confesó Maca acercándose a ellas,

que la recibieron con alegría, entre aplausos y abrazos, felices por aquella sesión fotográfica.

—Vaya, vaya... Pero mira quién está aquí —exclamó alguien, de repente, junto a ellos—. No creía que te encontraría en la sesión...

Maca levantó la vista y vio a una fabulosa mujer de cabellera pelirroja, curvas finas y bellísimo rostro que observaba sin ningún tipo de disimulo a su jefe. Éste empalideció de pronto, mirándola como si fuera un fantasma y tragando saliva con dificultad. «Uy, aquí hay tomate», pensó Maca, siendo testigo en primera fila de todos los gestos entre ellos —miradas, labios fruncidos, contoneos sensuales y postura a la defensiva—, mientras se percataba de que las modelos se alejaban de allí para comenzar a prepararse para su inminente partida.

—Hola, Maggie.

—Hola, Bastian. Cuánto tiempo sin verte... —dijo la pelirroja acercándose un poco más a él, como si éste fuera una presa y ella la más temida de las depredadoras.

—No tanto, aunque te lo parezca a ti, ya que lo has aprovechado muy bien... Incluso te ha dado para prometerte y todo, ¿no?

—Sí —afirmó ella mostrándole una exorbitada alianza de compromiso que abultaba más que su fino dedo. ¿Podría alzar la mano con tremendo pedrusco en él o necesitaría una grúa para tal efecto?

—Enhorabuena —dijo Bastian entre dientes.

—Gracias... Quería contártelo antes de que te enteraras por él, pero bueno, ya sabes cómo son estas cosas... —susurró dando por hecho de lo que hablaba.

—Ajá..., me imagino —murmuró Bastian incómodo. Se notaba que aquel tema no le gustaba especialmente.

—Me enteré de que estabas saliendo con Melania, la verdad es que me sorprendí bastante. Un hombre como tú con una mujer como ella... —resumió mostrándole una mueca de disconformidad, como si fueran la pareja más discordante del mundo.

—No pueden ser todas maravillosas para la perfecta Maggie, ¿no? —soltó Bastian con sarcasmo, haciendo que Maca intuyera por dónde iban las cosas entre esas dos personas, aunque no sabía muy bien si sólo habían mantenido un escaqueo amoroso o una relación consolidada...

—¿Sigues con ella? —preguntó Maggie al margen de tener a una extraña bastante pegada a ellos dos. No obstante, Maca no tenía intención de irse a ningún sitio; además, quería saber quién era ella y qué hacía allí. No sabía por qué, pero intuía que esa mujer no era precisamente una buena amiga de su jefe.

—No —negó él con determinación.

—Ya... —susurró ella con dicha mientras se erguía, feliz de aquel desenlace—. Supongo que el maravilloso Bastian ya habrá puesto la mirada en otra bella mujer.

—Ya sabes que no me gusta hablar de mi vida privada, Maggie... —indicó en un murmullo, bastante molesto por su entrometida pregunta.

—Señor Miller —soltó Maca de repente, haciendo que Bastian y Maggie reparasen en ella, mirándola extrañados por aquella intrusión—, acuérdesse de que tiene que llamar a Bárbara: la pobre lleva un buen rato intentando contactar con usted —explicó de manera serena y profesional—. Es que están tan enamorados que no pueden vivir el uno sin el otro mucho tiempo —le indicó a Maggie, que enmudeció de golpe ante aquella aclaración.

—Eh..., claro —balbuceó Bastian enarcando ligeramente las cejas, sin entender nada de lo que ella decía pero siguiéndole el juego, algo que Maca agradeció infinitamente.

—¿Tienes novia? —preguntó Maggie arrugando su naricita, como si percibiese algún olor desagradable para su fino y exquisito olfato.

—Claro que sí. Un hombre como él es raro que se encuentre solo por mucho tiempo —soltó Maca con decisión, como si hubiese sido proclamada portavoz de Bastian, que la miraba sorprendido por su perorata—. Y ¿tú quién eres? —preguntó con descaro, sin dar opción a que Bastian lo echara todo por tierra y la dejara en mal lugar; ya que le estaba echando una mano, que no le jorobase el plan.

—Soy Maggie LeBlue, la representante en los ángeles de Victoria's Secret —dijo mientras se erguía con orgullo y evaluaba la vestimenta, el peinado y el rostro de Maca. Ésta sonrió sabiendo el veredicto sin que ella lo verbalizara siquiera. Aquella mujer no disimulaba sus gestos de disconformidad.

—Encantada de conocerte, tienes unas modelos que son una dulzura —dijo, importándole bien poco lo que ella pensara de su manera de vestir y de peinarse, mientras se volvía de nuevo hacia Bastian, ignorando a esa petulante mujer que

se había quedado con el rostro desencajado, para poder hablar con el señor Miller en un tono lo suficientemente alto para que Maggie se enterara de todo—. No tarde en llamarla, ya sabe que se pone triste si no habla con usted antes de su sesión de *spa* —declaró mientras se daba la vuelta y se alejaba de ellos.

No sabía si había obrado mal al inventarse una supuesta novia para su jefe, pero lo que sí sabía era que debía hacer algo. Esa mujer no le gustaba, había algo que la había hecho ponerse a la defensiva; ignoraba si era su mirada prepotente, repleta de vanidad, o la manera de hablarle a Bastian —entre despectiva y seductora—, lo que había hecho que se inventara eso para echarle una mano. Se lo veía tan apurado al pobre..., algo que le extrañó a Maca, pues su jefe daba la impresión de ser un rompecorazones. ¿Por qué no le había dejado claras las cosas a esa mujer que se asemejaba a una depredadora de hombres? Al enterarse de que no seguía saliendo con la tal Melania, que supuso debía de ser la mujer con la que lo vio en la cena benéfica, y que, además, había estado bastante distante con los continuos coqueteos que algunas modelos le dedicaban, supuso que no le apetecía tener ninguna otra relación con nadie, y al ver a Maggie imaginó por qué. ¡Menuda arpía debía de ser esa mujer! Lógico que Bastian ignorara a las modelos, si la representante de éstas era ella. Aunque, pensándolo mejor, le habría venido bien que tonteara con alguna, así esa mujer vanidosa se habría dado cuenta de que Bastian ya había dado carpetazo a lo que hubiesen mantenido anteriormente los dos y, además, se habría olvidado de aquello que le afectaba a ella directamente. ¡Todo eran ventajas!

Cuando lo tuvo todo recogido, se giró y lo vio despedirse mucho más relajado de la representante estirada. Las modelos la saludaban desde los coches con los que habían llegado y que no se habían marchado de aquel lugar por si había algún contratiempo. Maggie subió a otro vehículo, en el que la esperaba un chófer uniformado.

—Al final lo hemos logrado —dijo Maca acercándose a su jefe, intentando no sacar a colación lo que acababa de presenciar y de hacer.

—Sí, hemos defendido nuestro buen nombre —indicó Bastian reprimiendo una sonrisa divertida.

—Sí, yo también lo creo. Pero debo decir que el mérito es de ellas, que están acostumbradas a acatar las excéntricas órdenes de los fotógrafos. Y, bueno, tú lo has hecho verdaderamente genial con el reflector —comentó Maca, asombrada

del buen hacer de su jefe.

—No siempre he sido propietario de una revista —repuso intentando disimular una sonrisa. No obstante, no pudo reprimirla, y Maca sonrió a su vez al verlo tan... ¿relajado?—. Vamos a recoger las cosas y nos vamos a comer, dentro de una hora vendrán a por nosotros —indicó observando su reloj.

Salieron de la playa pero no se alejaron mucho de ella, pues casi a los pies de ésta se encontraba un restaurante con una maravillosa terraza que daba a ese fantástico paisaje. Se sentaron delante de una mesa de madera muy cerca de la barandilla que delimitaba la terraza; frente a ellos se encontraba la playa en la que habían estado durante toda la mañana trabajando.

—¡Qué hambre tengo! —exclamó Maca cogiendo un panecillo para, después, darle un gran mordisco.

—Hoy te has ganado un buen almuerzo —comentó escondiendo su sonrisa detrás del menú del restaurante.

—¿Has venido más veces a este lugar? —preguntó dejando el menú al saber ya lo que pediría. Se encontraba de buen humor y necesitaba hablar, aunque no de lo que había hecho. Esperaba que Bastian no se hubiera enfadado por su ansia de arreglar la vida a los demás...

—Un par de veces —respondió mientras le hacía señas al camarero para que se acercara a tomar nota.

—Es precioso —susurró perdiendo su mirada de nuevo en aquel lugar—. Aunque las modelos también eran impresionantes, ¿eh? —preguntó guiñándole un ojo.

—Supongo... —murmuró para después prestarle atención al camarero y pedir el almuerzo.

—¿Supones? —repitió extrañada cuando se marchó el empleado del restaurante—. Bastian, ¡que no pasa nada! Eres un hombre, es lógico y normal que te sientas atraído por esas mujeres. Es más, te diré que alguna te ha echado el ojo y me ha preguntado si estabas soltero... Me he imaginado que sí, por la conversación que mantuvimos hace un par de días —dijo casi de carrerilla—, y la he animado a que se acercara a ti.

—No hace falta que hagas de celestina, Maca. Sé arreglármelas solo.

—Me imagino... Pero, vamos, que a las muchachas únicamente les ha faltado gritar para que las mirases...

—Me he dado cuenta de sus coqueteos, Maca. Pero estábamos trabajando, y no tomándonos unas cervezas...

—Ya... Pero no todos los días uno puede ligar con un ángel de Victoria's Secret —comentó levantando las cejas repetidamente.

—Buf... —resopló él mientras cogía la cerveza que le acababa de poner el camarero sobre la mesa y le daba un trago, para saciar aquel nudo que sentía en la garganta y que le impedía hablar—. Lo que me tienes que explicar es por qué te has inventado que tenía novia delante de la representante de ellas —dijo, al fin, clavando su bonita mirada en ella.

Maca se mordió el labio. ¿No podía agradecersele y dejarlo pasar? ¿De verdad tenían que hablar de lo que había hecho sin pensar? ¿Es que aún no se había dado cuenta de que ella era así?

## Capítulo 15

Bastian la observaba debatirse entre hablar o callarse, algo bastante novedoso viniendo de esa mujer, que no callaba ni debajo del agua. Lo cierto era que, al principio, lo desconcertó toda aquella farsa, hasta que comprendió que ella lo estaba haciendo para ayudarlo. ¿Tan apurado lo había visto como para inventarse a una supuesta novia que necesitaba hablar con él antes de ir al *spa*? Parecía que sí. Aunque siempre había intentado aparentar indiferencia cuando volvía a ver a Maggie, daba la impresión de que no lo aparentaba tanto como a él le habría gustado, y la verdad era que le había venido bien que ésta se hubiera inventado aquella historia. Fue bastante divertido observar cómo Maggie se desconcertaba ante aquella noticia que no había oído en ninguno de sus cotilleos con la *gente guapa*, como ella llamaba a esas personas que solía ver con asiduidad. Aunque, para él, esa gente eran un grupo de personas aburridas que no hacían otra cosa más que hablar unos de otros y, de paso, ponerlos verdes con comentarios mordaces... Y, gracias a aquella genialidad de su empleada, Maggie había abandonado la táctica que siempre utilizaba cuando lo veía: seducirlo sin importarle que se fuera a casar en breve...

—Estoy esperando —reiteró al ver que Maca no abría la boca.

—Bueno, digamos que te he echado una mano al verte nervioso por la presencia de esa mujer. ¡No hace falta que me lo agradezcas! Soy de las que siguen un dicho español: hoy por ti, mañana por mí —soltó sonriente al ver cómo el camarero posaba los platos sobre la mesa.

—Entonces lo has hecho para que yo te devuelva el favor... —dijo él todavía más confundido por su reacción.

—¡No! No... —negó nerviosa, viendo que aquello comenzaba a enredarse



todavía más, cuando para ella era algo bastante sencillo—. Lo he hecho porque creía que necesitabas una ayudita... ¡No sé! Lo hice sin pensar, dejándome llevar, una vez más, por mi instinto. Vi cómo te miraba esa mujer, como si fueras carnaza..., de la buena, ¿eh? Las cosas hay que llamarlas por su nombre, y la verdad, jefe, que hoy con esos vaqueros estás que crujes. Y vi cómo te ponías nervioso y, bueno..., ¡el resto ya lo sabes! —explicó entre risas nerviosas.

—¿Estoy que crujo? —repitió enarcando una ceja y observando cómo Maca se mordía una vez más el labio, como si quisiera refrenar esa lengua que decía más de lo que a ella le gustaría pronunciar—. Bueno, sea como fuere, gracias —concluyó intentando esconder su sonrisa detrás del vaso de cerveza. ¡Esa mujer era única para explicarse!

—De nada —dijo mientras comenzaba a comer con ansia, disfrutando de cada mordisco.

Tenía que reconocer que se había quedado embobado al verla almorzar sin reparos, disfrutando de la comida con gula —sin cuestionar las calorías que pudiese o no tener el plato, sin importarle que estuviese cocinado al vapor o con tres litros de aceite, sin importarle nada más que el propio disfrute al ingerir los alimentos—, e intentando, entre bocado y bocado, mantener una conversación con él, alejada del episodio estrambótico que habían vivido y que lo había dejado casi congelado, e incluso de aquella confesión que lo había hecho perder todavía más el sueño. ¿Cómo era posible que se hubiese atrevido a confesarle que se sentía atraído por ella? Pero había tenido que hacerlo, no podía dejar que ella pensara tal cosa. Podía no gustarle su manera de vestir, pero caerle mal, ¡jamás! Maca era asombrosa, y cada día que pasaba y la conocía un poco más, eso se reafirmaba, dejándolo todavía más aturdido al no ver escapatoria para dejar de pensar en ella de aquella manera tan íntima que le había hecho alejarla lo máximo de él... Bastian escuchaba —o por lo menos lo intentaba— la fluida perorata de su empleada, interviniendo con un simple y escueto «claro», aunque en ese mismo momento tenía una batalla interna, una más que sumaba a su lista desde que la había visto con aquella toalla minúscula, que le impedía contestar con frases coherentes y más largas. El ser testigo en primera fila de cómo ejercía su trabajo lo había dejado impresionado. Maca se crecía ante los retos y disfrutaba como una niña realizando su labor, con gran maestría, originalidad y toneladas de paciencia y psicología. Se había quedado asombrado por las

técnicas que utilizaba para que la luz incidiera en el lugar que ella deseaba, por la manera que tenía de hablarles a las modelos, incentivándolas para que le ofreciesen sus mejores sonrisas o sus mejores poses. Era una fotógrafa formidable, y Bastian se sintió orgulloso, por primera vez, de haberla contratado. Por supuesto que se había dado cuenta de que alguna de las modelos se había fijado en él, e incluso en otras circunstancias les habría seguido el juego, ya que las chicas eran espectaculares y del tipo que siempre le habían gustado. Pero esa mañana no había podido despegar la mirada de Maca. Se había quedado hechizado al ver su carisma, su fuerza, su forma de divertir a las modelos o al equipo que las acompañaba; de cómo conseguía, gracias a su labia infinita, crear unas composiciones únicas con unas mujeres que habrían dejado fascinado al más famoso fotógrafo de la historia. Maca había nacido para ser fotógrafa, pero no una cualquiera, sino la mejor. Y, para completar el día, esa mujer por la que se sentía extrañamente atraído lo sorprendía con su manera de ser y de pensar, con su forma de moverse, ágil y entusiasta; con esa manera tan suya de sonreír, mostrando sin pudor todos sus dientes, abriendo esos jugosos labios y exhibiendo una sonrisa sincera, de las de verdad, de las que quitaban la respiración y aceleraban el pulso. Además de todo eso, parecía ser perspicaz como no había otra, le había echado una mano para quitarse a Maggie de encima. Eso no lo hacía cualquiera, lo había salvado de una situación embarazosa, eso debía reconocerlo y se sentía en deuda con ella.

—¿Echas de menos España? —le preguntó Bastian al fin, haciendo que incluso ella se sorprendiese ante aquella cuestión tan personal y abandonando aquel mutismo.

—Uf..., ¡ya te digo! Sobre todo cuando estoy sola en mi estudio... Pero es normal. Allí están todas las personas que quiero —contestó con una sonrisa, intentando que no se percibiera la añoranza que sentía al recordar a su gente.

—¿Por qué decidiste dejarlo todo para venirte a Miami? —inquirió él con curiosidad.

—Necesitaba un cambio, pero uno radical, y la verdad es que esta oportunidad me vino de perlas. Un nuevo trabajo, en una nueva ciudad y en una revista con un ritmo creciente que me ayudaría a aprender todavía más. ¡Todo eran ventajas!

—¿Por qué necesitabas un cambio? No pareces de esas mujeres que huyen

cuando las cosas van mal...

—Y no lo soy. Yo no huyo de nada ni de nadie, Bastian —repuso con seguridad—. Creo que esta oportunidad llegó cuando más necesitaba reencontrarme conmigo misma, conocer a la nueva Maca, a esa mujer que había crecido después de convivir con su pareja más de un año y que acababa de salir de una ruptura casi idílica con el que creía que sería su compañero de por vida; a esa misma que adoraba ver a su mejor amiga tan enamorada del padre de su futuro bebé y del que sería su marido, aunque eso significase creer que sí podía existir ese tipo de amor, uno de verdad, de esos que te hacen ser mejor, de los que te dejan sin respiración cuando el otro te mira y te hace sonreír por el simple hecho de estar a tu lado. Es complejo, no creo en el amor, aunque hubo un tiempo en que creí que sí, pero fue un espejismo que se disolvió de una manera cívica. No obstante, cuando soy testigo de cómo se miran Abril y Julen, noto cómo nace un atisbo de esperanza, un brote verde en mi mente advirtiéndome de que a lo mejor estoy equivocada y sí que existe, sólo que aún no lo he encontrado. Porque lo que ellos sienten no es sólo cariño, no es sólo atracción física, es algo mucho más grande, inmenso, algo tan grandioso que los hace ser mejores juntos, como si hubieran nacido el uno para el otro.

—¿Y tú quieres sentirlo?

—Bueno, ¿quién no? —preguntó mostrando una divertida sonrisa.

—Yo no —soltó Bastian, haciendo que ella frunciera el ceño, extrañada ante su confesión.

—¿Y eso por qué? ¿Por la Mata Hari esa?

—¿La Mata Hari? —preguntó Bastian extrañado. De repente se acordó de Maggie y comenzó a reírse por la ocurrencia de Maca—. No, no es por Maggie... Ella fue un error en mi vida, que espero que se subsane cuando se case al fin con el tipo de hombre que ella siempre ha deseado para sí, para más señas, un viejo amigo mío que fue tan iluso de caer en las redes de seducción de esa mujer, que lo único que ansía es tener un marido con estatus y dinero para pasear...

—Me imagino cómo debe de ser el afortunado —soltó Maca con sarcasmo, haciéndolo sonreír.

—Un calzonazos, sí —rio divertido—. Pienso que el amor no está hecho para mí, no puedo pensar en atar mi vida a una persona y dejar de lado mis

aspiraciones, mis sueños...

—Ya... Y tú tienes más expectativas que tener a tu mujercita, con las uñas recién pintadas, esperando a que llegues del trabajo, ¿no?

—Sí, muchas más.

—Fíjate cómo engañan las apariencias, pero pensé que era precisamente lo que a ti te pegaba: una mujer florero con la que pasear de fiesta en fiesta — confesó negando con la cabeza al darse cuenta de lo equivocada que estaba.

—Supongo que los dos nos dejamos influenciar por la apariencia del otro. Jamás imaginé que tú podías ser... así —murmuró tragando saliva al recorrer su cuerpo con la mirada.

—Voy a pasar por alto la última frase y la miradita que me has echado, que una es despistada, pero no ciega, y lo hago por lo que tú y yo sabemos, no por otra cosa, que te quede claro —anunció Maca, haciendo que él riese divertido por la aplastante sinceridad de la española—. Y, para cambiar de tema, dime, una curiosidad que tengo y que me corroe por dentro: ¿por qué fundaste una revista de actualidad?

—Desde bien pequeño soñaba con entretener a la gente a la misma vez que la informaba de las cosas que ocurrían por el mundo. Siempre había deseado ser director de una famosa y renombrada revista, y cuando pude conseguir el dinero suficiente y los contactos para intentarlo, no lo dudé. Ahora estoy cada vez más cerca de lograr que mi sueño se cumpla del todo.

—¿No se ha cumplido sólo con fundarla y que funcione? —preguntó Maca con ávido interés.

—No... Yo quiero que sea famosa, que sea un referente para la gente, que incluso salte a Europa y sea lectura obligada para todo el mundo.

—Es un deseo muy ambicioso —susurró pensativa—, pero, como dice mi amiga Almu, si lo visualizas en tu mente, lo podrás conseguir.

—Eso espero —dijo mientras dejaba el vaso sobre la mesa, cada vez más relajado—. ¿Siempre has deseado ser fotógrafa?

—Sí, desde bien pequeña, cuando mis padres me regalaron mi primera cámara de fotos y descubrí lo maravilloso que era captar una imagen única, una que con mi ayuda pudiese ser sublime, grandiosa. ¡Y en ello estoy! —exclamó retirando las manos de encima de la mesa para que el camarero posase los postres.

—Eres ya grandiosa, Maca —soltó, haciendo que ella parpadeara varias veces y le mostrara una sonrisa nerviosa por aquella confesión, que la descolocó bastante.

—Contrólate, Bastian —terció hundiendo la cuchara en la tarta de chocolate y haciendo que su jefe sonriera embobado.

Él la observó comer el postre, se percató de cómo sus labios, jugosos, bien definidos, lamían la cucharilla, ansiando intercambiarse por ella y envidiando aquel útil para comer, deseando ser él el afortunado que recorriera esa lengua, juguetona y contestona, que degustara esos labios tentadores y hacer lo propio con todo su cuerpo. Ya le daba igual qué parte, sólo ansiaba sentir su textura, su calor, su humedad, y tuvo que frenar su instinto para no saltar sobre la mesa y atrapar uno de esos labios con su boca. Pero ¿qué leches le pasaba con esa mujer? Había intentado mantener una conversación normal con ella para convencerse de que no era para tanto, pero no..., era para más, mucho más de lo que creía. Maca era distinta de todas las demás que había conocido, y eso no era simplemente una expresión, sino que era verdad. Jamás había conocido a una mujer que reuniera inteligencia, sarcasmo, diversión, entusiasmo, fortaleza, decisión, persuasión y un largo etcétera que hacía crecer todavía más las ganas de llevársela a la cama y hacer realidad cada una de sus fantasías. Pero no podía o, más bien, no debía. ¡Él era su jefe!

—¿No vas a comerte el postre? —preguntó Maca al ver que no había empezado aún.

—Ehm... Sí, claro —susurró cogiendo la cucharilla y observando cómo ella sonreía divertida.

«Estoy en un buen lío», pensó Bastian mientras se concentraba en comer y no en observar los gestos de placer que hacía su empleada con cada cucharada que se introducía en la boca.

Después de terminar el postre, pagó la cuenta alegando que era una comida de trabajo y, sin darle tiempo a Maca para protestar, ambos salieron a la calle para dirigirse donde se encontraba el chófer esperando. Se subieron al automóvil y Bastian intentó no mirarla durante el corto trayecto hasta el aeropuerto, aunque aquella aparentemente sencilla tarea le estaba costando muchísimo cumplirla. Esa mujer, con su manera de ser arrolladora, tenía algo que lo atraía como un imán. ¡Era superior a sus fuerzas, que comenzaban a flaquear! Lo peor de tenerla

tan cerca era el cosquilleo latente en las yemas de sus dedos, que le pedía casi a gritos que posara su mano justo en la abertura de esos pantalones elásticos, donde se podían ver sin dificultad sus sugerentes rodillas ligeramente bronceadas, para poder corroborar que su piel era tan suave como había imaginado en multitud de ocasiones. Tragó saliva varias veces para frenar aquel loco impulso que lo hacía acercarse más a ella, la cual se encontraba observando el paisaje ajena a todo lo que lo hacía sentir tan sólo con estar a su lado. «¿Y si...? ¡No!», se dijo a sí mismo con firmeza. No podía llegar a nada con ella, era su empleada, una fantástica fotógrafa que esperaba que le diese mucho más reconocimiento a su revista. No podía estropearlo todo con un poco de sexo..., ¡no debía!, volvió a decirse, cada vez menos convencido de sus razones, que a medida que iba conociendo a Maca iban perdiendo peso.

\* \* \*

Mientras el avión los aproximaba a Miami, Bastian comenzó a ponerse aún más nervioso de lo que ya estaba. Sin poder articular palabra, observó cómo Maca miraba las nubes pasar por la ventanilla. «Joder, con lo que yo he sido y ahora no sé de qué hablar con ella. ¡Si es que sólo quiero hundir mis manos en ese cabello negro y acercarla hasta mí! Maca, por favor..., ¡¡fréname!!», pensó intentando calmar aquel deseo que avanzaba peligrosamente con explotar en cualquier momento y agarrándose con firmeza a los reposabrazos para no cometer aquella locura que se le había pasado por la mente.

—¿Estás bien? —se interesó ella de repente, observando cómo tenía los nudillos blancos por la fuerza con que se sujetaba.

—Eh... Sí, sí —contestó intentando demostrar algo que no sentía.

—No sabía que el gran Bastian Miller tuviese miedo a volar —comentó con sorna, haciendo que él clavase su mirada verdosa, más oscura de lo normal, en ella.

—No tengo miedo a volar —susurró con voz ronca.

—Entonces ¿por qué te coges del asiento de esa manera? —preguntó cada vez más extrañada de la actitud de su jefe.

—No creo que quieras saberlo —murmuró Bastian con seriedad.

—Uy, cómo se nota que no me conoces aún... Me encanta que la gente que

tengo a mi alrededor me hable con sinceridad, que me cuente las cosas como son, sin tapujos. Anda, dispara, ¿qué te pasa?

—Recuerda que tú me lo has pedido... —susurró en un tono de voz que le erizó el vello a Maca—. Ahora mismo me encantaría acariciar tu piel lentamente, sentir cómo tus pulsaciones se aceleran por culpa de mi contacto y, al fin, poder hundir mis labios sobre este punto de tu cuello —confesó en voz baja, haciendo que ella abriese los ojos sorprendida ante aquella confesión que ni por asomo se esperaba y sintiendo cómo el tacto cálido de Bastian le rozaba con delicadeza el cuello—. Y, aunque sé que no debo, daría lo que fuera por hacerlo realidad —indicó todavía con aquel sugerente tono de voz.

—Eh... —balbuceó ella intentando reaccionar. ¡La había dejado boquiabierta y temblando!—. Vaya, no me esperaba esto... Bueno, ya sabes que no puede ser —señaló tragando saliva con dificultad, pues todavía sentía el cosquilleo de su caricia en el cuello.

—¿Por qué no? —inquirió jadeando mientras observaba los labios entreabiertos de la joven y deseaba dejarse llevar para probarlos, lamerlos y hacerla gemir sólo con aquel contacto íntimo.

—Primero, porque estamos en un lugar repleto de personas —enumeró con su mano, intentando mirar a otro punto que no fuera la intensa mirada de él—; segundo, porque eres mi jefe y yo tu empleada; tercero, porque somos tan distintos que asustaría a cualquiera, y cuarto, porque no entiendo por qué te sientes atraído por mí... Podrías tener a cualquier mujer, tú mismo lo has visto hoy. Los ángeles de Victoria's Secret estaban coqueteando contigo, y si tú hubieras querido habrías hecho lo que me has dicho con alguna de ellas...

—Pero es que esto no funciona así, no me vale cualquiera... Desde que te vi con aquella pequeña toalla anudada al cuerpo he deseado hacerte mía de mil maneras distintas... Sólo a ti, Maca —confesó acercándose un poco más a ella para pronunciar esas palabras en un susurro tan erótico que hizo que contuviera la respiración con temor de que, al hacerlo, pudiera estropear aquel momento único.

—¡Anda! Y pensar que toda la culpa la tiene esa pequeña toalla... Si lo sé, me pongo la bata manta para abrir la puerta —soltó intentando apaciguar la tensión sexual, que iba en aumento. Aun así, él seguía mirándola con aquella mirada lobuna, que la hacía flaquear..., ¡a ella!—. Olvídalo, no puede ser,

Bastian —terció con firmeza, alejándose un poco de él e intentando no mirar hacia abajo, donde se adivinaba, sin ninguna dificultad, la tremenda erección que su jefe tenía embutida en aquellos vaqueros que le quedaban como un guante. «Joder, ¡no me hagas esto! Que una no es de piedra...», pensó mientras trataba de desviar la mirada.

—Llevo tratando de olvidarlo demasiados días y, a medida que pasa el tiempo, esto va creciendo y ya no tengo fuerzas, ni ganas, de frenarlo más.

—Joder, ya veo que crece —susurró en voz muy baja mirando, de nuevo, la erección embutida en esos pantalones—. Ten cuidado, no vaya a ser que se suelte un botón y tengamos un problema...

—Maca... —dijo él, obviando aquel vano intento de desviar su atención mientras acercaba su rostro un poco más al de ella, sintiendo su aliento cálido. Su voz era todavía más ronca por culpa del deseo, sus ojos brillaban expectantes, anhelando cualquier indicio que le diese luz verde para dejarse llevar.

Maca tragó saliva tratando de recobrar la poca cordura que poseía en aquellos momentos y de no dejarse arrastrar por aquella tensión sexual que crecía peligrosamente, llevándola hacia la locura y la pasión, olvidando lo fundamental en todo ese tema: ella era un capricho para él, sólo sexo, y aunque la idea resultaba tentadora, ya que su jefe era un hombre que quitaba el sentido a cualquiera, no podía arriesgar su puesto de trabajo por un revolcón, aunque éste pudiese ser el mejor de toda su existencia.

—No, Bastian. Lo siento, pero no funcionaría. ¡Mírame! Soy lo opuesto a ti.

—No dejo de mirarte, Maca. Y cada vez descubro algo más de ti que me gusta, y ya no sé qué hacer para quitarte de mi mente... ¡Te juro que lo he intentado todo! Pero no funciona nada y sólo tengo ganas de tocarte, de besarte y de hacerte gemir.

—¡Esto es una locura! —exclamó sin entender por qué se encontraba viviendo aquella escena surrealista—. Me dijiste que, aunque te sentías atraído por mí, no querías tener nada conmigo, y ahora... —murmuró sin comprender nada.

—Sé lo que te dije, y en aquel momento hablaba en serio. Pero, hoy, el hecho de haber compartido todo un día contigo, de haber sido testigo de cómo te creces ante los retos, de ver con mis propios ojos cómo consigues que la gente se relaje para que den lo máximo de ellos, el poder conocerte un poquito mejor, verte



sonreír de esa manera tan tuya, tan sincera y sin complejos... Todo eso ha hecho que cambiara de idea —explicó intentando que entendiera que no era un calentón, sino algo que deseaba hacer y que le importaban bien poco las posibles consecuencias de sus actos—. Además, tú misma has dicho que hay que arrepentirse de las cosas que se hacen, no al contrario...

—¡Pero eso no vale para este caso, Bastian! —exclamó intranquila.

—¿Por qué no? —preguntó apartándole con sutileza un mechón de cabello que se había soltado de su coleta y observando cómo Maca cerraba los ojos, cuando le rozó, adrede, la clavícula.

—Mira, Bastian —dijo con dificultad, haciendo que él sonriese por ser el causante de ello—, lo que tienes que hacer es irte al baño, te echas agua fresquita en la cara y listo. Ya verás cómo después piensas de manera distinta.

—Esto no se arregla con agua fría, te lo aseguro —soltó haciendo una mueca de resignación, dándole a entender que ya lo había probado en varias ocasiones y se sabía de memoria el resultado.

—Le di mi palabra de que no le dejaría seducirme, señor Miller —indicó ella con seriedad.

—¿Ahora me hablas de usted, Macarena? —preguntó sonriendo ladinamente.

¿Desde cuándo era tan juguetón su jefe? Maca tragó saliva y lo retó con la mirada, intentando que no le afectase su seductora y atrayente mirada y, sobre todo, aquella manera novedosa de comportarse con ella.

—Si consigo mi propósito, lo haré.

—Y ¿cuál es ese propósito? —inquirió Bastian, rozando con mucha suavidad la piel que quedaba expuesta por la abertura de sus pantalones, deleitándose con su tacto y, sobre todo, con la reacción de ella, que aguantaba la respiración y se movía en el asiento tratando de calmar aquel cosquilleo que empezaba a aparecer bajo su estómago, avisándola casi a gritos de que le había gustado tanto aquella caricia que ansiaba más.

—Que se dé cuenta de que usted y yo no podemos tener nada fuera del trabajo —terció retirándole la mano con un solo movimiento y dejándola sobre el reposabrazos.

Bastian la miró con seriedad. Tenía razón, lo sabía, pero no podía dejar de pensar en hacer realidad aquella fijación que no lo dejaba vivir, mucho menos

desde que ella pronunció aquella frase que lo dejó pensativo durante toda la sesión fotográfica. Porque jamás, en sus treinta y cinco años, había hecho nada de lo que se hubiera arrepentido. ¿Y si había llegado el momento de dejarse llevar?

## Capítulo 16

Maca apoyó la espalda contra la puerta y cerró los ojos, relajándose al fin. Acababa de subir a su piso después de un viaje repleto de tensión —sobre todo sexual—, en el interior del monovolumen conducido por Peter... Bastian casi ni habló desde la tórrida conversación que habían mantenido en el pequeño habitáculo del avión, como si hubiese recapacitado ante sus vagas palabras, como si aquel impulso que lo llevaba hasta ella se hubiese disipado; pero, aun así, su presencia, su manera de respirar y de apoyar con disimulo su mano muy cerca de donde ella tenía la pierna la había hecho pensar seriamente en la posibilidad de abrir la puerta y salir de aquel coche, aunque fuera en marcha, para así perder de vista a esa tentación en mayúsculas que era para cualquiera que tuviera ojos y sangre recorriéndole su organismo. Aún sentía en la piel las pequeñas caricias que él le había dedicado para su sorpresa, el cosquilleo latente, como si de diminutas descargas eléctricas se tratase, que la erizaba por completo; a ello se le sumaba la calidez de su contacto, que la calentaba de dentro hacia fuera, recorriendo todas sus terminaciones nerviosas y deteniéndose en el centro palpitante de su deseo; su mirada repleta de pasión podía ser casi considerada pecado para cualquiera, ya que te arrastraba fuera de la cordura; su aroma penetrante y terriblemente sexy la hacía pensar seriamente en si él era un experto en las artes de seducción, y su voz sugerente la había hecho flaquear unos segundos pensando en la posibilidad de dejarse llevar y sobrellevar después las posibles consecuencias de aquel acto tan terriblemente tentador. Pero, a pesar de todo cuanto la había hecho sentir en aquel maravilloso viaje, sabía que traspasar aquella invisible línea con su jefe sería un grave error, aunque uno que le habría encantado cometer y quizá también repetir...

—Vale, Maca, ¡a la ducha! —se dijo viendo cómo su cuerpo reaccionaba sólo al recordar todo lo que había vivido ese día con él.

La ducha no la sosegó como pensaba, incluso tuvo que recurrir al agua fría, porque su cuerpo seguía recordando el suave y tortuoso tacto de Bastian, su voz repleta de intenciones, su mirada recorriendo cada centímetro de su cuerpo... Pero lo que más la perturbaba era el cambio radical de actitud que había tenido con ella. Ahora la escuchaba atentamente, la miraba como si no existiera nada ni nadie más, la ayudaba sin mostrar signos de molestia o de enfado, y eso dificultaba enormemente que siguiera sin gustarle su jefe y pudiese, con éxito, salir airosa cuando a éste se le olvidaba que no quería tener nada con ella... ¡Y lo que le estaba costando hacerse la dura!

Maca se tumbó en el sofá con el cabello todavía mojado recordando lo bien que le sentaban aquellos vaqueros, su sonrisa sincera y picarona, que había podido observar en más de una ocasión, y supo, casi con seguridad, que sería una difícil empresa mantener a raya a ese hombre tan tentador. También supo que debía hacer algo para paliar un poco aquel ardiente deseo que comenzaba a embargarla, y en su mente anotó buscar al día siguiente una tienda erótica. Necesitaba algo para desahogarse, un juguetito con el que imaginarse un posible encuentro caliente con su jefe, algo diferente de lo acostumbrado, ya que sus dedos no la dejaban del todo satisfecha. Con esa idea en mente, sonrió. Jamás había necesitado un vibrador para calmar su necesidad, sólo le bastaba ligarse a un hombre y saciar su apetito sexual, o incluso sus dedos eran suficientes para relajarse, aunque esa vez temía que otro hombre no la satisfaría tanto como la fantasía de dejarse llevar entre los fuertes y atrayentes brazos de Bastian Miller.

\* \* \*

A la mañana siguiente llegó de las primeras a la oficina y se puso directamente a cotejar las fotos del día anterior, intentando centrarse en su trabajo y en nada más. Se sentía destemplada, sobre todo en un clima tan cálido como aquél, pero intentó no darle mayor importancia; seguramente la ducha fría de la noche anterior la había enfriado demasiado. Cuando Bastian entró por la puerta, sintió su mirada antes de que saludara, como todos los días, a sus empleados, algo que jamás le había sucedido, ¡con lo despistada que era siempre

para ese tipo de cosas! Intentó aparentar estar muy ocupada y no haberse percatado de su presencia, aunque era imposible no saber que él había entrado en la oficina, pues su presencia, su personalidad y su fuerza arrebatadora lo llenaban todo. Maca sabía que era mejor no tentar a la suerte, una cosa era que fuera espontánea y alocada, y otra muy distinta que fuese una kamikaze...

\* \* \*

—Hoy tenemos al jefe de buen humor, ¿verdad, chicos? —comentó Linda mientras aguardaban a que llegara el camarero con sus platos de comida, después de una mañana de mucho trajín.

—No sé, hoy me he mimetizado con una rata de biblioteca y no he levantado la vista del ordenador —se excusó Maca cogiendo el vaso de agua y dándole un buen trago.

—¿Qué tal ayer con las modelos? —preguntó Mason.

—Muy bien y el lugar elegido, de ensueño —informó con una sonrisa—. ¡Qué maravilla de playa! Me volví loca haciendo fotos.

—¿Nuestro jefe ligó mucho por esos lares? —se interesó Linda con resquemor.

—Bueno, alguna que otra miradita sí que le echaron. Pero él estuvo centrado en el trabajo que habíamos ido a hacer y sólo se acercó a ellas para ayudarme con la iluminación.

—Ay, el pobre Raúl... Hoy estaba tan asustado cuando hemos entrado a trabajar..., se temía que Bastian lo echaría del trabajo cuando lo viese o que lo ridiculizaría delante de todos. ¡Se había imaginado mil desenlaces horribles para él! Pero, en cambio, me ha contado que, después de charlar con el jefe en su despacho, éste ha sido suave y comprensivo con él y simplemente le ha dicho que tuviera cuidado con lo que comía horas antes de hacer un trabajo importante —comentó Mason—. ¡Ya está! —exclamó extrañado ante aquel comportamiento por parte de su jefe.

—Y os puedo asegurar que no le ha gritado, que desde mi mesa, si levanta la voz, puedo oírlo perfectamente. Ha sido un encuentro la mar de pacífico... —añadió Linda con incredulidad.

—Sí, eso me ha comentado. Dice que ha entendido que lo que le ocurrió no

fue intencionado, pero que no será tan indulgente la próxima vez —planteó Mason.

—Joder, con Bastian. Si no lo veo, no lo creo. ¿De verdad que no pasó nada en la isla Harbour? —preguntó Linda intentando encontrar alguna razón coherente para el drástico cambio de su jefe.

—Vio a una tal Maggie y estuvieron hablando... —dijo Maca, sintiéndose mal por no poder confesar abiertamente lo que había ocurrido en el viaje, pero lo que no deseaba era que toda la oficina supiera que su jefe estaba encaprichado de ella. Lo mejor era pasar desapercibida y no dar indicios de nada.

—Uy... Espero que no vuelva con esa arpía —soltó Emily negando con la cabeza.

—¿La conoces? —preguntó Maca con interés.

—Sí, estuvo saliendo con Bastian unos meses. Parecía que iban en serio, pero algo ocurrió y él rompió la relación... —explicó Emily en voz baja.

—A mí tampoco me dio buena espina cuando la vi —comunicó Maca haciendo una mueca de disgusto al recordar a aquella mujer, que miraba a su jefe como si fuera comestible—. ¡Bueno! Cambiemos de tema. ¿Alguna novedad, Emily?

—Puf... —resopló la aludida—. Nada, seguimos igual...

—Pero, mujer, ¿hasta cuándo vas a aguantar esta situación? —preguntó Linda con tono cansado.

—No mucho, eso te lo aseguro —afirmó con rotundidad Emily, haciendo que los demás se mirasen negando con la cabeza al saber que la relación que tenía con su novio podía dar para escribir una trilogía de mil páginas en cada tomo.

Después de almorzar regresaron a sus puestos de trabajo y Maca volvió a no despegar su mirada de la pantalla del ordenador, hasta que fue la hora de marcharse a casa. Comenzó a recoger sus cosas sintiendo cómo un escalofrío la recorría erizándola a su paso y un pequeño dolor de cabeza empezaba a aparecer mientras observaba cómo sus compañeros hacían lo propio y evitaba mirar a cierto jefe que sabía que se encontraba cerca de donde ella estaba. Cuando lo tuvo todo listo, salió casi a la carrera, detrás de los demás, para meterse en el ascensor y, así, no darle opción al señor Miller de tenderle una encerrona.

Llegó a su estudio casi jadeante y, sintiendo que el dolor de cabeza

comenzaba a ser mayor, fue directamente a la ducha para después tumbarse en el sofá y disponerse a no hacer nada: no se sentía muy bien... Después de una siesta, se despertó todavía peor de lo que había llegado, se incorporó y todo el salón comenzó a darle vueltas.

—Madre mía, Maca, me da a mí que te estás poniendo mala —se dijo mientras se levantaba como podía para dirigirse a su dormitorio y coger el termómetro que su madre le había hecho llevarse. ¡Menos mal que le había hecho caso!

Se sentó en la cama con el termómetro en la mano, se lo puso en la oreja, ya que era digital y en pocos segundos mostraba la temperatura, y observó para su estupor que marcaba treinta y ocho grados...

—Puf... —resopló con disgusto al levantarse de nuevo y encaminarse a paso lento a la cocina para tomarse un analgésico con un vaso de agua.

Después, sin apetito alguno, caminó directamente a la cama para poder dormir y que aquel resfriado se marchara esa misma tarde.

\* \* \*

El sonido persistente del timbre de la puerta la despertó. Aturdida y aletargada, fue dando bandazos hasta la puerta, sintiendo que cada paso que daba era un suplicio para ella, como si abandonase por el camino las fuerzas. Por ello, y por el estado febril en el que se encontraba, abrió sin preguntar y sin mirar siquiera quién podía ser.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de malas maneras al ver cómo Bastian la miraba espantado por su imagen.

—¿Qué te ocurre? Tienes mala cara —dijo acercándose a ella.

—Tengo fiebre y ahora, si me disculpas, voy a seguir durmiendo como un lirón. Gracias por la visita, Bastian —comentó casi en un susurro. Incluso le costaba hablar, y mucho más a un volumen audible para cualquiera.

—¡Pero si estás ardiendo! —exclamó mientras le tocaba con la mano la frente—. ¿Te has tomado algo? —preguntó cogiéndola del brazo y haciéndola pasar al salón.

—Sí, pero no me ha hecho efecto. Siento que me va a explotar la cabeza y no me siento muy bien.

—Siéntate —dijo acercándola al sofá y dejándola caer despacio—. ¿Dónde tienes los analgésicos?

—En la cocina, pero me he tomado uno hará unas cuatro horas —indicó mirando el reloj de reojo.

—¿Sólo uno? —preguntó dirigiéndose a la cocina, que se encontraba junto al salón, cogiendo la caja y leyendo el prospecto—. Pone que puedes tomarte otro si a las cuatro horas no te ha hecho efecto.

—¡Anda! Y ¿cómo sabes que pone eso? —soltó de repente, observando cómo avanzaba de nuevo hacia ella con un vaso de agua y una pastilla.

—Mi madre nos enseñó a hablar español...

—Ah... —susurró al darse cuenta de aquella obviedad.

—Son las ventajas de tener una madre mexicana... —dijo tendiéndole la pastilla y el vaso de agua.

—Pero conmigo siempre hablas en inglés, ¡incluso ahora! —exclamó cogiéndole la pastilla y tragándosela con un sorbo de agua.

—Sólo hablo español con mi madre, pero si quieres lo hablo contigo también —comentó cogiendo de nuevo el vaso y llevándolo a la cocina.

—Bah... ¡No pasa nada! Me he acostumbrado a hablar contigo en inglés —soltó haciendo sonreír a Bastian por aquella forma desenfadada de decirlo.

—Túmbate —pidió él al poco.

—¿Para qué? —preguntó a la defensiva.

—Maca, sólo quiero cuidarte. No te preocupes, que no voy a hacerte nada que no desees —informó reprimiendo una sonrisa mientras le mostraba un paño de cocina mojado con agua fría—. Es para ayudar a que te baje la fiebre —comentó mientras le ponía el paño perfectamente doblado en la frente.

—Mi madre también me lo ponía cuando era pequeña...

—Aquí eres mi responsabilidad, Maca... —dijo acariciándole con cariño la cabeza y observando los ojos vidriosos y febriles de la española, que lo observaban con atención.

—Gracias.

—No hay de qué... Ahora intenta descansar, yo iré cambiándote el paño cuando se caliente —susurró sentándose en un pequeño hueco que había en el sofá, pegada a ella.

—Espero que no te dé por meterme en la ducha con agua fría... —musitó



con los ojos cerrados, sintiendo cómo la tela empapada en agua comenzaba a enfriarle la frente.

—No me des ideas, Macarena... —avisó divertido.

—Señor Miller, lo máximo que verá de mí es este estupendo y favorecedor pijama.

—¿Eso que llevas es un pijama? —preguntó con guasa al mirar, de nuevo, el pantalón corto y la camiseta negra de tirantes que llevaba su empleada, por supuesto, del color favorito de ésta: negro—. Creía que tu pijama sería de princesas. Me ha defraudado usted, señorita Albert.

Maca esbozó una tímida sonrisa y relajó las facciones para sumirse en un apacible sueño, sintiendo de vez en cuando el contacto de Bastian al quitarle el trapo y volver a colocárselo de nuevo frío.

\* \* \*

—Hummm... ¿Qué hora es? —preguntó Maca con la boca seca.

—Las doce de la noche, has dormido dos horas seguidas...

—¡Tan tarde! —exclamó incorporándose de golpe en el sofá y haciendo que cayera el paño de su frente a su regazo.

—Tienes mejor cara —informó Bastian tocándole las mejillas, que habían vuelto a su temperatura normal—. Parece que ya te ha bajado la fiebre.

—¡Qué calor tengo! —exclamó sintiendo cómo la camiseta se le pegaba al pecho por culpa del sudor.

—Eso es bueno —comentó guiñándole un ojo e intentando no mirar cómo se le pegaba la tela a la piel—. ¿Quieres agua?

—Sí, pero voy yo...

—Quédate sentada, yo te la acerco —repuso levantándose del sofá para ir a la cocina—. Toma —dijo, al poco, tendiéndole el vaso de agua.

—Gracias —susurró observando cómo de nuevo se sentaba en el sofá, esta vez a su lado, ya que ella se encontraba sentada—. Te agradezco mucho que te hayas quedado a cuidarme, Bastian. Pero es tarde y deberías marcharte a casa para descansar.

—¿Ahora me echas de tu casa, Maca? —preguntó con sorna.

—No, lo único que digo es que mañana hay que madrugar y es muy tarde...

—murmuró mordiéndose el labio inferior.

—Si lo hubiese sabido, no habría tardado tanto en venir. Compréndeme, una parte de mí no quería venir, pero la otra sí...

—Ya... —Chasqueó la lengua con gracia, haciéndolo sonreír—. Me imagino que el angelito te ha pedido que pases de mí de una vez por todas, pero el diablo, el muy pillín...

—Es que eres muy tentadora, Maca.

—¿Con estas pintas? ¡Incluso te has asustado al verme, y no me lo puedes negar! —exclamó mucho más animada.

—No me he asustado; me he preocupado al verte con el rostro tan pálido, los ojos tan brillantes y los labios tan rojos... —replicó rozando sutilmente su labio inferior.

—Ajá... —farfulló sintiendo cómo aquella inofensiva caricia la embriagaba por completo, olvidándose de que ese hombre, que la había cuidado con un cariño y una paciencia sin límites durante las dos horas que había estado durmiendo en estado febril, era su jefe.

—Eres preciosa, Maca.

—No es verdad, Bastian. Soy una mujer del montón..., del montón de orcos de Mordor, por supuesto —comentó con seriedad, sin dejar de mirar aquellos ojos verdes que la observaban con atención.

—Aunque lo que más me gusta de ti es ese sentido del humor tan tuyo — señaló con una sonrisa—. No puedo quitarte de mi mente, Maca... —dijo con preocupación.

—Puedes hacerte una lobotomía —murmuró tragando con dificultad. Aquel hombre comenzaba a hacer que sus defensas flaqueasen.

—Es una opción —dijo Bastian entre risas—. ¿Tienes hambre?

—No sabes tú cuánta —replicó muy bajo mientras se mordía el labio al referirse a otro tipo de apetito, uno mucho más carnal, que comenzaba a despertarse al encontrarse mucho mejor gracias a los espléndidos cuidados de él.

—¿Cómo? —preguntó Bastian, que no la había oído bien.

—Un poco, pero ahora me preparo un vasito de leche y, ¡jale!, a dormir — comentó dando una palmada al aire y haciéndolo sonreír.

—Si quieres te lo preparo yo y así me aseguro de que te vas a la cama bien alimentada.

—No, no te preocupes. Me encuentro mucho mejor, además, no quiero entretenerme más de lo que ya lo he hecho.

—No te angusties por mí, Maca. Estoy aquí porque quiero y me ofrezco a hacerte la cena por lo mismo. No es molestia ni nada por el estilo.

—Vale... Pero cena tú también algo —susurró abrazándose las piernas y desviando la mirada de él.

—Creí que no me lo ibas a pedir nunca —repuso jocoso.

«Ay, yayai... Que no sabía yo esto de ti y me va a ser mucho más difícil negarme si intentas algo conmigo... Joder, Bastian, que estás muy bueno y eres un solete de hombre... ¡No me lo pongas más difícil!», pensó Maca observando cómo se levantaba de nuevo del sofá para comenzar a preparar la cena.

## Capítulo 17

Maca se arrodilló sobre el sofá y observó con atención el trajín de Bastian en la cocina. Se sentía mucho mejor, no lo podía negar, y verlo de aquella manera en su pequeño piso, moviéndose con tanta soltura —algo bastante atípico en un hombre— por su reducida cocina, la hizo excitarse como jamás le había pasado. Tragó saliva con dificultad, sintiendo que su corazón comenzaba a latir más rápido y que su sexo empezaba a palpar por aquella visión tan novedosa de su jefe. No perdió detalle de ninguno de sus movimientos, se sentía como si fuera una niña observando un maravilloso espectáculo, en cambio, lo que tenía delante era mucho más tentador y atrayente para ella. Bastian sacó de uno de los cajones una sartén, la puso encima de la vitrocerámica para después echarle un poquito de aceite y verter en ella unos huevos que acababa de batir con la soltura y la seguridad de alguien que llevaba cocinando mucho tiempo y que, además, disfrutaba haciéndolo. Maca jamás habría imaginado que ver a un hombre cocinando pudiese afectarle de tal forma, ¡estaba del todo húmeda! Porque Bastian Miller era atractivo, guapo, inteligente, seductor, pero también era un buen hombre, divertido, amable, paciente y, además, le gustaba cocinar. ¡Menudo chollo!

—Ven —dijo acercándose a ella y tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

—Puedo levantarme sola.

—Lo sé, Maca, y no te estoy dando la mano porque crea que no sabes andar o no puedes levantarte del sofá, sé que eres capaz de hacer todo eso y mucho más. Simplemente lo hago porque no quiero que te marees y, si lo haces, poder cogerte para que no te caigas al suelo —indicó con seguridad, haciendo que ella

parpadease varias veces.

«Jo...der, ¿desde cuándo eres así, Bastian?», pensó totalmente hechizada por aquel descubrimiento en la personalidad de su jefe.

—Claro... Me da a mí que, como sigas así, te dan la medalla al ciudadano ejemplar... —murmuró con un sarcasmo que le salió casi forzado.

«Respira y tranquilízate, Maca, ¡joder! Es tu jefe, es tu jefe... ¡No lo olvides!», pensó cogiéndole la mano y sintiendo cómo una corriente eléctrica le recorría todas las terminaciones nerviosas, haciendo palpar todo su ser.

—¿Estás mucho mejor? —preguntó él, obviando su último comentario y ayudándola a sentarse en el taburete que se encontraba junto a la barra de la cocina.

—Sí, gracias... —dijo al ver la cena y cómo estaba dispuesta la barra, con servilletas, vasos, agua, cubiertos y los platos con la tortilla, jamón york y lonchas de queso—. Vaya...

—No he podido hacer nada mejor con lo que he encontrado en la nevera —se excusó sentándose a su lado.

—Está genial... Se nota que te gusta cocinar —comentó Maca.

—Sí —dijo con una radiante sonrisa—. Estaba entre hacerme periodista o cocinero; al final opté por la primera opción y la segunda la dejé como afición —señaló haciéndola sonreír.

—Ya veo... —dijo cogiendo el tenedor mientras pinchaba un poco de tortilla para llevársela a la boca—. Hummmm... ¡Está deliciosa! —exclamó deleitándose con el sabor.

—Gracias. —Sonrió observando los jugosos labios de Maca degustar aquel alimento que él había preparado.

—A ver, una cosa que no entiendo... —comenzó a decir Maca, haciendo que él enarcase una ceja divertido—. ¿Qué? —preguntó al observar su reacción.

—Nada, sólo que se nota que estás mejor —indicó entre risas al ver que tenía más ganas de hablar.

—Y tú últimamente, señor Frunzo el Ceño, estás muy guasón, y eso es algo que me descoloca bastante.

—En el trabajo tengo que dar la impresión de ser un empresario serio, Maca —señaló con solemnidad.

—¡Pero eso es ser alguien que no eres! —exclamó asombrada.

—En parte lo soy, cuando entro en la oficina estoy más pendiente de lograr los objetivos que de divertirme. Pero creo que es algo lógico, ya que mi objetivo principal es que la revista triunfe, y la única manera de conseguirlo es poner todos mis sentidos en ese propósito.

—Pero ¿en realidad no lo eres? —preguntó con curiosidad.

—Antes de fundar la revista, no lo era. El trabajo, la presión y el deber me convirtieron en un hombre más taciturno —dijo mostrándole una mueca divertida que la hizo sonreír.

—Ahora que lo pienso, si tus empleadas ya babeaban por ti y no saben que no eres tan duro como aparentas, cuando se enteren... ¡las vas a enloquecer! —comentó divertida mientras le guiñaba un ojo.

—A todas, no... —dijo metiéndose un gran trozo de tortilla en la boca sin dejar de mirarla fijamente.

—Soy una tía rara. ¡Qué le vamos a hacer! —exclamó mientras encogía los hombros con resignación.

—Ahora que nadie nos oye... —dijo bajando la voz y acercándose un poco más a ella, mucho más de lo estrictamente necesario, haciéndola que titubease al tenerlo a pocos centímetros de su cara—, siempre me ha gustado lo raro.

Maca observó las facciones masculinas de Bastian, su voz, su cálido aliento, su mirada... ¡Qué difícil le estaba resultando pararle los pies! Si ella quisiera, sólo tendría que juntar sus labios con los de él, en un pequeño y suave movimiento, y poder averiguar cómo besaba ese hombre que se había empeñado en cuidarla, en hacerle la cena y en volverla loca, en todos los sentidos de la palabra... Cerró los ojos, pensando en lo que debía hacer, ella, que era siempre dada a hacer las cosas por impulsos, sin pensar en nada más, pero esa situación no podía afrontarla de aquella manera, o por lo menos no debía...

—Sí que es una sorpresa, señor Miller. No sabía que tenía usted gustos tan extravagantes —soltó alejándose un poco y centrándose en el plato que tenía delante.

—Todos escondemos algo bajo nuestra apariencia, Macarena —reiteró siguiéndole el juego.

«Y a mí me gustaría ver lo que esconden esos pantalones de vestir que te empeñas en llevar y poder hacer locuras contigo», pensó acalorada intentando terminarse la cena para que su jefe se marchara de su casa y, con él, la tentación

de tenerlo para ella sola bajo su techo.

—¿Estás bien? —preguntó Bastian de pronto.

—Sí, de lujo —dijo forzando una sonrisa que a él lo hizo esbozar otra mucho más sincera.

—Pareces febril de nuevo —comentó tendiendo la mano para tocarle la frente en un gesto tan adorable que la hizo excitarse todavía más.

«Joder, menos mal que eras un sieso», pensó irónicamente al percatarse de que se había equivocado al catalogarlo como tal.

—Estoy bien, estoy bien... Será la cena o las horas que son —comentó nerviosa intentando poner distancia entre ambos.

—No tienes fiebre —dijo observando su respiración entrecortada, sus mejillas rosadas y sus ojos cristalinos.

—Ya te he dicho que estoy bien. Habrá sido un enfriamiento o vete tú a saber qué... —repuso dejando los cubiertos sobre la barra y observando que él también había terminado de cenar—. Creo que deberías marcharte ya, Bastian. Es supertarde y mañana hay que trabajar.

—¡Qué ganas tienes de que me vaya, Maca! —exclamó guasón—. Espera que recoja la cocina y ya te dejo sola.

—No te preocupes, mañana lo haré yo. Ahora a dormir, que mañana hay que rendir —dijo parándole la mano para que no cogiese los platos y retirándola enseguida cuando él observaba su caricia con una mirada demasiado profunda y seductora como para afrontarla a esas horas tardías de la noche.

—De acuerdo —asintió divertido al verla nerviosa, algo bastante extraño en ella, que era la viva imagen de la serenidad—. Cualquier cosa, si te encuentras mal o lo que sea, por favor, llámame al móvil, y si mañana te encuentras mal, no vayas a la oficina —dijo aproximándose a la puerta de entrada.

—Vale —murmuró Maca abriendo para que él saliese del piso y, con él la tentación, de hacer realidad sus sueños calenturientos—. Muchas gracias por todo.

Bastian la miró, dio un pequeño paso en su dirección, sin perder detalle de sus movimientos, de su nerviosismo, de cómo reaccionaba su cuerpo cuando él se aproximaba más de lo normal. Sin titubeos y con una parsimonia que a él mismo lo sorprendió, le acarició el rostro, deteniéndose en sus labios entreabiertos, jugosos y de un color tan apetecible que tuvo que hacer un

esfuerzo monumental para no fundirse en ellos.

—Ha sido un placer —dijo con voz ronca, acercándose a ella y dándole un suave y pequeño beso en la mejilla que la hizo reprimir un gemido—. Buenas noches, Macarena...

—Buenas noches, señor Miller —balbuceó extasiada por aquel momento tan tremendamente excitante.

A continuación, cerró la puerta lentamente, casi a cámara lenta, y apoyó la frente en ella mientras cerraba los ojos para serenar a su cuerpo, que le pedía a gritos que echara a correr detrás de él y que lo hiciera entrar de nuevo en su piso, para, así, acabar con aquella tensión sexual que comenzaba a no poder controlar.

—Vale, Maca, no pasa nada —se dijo mientras se alejaba de la puerta y se disponía a recoger la cocina antes de acostarse—. Lo que ha pasado hoy no puede saberlo nadie. ¡Ay, madre mía, me va a volver más loca de lo que estoy! —exclamó mientras se mordía el labio inferior y negaba con la cabeza, todavía acalorada por haberlo tenido en su casa.

\* \* \*

A la mañana siguiente se levantó con un leve dolor de cabeza y la mente hecha un lío por todo lo que había pasado la noche anterior. Después de desayunar y de tomarse un analgésico, se marchó a la oficina dispuesta a representar el papel de su vida, ya que no deseaba que nadie en la revista supiera que su jefe había estado hasta altas horas de la noche en su casa, cuidándola e incluso haciéndole la cena...

A los pocos minutos de que Bastian Miller, tan guapo y atractivo como siempre, saludase a todos sus empleados a su llegada y se sentara a su mesa, apareció un correo electrónico de él en su ordenador. Maca sonrió mientras lo abría.

De: Sr. Miller  
Para: Macarena Albert

Buenos días, Maca:

Espero que pasaras mejor noche que yo y que la fiebre te dejara descansar... Me habría gustado acercarme ahora para comprobar, de primera mano, que tu temperatura corporal ha bajado. Ayer me preocupaste mucho, tanto, que no podía conciliar el sueño pensando en que



te había dejado convaleciente y todavía un poco febril, incluso podría decir que jadeante... Me preocupaste y mucho. ¿Te encuentras bien?

Bastian Miller, director y propietario de *Miami Life Magazine*

Maca se mordió el labio inferior mientras pensaba en cómo contestarle al correo. Por supuesto que estaba jadeante e incluso febril, pero por culpa de él y de esa manera de ser que la estaba cautivando.

De: Macarena Albert  
Para: Sr. Miller

Buenos días, señor Miller:

Me sabe fatal que por mi culpa haya perdido horas de sueño, y tengo que informarlo de que he dormido como una marmota babeante. Esta mañana me he despertado con la temperatura dentro de los valores normales, y supongo que lo que me ocurrió ayer fue un pequeño virus o un enfriamiento debido a mi manía de bañarme en la playa cuando salgo de trabajar, permanecer más tiempo de lo necesario en la innovadora ducha de mi estudio y de haber dormido con el culete al aire. ¡Pero no se preocupe! Que pondré todo de mi parte para que no me vuelva a ocurrir.

¡Muchas gracias por su paciencia y por sus cuidados!

Maca, fotógrafa profesional con síndrome de la marmota babeante

Le dio al botón de enviar y esperó su reacción. No sabía las razones, o tal vez sí y le daba apuro aceptarlas, pero aquel juegucito que se traía entre manos era cada vez más llamativo y morboso. A los pocos segundos apareció otro mensaje en la pantalla de su ordenador y lo abrió sin dilación.

De: Sr. Miller  
Para: Macarena Albert

Miss Albert:

Me parece una falta de consideración enorme por tu parte hacer todo lo enumerado y no haberme llamado para acompañarte. No sé si te podré perdonar por esa falta de deferencia hacia mi persona, sobre todo en el aspecto que atañe a esa parte de tu anatomía que has dejado al descubierto con riesgo de que se enfríe. Aunque, si me llamas a la próxima, a lo mejor te lo perdono.

Bastian Miller, director y propietario de *Miami Life Magazine*

Maca sonrió tontamente mientras preparaba su respuesta, sintiendo como si

tuviese un nido de serpientes y abejas en la boca de su estómago, acalorándola y poniéndola nerviosa por lo que estaba haciendo con su jefe, y en horas de trabajo. «¡Viva la vida loca!»

De: Macarena Albert  
Para: Sr. Miller

Señor Miller:

Como comprenderá, no está bien visto que una chica como yo, delicada e indefensa, lo invite a acompañarme a hacer esas actividades. ¡Qué diría la gente! Y, peor aún..., ¡cómo podría defenderme de su encanto natural!

Maca, fotógrafa profesional con tendencia al destape

P.D.: No se preocupe por mi culete: está acostumbrado a permanecer descubierto sin que le ocurra nada grave.

Con una risita nerviosa, le dio al botón de enviar y esperó la respuesta, que no tardó en llegar.

De: Sr. Miller  
Para: Macarena Albert

Lo que más me gusta de ti es que no eres delicada ni indefensa. Eres asombrosa, fuerte, valiente, descarada y capaz de hacer cualquier cosa por ti misma.

Dime, y no te hagas de rogar mucho..., ¿cuándo volveré a verte fuera de estas cuatro paredes? ¿Me tocará inventarme cualquier reportaje fotográfico para tenerte lejos de las miradas indiscretas de mis empleados o me darás la oportunidad de mostrarte como soy fuera de aquí?

Bastian Miller, director y propietario de *Miami Life Magazine*

«Ay, yayai... Vale, Maca, respira y piensa fríamente. Ha sido divertido tontear con él por e-mail, pero... ¡quiere quedar! Joder, joder... ¿Qué le digo?... “Claro que sí, guapetón, a las seis en mi casa, y prepárate, que te voy a dejar seco como una mojama...” ¡Qué bruta soy! Además, eso es lo que me gustaría a mí, pero no debo, no debo... ¡Joder, Bastian! ¿Por qué leches te has tenido que sentir atraído por mí? ¿Por qué narices no sigues siendo el mismo sieso que conocí? ¿Por qué me has tenido que mostrar esa parte de ti que me pone toda verraca?», pensó mientras mordía la punta del bolígrafo sin despegar la mirada

del último mensaje que había recibido, como si éste le diese la respuesta que tanto ansiaba obtener, para poder contestarle y proseguir con su trabajo.

—¡Maca!

—Joder, ¡qué susto! —exclamó dando un salto en la silla y llevándose la mano al corazón, que latía a una velocidad de vértigo, mientras, en nanosegundos, cerraba la pantalla emergente del último mensaje de Bastian.

—Perdona, no era mi intención, pero te he llamado un par de veces y estabas como ida... —dijo Linda observando la expresión alterada de Maca.

—Estaba concentrada... —dijo nerviosa mostrándole una sonrisa resplandeciente—. Dime, ¿qué querías?

—Tienes una llamada de teléfono, pero no te la puedo pasar... —comentó mientras levantaba el auricular del aparato que había sobre su mesa y comprobaba que había línea—. No va... Luego le diré a los de mantenimiento que le echen un vistazo. Si quieres puedes cogerla en mi mesa.

—Claro —susurró levantándose y dirigiéndose a la mesa de Linda, que se encontraba pegada al despacho de su jefe.

Hizo un esfuerzo descomunal para no mirarlo, para no comprobar que la estaba observando, aunque fuera de reojo, para repasar, de esa manera tan suya, su cuerpo: de abajo arriba, deteniéndose en sus ojos... Tragó saliva para tranquilizarse y se puso de espaldas al despacho del señor Miller mientras cogía el teléfono de Linda.

—Maca Albert —dijo en el auricular.

—Hola, Maca... —saludó aquella voz que tan bien conocía y que la hizo apoyarse en la mesa con una mano—. He intentado llamarte al móvil, pero no me lo cogías, he supuesto que lo tendrías en silencio... Y, después de muchos intentos, he dado con el teléfono de tu empresa...

—¿Qué... qué quieres, Ismael? —preguntó con un hilo de voz al sorprenderse de que fuera él, y no otra persona, quien la estuviera llamando.

—Verte.

—Estoy en Miami, Ismael. Sé que no me despedí de ti, pero...

—Yo también estoy en Miami —dijo interrumpiéndola.

Maca cerró los ojos. ¿Qué hacía Ismael allí?

## Capítulo 18

Bastian supo que algo le pasaba, pues, aunque no podía verle la cara, su postura cambió nada más coger el teléfono. Se había puesto rígida y movía de una manera frenética los brazos cuando hablaba, en español y tan bajo que no podía entender lo que decía y, sobre todo, a quién se lo decía. Estuvo tentado de salir a hablar con ella, preguntarle qué la había hecho cambiar de humor y, sobre todo, quién la había llamado a la revista. Pero tuvo que tragarse sus preguntas y permanecer sentado delante de su mesa, tratando de aparentar que estaba muy ocupado, aunque lo único que ansiaba era seguir hablando con Maca, aunque fuera por correo electrónico y en ese juego seductor que lo había hecho empalmarse irremediabilmente...

Pasaron las horas y Maca seguía sin contestarle al último mensaje, algo que lo molestó y lo frustró a partes iguales, pues deseaba volver a tenerla solo para él, como le había ocurrido la pasada noche, cuando había ido a verla a su piso y se la encontró con los cabellos alborotados, la tez roja y sudorosa, aparentemente indefensa pero capaz de enfrentarse ella sola a un regimiento de soldados... Se frotó enérgicamente el rostro intentando serenarse; no podía descontrolarse, aunque fuera lo que más deseara hacer. Ésa había sido la razón que, la noche anterior, lo había llevado hasta ella: no podía aguantar más las ganas de verla, estaba cansado de pelear contra algo que crecía a pasos agigantados, llenándolo todo y haciendo imposible que siguiera su rutina, por eso decidió dejarse llevar... Levantó la mirada, la vio recoger sus cosas para marcharse a almorzar con sus amigos y los envidió un poco, por tener la suerte de verla sonreír, de oír sus sarcasmos y sus frases con doble sentido, de ver cómo se mordía el labio inferior cuando estaba nerviosa... Buf... ¡Estaba jodido y lo sabía! Pero no había

vuelta atrás. Lo había intentado con todas sus fuerzas, y cuanto más la alejaba, más se clavaba en su mente y más presente estaba en su vida. Se levantó dispuesto a almorzar y estuvo tentado de dejarse caer, casualmente, por el mismo restaurante donde sabía que estaría ella... Pero no lo hizo. Era consciente de que a Maca no le gustaría verlo allí, rodeada de sus compañeros, y lo último que deseaba era incomodarla y alejarla todavía más de él...

Volvió a la oficina con menos ganas de las que tenía cuando se había ido a almorzar, sólo deseando que acabara aquella atípica jornada y poder hablar con ella en privado. Aligeró el paso al ver cómo comenzaban a cerrarse las puertas del ascensor y, de dos zancadas, pudo detenerlas y adentrarse en él. En el estrecho habitáculo estaba la protagonista de todos sus deseos, mordiéndose el labio y mirándolo fijamente a los ojos.

—Buenas —saludó Bastian a sus empleados.

—Buenas tardes —le respondieron.

El silencio se instaló sin remedio, haciendo que todos mirasen la puerta que tenían enfrente. Bastian miró de reojo a Maca, la tenía a pocos centímetros de donde estaba él, y sintió cómo una fuerza invisible lo empujaba hasta ella, para poder tocarla, para poder mirarla sin pudor y poder fundir sus labios con los suyos... El sonido del ascensor al abrirse lo hizo volver a la realidad y observó cómo ella era de las primeras en salir y alejarse rápidamente de donde él estaba, haciendo que Bastian la mirase sin pudor, deleitándose con sus pasos decididos, con su cabello rozando sutilmente su espalda, con el modo en que aquel pantalón negro ceñía y moldeaba sus curvas, haciéndola todavía más tentadora para él.

«Paciencia... Le dije que no quería tener nada con ella; es más, le pedí que me ayudara a no seducirla, es normal que ahora no se crea que he cambiado de opinión, que me he dado cuenta de cómo es y que me encanta», pensó mientras se sentaba delante de su mesa.

La última media hora se le hizo tortuosamente lenta y, cuando la vio apagar el ordenador y recoger sus cosas, supo que debía hacer algo y no dudó en utilizar su poder en aquel lugar. Para algo era el jefe, ¿no?

—Macarena, ¡a mi despacho! —gritó, haciendo que se girase a mitad de camino del ascensor, extrañada por su requerimiento.

—Tengo un poco de prisa, señor Miller —dijo mientras caminaba hacia su despacho.

—Serán sólo unos segundos... —murmuró sin perder detalle de su manera única de caminar y de algo más a lo que no supo ponerle nombre, pero que surgía de su mirada oscura y sincera.

—Dígame —susurró delante de él.

—Siéntate, por favor.

—Tengo prisa, de verdad... —musitó mordiéndose de nuevo el labio inferior, algo que lo hizo excitarse aún más, ya que ansiaba aflojar la presión de sus dientes y cambiarla por sus propios labios, para poder saber cómo besaba aquella española que lo volvía loco.

—¿Por qué no me has contestado al e-mail? —preguntó intentando aclarar su voz, que se había vuelto más ronca por culpa del deseo latente.

—No sabía qué decirle —confesó posando su mirada en él.

A Bastian se le había secado la boca al tenerla a tan pocos metros.

—Pues dime que sí y ahora mismo nos vamos juntos, donde tú quieras, para hablar...

—Señor Miller...

—¿Por qué me hablas de usted? Ahora no hay nadie que nos oiga...

Maca esbozó una pequeña sonrisa que desapareció inmediatamente.

—Aunque te tutee, mi respuesta va a ser la misma. Me están esperando y no puedo quedarme más rato a charlar.

—¿Quién te está esperando? —inquirió con curiosidad.

—Buf... Es una larga historia, y primero me tengo que enterar yo de la última parte —confesó dejándolo todavía más confundido—. Debo marcharme ya para resolver este enigma que me tiene loca todo el día. ¡Hasta mañana, Bastian!

—¿Hasta mañana? ¿No nos vamos a ver hoy? —preguntó levantándose de su sillón intentando detenerla.

—Ya te he dicho que he quedado —reiteró Maca con una sonrisa tan impactante que lo hizo enmudecer.

—Si terminas pronto y te apetece verme... —susurró él intentando a la desesperada obtener una cita con ella.

—Bastian, ya sabes que no podemos —reprimió con tono serio, recordándole a su época de estudiante, cuando su maestra lo reprendía cuando había hecho algo malo.

—Poder, podemos, Maca, ahora me he dado cuenta. Sólo basta que los dos queramos, sólo eso.

Ella sonrió y dio un paso hacia la puerta.

—Y ambos sabemos que, en realidad, no quieres —dijo guiñándole un ojo—. ¡Adiós! —exclamó levantando la mano y saliendo a la carrera hacia el ascensor, sin darle opción a réplica.

Bastian se quedó mirando su manera de correr, tan natural y alejada de todos los estereotipos marcados por la sociedad en la que decían que las mujeres eran seres frágiles que necesitaban del amparo de un varón... Se dejó caer de nuevo sobre su asiento, pensando que Maca podía protegerse sin ningún problema y era más fuerte y más valiente que muchos hombres que él conocía. Con un nudo en el estómago, comenzó a recoger sus cosas para dirigirse a su casa. Había aprendido una cosa importante de ella, y era que no le gustaba lo que normalmente hacía suspirar a otras mujeres. Por tanto, estaba descartado seguirla y hacer que, casualmente, pasaba por allí. Debería tragarse su curiosidad y verla cuando pudiese...

\* \* \*

Inspiró profundamente antes de abrir la puerta del bar donde había quedado con Ismael, y a medida que fue entrando en el establecimiento fue soltando lentamente el aire hasta que lo vio, sentado a una mesa, con una cerveza delante de él y ese aspecto desgarrado y perdido que la había enamorado hacía un año y medio. Seguía igual, con sus gafas de pasta negra estilo *nerd* que tan bien enmarcaban su rostro afilado. Sus ojos negros destilaban la inteligencia que ella sabía que poseía, su cabello estaba más corto desde la última vez que lo había visto; donde antes había varios caracolillos que se enroscaban en su nuca, ahora no había ni rastro de esos característicos rizos, sino un cabello bien cortado y a la moda... Al verla caminar hacia él, esbozó una tímida sonrisa con sus finos labios que la hizo titubear, ya que no sabía qué lo había llevado hasta allí.

—Hola —dijo Maca observando cómo se levantaba para darle un par de besos en las mejillas.

—Hola, Maca... Caray, ¡qué guapa estás! —exclamó observando su nueva forma de vestir, con una ropa mucho más actual y menos ancha.

—Gracias —susurró sentándose a su lado—. ¿Qué haces en Miami, Ismael?

—¡Ésta es mi Maca! —soltó entre risas—. Ya creía yo al verte con esos pantalones vaqueros estrechos que Miami te había cambiado —comentó negando con la cabeza.

—Bueno, ya sabes, el hábito no hace al monje —señaló observando cómo un camarero se detenía en la mesa para anotar la consumición.

—He venido a verte —confesó Ismael cuando el camarero los dejó de nuevo a solas.

—Joder, y ¿te has hecho más de siete mil kilómetros para verme? —soltó perpleja.

—Era necesario —dijo mientras daba vueltas a su vaso de cerveza como buscando las palabras idóneas que lo habían hecho coger un avión e ir hasta allí.

—¡Pues ya me estás viendo! ¿Y ahora qué? ¿Me dirás que has venido sólo a Miami para tomarte una cerveza conmigo y charlar de los buenos tiempos o me dirás lo que de verdad te ha hecho coger un avión y plantarte aquí sin avisar? —preguntó viendo que Ismael dudaba mucho en sincerarse con ella y eso la ponía nerviosa, mucho.

—¿Por qué te fuiste de Valencia sin despedirte de mí? Me enteré hace poco, que vi a Almu por la calle, de que estabas trabajando aquí y me sentí mal al saber que te habías ido sin decirme nada...

—Tú y yo habíamos roto, Ismael —dijo Maca en un tono mucho más suave—. Es normal que nuestras vidas vayan por caminos diferentes y que no haga falta avisar al otro de los pasos que seguimos. Además de que tuve un par de semanas para prepararlo todo y venirme...

—Creía que nuestra ruptura había sido amigable —murmuró con pesar.

—Y lo fue, pero es una ruptura al fin y al cabo...

—No me sorprendió saber que te habían cogido para una revista más importante... Siempre he sabido que conseguirías todo lo que te propusieras, y me alegro de que fuera así.

—Gracias... Este trabajo es un sueño... —dijo Maca mientras observaba cómo el camarero le ponía delante de ella una cerveza.

—Me encanta verte así de bien y tan cambiada por fuera, aunque por dentro seas la misma.

—Bueno, hace poco que estoy viviendo en Miami, tampoco me puede



cambiar tanto —se carcajeó—. Dime, ¿qué tal tu nuevo trabajo?

—Muy bien. Estoy muy contento y me siento muy valorado.

—Me alegro mucho —comentó Maca con sinceridad.

—Lo sé, siempre has creído en mí, incluso cuando yo no lo hacía, tú siempre me ayudabas a ver la parte positiva de todo. Eres una gran mujer, Maca. Y sé que vas a encontrar a alguien que te quiera como te mereces, porque yo...

—Uy, qué telenoveleros te ha salido, Ismael. ¿Qué ocurre? ¡Desembucha! Ya sabía yo que esta visita no podía ser porque sí... —farfulló mientras negaba con la cabeza.

—No... —confesó con timidez—. He venido hasta aquí por tres razones importantes: la primera es que necesito tu firma en este documento —dijo mientras lo sacaba de una pequeña mochila que tenía apoyada en una silla vacía.

—¿Para qué? —preguntó extrañada mientras cogía el papel y lo comenzaba a leer.

—¿Te acuerdas del fondo de inversión que contratamos al poco de comenzar a vivir juntos? —Maca asintió al acordarse de aquellos ahorros que habían metido conjuntamente—. Quiero rescatarlo y necesito que me firmes estos documentos para poder hacerlo y, así, enviarte tu parte.

—Pero si necesitas el dinero... ¿por qué te lo has gastado en el billete de ida y vuelta para venir hasta aquí? —preguntó todavía más extrañada de que él estuviera en Miami.

—Bueno... —susurró mostrándole una tímida sonrisa—, no es que necesite el dinero, Maca... Quiero rescatarlo por otras razones...

—Supongo que esa razón no será que te arrepientes de haber dejado nuestra relación —murmuró con guasa, haciendo que éste negase con la cabeza divertido.

—No... He conocido a alguien, Maca —confesó Ismael al fin.

—Supongo que será la mujer con la que te vio besándote Almu.

—¿Besándome con una mujer? No creo —negó con una sonrisa nerviosa—. Es un hombre...

—¿Cómo? No entiendo... —susurró todavía más perdida.

—Maca... —dijo visiblemente nervioso mientras se movía en su asiento, buscando las mejores palabras para explicarle aquello que lo había hecho cambiar el rumbo de su vida—. Maca, soy homosexual.

Ella parpadeó estupefacta. ¿Lo había oído bien? ¿Su exnovio acababa de decirle que era gay? ¡Pero... ¿cómo no se había dado cuenta ella?!

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —preguntó totalmente sorprendida por aquella confesión.

—No... —contestó él ajustándose las gafas—. No sé cómo explicártelo, porque incluso me ha sorprendido a mí. Pero cuando apareció Samuel de nuevo en mi vida algo en mi interior cambió. Me di cuenta de que no era amistad lo que sentía por él, sino amor... Yo... —dijo tragando saliva.

—¿Ya lo conocías? —preguntó Maca con un nudo instalado en la boca del estómago.

—Sí, pero llevábamos mucho tiempo sin vernos, además, aún no sabía que me gustaban los hombres. ¡Yo estaba saliendo contigo! Creía que te quería, creía que era feliz a tu lado, pero yo mismo me estaba engañando. No quiero que pienses que no te he querido, porque no es así, ahora lo sé. Te he querido, mucho, pero no de la misma manera que tú me querías a mí. Para mí eras una buena amiga, una persona con la que podía ser yo mismo, una magnífica mujer que me ayudaba cuando me sentía perdido, que me daba la seguridad que yo ansiaba tener...

—Jamás me has hablado de él... —comentó Maca observando los gestos de éste, que se dulcificaban cuando hablaba de ese hombre.

—Supongo que me daba vergüenza reconocer que había alguien en mi vida que me hacía dudar de lo que yo creía que debía sentir y que, a la vez, me hacía sentir vivo de una manera como jamás había experimentado —confesó Ismael—. A Samuel lo conozco de cuando fuimos juntos al colegio, siempre hemos sido buenos amigos, pero nuestras vidas se separaron cuando él se marchó a vivir fuera de Valencia. Seis meses antes de que me marchara de la revista de Ernesto, contactó conmigo por Facebook... Comenzamos a hablar y a quedar, como amigos, jamás lo había visto de otra manera, pero, claro, tampoco pensé que mi condición sexual no era la que yo creía en un principio... Poco a poco comenzamos a quedar con mayor asiduidad, y yo esperaba aquellos encuentros con una emoción jamás sentida y que escapaba al raciocinio... Él fue quien me ayudó a encontrar mi nuevo puesto de trabajo, y no lo dudé un segundo... Además, tenía el aliciente de que Samuel trabajaba, desde hacía un año, en el bufete de abogados que se encuentra en el mismo edificio donde está la revista...

Comenzamos a vernos más, a hablar más, y empecé a sentir algo en mi interior a lo que no le podía dar nombre. Por eso decidí romper nuestra relación. ¡No sabía lo que me pasaba! Pero lo que tenía claro era que no podía seguir engañándome más, que no podía seguir contigo... Maca, te mereces a un hombre que te quiera de verdad y no a mí, que no tenía ni idea de por qué contaba los minutos para ver a Samuel...

—¿Jamás intuiste que te gustaban los hombres?

—No —informó con seriedad—. Yo creía que era uno de los pocos hombres a los que no les gustaba practicar sexo con mujeres, que no lo necesitaba tanto, que me regía más por los sentimientos que por el físico. Nunca pensé que el motivo principal de eso fuera que no era heterosexual... Samuel me confesó que se dio cuenta de que yo era gay antes de que yo mismo lo supiera. ¿Tú te crees? —soltó con una fugaz sonrisa.

—Ahora entiendo por qué te costaba tocarme o lanzarte a besarme... Pensaba que eras tímido y más frío en ese aspecto, jamás imaginé que fueras gay... —confesó Maca.

—Junto a Samuel he descubierto cómo soy yo de verdad, Maca. No soy frío, ni tímido, ni serio cuando estoy con él. Él hace que mi cuerpo vibre, que mi ser se expanda, que mi corazón se desboque cuando lo tengo cerca. He descubierto lo que es amar y sentirse amado —se sinceró con los ojos vidriosos por la emoción.

—Joder, macho... —soltó ella, expulsando poco a poco el aire de sus pulmones. Parecía que lo había estado conteniendo a medida que éste desengranaba aquella cuestión que tanto la había sorprendido—. ¿Qué quieres que te diga? ¡Me has dejado de piedra! —exclamó mostrándole una amplia sonrisa.

—Me imagino —comentó un poco más relajado al verla sonreír—. Estos meses que he vivido con él han sido maravillosos, y quería ser yo, en persona, quien te contara que me he enamorado locamente de un hombre.

—Ismael, te mentiría si te dijera que me lo esperaba, porque no es así... Pero veo ese brillo que tienes en los ojos, que jamás vi cuando estabas conmigo, esa manera de hablar de él, que hace que se te ilumine la cara, y sólo puedo desearte que seas muy feliz con Samuel.

—Muchas gracias, Maca. Sabía que lo comprenderías, sabía que no me

juzgarías y que me darías tu bendición —comentó emocionado.

—Uy, mi bendición... —soltó Maca con guasa—. ¿Ahora necesitas eso?

—Le he pedido que nos casemos —comentó con un hilo de voz.

—¿Ya? —preguntó extrañada ante aquella celeridad—. Pero ¿tú no tenías alergia al compromiso y a pasar por el altar?

—Cuando llega la persona indicada, todo puede cambiar, y él... Samuel es todo lo que necesito en mi vida. ¡Lo amo! —indicó con pasión.

—Am... —susurró todavía más perpleja de lo que ya se encontraba—. Pues nada, Ismael, me alegro un montón de que hayas encontrado a esa persona que te haya hecho dar ese importantísimo paso. Dime, ¿para cuándo el día especial?

—No queremos tardar mucho. Nos hemos dado cuenta de que somos el uno para el otro.

—¡Anda, qué bonito! ¿Por eso necesitas rescatar el fondo de inversión?

—Sí, Samuel me aconsejó que cerrara todo aquello, para que en el futuro no hubiese problemas. Él para esas cosas es muy meticuloso... Además, ese dinero me vendrá muy bien para la boda.

—Pues nada, chico..., ahora mismo te lo firmo y, ¡lo dicho!, que seáis muy felices juntos —comentó Maca.

—No he venido solo... —informó con una sonrisa adorable.

—¡Anda, la leche! No me digas que te has traído a tu prometido... ¡Joder, chaval! ¡Esto cada vez es más extraño! Al final me veo con una cámara de televisión en la jeta y una bonita y despampanante modelo plantándome un enorme ramo de flores en las narices... —se carcajeó Maca, haciendo que Ismael también riese divertido y mucho más tranquilo al ver su reacción al enterarse de la verdad.

—Ninguno de los dos conocíamos Miami y hemos pensando en, ya de paso, visitarlo...

—Ah, muy bien... ¡Habéis hecho un dos por uno! —exclamó con gracia.

—¿Quieres conocerlo?

—¿Está aquí? —preguntó Maca mirando a ambos lados.

—Sí, es ese morenazo que está allí sentado —señaló al fondo del bar, donde un hombre alto y delgado los miraba sin parpadear—. Además, queremos pedirte un favor, Maca...

—¡Y aquí viene la tercera razón! —comentó con gracia, haciendo que éste

asintiera con la cabeza mientras esbozaba una tímida sonrisa—. Venga va, vamos a conocer a tu futuro marido y a ver qué es lo que me queréis pedir —dijo Maca levantándose al verlo acercarse a ellos con unos andares muy masculinos y posando su mirada oscura y segura en ella.

La verdad era que Ismael tenía muy buen gusto para los hombres...

## Capítulo 19

Se dejó caer sobre el sofá y miró al techo mientras expulsaba el aire con un resoplido. Comprobó la hora y cogió el teléfono. Necesitaba hablar con alguien, debía contarle a su mejor amiga quién había ido expresamente a verla a Miami y con qué intenciones...

—¡Hola, morena mía! —exclamó Abril al otro lado de la línea.

—Hola, bombón relleno, ¿cómo estás?

—¡Bien! Engordandoooooooooo —dijo haciéndola sonreír—. ¿Y tú?

—Puf... Cuando te lo cuente te vas a quedar muerta *morida* —soltó mientras oía a su buena amiga reírse por la expresión utilizada.

—Pues ya estás tardando —la apremió Abril.

—¿A que no adivinas quién ha venido a verme a Miami? Sí, sí... Ismael..., ¿cómo te quedas? —soltó con desparpajo, sin darle opción a que dijera ningún nombre, ya que le habría resultado imposible de adivinar.

—¿Qué me dices?

—Sí, hija, pero eso no es lo más fuerte, no... —anunció mientras se frotaba los ojos con la mano que tenía libre—. Resulta que quería rescatar un fondo de inversión que teníamos a medias y, ya de paso, me ha presentado a su futuro marido... Sí, sí, lo has oído bien: ma... ri... do. ¡Ismael es gay! ¿Cómo te quedas? Pues así me quedé yo: ¡toda loca!

—¿Qué me estás contando?... Ya sabía yo que ese chico no te quería como tú a él...

—¡Ya te digo! Y yo en la inopia... Pero te digo una cosa, qué reguapo se ha buscado al novio. Tiene muy buen gusto Ismael, las cosas como son... —susurró pensativa—. Y ¿a qué no sabes a qué más han venido los dos tortolitos a verme?

—No, y me tienes en vilo. ¡Desembucha, mala pécora! —soltó Abril intrigada.

—Quieren contratarte para que les organices su boda.

—¿Qué? —preguntó asombrada.

—Sí, rubia, sí... Así me he quedado yo, todavía más loca de lo que ya estaba... ¡Y eso es ya decir! Pero, según Ismael, si te lo decían a ti directamente, sin pasar por boxes, o sea, yo, te negarías en rotundo a aceptarlo, así que los amantes de Teruel se han cogido el avioncete para ver si la buena de Maca los colaba en la lista de espera y, así, de paso, contarme el cambio de gustos que había experimentado mi queridísimo ex... —explicó con tono cansado.

—¿Que quiere que le organice la boda? ¡Que se la organice su madre! —bramó molesta.

—Comprendo que te pongas así, Abril y, en cierta manera, yo también me asombré bastante cuando me enteré de que querían que yo los ayudara, pero... se le veía tan feliz. Mucho más de lo que lo fue conmigo —confesó con un hilo de voz.

—Yo me di cuenta de que algo fallaba en él, aunque no me imaginé que fuera que no le gustaban las mujeres... —susurró Abril pensativa.

—¡Ni yo! —exclamó en un suspiro—. Acepta la boda, Abril... Les he dicho que te llamen, también les he comentado que tú personalmente no vas a poder organizarla, ya que estás a punto de ser mamá, pero que tienes a varias empleadas muy cualificadas para que su casamiento sea como siempre han soñado.

—Como tú quieras... Eres demasiado buena, Maca.

—Soy demasiado gilipollas. Ayudar a mi ex, gay, a que se case con el hombre de su vida... ¡Ver para creer! —resopló con apatía.

—Pero eres una gilipollas muy adorable —añadió Abril haciendo reír a Maca—. ¿Estás bien?

—Buf... —bufó con desidia—. No lo sé, Abril...

—¿Es por Ismael o por algo más que no me has contado?

—Tengo la sensación de estar viviendo en un mundo paralelo donde ocurren cosas tan extrañas que escapan a mi entendimiento. Mi ex se encuentra de nuevo con un viejo amigo y se da cuenta de que es gay y, para rematar la historia, en pocos meses de relación deciden que lo mejor es casarse, y que para eso tienen

que cruzar el charco para verme y, así, convencer a mi amiga de que sea la organizadora de su boda. Por otro lado, tengo a mi jefe, que, sorprendentemente, se siente atraído por mí, y no es que lo intuya ni nada de eso, no... Es que me lo ha dicho, en voz alta y bien clarito, pero también me ha pedido que lo ayude a no flaquear delante de mí y, la verdad, Abril, me está costando muchísimo, casi un mundo, no dar ese paso, porque él es..., buf..., ¡muy tentador!

—¿Qué me estás diciendo?! —gritó con emoción Abril haciendo sonreír a Maca—. Y ¿cuándo se suponía que me lo ibas a contar?

—Sé que estás muy liada con la boda, con Zoe, con el embarazo y con la empresa... No quería preocuparte con las tonterías que le pasan a la loca de tu amiga...

—Siempre tendré tiempo para ti, Maca. Somos amigas, casi hermanas, y lo que le ocurre a la loca de mi amiga me interesa siempre.

—Lo sé y, además, es una bobada. Deberías verlo... Es tan terriblemente atractivo y seductor que es extraño que se sienta atraído por una mujer como yo... —confesó haciendo una mueca de disgusto, sabiendo que, aunque él se empeñase, no encajarían jamás.

—Maca, no me gusta oír esas palabras viniendo de ti. ¡Eres maravillosa! Guapa, inteligente, divertida, fuerte, decidida y única. Es lógico que se sienta atraído por ti.

—Pero somos tan distintos, Abril...

—No lo seréis tanto cuando me estás diciendo que te está costando mucho no caer en la tentación —objetó, haciendo que prestase especial atención a ese punto que se le había pasado por alto.

—De verdad, a veces lo pienso y creo que es un chiste todo lo que me está ocurriendo. Mi jefe tirándome los trastos, Ismael pidiéndome que lo ayude a que su boda sea de ensueño, y yo..., ¡yo hecha un lío y más salida que el pico de una mesa!

—¡Qué bruta eres, Maca! —se carcajeó Abril—. Mira, eres una de las personas más decididas que he conocido en mi vida. Gracias a ti he podido crear mi empresa y me has ayudado a superar el miedo a confiar en otra persona... Debe de gustarte mucho ese hombre para que no hayas hecho nada aún con él, porque, si no es así, no entiendo qué estás haciendo...

—Yo tampoco lo entiendo, es algo que se me escapa... Él es... ¡Es que no sé



ni cómo es! Sólo sé que me vuelve loca, me excita, me aturde, me encandila, me enfada, me hace sonreír y, a la misma vez, me desespera... Es muy contradictorio todo, y no sé si acostarme con él será la solución o sólo el principio de un problema mayor.

—El amor puede serlo... —terció con dulzura.

—Creo que el amor se ríe de mí —confesó cerrando los ojos, sintiendo impotencia por todo lo que le estaba ocurriendo.

—¡Pues riéte tú con él! —exclamó Abril.

—Buf... No sé, es todo muy complicado... Sé que en el fondo no desea que ocurra nada entre nosotros dos, que soy un capricho, alguien que no cuadra en su vida pero, que a la vez, lo atrae... No sé...

—Sigue tu filosofía de vida.

—Pero no es tan fácil, Abril... ¡Es mi jefe! Imagínate que no funciona y, por alguna razón absurda, me despide...

—¿Y? —inquirió sin ver el problema en aquello—. Eres una magnífica fotógrafa, seguro que no te faltaría empleo ni en Miami ni en España.

—Es cierto... —siseó dándose cuenta de que no era tan grave aquel punto extremo de dejarse seducir...

—Maca..., ¿tienes miedo? —preguntó Abril extrañada ante aquella idea tan descabellada en su amiga.

—¿Miedo? ¿Yo? ¡No! ¡Qué va! —soltó intentando que sus palabras sonasen convincentes, aunque aquel tema se le hubiese pasado por la cabeza. Miedo, ella... Absurdo, ¿verdad?

—Entonces, si te gusta ese hombre, ¡ve a por él! Ya sabes: quien no arriesga no gana...

—Lo sé, Abril —dijo mordiéndose el labio inferior, indecisa todavía en aquel tema, que la estaba volviendo loca—. Y de verdad que no entiendo qué hago quieta, parándole los pies pero muriéndome de ganas de hundir mis manos en ese culito que tiene.

—Tráetelo a la boda —anunció Abril de repente.

—¡¿Qué dices?! —exclamó abriendo los ojos desmesuradamente, perpleja sólo ante esa probabilidad.

—¡Qué magnífica idea! Ahora mismo le hago un hueco en tu mesa. Tráetelo, quiero conocer a ese hombre que ha hecho titubear a mi valiente amiga.

—No es buena idea, y seguro que él no quiere... No, Abril, iré sola, como tenía previsto y, además, en nada estaré por allí, para ver esa barriguita redondita, comerme a besos a mi Zoe y llorar como una plañidera cuando vea con mis propios ojos el maravilloso enlace de mi mejor amiga.

—Te echamos mucho de menos, que lo sepas, petarda —susurró con emoción.

—Y yo a vosotras... No te puedes ni imaginar cuánto... —murmuró con un nudo en la garganta que estaba a punto de hacerla llorar. Abril era muy importante para ella, y verla tan feliz era maravilloso.

—Te tengo que dejar, perla. Acaba de llegar Julen y tenemos que debatir sobre las últimas decisiones de la boda.

—Da recuerdos por allí.

—Claro, de tu parte y, Maca...

—¿Sí?

—Sé tú misma, porque eres grandiosa.

—Tú sí que lo eres, Campanilla —dijo al borde de las lágrimas—. Un beso, y cuídate, bombón.

Maca finalizó la llamada y sintió cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla derecha. ¿Tenía miedo? No, ¿verdad? Ella jamás había tenido miedo de nada, y mucho menos de alguien. Entonces ¿qué le pasaba? ¿Por qué no aceptaba las continuas provocaciones de su jefe y hacía realidad aquella tentadora fantasía? No sabía la respuesta, y aquello era nuevo para ella...

\* \* \*

Se despertó medio mareada al no haber dormido casi nada durante la noche. Se preparó para el trabajo casi por inercia, porque su mente divagaba con lo sucedido el día anterior. Al llegar a la revista se dirigió a su mesa y comenzó a trabajar; al poco, se percató de que su jefe se estaba retrasando demasiado en traspasar esa puerta y saludar con su tono profesional, algo bastante extraño en él...

\* \* \*

—Qué gusto de mañana —indicó Linda mientras se sentaba a su habitual mesa para almorzar.

—Muy tranquila, ¿verdad? —preguntó Maca extrañada de la paz que se había instalado en la oficina.

—Se nota cuando Bastian no está —se jactó Mason.

—Pero vuelve esta tarde. Lo malo de las reuniones es que tienen su fin... —murmuró Linda haciendo una mueca de disgusto.

—Maca, ¿y a ti qué te pasa? Te veo rara, rara... Más de lo que ya eres, que ya es decir —se mofó Mason al verla jugando con la servilleta sin casi pronunciar palabra, con lo que le gustaba a ella hablar...

—Puf... Experiencias extrasensoriales que vive una y la dejan loca... —informó haciendo que todos la mirasen extrañados.

A continuación, sonrió y les contó lo que había vivido el día anterior con su ex, obviando, por supuesto, la parte en la que su jefe intentaba rozar su piel a la mínima y cómo se excitaba con aquel contacto que, en teoría, no debería sentir...

—¡Joder! —exclamó Linda—. Normal que estés como ida... Mira, ahora haré un par de llamadas y este sábado nos vamos a correr una fiesta que quite el sentido y, sobre todo, las penas, para que olvides de un plumazo todo ese episodio de tu ex con un hombretón —comentó con convicción.

—Estoy bien, chicos, de verdad. Lo mío con Ismael está más que superado; no me siento apenada por verlo rehacer su vida, lo único es que me he llevado una desilusión al darme cuenta de que creía que lo conocía y no era así, era todo una ilusión... Pero en serio que me alegro muchísimo de que haya encontrado el amor de su vida, que se quiera casar y que ahora mismo estén por ahí fuera disfrutando de su pasión en las playas de Miami. ¡Bien por ellos!

—Eso dice mucho de ti, Maca —comentó Emily—. Eres una buena mujer.

—No sé si lo seré, simplemente hago lo que creo que me gustaría que me hicieran a mí... —susurró pensativa—. Y ¿tú cómo estás, Emily?

—¡Harta de ser como soy! —exclamó haciendo que todos la mirasen extrañados—. Me encantaría poder tener el coraje que tú tienes y plantarle cara a Jayden, decirle que estoy cansada de que se ría en mi cara, que ya no lo quiero y que quiero que se marche para siempre de mi casa y, sobre todo, de mi vida.

—Hazlo —apremió Maca.

—Lo sé, pero me falta un empujón para hacerlo, sólo uno y lo lograré — señaló con convicción.

—Pero, cuando lo hagas, no vuelvas a cometer el error de darle otra oportunidad —objetó Linda.

—No, esta vez será la definitiva, os lo aseguro —anunció con seguridad.

\* \* \*

Cuando llegaron a la revista, Bastian ya se encontraba en su despacho, hablando por teléfono, visiblemente ocupado incluso para levantar la mirada y que ella le sonriera a modo de saludo... Por tanto, con una sensación extraña en su cuerpo y la cabeza hecha todavía más un lío, Maca se sentó delante de su mesa y se dispuso a trabajar, intentando no ponerse nerviosa al saber que él se encontraba a pocos metros de donde estaba ella...

\* \* \*

Salió del trabajo a su hora, sin mirar al despacho donde sabía que se encontraba Bastian, intentando aparentar normalidad y una seguridad que ese día pensaba que no tenía, que se la había dejado en la cama o por cualquier esquina de su pequeño estudio. Esperaba que fuera algo puntual, ya que sentirse así no la ayudaba en nada. Antes de llegar a su piso, una llamada de teléfono la hizo desviarse de su camino. Era de la tienda fotográfica donde había encargado que le imprimiesen el álbum a Lucre con su diseño, y acababan de notificarle que ya estaba preparado. Antes de salir de la tienda, lo revisó y le dio el visto bueno, ya que Michael lo había pagado antes de marcharse a Vietnam. Salió de allí con una sonrisa gratificante, e incluso un poco más animada, y, con el álbum bajo el brazo, fue directamente a una parada próxima de taxis para llevárselo a su dueña. Le encantaba cómo había quedado y esperaba que ella opinase lo mismo al verlo.

\* \* \*

—¡Hola, Maca! —exclamó Lucre en español cuando abrió la puerta y la vio

ante ella.

—Hola, Lucre. Perdona por venir sin llamar, pero no tenía tu teléfono... —se excusó pasando al interior de la casa al ver como ésta la invitaba a entrar.

—Puedes venir cuando quieras; esta casa siempre tendrá las puertas abiertas para ti —comentó con una sonrisa, invitándola con un movimiento de la mano a sentarse en el sofá con ella.

—Muchas gracias. Bueno, venía a dejarte esto —dijo tendiéndole el álbum. Al verlo, Lucre lo cogió.

—¿Ya? ¡Qué rapidez!

—Michael me indicó dónde tenía que imprimirlo con el diseño que hice, y la verdad es que el resultado es fantástico —informó observando cómo la mujer lo abría y comenzaba a acariciar las páginas, donde se veía a su familia sonriente.

—Es maravilloso —susurró emocionada al ver la fotografía de ella con sus dos hijos abrazándola.

—¿Cómo está Michael? —preguntó Maca, desviando la mirada de aquella fotografía en la que Bastian miraba al objetivo con una seriedad perturbadora, que incluso desde el papel cuché la ponía nerviosa.

—Muy bien. Ayer hablamos con él y dice que todo aquello es precioso —indicó sin dejar de mirar el álbum—. Eres una fotógrafa fantástica, Maca. Ahora entiendo por qué Bastian no te quiere perder de vista...

—Muchas gracias... —susurró sonriente.

—¿Te ha dicho ya que está loco por ti o sigue comportándose como un bobo cada vez que habláis? —soltó cerrando el álbum y mirándola a los ojos, evaluando así su reacción al tratar aquel tema tan peliagudo.

—Ehm... ¿Loco por mí? ¡Dudo que sea para tanto! Sólo es un caprichito pasajero... —comentó restando importancia a aquella fijación que tenía su jefe por ella.

—Y entonces ¿estáis saliendo? —preguntó con curiosidad, al intuir que estaba al corriente de la existencia de los sentimientos de Bastian hacia ella.

—No —repuso Maca con rotundidad.

—Bueno, pero algo habrá pasado, ¿no? —inquirió a la desesperada.

—La verdad es que nada.

—¿Por qué? ¿Es que no te gusta? —preguntó Lucre observando cómo Maca se mordía el labio inferior, demostrándole con eso lo nerviosa que se ponía al

hablar de aquel tema, y mucho más con ella, la madre del protagonista. Pero Lucre estaba dispuesta a ayudar a su hijo a probar suerte con esa chica que tan bien le había caído y que era lo opuesto a esas mujeres con las que había salido su hijo un par de meses a lo sumo.

—Tienes un hijo muy atractivo, Lucre, pero...

—No me regales los oídos, Maca. Tú y yo tenemos una cosa en común, y es que somos dos personas claras, que decimos las cosas sin dar rodeos y mucho menos nos escandalizamos con la verdad; es más, la preferimos, ¿no es así? —declaró con rotundidad, haciendo que ella asintiera con la cabeza ante esa afirmación que la describía perfectamente—. Dime, ¿te gusta o no? —inquirió haciendo que Maca abriese los ojos sorprendida ante su rotundidad, algo muy característico en ella, pero no muy normal de encontrar en una sociedad que prefería evitar la verdad.

—Sí, es muy atractivo y un buen hombre, pero...

—¡No hay peros que valgan, Maca! Desde el primer momento en que te vi supe que eras de esas personas que no malgastan su tiempo con dudas, que hacen que cada segundo vivido haya merecido la pena, sin importar nada ni nadie, sólo el propio disfrute y la dicha.

—Pero esto es cosa de dos, Lucre. No puedo consentir que tu hijo haga algo que, en verdad, no desea hacer, aunque ahora no opine así... —confesó con sinceridad.

—Es cierto que mi hijo aún no sabe lo que quiere de verdad y cree que eres un capricho efímero, pero yo sé que no es así. Lo conozco, para eso lo parí y le di el pecho durante tantos meses, y puedo asegurarte que detrás de esa fijación que tiene se esconde algo más fuerte, algo que puede haceros vivir un bonito romance e incluso llenarme la casa de nietos, pero eso ya se andará...

—No creo que sea así, él mismo me ha dicho que no sabe las razones por las que se siente atraído por mí, y lo entiendo, de verdad... ¡Es que somos como la noche y el día, Lucre! —exclamó intentando que ésta entendiera por qué se oponía a tener algo con él.

—Que seáis distintos no significa que no podáis estar juntos; es más, ya sabes que los polos opuestos se atraen. Lo único es que os costará un poco más llegar a ese punto intermedio en el que ambos os sintáis cómodos.

—¡Esto es un lío! —resopló recostándose en el respaldo del sofá—. Llevo en

Miami un mes y, en todo este tiempo, he pasado de no comprender a mi jefe, de aborrecerlo por su manera de ser conmigo, a descubrir una parte de él que me está empezando a gustar.

—El tiempo es efímero, Maca, y lo que para uno es poco para otro puede ser una eternidad —dijo apretándole la mano con cariño—. ¿Quieres tomar un refresco o una cerveza?

—Debería irme, no quiero ser molestia —farfulló frunciendo el ceño al asimilar la última frase de Lucre.

—¡No lo eres en absoluto! Además, así me haces compañía, que desde que se fue Michael estoy muy sola... —comentó con una sonrisa melancólica.

—De acuerdo, me tomaré una cerveza —susurró al no poder negarse ante aquel ofrecimiento por parte de aquella encantadora mujer.

—¡Genial! Ahora mismo te la traigo —indicó levantándose del sofá y dirigiéndose a la cocina con premura.

Maca se quedó pensativa mientras observaba, justo enfrente, la televisión encendida con la voz baja. Era surrealista lo que le estaba ocurriendo, si su jefe no le hubiese dicho que se sentía atraído por ella, todo aquel popurrí de sentimientos encontrados no habría existido y podría haber disfrutado aún más si cabe de su estancia allí. El hecho de saberlo, de observar con sus propios ojos cómo era en realidad Bastian Miller, de esa manera de ser tierna y a la vez firme, divertido pero a la vez responsable, le estaba haciendo muy complicado que le cayera mal, puesto que todo lo que en un principio pensaba de él se había evaporado velozmente al descubrir lo que escondía Bastian tras su cargo de jefe, tras esa fachada de tipo estirado y serio... Al poco volvió Lucre con un par de cervezas, que colocó encima de unos posavasos sobre la mesita de centro, haciendo que Maca dejase sus divagaciones para más tarde, quizá para cuando estuviese a solas en su pequeño estudio.

—Me gustaría comentarte una cosa, Maca, para que comprendas por qué tengo interés en que vosotros dos os deis una oportunidad y os conozcáis de verdad para que estéis juntos... No es que vea que mi hijo necesite ayuda para conquistar a una mujer; sé que tiene recursos de sobra y atractivo suficiente para conseguir a la que desee. Pero veo que él mismo tiene una batalla interna que no lo deja ver la verdad. Supe de tu existencia antes de que él me hablara de ti, incluso antes de que Michael te conociera en persona y me avisara del extraño

comportamiento de mi hijo contigo. Cuando tú llegaste a la revista, Bastian fue cambiando perceptible y progresivamente; te puedo decir que incluso el mismo día en que apareciste ya noté un sutil cambio en él. Poco a poco comenzaba a estar más atento a las pequeñas cosas, más deseoso de vivir, más alegre, más dubitativo, también un poco más irascible, pero es normal: aún no sabe que lo que siente no es sólo atracción física —sonrió Lucre mientras observaba cómo Maca bebía un sorbo del vaso de cerveza y le mostraba una mirada desconfiada ante aquella afirmación, que no se creía—. Desde que fundó la revista, Bastian dejó de ser un muchacho risueño, divertido y juerguista, un hombre al que le encantaba disfrutar de la vida y que exprimía hasta el último segundo; pasó a reducir su vida a trabajar y trabajar, centrándose únicamente en su empresa. ¡Nada más! Sé que es su pasión, que le encanta lo que está haciendo, pero la vida no se reduce a trabajar, ni a echar horas para que algo que has creado crezca más que tu propia historia. Creo que debe ir todo en sintonía, si él crece como persona, también deberá prosperar su revista. Y me temo que él lleva tiempo desatendiéndose, relegándose a un segundo o incluso tercer plano. Sale con mujeres que no lo benefician en absoluto, incluso que le restan, chicas que sólo miran por su propio bien, bastante alejado de la felicidad y más cercano a las cosas materiales, y que no duran mucho en la vida de mi hijo. Creo que ya le toca encontrar a una buena mujer, a una que lo haga sentir y no pagar, a alguien que le devuelva la sonrisa y las ganas de vivir de verdad, a alguien como tú.

—¿Como yo? Lucre, creo que tienes una visión distorsionada de cómo soy. ¡No soy buena para él! —exclamó señalándose con la mano.

—Bueno, eso ya lo veremos —indicó con una divertida sonrisa, intuyendo que la española tenía un buen corazón, algo que deseaba para su hijo—. Dime, Maca, ¿tienes pensado volver a España en un futuro próximo o quieres quedarte en Miami para siempre?

—No sé lo que me deparará el futuro, hace un par de años ni siquiera me imaginaba vivir fuera de España y mucho menos fuera de Valencia, y mírame ahora... No soy de las que se atan a las ciudades ni a las cosas, creo que todo llega por alguna razón y se va también por otra. Simplemente dejo que me arrastre la marea y disfrutar de todo lo que voy encontrándome por el camino.

—Te pareces mucho en la forma de pensar a Michael. Él también se deja llevar para encontrar su camino, espero que lo halle en Vietnam —susurró



pensativa—. ¿Quieres ser madre algún día?

—No soy la típica mujer que sueña con encontrar a su príncipe azul y engendrar a varios retoños. Nunca ha sido mi aspiración ser madre, ni tampoco casarme; es más, hace un par de años no quería ni compartir mi casa con un hombre, aunque eso varió al conocer a mi ex... Lucre, soy atípica, no anhele una vida bañada de rosa, donde los unicornios paseen por un jardín repleto de rosas sin ninguna espina. Sólo quiero ser feliz con lo que hago y encontrar a alguien que pelee a mi lado para poder sortear los baches que nos encontremos por el camino, para, así, poder compartir la dicha y la vida con él.

—¿Por qué no quieres tener hijos? —curioseó Lucre.

—Porque no me veo preparada, no sería una buena madre...

—Bueno, ¡eso decimos todas hasta que tenemos hijos! —exclamó entre risas.

En ese momento la puerta de la calle se abrió, se oyeron unos pasos tranquilos aproximándose a ellas y, de repente, Maca lo vio. Tragó saliva y Lucre sonrió con astucia sin dejar de observar la reacción de la española al ver a su primogénito.

## Capítulo 20

—Hola —saludó Bastian, acercándose a su madre para darle un par de besos en las mejillas.

—¡Qué sorpresa, hijo! —exclamó Lucre con una sonrisa—. Siéntate aquí y mira el álbum que nos ha hecho Maca, es precioso. Mientras, te preparo algo de beber —dijo cediéndole su sitio para que se sentara al lado de Maca.

—Yo debería marcharme ya... —terció Maca, incómoda por la repentina presencia de su jefe.

—Anda, anda, no digas tonterías. ¡Ahora te saco otra cerveza y charlamos los tres tranquilamente! —dijo Lucre mientras se encaminaba hacia la cocina sin darle tiempo a rechazar la invitación.

—Te ha llamado para decirte que estaba aquí, ¿verdad? —preguntó en voz baja cuando la mujer desapareció del salón.

—Sí —dijo Bastian con una sonrisa—. No se lo tomes a mal.

—No podría, tienes una madre adorable, aunque un poco entrometida.

—Bueno, tú también lo eres un poco, ¿no? —replicó divertido.

—Sí, la verdad es que un poco sí —comentó Maca con una sonrisa—. ¿Para qué has venido?

—No podía desperdiciar uno de los pocos momentos en que puedo verte fuera del trabajo.

—Ya... —resopló incómoda con aquello—. Bastian, me dijiste que no deseabas nada conmigo, y ahora...

—Sé lo que te dije, sé lo que estuve a punto de hacer el otro día en el avión, sé por qué fui a verte a tu piso y te encontré febril, y también conozco las razones por las que me quedé a cuidarte; sé que ayer pasé un día horrible

pensando en las razones que tendrías para no querer quedar conmigo y, en cambio, marcharte con alguien que desconozco..., y sé que la razón principal de estar ahora mismo aquí es porque deseaba volver a verte —indicó con seguridad.

—Creo que debería irme. No podemos seguir con este juego y...

—Dame esta tarde.

—¿Cómo?

—Para hablar, para comprendernos y para llegar a un entendimiento —pidió Bastian—. Dame unas horas. No te estoy pidiendo mucho, sólo un rato. Nos vamos de aquí, nos damos un paseo si quieres en un lugar público, me da igual, ¿qué me dices?

—De acuerdo —dijo viendo que era la mejor opción: hablar para aclarar el tema y poner limitaciones.

—Voy a avisar a mi madre de que nos vamos, seguro que no aparece por el salón para no molestarnos —comentó mientras se levantaba del sofá y se dirigía a la cocina, donde se encontró a su madre sentada delante de la isla, leyendo un libro mientras se tomaba con tranquilidad un refresco—. Mamá, nos vamos —anunció cerca de ella.

—¿Juntos? —preguntó Lucre con esperanza, levantándose del taburete alto.

—Sí, vamos a hablar para intentar esclarecer este tema.

—No malgastes esta oportunidad, Bastian, y sincérate con la española. Es una buena mujer y cree que te arrepentirás si ocurre algo entre vosotros —informó Lucre abrazando a su hijo con cariño—. Sé tú mismo y se enamorará perdidamente de ti.

—Ya te contaré, y gracias por llamarme —susurró dándole un beso en la mejilla.

Lucre sonrió mientras le acariciaba el rostro. Tenía un hijo maravilloso y esperaba que Maca viese cómo era él en realidad. Salió a despedirse de ambos y se quedó en la casa con un nudo en el estómago; esperaba que aquello saliese bien y que viesen el enorme potencial de aquella relación, aparentemente distinta, pero en el fondo perfecta.

\* \* \*

Bastian accionó el mando a distancia de su automóvil y se dirigió a la puerta

del conductor, dejando a Maca extrañada de que tuvieran que coger transporte para ir a un sitio tranquilo a hablar.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella sentándose a su lado.

—Ahora lo verás.

Arrancó el motor y se alejó de Miami Beach, de toda la zona turística en silencio, sólo roto por la música que sonaba en la radio. Al poco detuvo el coche, delante de una preciosa playa, prácticamente desierta a esas horas.

—Estamos en el norte de Miami Beach, esta zona es la que utilizamos los que vivimos aquí cuando queremos disfrutar de un día de playa. No hay prácticamente turistas y es mucho más tranquilo que otras zonas de la ciudad.

—Es precioso —confesó ella, deleitándose con las maravillosas vistas de la playa y, sobre todo, ante la paz que se reinaba allí.

—¿Quieres pasear por la orilla del mar? A estas horas no habrá nadie —dijo Bastian girándose para mirarla a los ojos.

—Claro —sonrió mientras abría la puerta del coche para salir.

Bajaron hasta la orilla de la playa, donde rompían las olas y la brisa mecía el cabello de Maca, sintiendo que aquel lugar era único, era especial...

—Me encanta esta zona, es tan distinta de Miami Beach —confesó Bastian admirando el mar en calma.

—Sí que lo es —susurró Maca sintiendo cómo sus pies desnudos se hundían en la arena, mientras en sus manos colgaban las sandalias, que se movían al compás de su caminar.

—Cuando éramos pequeños siempre veníamos aquí con mis padres. Nos pasábamos la mañana jugando con la arena y nadando hasta que las yemas de los dedos se nos arrugaban. Nos reíamos por cualquier tontería y hacíamos el ganso bajo la mirada divertida de mi madre, que era incluso peor que nosotros —recordó con una grandiosa sonrisa que la hizo parpadear y enmudecer.

—Tienes una familia maravillosa, Bastian —susurró perdiéndose en sus perfectas facciones y en esa voz que la atraía como un imán.

—Sí, aunque a veces me avergüencen un poco con su manera de proceder... —comentó mientras alzaba las cejas con resignación—. Aunque sé que lo hacen con buena intención...

—Bueno, eso es lo bueno de la familia. Pueden avergonzarnos, pero siguen siendo lo más grande para nosotros.

—¿Tus padres son así también? —preguntó Bastian con curiosidad.

—No... Ellos son más desapegados, y con fuertes convicciones tirando a poco convencionales. Mis padres no son los típicos que se angustian por ver a su hija aparecer con el cabello verde, por ejemplo. O que no se van a la cama porque su única hija sale por primera vez por la noche. Ellos son muy hippies —confesó con una sonrisa—. Pero me han enseñado valores que son importantísimos, como la sinceridad, el amor propio y la pasión por vivir.

—Deben de estar orgullosos de la mujer en la que te has convertido.

—Bueno, ¡eso espero! —exclamó entre risas—. Dime, ¿de qué querías hablar?

—No te andas con rodeos, ¿eh?

—Hay que aprovechar al máximo el tiempo, Bastian —dijo guiñándole un ojo para así suavizar aquella tensión que sentía cuando estaba cerca de él.

—No quiero perderte como fotógrafa de mi revista.

—Ni yo quiero irme —dijo Maca con rotundidad.

—Pero no consigo quitarte de mi mente y lo he intentado todo... ¡Todo! —exclamó deteniéndose a su lado para mirarla de frente.

—Mírame: si no pegamos en absoluto.

—No dejo de mirarte, Maca, y aunque sé que tienes razón, no entiendo qué me ocurre contigo. Lo único que deseo es...

—Ya... —Chasqueó la lengua al no desear que él dijera lo que deseaba de ella, porque seguramente sería lo mismo que ella ansiaba de él—. Vale, pongamos el hipotético caso de que nos liamos la manta a la cabeza, nos volvemos locos y hacemos realidad lo que deseas... ¿Después, qué? Me acabas de decir que no quieres perderme como fotógrafa...

—Lo sé, pero...

—Bastian, acéptalo, es un caprichito pasajero, cuando haya pasado te arrepentirás... —murmuró Maca.

—Tú misma me dijiste que había que hacer las cosas sin miedo a arrepentirse, ¿no? Además, no creo que sea un capricho, esto es distinto, porque cada vez que te veo me queman las yemas de los dedos por ansiar tocar tu piel —declaró mientras éstos rozaban con delicadeza la mejilla de Maca, que, al notar su caricia, cerró los ojos con placer al sentir su tacto seguro y cálido—, arde mi cuerpo por querer estar próximo al tuyo —susurró dando un paso y

juntando su cuerpo al de ella, que abrió los ojos para observar lo próximo que estaba—, mis labios quieren unirse con los tuyos para danzar un baile sin fin, donde tú y yo seamos los únicos protagonistas —murmuró muy bajito, acariciando con la otra mano el cuello de Maca y acercándose a ella despacio, tortuosamente lento.

Maca respiraba con dificultad. Su proximidad, sus palabras y su persona la atraían de una manera enloquecedora, ansiando cada una de las palabras que él había pronunciado de una manera casi pecaminosa, importándole ya poco lo que pudiera ocurrir y centrando su pensamiento en aquel instante, los dos en una playa desierta, con el sol desapareciendo por completo en el horizonte y apareciendo tímidamente las primeras estrellas y una luna menguante que iluminaría el lugar con suavidad.

—¡A la mierda todo! —exclamó de repente Maca, exasperada de frenar algo que llevaba deseando hacer durante días—. Ven aquí, Bastian, y bésame de una vez —pidió con ansia mientras lo cogía del cuello para, al fin, juntar sus labios con los de él.

Aquel beso los hizo gemir a ambos por el ansia de llevarlo a cabo, por hacer realidad aquello que llevaban tantos días negándose. Sus lenguas se entrelazaban majestuosamente, sus manos acariciaban sin control cada parte del cuerpo del otro, como asegurándose de que esa vez no era un sueño, que era real y que al fin se habían dejado llevar por aquella atracción ilógica que los acercaba cada vez más. Con las respiraciones entrecortadas y los labios hinchados, se miraron a los ojos con deseo. Bastian le sonrió de una manera que debería ser considerada ilegal porque, al hacerlo, ella se estremeció por completo, temblando como si su cuerpo fuera gelatina mientras él le acariciaba con delicadeza el cabello, sin dejar de mirarla, a pocos centímetros de separación, sintiendo el aliento cálido de ella y aquel deseo que los envolvía en un manto de frenesí y locura... Maca le guiñó un ojo, de una manera tan juguetona que a Bastian lo hizo sonreír como si fuera un colegial, le cogió la mano sin decir nada y lo arrastró hacia el coche, parando a cada poco para entrelazar sus lenguas sin dejar de tocar cada centímetro de sus cuerpos. La noche comenzaba a ser protagonista en aquel día en el que ambos habían perdido las fuerzas de resistirse al otro. Entraron en el coche entre risas, besos y caricias, y Maca, sin dilación, se sentó a horcajadas encima de él, sin dejar de besar a ese hombre que la encendía con sólo una

mirada. Las manos de Bastian comenzaron a adentrarse debajo de su camiseta, regocijándose al sentir, al fin, su suave piel y anhelando llegar hasta el final. Maca comenzó a desabrocharle los botones de la camisa para poder tocar sin obstáculos aquellos abdominales que tan bien se intuían bajo la tela; al sentir la perfección de su cuerpo gimió contra su boca sin dejar de devorarlo, y aquello le hizo estremecer a Bastian. Sin demora y sin importarles lo más mínimo encontrarse dentro de un automóvil al lado de una playa casi en penumbra, él le quitó la camiseta para después relamerse de gusto al observar lo que llevaba tanto tiempo imaginando. Su pene, cada vez más duro, reclamaba ser liberado, y Maca, al sentirlo debajo de ella, comenzó a moverse encima, de una manera tan seductora y tortuosa que hizo que él cerrara los ojos extasiado. La contempló antes de sacarle un pecho del sujetador; sin dejar de fijarse en aquella mirada que lo perseguía desde hacía tiempo, comenzó a pellizcar con delicadeza los duros pezones de ella y, al fin, se dio permiso para deleitarse con aquel pecho, voluptuoso, perfecto según su punto de vista, que se movía sin parar por los continuos balanceos de ella. Un gemido de Maca bastó para que Bastian se lo llevara a la boca y lo lamiera mientras ella se frotaba contra su entrepierna, cada vez a mayor velocidad, cada vez más húmeda y con mayor deseo de culminar aquel tentador juego, que no había podido rechazar.

—Dime que tienes un condón en este coche hiperpijo y me haré fan incondicional tuya —soltó ella entre gemidos, observando que con ese roce tan sugerente comenzaba a estar cerca de alcanzar el orgasmo.

—Lo tengo en mi cartera —anunció con una sonrisa tan radiante que consiguió que estuviera todavía más empapada.

Maca se levantó un poco, lo justo para poder desprenderse, con prisas y ninguna delicadeza, de su vaquero, sin dejar de mirar a ese hombre con el que estaba a punto de pasar a mayores en el interior de su immaculado Bugatti, en la calle, en una tranquila noche en Miami... Tragó saliva al ver cómo él se sacaba de debajo de su pantalón de vestir y de su calzoncillo de firma un tremendo pene que se izaba descarado. Se relamió sólo al imaginarse que lo tenía en su boca, haciéndolo gemir por sus lametones. Lo miró con descaro, sin pestañear. Era la viva imagen del pecado, con la camisa entreabierta mostrando sus marcados abdominales y unos oblicuos que señalaban directamente a su espectacular erección. Sin pensarlo, y ansiando comprobar aquella intriga que le había

surgido de golpe, se agachó dispuesta a comprobar cómo sabía aquel hombre que la tenía totalmente excitada y fuera de sus cabales. Al notar la maravillosa boca de Maca sobre su pene, Bastian gimió guturalmente, agarrándose con ambas manos al volante y cerrando los ojos con placer al poder sentir, al fin, lo que llevaba días imaginándose y, cómo no, la realidad superaba con creces a la imaginación. Al abrirlos, vio a un par de personas cerca de donde se encontraban...

—Maca, tenemos que irnos de aquí... —susurró con dificultad, pues aquella mujer hacía arte con su boca—. Tenemos espectadores.

—No me jodas, Bastian —farfulló entre lametón y lametón—. Así da más morbo, no te preocupes y disfruta...

—Si disfrutar estoy disfrutando, pero no quiero que nadie te vea desnuda... ¡Con lo que me ha costado a mí hacerlo! —soltó intentando aparentar normalidad, pues desde fuera sólo se le podía ver a él—. Enseguida llegamos, te lo prometo, vamos a un sitio más tranquilo —murmuró poniéndose el cinturón de seguridad con torpeza.

—Como quieras. Yo, mientras, sigo aquí, conociendo a un amigo... —dijo sin detener sus caricias y observando que éste comenzaba a poner en marcha el vehículo con mucha dificultad y una sonrisa jovial en el rostro.

—Joder, como sigas así no llego... —gruñó sintiendo cómo ella masajeaba sus testículos sin parar de succionar su pene erecto.

—Aguanta, machote —murmuró pasándole toda la lengua por el glande y haciéndolo gemir con fuerza—. Tengo un encargo especial para este muchacho —confesó dándole un pequeño y seductor beso en el glande.

Entre gemidos, lametones y maldiciones por parte de Bastian al ver que no podía concentrarse en la carretera por tener a cierta española, semidesnuda, haciéndole la mejor felación de su historia, llegaron al garaje de su piso. Apagó el motor y la cogió de la cabeza para hundir sus labios en los de ella y descargar así aquella frustración por no poder haber hecho nada durante unos minutos que se le antojaron eternos.

—Me vas a volver loco —gruñó terriblemente excitado observando los labios hinchados de ella. Estaba preciosa, y se sintió un tío con mucha suerte por tenerla dentro de su coche.

—Y tú a mí —dijo pasando su lengua por los labios entreabiertos de Bastian



—. Dame el condón —apremió Maca, él se lo dio y ella comenzó a colocárselo con cuidado.

—Eres una diosa —confesó sin dejar de mirar sus sensuales movimientos.

—Humm..., me gusta. ¿Puedo elegir la especialidad de la deidad? —indicó mientras le guiñaba un ojo y volvía a ponerse a horcajadas encima de él—. Nunca he follado en un coche, y mucho menos en uno como éste...

—Joder —bramó sintiendo cómo Maca comenzaba a introducirse su pene lentamente mientras le acariciaba el torso con una mano y con la otra aguantaba el peso de su cuerpo—. Ni yo...

—Me gusta que sea nuestra primera vez... —susurró Maca sintiéndose llena y gimiendo al sentir la erección de Bastian en su interior.

A continuación, comenzó a subir y a bajar despacio, haciendo que con cada movimiento Bastian gimiese más y más. Se miraron, memorizando aquel momento, sintiendo el aliento del otro, la respiración entrecortada, el latir desbocado de sus corazones y el placer que los embargaba en aquel reducido y lujoso espacio. Bastian acercó de nuevo los labios a su pecho desnudo y mordisqueó con dulzura su pezón para, después, comenzar a bombear más rápido, haciendo que su trasero diese contra el volante, sin darle tregua, excitándola de una manera tan maravillosa que creía que podría morir por culpa del placer recibido. Sus manos masajearon su trasero, aliviándola, en cierta medida de los empujones contra el volante, su lengua tentaba su pezón y su pene rozaba su interior con tanto acierto y descarado que Maca supo que estaba cerca de tocar el nirvana con sus dedos.

—Joder, Maca, eres única —gimió sin control y sin dejar un momento de moverse.

—Fóllame, Bastian, fóllame —suplicó al borde del orgasmo.

—Mírame mientras te corras, soy yo el que te hace sentir esto —indicó con dureza mientras le pellizcaba un pezón y oía un gemido de placer—. Soy yo quien va a hacer que te corras como nunca nadie lo ha hecho —declaró mientras agarraba con fuerza sus glúteos.

—¡Joder! Más fuerte, ¡AHORA! —gritó sintiendo cómo llegaba como una explosión un orgasmo que la dejó sin respiración.

—Oh, sí... ¡Joder, eres maravillosa! —gruñó moviéndose en su interior con más fiereza y sintiendo cómo se vaciaba en su interior de una manera tan

extraordinaria que la hizo estremecer.

Se quedaron en silencio, todavía encajados, con los ojos cerrados y escuchando los fuertes latidos del corazón del otro, intentando recuperar el aliento y siendo conscientes de lo que habían hecho.

—Vístete, bomba sexual —apremió Bastian con dulzura mientras, con cuidado, la ayudaba a levantarse de sus piernas para, así, poder desprenderse del preservativo.

—¿Ya quieres perderme de vista? ¡Joder, macho, disimula un poco! —soltó Maca mientras se sentaba en el asiento del acompañante y comenzaba a ponerse la ropa.

—¿Perderte de vista? ¿Con lo que me ha costado dar este paso y que tú quisieses darlo conmigo? No, Macarena, no... Ahora tú y yo nos subiremos a mi apartamento y seguiremos... conociéndonos. —Pronunció la última palabra de una manera tan seductora que a Maca se le hizo la boca agua sólo con pensar en volver a retozar con ese hombre. Al final parecía que no había sido tan mala idea dejarse llevar...

## Capítulo 21

Cerró la puerta de su apartamento y se encaminó directamente a su dormitorio para, después, dejarse caer en su inmensa cama. Con una sonrisa en los labios, observaba el techo recordando lo sucedido hacía tan poco que aún lo sentía en su piel... Maca entre sus brazos. Maca tentadoramente desnuda. Maca lujuriosamente tumbada en esa cama. Se estremeció de placer sólo al recordarla, sin vergüenzas, sin complejos, con aquella fuerza arrebatadora y esa manera de ser tan suya, mientras practicaban sexo sobre esa cama, en el interior de su ducha e incluso sobre la encimera de la cocina... Era increíble, pero no se saciaba de ella, era como si al probarla por primera vez hubiese abierto algún conducto o se hubiese creado una adicción de repente que lo hiciera necesitar más y más, sin llegar a contentarse. Porque, al poco de culminar en un atronador orgasmo que los hizo temblar de placer, lo único que ansiaba era volver a tocarla, besarla y hacerla gemir de todas las maneras que se había imaginado durante esos días de calvario intentando olvidarla... Había sido traumático dejarla salir de su coche para que ella durmiera en su pequeño piso, después de haber estado horas entre sus piernas, bebiendo de sus gemidos y riéndose con sus explosivas respuestas, pero Maca necesitaba cambiarse de ropa para el día siguiente y no ir a trabajar con la misma de ese día, para no levantar sospechas, le había dicho, para que nadie supiera que se estaba acostando con el jefe... Miró la hora en su reloj de pulsera: era de madrugada y lo peor de todo era que no tenía sueño. En cambio, si ella se hubiese quedado a dormir, podría haberla abrazado, podría haber escuchado el rítmico compás de su corazón y podría haber caído en un dulce sueño, sabiendo que al despertar la tendría de nuevo cerca, para tocarla, besarla y volver a hacerla gemir de placer. Se amasó el cabello con frustración. Al día

siguiente la vería en la oficina e intentaría que ese fin de semana sólo tuviera un plan en mente: estar con él en esa cama y en cualquier superficie horizontal o vertical de esa casa.

\* \* \*

Llegó a la revista más temprano de lo habitual en él, pero no aguantaba más para poder verla, para ver su sonrisa, su mirada y esa fuerza que lo arrastraba a cometer locuras, como la de la noche anterior, cuando acabaron follando en el interior de su coche. Esa misma mañana, al entrar de nuevo en el Bugatti, sólo con recordar lo sucedido horas antes, se endureció de golpe. ¡Jamás había practicado sexo en el coche, mucho menos en un lugar público! La buscó con la mirada y la vio de espaldas, con unos vaqueros rectos negros y una camiseta blanca. Cuando se giró, un pronunciado escote lo hizo quedarse boquiabierto... Se obligó a saludar a los pocos trabajadores que habían llegado con el mismo tono despreocupado de siempre, aunque lo único que ansiaba era echarlos a todos a excepción de a esa morena que le acababa de guiñar el ojo con osadía y picardía. Se sentó delante de su mesa y acomodó su erección como pudo; era verla e instintivamente su cuerpo se preparaba para amarla durante horas...

\* \* \*

Maca se mordisqueó nerviosa el labio inferior. Pensaba, ilusa de sí, que después de la tórrida noche anterior, cuando lo viese no le afectaría en absoluto, que se disiparía aquel deseo que la había llevado a olvidar la parte negativa de acceder a retozar con su atractivo jefe. Sin embargo, no contaba con que el susodicho, fuese a trabajar a la oficina con unos pantalones vaqueros..., ¡vaqueros! Con lo que le gustaba a ella esa prenda, y mucho más desde que la llevaba ese impresionante hombre que la miraba desde la distancia con una mezcla de perversión y prudencia que la volvía loca. Tragó saliva e intentó serenarse; estaba en el trabajo, rodeada de compañeros, y no podía olvidar que esa oficina no tenía ni una mísera pared tras la que esconderse con él... Pero ¿en qué estaba pensando? Se movió incómoda en su silla al pensar en aquella posibilidad. No podía dejar que pasara algo así, aunque lo deseara... Además,

también había un añadido a aquel pequeño problema, y éste era que a lo mejor Bastian no querría tener nada con ella. Ya había conseguido lo que buscaba, ¿no? Y, además, repetidamente... Se pasó la mano por el cuello sintiendo cómo la temperatura de su cuerpo comenzaba a aumentar velozmente tan sólo con pensar en lo sucedido horas atrás, en el interior del fabuloso apartamento de él, y de cómo la miraba mientras pronunciaba aquellas frases subidas de tono que le otorgaban aspecto de canalla, pero de uno tentadoramente encantador.

\* \* \*

Bastian resopló reprimiendo una sonrisa mientras la miraba de reojo, de espaldas a donde estaba él, pensando en que disfrutaría al máximo de aquello, de lo que tenían. Poco le importaban las etiquetas para dar nombre a lo que habían comenzado, lo único que deseaba era volver a tenerla para él solo, sin gente a su alrededor, para descubrir esa parte de ella que comenzaba a gustarle cada vez más. De repente la vio caminar con seguridad hacia él, con un brillo picarón en los ojos que no le pasó desapercibo, y se detuvo justo en el umbral de su despacho.

—Señor Miller, perdone que lo moleste, pero el lunes tengo que hacer un reportaje fotográfico a unas modelos que posan con unos espectaculares pedruscos y me he dado cuenta de que disponemos de poco material en el estudio para confeccionar un lugar idílico para que resplandezcan tanto las modelos como las joyas.

—Vaya, eso es un grave problema, Macarena —comentó Bastian, intentando saber adónde quería llegar con esa información.

—Sí que lo es —asintió ella con seriedad y una mueca de preocupación en su rostro—. He pensado en pasarme a comprar el material para dejar el estudio como tengo pensado y, bueno, antes de hacer nada quería que lo supiera. ¡No vaya a ser que no le guste mi idea y al final gaste dinero sin motivo!

—Macarena —dijo con seriedad levantándose de su asiento y acercándose a ella con paso seguro—. Vamos a ver qué tenías pensado.

—¿Ahora? —preguntó aparentando asombro ante aquella petición que ella misma había provocado.

—¡Claro! —soltó Bastian con firmeza.

—Ya sabía yo que no se fiaría de mí... —Chasqueó la lengua mientras alzaba los ojos al techo y lo dejaba salir del despacho bajo la atenta mirada de Linda, que no se perdía detalle de su conversación.

—Claro que confío en ti, pero tenemos que dar buena imagen a esta marca de joyas, si no, no querrán volver a contratarnos para mostrar sus novedades y eso sí que sería una catástrofe. Venga, vamos, que no tenemos todo el día y tenemos mucho trabajo por delante —apremió con dureza caminando con decisión hacia el estudio.

Al entrar, Bastian oyó cómo Maca cerraba la puerta y deslizaba lentamente el pestillo que se había dispuesto allí para que el fotógrafo tuviese la intimidad necesaria para realizar su trabajo. Luego, apreciando que las cortinas estaban echadas de antemano y que nadie podía verlos en aquel momento, se giró para mirarla mientras ella se acercaba con una sonrisa impresionante que lo excitó al instante.

—Espero que me digas que era todo una farsa para traerme hasta aquí —dijo Bastian observando cómo se detenía delante de él.

—Y, si lo fuera, ¿qué harías en el único espacio donde nadie puede vernos? —preguntó con curiosidad, sintiéndose tentada de saltarle al cuello en aquel mismo momento.

—*Shit*, Maca... —gruñó cogiéndola del cuello con delicadeza mientras sus pulgares recorrían la piel—. Te follaría contra la pared, rápido y profundamente, hasta que te corrieras.

—Me encanta cuando dices *shit* —repuso de manera tentadora—. Aunque cuando lo dices en español me pone todavía más cachonda...

—Me vas a matar, Maca... —farfulló con voz ronca.

—Señor Miller, ha sido usted un hombre muy malo por presentarse a su revista con estos vaqueros que tanto lo favorecen —dijo mientras posaba con seguridad la mano sobre su trasero.

—Me di cuenta en la isla de que te gustaban y no he podido resistirme a ponérmelos hoy —susurró mientras le acariciaba con delicadeza el pronunciado escote, haciendo que se le erizara el vello—. Se me hace la boca agua, Maca... —murmuró sin dejar de acariciarla.

—Esto no puede ser, señor Miller. No puede provocarme de esta manera para que tenga que inventar cualquier excusa para tenerlo para mí a solas... —

murmuró mientras le acariciaba con sutileza el abdomen, deslizando hacia abajo su mano hasta llegar a su abultada entrepierna.

—Me enloquece pensar que no puedes resistirte a mí, porque a mí me pasa exactamente lo mismo.

—Y no puedo, lo he intentado hasta que me he dado cuenta de que no quería. Necesito que me des una razón para no hacerlo, para salir de este estudio y quedarme quietecita delante de mi mesa —pidió con seriedad sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos.

—Maca, despiertas un lado en mí que pensaba que había desaparecido para siempre —murmuró con voz jadeante mientras rozaba delicadamente con la yema de sus dedos los labios entreabiertos de ella.

—Puf... ¡Pues estamos apañados! —susurró reprimiendo un gemido—. Yo que creía que, al acostarnos la primera vez, toda esta tensión se disiparía, y me da a mí...

—... que es mucho más fuerte que antes —terminó la frase por ella—. A mí también me ocurre, y es algo tan nuevo para mí que no pienso desperdiciarlo pensando en las razones por las que únicamente deseo tenerte entre mis brazos.

—Estamos en un lío, Bastian —dijo con coquetería.

—¿Por qué?

—Porque si yo soy una cabeza loca que hace las cosas sin pensarlas y ahora tú haces lo mismo..., ¿quién frenará esto? —preguntó deslizando con lascivia la nariz por el cuello de él, aspirando su delicioso aroma y sintiendo cómo se ponía rígido ante aquel acercamiento.

—Nadie, y eso me encanta —comenzó estrechándola contra sí con fiereza para sentirla contra su cuerpo.

—Ahora lo único que deseo es desnudarte y hacerlo en este estudio. ¿Lo has hecho alguna vez aquí? —preguntó juguetona mientras introducía una mano dentro del pantalón y le cogía un cachete del trasero.

—No, jamás... Ni siquiera en la revista —dijo hechizado por la fuerza arrebatadora de esa mujer, que lo hechizaba.

—Tenemos quince minutos, machote. Cero besos, que eso deja los labios hinchados y no queremos que nadie se entere, ¿verdad? Ven, bájate los pantalones y siéntate en el chéster... —pidió con firmeza señalando el característico sofá.

—¿Siempre eres así de morbosa? —preguntó con una provocadora sonrisa, haciendo lo que le había pedido sin dejar de observarla.

—La verdad es que no, Bastian, esto es nuevo para mí, y debo confesar que también es terriblemente excitante ver que no puedo controlar este deseo irracional que me empuja hasta ti. Además, la culpa la tienes tú, que me has provocado viniendo con esos vaqueros que sabes que me vuelven loca y... ¡Joder! —exclamó observando el tremendo bulto que se adivinaba en sus calzoncillos estilo bóxer de color blanco—. Necesito que me folles para poder trabajar centrada y no imaginándome cómo me siento entre tus brazos.

—Creo que me va a tocar comprarme más vaqueros para ponérmelos todos los días... —susurró observando cómo ella se quitaba con prisas el pantalón y se quedaba con un culote negro mientras se acercaba hasta él.

—Entonces, señor Miller, nos tocará hacer todos los días inventario —anunció sentándose a horcajadas encima de él.

Sin dejarla de mirarla a los ojos, Bastian comenzó a deslizar una de sus manos por el trasero de Maca mientras la otra apartaba la tela de la camiseta para poder ver el sujetador que oprimía ese fantástico pecho. Sin desperdiciar un segundo, le sacó uno de ellos, que se erguía con orgullo delante de él. Se relamió sin dejar de mirarla, Maca cerró los ojos excitada al sentir uno de los dedos de Bastian acariciando con destreza su clítoris y, aprovechando aquella falta de contacto visual entre ambos, se llevó el pezón a la boca para chuparlo sin control.

—Me vas a volver loca, Bastian —gimió en voz baja lamiendo su cuello—. Y me encantaría que esto durase más, mucho más, pero tenemos poco tiempo —dijo mientras cogía de una mesita un preservativo que había dejado sobre ella al desprenderse de los pantalones.

—Lo que más me gusta de ti es que no te andas con rodeos, vas directa, y eso me la pone todavía más dura —confesó loco por el deseo.

—Hummm... No me digas eso, que me correré antes de que me la metas.

—Un día de éstos te correrás sin que te toque... —prometió excitado mientras sacaba con prisas su pene para colocarse el preservativo.

—Calla, calla, con lo que me gusta que me toques —gimió Maca mientras se deslizaba despacio para introducirse la erección. de éste.

A continuación, comenzó a mecerse despacio mientras Bastian le acariciaba



sin parar el pecho, el clítoris, el trasero... De repente, él se levantó con ella todavía anclada, ambos mirándose a los ojos, prometiéndose un encuentro tórrido y placentero, terriblemente excitados. La llevó a una pared del fondo, la apoyó contra ella y comenzó a penetrarla con fuerza mientras ella se cogía de sus fuertes hombros y sentía sobre su trasero la firmeza de la superficie blanca. Aquella postura la estaba volviendo loca, esa furia y ese carácter que sacaba Bastian la excitaba de tal manera que dejaba de pensar y sólo sentía su pene deslizándose dentro y fuera, sus fuertes manos cogiéndola del trasero para llegar todavía más profundo, los gestos de placer de él y esa mirada que le prometía muchos más encuentros calientes.

—No quiero compartirme con nadie, Maca —dijo de repente.

—No hables ahora de esas cosas. Sólo fóllame —pidió entre gemidos y susurros.

—Eres una mujer muy sincera, y quiero que lo seas siempre conmigo. Nada de engaños, nada de mentiras, sólo tú y yo...

—No me gusta compartir, para eso soy muy clásica —gimió al borde del orgasmo—. Y, si me pides exclusividad, tiene que ser recíproco.

—Por supuesto, jamás he engañado a una mujer con otra —declaró sin dejar de mirarla a los ojos mientras la penetraba de una manera deliciosa—. Eres excepcional y..., ¡joder!, me vuelves loco —gruñó mientras sus empujones aumentaban en profundidad y velocidad.

—Sí..., sí..., sí... —gimió sintiendo que un maravilloso orgasmo debilitaba sus fuerzas y le dejaba una sonrisa en el rostro.

—Me encanta, me encanta... ¡Joder! —gruñó vaciándose en ella.

—Mucho mejor —susurró jadeante mientras lo miraba con una sonrisa resplandeciente en el rostro.

—Totalmente de acuerdo —dijo acercando sus labios a los de ella y dándole un suave y pasional beso.

—¿No habíamos quedado en que cero besos? —preguntó con guasa.

—Es demasiado tentador no besar estos labios —susurró dejándola en el suelo mientras cogía el preservativo para quitárselo.

—Dame, que no me fío de que lo dejes por ahí y nos descubran —dijo ella con un guiño de ojo mientras lo cogía, lo metía dentro de una bolsita y después lo enrollaba con toallitas desmaquillantes—. ¡Listo! Pruebas eliminadas. Vístete

y sal tu primero, así, enfurruñado, que a ti se te da muy bien disimular; mientras haré un poquito el paripé para después salir.

—¿Maca?

—Sí.

—No hagas planes para este fin de semana —dijo con seriedad mientras se ponía los pantalones.

—Y ¿qué te hace pensar que no los tengo ya? —inquirió con chulería mientras se vestía.

—Si los tienes, los anulas.

—Si quiero, por supuesto —replicó con altivez.

—¿No quieres? —preguntó impasible, acercándose un poco más a ella y besándola con tal pasión que la dejó desorientada.

—Depende... —murmuró intentando aparentar indiferencia, aunque por dentro estuviese revolucionada por aquel beso recibido.

—¿Depende de qué?

—De qué planes tengas. Soy una mujer muy ocupada, Bastian —indicó con serenidad, aunque por dentro estuviera dando saltos de alegría.

*Toc, toc, toc.*

—Señor Miller, tiene una llamada telefónica —oyeron que decía la voz de Linda, que hablaba desde el otro lado de la puerta.

—Voy ya —contestó terminando de colocarse el vaquero, para, después, cogerla con firmeza por la cintura—. Luego hablamos, y no me contentaré con una negativa —anunció mientras la besaba con deseo, haciendo que temblase de placer.

Maca lo observó salir del estudio y se mordió el labio inferior. ¡Tenía un problema, y uno bien grande! Aquello se estaba desmadrando y todo apuntaba a que explotaría dejándola hecha añicos. Comenzó a adecentar el estudio, borrando cualquier indicio de lo que había pasado allí segundos antes mientras pensaba que nunca había hecho nada igual, y eso que Ismael y ella se conocieron siendo compañeros, pero jamás tuvo aquella necesidad de hacerlo en horas de trabajo, ni siquiera en un lugar público como el día anterior... En cambio, fue ver entrar a Bastian en la oficina, con aquellos pantalones vaqueros que tan bien le sentaban, y sólo pudo pensar en tenerlo en su interior y gemir de placer contra su boca... Se estremeció tan sólo con recordarlo; no sabía lo que le ocurría con

él, jamás le había pasado algo igual. Se consideraba una mujer decidida, a la que le gustaba el sexo, sí, pero sin llegar al extremo de recurrir a hacerlo en el trabajo o en la calle... No obstante, desde que lo hicieron por primera vez en el interior de su coche, sólo podía pensar en él, desnudo, encima, debajo o de lado, eso daba igual, pero gozando de sus cuerpos, acariciándose sin prisas y sintiendo aquel fuego que sólo se prendía cuando él estaba cerca. Se miró en el pequeño espejo que había al lado del estudio, dispuesto allí para que las modelos comprobasen el resultado del maquillaje. Sus mejillas estaban teñidas de rosa, sus ojos brillaban en exceso y su cabello estaba alborotado. Se peinó como pudo y esperó a que bajara aquel rubor delator de su rostro. Se propuso disfrutar al máximo de aquello, de esa pasión que los debilitaba y los fortalecía a la vez, de ese deseo que los consumía hasta llevarlo a cabo, sin pensar en que, tal vez algún día próximo, terminaría de la misma manera que comenzó, rápidamente, sin poder hacer nada por evitarlo. Hasta entonces, no pensaría en nada más que en disfrutar y vivir aquella aventura tan novedosa para ella. Quién le iba a decir a Maca que en Miami encontraría al hombre que la haría temblar de placer.

Cuando se aseguró de no haber dejado ningún indicio que hiciese pensar a alguien que había ocurrido algo en el interior de ese estudio, se dirigió a su mesa para comenzar a trabajar. Linda la miró y le hizo un gesto con la cabeza, como preguntándole si se encontraba bien después de la conversación con su jefe. Maca alzó los ojos al techo dando a entender que había sido catastrófico. Se sentó sintiéndose mal, ya que lo que menos le gustaba de aquello que la hacía sentirse viva y tan deseada era que tenía que ocultárselo a sus compañeros, a esas personas que se habían abierto un hueco en su corazón... Para su sorpresa, un correo electrónico apareció de repente en la pantalla de su ordenador y, con una sonrisa, lo abrió:

De: Sr. Miller  
Para: Macarena Albert

A las seis quédate en la oficina, hasta que se vayan todos y nos vamos juntos, a mi casa, a pasar un fin de semana escandalosamente pervertido.  
Ya estoy contando los segundos para que llegue.

Bastian Miller, director y propietario de *Miami Life Magazine*

De: Macarena Albert

Para: Sr. Miller

Es muy tentadora su petición, pero prefiero ser de las primeras en marcharme de la oficina para no levantar sospechas. Si quiere, lo espero en mi piso... Prometo llevar tan sólo una toalla anudada al cuerpo, o a lo mejor ni eso.

Maca, fotógrafa profesional y nudista ocasional

Bastian levantó la mirada hacia la espalda de la española y sonrió con satisfacción mientras tecleaba una contestación digna a esa provocación que le había hecho. ¿Por qué había tardado tanto en seducirla? Debería haberle hecho caso a su hermano desde el principio y no habría estado durante semanas pasando ese calvario, tratando de quitársela de la mente e inventándose miles de excusas para no hacer realidad aquel deseo que había nacido de una manera tan única que a él mismo lo sorprendió. Le dio al botón de enviar y se acomodó en su sillón pensando en el maravilloso fin de semana que pasaría con esa mujer. ¡Maca era un regalo para los sentidos y lo iba a disfrutar al máximo!

## Capítulo 22

Abrió un ojo y lo sintió pegado a ella, con un brazo enroscado en su cintura y su tranquila respiración haciéndole cosquillas en el cuello. Cómo habían acabado compartiendo aquella intimidad era todo un misterio, en el cual dos personas tan distintas no podían mantenerse alejadas, como si una fuerza arrolladora los empujara el uno hacia el otro, aun sabiendo que lo que tenían era algo esporádico, casual y tan efímero que se concentró en absorber todo lo bueno de esa experiencia y afligirse cuando todo hubiese acabado. Maca recordó lo sucedido horas antes, cuando finalizó su jornada laboral, y, tal como le había dicho en el correo electrónico, se marchó directamente a su casa y de ahí a la ducha. Sabía que, desde ese día en que la había visto aparecer en el umbral de la puerta con una toalla anudada al cuerpo, su jefe no había podido dejar de pensar en ella, y qué mejor manera de celebrar aquella locura en la que se había subido con tanto descaro que recibirlo de la misma guisa. Por supuesto que el proceder de Bastian no fue el mismo que aquel día en que la sorprendió duchándose, y Maca pasó de llevar esa pequeña toalla a no llevar nada y sumarse a una alocada noche de pasión y sexo sin límites, en la que el propio disfrute y las palabras susurradas al oído fueron los protagonistas. Cuando un orgasmo colosal del tamaño de una erupción volcánica los dejó saciados, encima del sofá, jadeantes y relajados, Bastian propuso reponer fuerzas con aquella actitud gamberra que de vez en cuando sacaba a relucir, sobre todo cuando se encontraba fuera del trabajo, y de la que tanto disfrutaba Maca. Fue excitante verlo moverse por su pequeña cocina y, por supuesto, no pudo contentarse con mirar cómo cocinaba sólo vestido con unos bóxers negros que incrementaban su enorme atractivo, y eso ya era decir. ¡A ese hombre había que hacerle inmediatamente una estatua

desnudo! Maca comenzó a acariciarlo, a manosearlo y, al final, sobre la encimera, tuvieron que saciar aquel ardiente deseo que los enloquecía mientras la cena se enfriaba encima de la barra que separaba la cocina con el salón... Después de saciar aquel deseo repentino, la cena les supo mucho mejor, aunque estuviese fría. Al terminar, se pusieron a ver una serie en la televisión mientras entrelazaban las piernas y no paraban de acariciarse. Al final, ni vieron la televisión ni nada, simplemente Bastian la cogió en brazos y, entre risas, se la llevó a la cama, donde volvieron a gemir y a alcanzar un orgasmo que los hizo caer rendidos en un profundo y maravilloso sueño.

Maca sonrió sintiendo la calidez del cuerpo de Bastian a su lado y cómo éste la estrechaba con más fuerza, como si tuviese miedo de que se escapase. Jamás había practicado tanto sexo en tan pocas horas, pero era imposible resistirse a él, había algo, no sabía el qué, que la arrastraba a realizar cada una de las locuras que se les antojaban, con una necesidad tan grande como si llevaran días sin verse, sin tocarse...

—Hummmm... —ronroneó Bastian mientras la besaba en la espalda.

—Buenos días, lirón —dijo Maca, dándose la vuelta despacio para quedar de frente a él.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —preguntó mientras le daba un suave beso en los labios—. Quería sorprenderte... —susurró mientras le guiñaba un ojo.

—Espero que no fuera trayéndome el desayuno a la cama —dijo con cara de pánico.

—¿Qué tendría de malo haberlo hecho? —preguntó con curiosidad.

—Que me habría perdido el fabuloso espectáculo de verte cocinar... Estás terriblemente sexy cuando lo haces —anunció sonriente contagiándole la sonrisa a él.

—No sabía que te gustaban los hombres que saben cocinar.

—¡Yo tampoco! Y es porque eres el primero que veo que disfruta haciéndolo —dijo dándole un rápido beso en los labios—. ¡Tengo que ir a evacuar! —exclamó saltando velozmente de la cama y haciendo que él se incorporase para verla correr, desnuda, hasta el cuarto de baño mientras negaba con la cabeza divertido: Maca era natural y espontánea, y eso le encantaba.

Se quedó esperándola sentado en la cama, pensando en la maravillosa noche

que habían pasado y en todo el tiempo que tenía por delante. La vio al poco entrar en el dormitorio, con el cabello alborotado, los labios hinchados y enrojecidos de tanto besarla, y ese cuerpo que mostraba sin tapujos, sin complejos y sin ningún pudor. Era una mujer con curvas sinuosas y atractivas, como diría su hermano, tenía de donde agarrar, y estaba tan alejada del estereotipo de mujer al que siempre acababa conquistando que simplemente lo fascinó.

—Creo que necesitamos tener una conversación de esas formales e incómodas en las que ponemos un poco de orden, lo justo, ya me conoces —informó Maca mientras se sentaba enfrente de él con las piernas cruzadas, tan bella y provocativa que Bastian tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para atender a sus palabras, porque su cuerpo le pedía realizar otras tareas, mucho más placenteras, todo había que decirlo.

—Tú dirás —carraspeó con dificultad.

—Por lo visto, quieres pasar el fin de semana conmigo, ¿no?

—Exacto —dijo deslizando sin querer su mirada por los jugosos y maravillosos pechos de Maca.

—Bastian —lo regañó divertida—. ¿Quieres que me tape?

—No, por favor —dijo mirándola a los ojos—. Me encanta que seas así de segura, así de atrevida, y me vuelve loco que me hables desnuda...

—¡A ver, centrémonos, que nos vamos conociendo! —exclamó con guasa, haciendo que él le sonriese de esa manera canalla que había descubierto que tenía y que le hacía flaquear las fuerzas—. Ayer me pediste que no nos acostáramos con otra persona mientras estuviéramos... liados.

—No quiero compartirte con nadie más, Maca —declaró con seriedad.

—Lo entiendo, a mí tampoco me haría gracia enterarme de que te acuestas con otra cuando estamos... medio liados. Bueno, a lo que iba. Quiero que seamos completamente sinceros, cero mentiras, y que, cuando esto se acabe, que lo digamos antes de que nos hagamos daño.

—Me parece bien.

—También veo importante dejar esto para nosotros y que nadie se entere, mucho menos en la oficina —prosiguió ella.

—De acuerdo.

—Lo que pasó ayer en el estudio no volverá a suceder...

—Pero si fuiste tú la que me atacó —anunció entre risas.

—Lo sé, pero aun así no debemos tentar a la suerte. Nos podrían haber descubierto... —confesó haciendo una mueca de disgusto al saber que obró mal al dejarse llevar, una vez más, por su loca cabeza.

—De acuerdo, aunque nos costará mantenerlo, visto lo visto... —dijo mientras acariciaba con tranquilidad las piernas desnudas de Maca—. ¿Algo más, señorita Albert?

—No, sólo era eso, pero es de vital importancia que lo cumplamos, Bastian.

—Me parece bien, y ahora, cierra esa boquita tan sexy que tienes y ven aquí a que te devore entera.

—Cómo me pones cuando te pones en plan canalla —comentó con una sonrisa mientras gateaba con sensualidad hacia él.

El sonido del teléfono móvil la detuvo cuando Bastian comenzaba a besar su piel de una manera deliciosamente tortuosa.

—Tengo que contestar —susurró con pesar.

—Luego llamas —protestó sin dejar de besar cada centímetro de su piel.

—Puede ser importante —apremió Maca, dándole un beso rápido en los labios y cogiendo el teléfono, que se encontraba sobre la mesilla de noche y observando quién la estaba llamando—. Hola, Abril.

—¿Cómo está mi fotografía favorita?

—Pues me coges un poco liada... —dijo sintiendo cómo las manos de Bastian se deslizaban serpenteantes por su cuerpo, llenándolo de caricias provocadoras y besos que la encendieron.

—¿Y eso? ¿Algo que contarme, mala pécora?

—Ahora no puedo, Abril... No estoy sola —susurró en voz baja, sintiendo cómo Bastian sonreía entre beso y beso.

—*Golfanta*, ¿quién es? Ay, no me lo digas, no me lo digas... —dijo entre gritos con visible entusiasmo—. ¡Es tu jefe cañón!

—Estás muy loquita, Abril. Sí, sí, es él —murmuró rogando que Bastian no hubiese oído la voz pizpireta de su mejor amiga. Él se encontraba bastante concentrado en lamer y mordisquear sus pezones, que estaban duros como guijarros por culpa de su maestría con la boca.

—¡Lo sabía! Se lo dije a Julen y me dijo que te dejara respirar, que las cosas a veces van más lentas de lo que nos gustaría... ¡Ay, mi Maca! Qué ganas tengo



de conocerlo. ¿Le has pedido que venga a la boda? —En ese momento, Bastian levantó la mirada y frunció un poco el ceño.

—Eh... No, aún no —dijo mirándolo con cara de circunstancias—. Hace dos días que estamos... viéndonos, Abril.

—A ver, pásame con él —pidió con rotundidad.

—Abril, lo tengo ahora mismo desnudo en mi cama, lamiéndome entera, de verdad, ¿es necesaria esta conversación? —preguntó levantando la mirada al techo, intentando que su amiga entendiera que no era ni el momento ni el lugar para hablar de ciertas cosas con él.

—Mucho. Venga, ya estás tardando —apremió Abril con seguridad.

—Mi amiga quiere hablar contigo, está embarazada y a punto de casarse, y puede ser letal cuando quiere —comentó levantando los hombros con resignación. Bastian le dio un maravilloso beso en la boca, le guiñó el ojo y cogió el aparato con seguridad.

—Al habla el jefe cañón —dijo al teléfono, haciendo que Maca se echase a reír a carcajadas al cerciorarse de que había oído cómo lo había llamado Abril y sintiéndose todavía más atraída por él al oírlo hablar en su idioma natal.

—¡Hola! —exclamó Abril con dulzura desde el otro lado del teléfono al oír cómo él le hablaba en español—. Sé que la sinvergüenza de mi amiga no querrá invitarte a la boda para que no aceptes por compromiso. Pero quiero que sepas que estás invitado y que estamos deseosos de conocerte.

—Muchas gracias. ¿Cuándo será la boda?

—¡Justo dentro de dos semanas! —informó exultante de felicidad.

—Cuenta conmigo, Abril. Yo también estoy deseando conocer a la mejor amiga de Maca.

—¡Perfecto! Anda, pásame con ella y ya os dejo con lo vuestro —susurró entre risas.

Bastian le pasó el teléfono a una estupefacta Maca y volvió con lo que estaba: devorar a esa morena que lo miraba boquiabierta.

—Anda, que ya hablaremos tú y yo, lianta —dijo Maca sintiendo los labios de él recorrer sinuosamente su cuello.

—Bah, ya me lo agradecerás. Por cierto, rápidamente: ya he recogido tu vestido, y lo he dejado todo en el piso de mi padre, junto con los zapatos y los complementos.

—Estás en todo, Abril. ¡Muchas gracias!

—Ay, Macaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa... ¡¡Que me caso dentro de dos semanas!!  
—exclamó con entusiasmo.

—Ya estoy deseando verte, bomboncito, y darte muchos achuchones, a ti, a esa barriguita y a Zoe.

—Y yo a ti. Anda, anda, seguid con lo vuestro y disfruta mucho, mala pécora  
—soltó entre carcajadas.

—Ya te pillaré, ya... —rio complacida mientras finalizaba la llamada.

—Vaya, vaya... —susurró Bastian posando sus espectaculares ojos verdes en ella—. ¿No querías invitarme a la boda de tu amiga?

—La verdad es que no. ¡No te lo tomes a mal! Pero no sabía si te asustarías cuando te lo dijera... Es muy pronto, ¿no?

—No me asusta acompañarte a España, es más, no habría soportado dejarte marchar sola... Y, si no me hubiese invitado Abril, me habría plantado allí de todas maneras. —Maca sonrió complacida por su respuesta.

—¿De qué te ríes?

—De que eres un embaucador —susurró posando su boca en la de él para darle un beso de película.

—Es imposible engatusar a una mujer como tú, Maca... Más bien sería al revés —susurró en un tono tan seductor que la erizó por completo.

Bastian le apartó un mechón de la cara y se quedó contemplándola en silencio, escuchando el rítmico sonido de sus corazones, que latían veloces.

—Vamos —dijo levantándose de la cama y tendiéndole la mano para que se incorporara ella también.

—¿Adónde? —preguntó divertida mientras lo cogía de la mano y se ponía de pie.

—A hacer turismo, por supuesto.

—Pero, Bastian —murmuró mordiéndose el labio inferior—, podrían vernos, y acabamos de hablar de que ese punto es importante...

—Maca, sé que me lo has comentado, pero me da igual que nos vean. Me apetece cogerte de la mano por la calle, besarte cuando quiera, y no pienso reprimirme por si hay alguien que pueda vernos —indicó estrechándole con cariño la mano.

—¿Estás seguro? —preguntó dubitativa, temiendo que aquello complicase

todavía más su relación especial.

—Completamente —confesó con rotundidad.

—Como quieras, pero antes tengo que ducharme.

—Hummm... Me gusta la idea —dijo mientras la cogía en brazos y la llevaba hasta el cuarto de baño.

—¡Estás loco! —exclamó entre carcajadas hasta que él la dejó en el suelo.

Bastian la miró a los ojos intensamente mientras rozaba con delicadeza su espalda con la yema de los dedos, sintiendo cómo el cuerpo de ella reaccionaba a aquel sutil roce.

—No me voy a arrepentir de haber dado este paso contigo, Maca —susurró despacio, acercándose, terriblemente seductor y tentadoramente desnudo.

—Es muy pronto para decirlo, Bastian. Ahora estamos en la cúspide, donde todo parece maravilloso e idílico —comentó Maca sin pestañear, observando sus perfectas facciones, sus llamativos ojos y sintiendo su calidez.

Bastian buscó los labios de ella y ambos se fundieron en un apasionado beso que los llevó directamente al interior de la ducha. Maca abrió el grifo del agua y sus cuerpos comenzaron a mojarse, sin dejar de mirarse el uno al otro, como cerciorándose de que aquello era real y magníficamente excitante. Bastian se agachó, la cogió de una pierna para que ésta la colocara encima de su hombro y la besó con delicadeza en el pubis. Maca gimió mientras se apoyaba en la pared, observando a ese fabuloso hombre devorarla con una exquisitez que la estaba volviendo loca. Verlo en esa postura, disfrutando de cada lametón, levantando los ojos para ver cómo ella disfrutaba con la maestría de su lengua, la estaba llevando a un grado de excitación que jamás había experimentado. Su lengua se movía con descaro en su clítoris, una de sus manos masajeaba su trasero mojado y tentó con uno de sus dedos el ano. Ella echó la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo el agua caía con fuerza sobre su cara y cómo alcanzaba el clímax entre temblores. Bastian se levantó repartiéndole multitud de besos por su piel hasta llegar a sus labios, que devoró sin dilación. Al separarse, con las respiraciones entrecortadas, Maca cogió la esponja bajo la atenta mirada de él, le echó gel y comenzó a lavarlo despacio, sin dejar de mirar su maravilloso cuerpo. Bastian no se quedó quieto y la acarició por todo el cuerpo, ayudándose del gel para que su piel resbalase todavía más. Maca miró hacia abajo y encontró una erección que la llamaba a gritos. Se mordió el labio inferior con lascivia y, sin dejar de

mirarla, bajó hasta ella para rodearla con sus labios.

—Me vuelve loco tu boca —gimió Bastian sintiendo cómo ésta apretaba los labios alrededor de su hinchado glande.

Maca comenzó a introducírsele con ardor, haciendo que él gimiese sin control, que no parase de acariciarle el cabello mojado, al borde del orgasmo.

—Maca, como sigas así...

—Córrete —pidió con descaro mientras posaba su ardiente mirada en él, dándole permiso para que eyaculara en su boca.

Sólo de pensarlo, de ver que hacía realidad otra de sus fantasías, Bastian alcanzó el clímax sintiéndose un hombre con suerte por tener a una mujer como ella a su lado, tan tentadoramente sexy, tan encantadoramente alocada y tan hechizantemente natural.

Entre risas, besos y muchas caricias, terminaron de ducharse, se vistieron y salieron en busca de un taxi para ir hasta el apartamento de él a recoger su coche, que dormía en su plaza de garaje. Antes de marcharse, Maca dejó una pequeña bolsa con ropa en el amplio piso de Bastian, ya que éste le pidió que se quedara allí durante todo el fin de semana, y ella no pudo, ni quiso, negarse.

\* \* \*

Bastian detuvo el coche y la miró con una sonrisa encantadora.

—¿Preparada para contemplar de cerca a los cocodrilos? —le preguntó.

—¡No me jodas! —exclamó con entusiasmo.

—Sabía que te encantaría la idea —rio mientras salían del coche y la cogía de la mano para llevarla hasta uno de los hidrod deslizadores que recorrían los humedales tropicales de los Everglades.

—¡Esto es precioso! —exclamó con alegría al subirse en aquella embarcación repleta de turistas.

—Me alegro de que te guste —dijo Bastian sentándose a su lado y deslizando uno de sus brazos por los hombros de ella—. Este negocio lo llevan los verdaderos nativos de estas tierras, la tribu de los mikasuki, que además tienen también un casino muy famoso en Miami. Ellos viven en un monte, alejado de todos, hasta tal punto que nadie puede entrar en esa zona.

—Vaya, qué interesante —susurró Maca, sintiendo cómo la embarcación

comenzaba a deslizarse con tranquilidad por esas aguas.

La frondosa vegetación, el viento que le azotaba el cabello, el paisaje sin igual de aquellas tierras salvajes, los suaves besos que le daba Bastian a medida que transcurría el viaje, sin dejar de hablar por un segundo de lo que estaban viendo, su mano posada con firmeza sobre su pierna, sin importarle que llevara su amado pantalón vaquero negro, su mirada fija en ella y en nadie más, y observar por primera vez a un espécimen de cocodrilo hicieron que aquella experiencia fuera única e inolvidable. Maca tragó saliva observándolo de reojo. «Recuerda, es sólo sexo. No te olvides de que él no quiere nada serio contigo, tenlo claro, si no, lo pasarás mal... Muy mal», pensó intentando tranquilizar a su corazón, que comenzaba a sentir interés por ese hombre que era todo lo opuesto de como había pensado en un principio.

## Capítulo 23

Se despertó antes de que sonara la alarma, miró el techo y recordó lo sucedido en aquel intenso y magnífico fin de semana con una sonrisa en la cara. Maca era increíble, eso no podría negarlo jamás, y aquella atracción ilógica que sentía por ella había hecho que pasara los mejores días de hacía años, e incluso podía aventurarse a decir que de su vida. El sexo con ella era maravilloso y morboso, no se cansaban de yacer juntos, de jugar a excitarse, hasta tal punto que pasaban las horas sin percatarse, entre gemidos y susurros, entre caricias y juegos morbosos, entre confidencias y risas. No fue todo sexo, aunque sí lo hubo en gran medida y, además de gozar del maravilloso cuerpo de Maca, visitaron los Everglades, lo que fue un auténtico acierto, porque Bastian disfrutó incluso más al verla tan entusiasmada al contemplar a un cocodrilo a tan poca distancia de donde estaban. Además, al día siguiente, después de un espléndido despertar en el que los labios de Maca lamían cualquier parte de su cuerpo, fueron a dar un paseo por la playa e incluso se dieron una vuelta por Coconut Grave, una zona muy moderna donde muchos famosos se dejaban ver por los distintos garitos del lugar. Maca lo contemplaba todo sin percatarse de que la persona que despuntaba entre todos era nada más y nada menos que ella, que, con su manera de vestir tan pintoresca por esos lares, hacía que todos se girasen a mirarla. Bastian debía reconocer que no le importaba que ella fuera con aquella ropa que al principio había aborrecido tanto, esa manera de vestir tan informal y oscura formaba parte de ella, de su esencia y eso, precisamente, fue lo que más lo atrajo de esa mujer tan distinta de todas las demás que había conocido. Su carisma, sus ganas de vivir, su filosofía de vida y ese optimismo que lo arrastraba a lo que siempre había sido él, un hombre que disfrutaba al máximo, fueron el

desencadenante de que no diese tanta importancia al exterior y se centrara en el magnífico interior que poseía la española.

El teléfono sonó antes que la alarma. Alargó el brazo y sonrió al ver quién era.

—Hola, Mike, ¿qué tal por Vietnam?

—De fábula, Bastian. Tienes que venir a ver todo esto. ¡Es especial! —contestó su hermano con alegría—. Por cierto, acabo de hablar con mamá hace unos segundos y me ha dicho que le has confesado a Maca que te gusta...

—Sí —comentó con una sonrisa, resignado al fin por aquel afán de su familia de entrometerse en su vida privada.

—Bueno, ¿y qué? ¿Ha sucumbido a tus encantos?

—Joder, Mike... —resopló sin dejar de sonreír mientras negaba con la cabeza. Su hermano no se andaba por las ramas—. Maca es la bomba.

—¡Lo sabía! —exclamó emocionado de que al fin su hermano se dejara de remilgos e hiciera lo que le pedía el cuerpo.

—No te emociones, sabemos que esto durará lo que dure y lo tenemos claro los dos.

—Entonces ¿estáis saliendo o sólo os acostáis juntos?

—Según ella, estamos liados, pero puedo decirte que hemos pasado todo el fin de semana juntos y ha sido increíble poder compartir tantas cosas con una persona como Maca.

—¡Anda, que cuando se lo cuente a mamá se va a poner loca de contenta!

—No le digas nada, por favor. No quiero que se haga ilusiones, no sé si esto llegará a más o será algo pasajero. De momento no quiero pensar en el futuro, no me apetece agobiarme con esas cosas, y sólo deseo hacer lo que se me antoje en cada momento.

—Bueno, Roma no se hizo en dos días, aunque me da a mí que si Maca se lo propone funda una ciudad en cuestión de horas —soltó con guasa al tener un poco de noción del carácter atrevido y decidido de la española—. Ahora en serio, Bastian, haces bien en vivir el momento, ¡ya te tocaba! Disfruta de lo que tenéis y no te pongas límites.

—No, por primera vez desde hace mucho tiempo, me estoy dejando llevar, y es tan divertido no pensar en las consecuencias que no entiendo cómo no lo he hecho antes.

—¡Claro que sí, Bastian! Tanto horario, tanta agenda..., ¡chico!, eras un muermazo. A ver si Maca te espabila y vuelve el guasón de mi hermano mayor, que llevo tiempo echándolo de menos.

—¿Sabes? Me voy con ella la semana que viene a España, a la boda de su amiga.

—Anda, entonces va más en serio de lo que me habías dicho —comentó extrañado de que ambos diesen ese paso tan formal.

—No, no te equivoques. Voy en calidad de amigo, nada más. Además, así veo cómo se comporta con su gente y, de paso, descanso unos días y hago un poco de turismo por España... ¡Que también me lo he ganado!

—Vale, ahora sí que me estoy quedando patidifuso... ¡Maca obra milagros! Tú, la viva imagen del esfuerzo y el trabajo, ¡¿vas a coger unos días para descansar?! —soltó Mike levantando la voz.

—Sí... —rio Bastian mientras negaba divertido con la cabeza.

—Mira, a ver cómo te lo digo para que no suene mal —murmuró pensativo intentando elegir bien sus palabras—. ¡¡No lo fastidies y no la dejes escapar!! —Bastian se carcajeó ante el ímpetu de su hermano—. Joder, macho, que llevas diez años sin querer descansar, sin querer irte a ninguna parte porque decías que tenías que velar por el bien de tu empresa, y tiene que venir esa española para que reacciones... ¡Cuando la vea, me voy a postrar a sus pies, que lo sepas!

—¡No es para menos, Mike! —se carcajeó—. La verdad es que Maca hace que tenga ganas de disfrutar la vida... Es tan divertida, tan natural, que puedo ser yo en todo momento, y eso es fantástico.

—Pues entonces céntrate en eso, en lo que sientes cuando estás con ella, y lo demás ya vendrá por sí solo.

—Gracias, Mike... Tengo que dejarte, debo prepararme para ir al trabajo. Disfruta de tu estancia.

—Sí, eso estoy haciendo. Un abrazo, y dale un beso a Maca de mi parte, pero sin lengua, que de éstos te encargas tú —dijo con guasa antes de finalizar la llamada.

Bastian sonrió divertido. Maca lo estaba liberando de aquella presión que él mismo se había creado, y era gratificante poder ver las cosas desde otro punto de vista, más relajado y mucho más entretenido. Se levantó de la cama y comenzó a prepararse para empezar la semana. Estuvo tentado de ponerse unos vaqueros



para enloquecerla, pero no quiso ser tan travieso y dejó esos juegos para cuando acabara la jornada laboral y la trajera a su casa, para poder hacer realidad todos y cada uno de sus deseos.

\* \* \*

Para Maca, la mañana transcurrió rápidamente, entre fotografiar a las modelos e intentar no mirar hacia el despacho de su jefe cañón, como lo había bautizado Abril, que la observaba sin ser visto. Bajó corriendo hacia el restaurante donde almorzaban habitualmente y se sentó al lado de Emily.

—Tienes mala cara, Emily —indicó observando su rostro sin ápice de color y las visibles ojeras que había intentado tapar con corrector.

—Ya está, ya lo he hecho —informó con un hilo de voz mientras una lágrima se deslizaba sin control por su blanquecina mejilla.

—¡Ay, *baby*, no me llores y cuéntanos! —soltó Mason mirándola con cariño desde el otro lado de la mesa.

—Este fin de semana ha sido el peor de mi vida, chicos. Pero ya está, lo he hecho, he puesto punto final a mi relación con Jayden —informó con la voz quebrada por las emociones vividas en esos días.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Linda llevándose la mano a su vertiginoso escote, creyendo que así apaciguaría la angustia que sentía al ver a su amiga en aquel estado.

—Todo empezó el viernes, cuando llegó tarde a casa... —comenzó a hablar, bajo la atenta mirada de sus compañeros—. No me avisó de que se iba a retrasar, y la verdad es que tampoco me importó que viniera a altas horas de la noche, oliendo a perfume de mujer y que en su cuello se pudiese ver sin problemas un horrible cardenal que alguna le había dejado con toda la astucia del mundo. Pero lo peor no fue ver que él intentaba aparentar normalidad conmigo, no... —Rio con dejadez—. Fue espantoso ver que me negaba, ¡en mi cara!, que todo eran imaginaciones mías, que él había venido directamente del trabajo, que no había estado con una mujer y que el cardenal del cuello, seguramente, se lo habría hecho él mismo sin querer... Pero ¿se cree, de verdad, que soy tan ilusa como para negar algo que tengo delante de mis propios ojos?

—Qué cabrón... —farfulló Linda.

—Estuvimos durante horas discutiendo, echándonos cosas en cara, faltándonos al respeto, hasta tal punto que me harté y me encerré en mi dormitorio, dejándole bien claro que no deseaba que él estuviera en mi casa. Pero cuando me desperté el sábado, me lo encontré en el sofá, con el rostro mortificado, pidiéndome perdón hasta la extenuación. Seguimos hablando, llorando, gritando, hasta que no pude más y le dije que no deseaba verlo más. ¡Que me había hartado de estar con alguien al que no quería! —explicó Emily dolida—. No obstante, no se dio por vencido e intentó tocarme e incluso besarme... Chicos, os juro que me dio asco pensar que otra mujer lo había besado y, aun así, intentaba besarme a mí... Me dio pena haber compartido con él tantísimos años, engañándome al creer que él era lo mejor para mí, pensando que sin él no podría llegar a ser feliz y observando cómo yo misma menguaba con esa relación, hasta tal punto que no me reconocía... ¡Joder, qué gilipollas he sido!

—A veces el amor nos ciega tanto que no vemos la realidad hasta que es tan evidente como para justificarlo —susurró Maca acariciándole la espalda con cariño—. Entonces ¿se ha ido de tu casa?

—Sí, el sábado por la noche. Al fin, se marchó de mi casa, dejándome bien claro que cuando quisiera volver con él que lo avisara, que siempre lo tendría ahí... —susurró haciendo una mueca de disgusto.

—¿Ese hombre no tiene amor propio? —preguntó de repente Mason.

—Puf... Ni idea —resopló con disgusto—. Ayer pagué un dineral para que me cambiaran la cerradura porque me negaba a llegar un día del trabajo y encontrármelo allí, en mi casa. ¡Con lo que me ha costado ponerle punto final a nuestra relación!

—¿Por qué no me llamaste? Podría haber ido a verte... —comentó Linda con pesar.

—Lo sé, pero necesitaba pensar. Sacar de mi piso todo lo que me recordara a Jayden y hacer limpieza general, incluso de mis sentimientos contradictorios, que a veces me sorprenden cuestionándome si he obrado bien o no. Me ha venido bien estar sola, poder darme cuenta de que ese hombre era una garrapata que se había colgado de mi vida, que me chupaba el dinero, las fuerzas, las ganas y la felicidad, y que nunca se contentaba con lo que le daba, ya que siempre me pedía más... Sé que he hecho bien en romper definitivamente mi relación con él,

y os pido encarecidamente que, si me veis flaquear, me ayudéis a ver lo dañino que era Jayden en mi vida, todo lo que me ha hecho y lo que seguiría haciéndome si aún estuviéramos juntos.

—No te preocupes, Emily... Para eso estamos los amigos —terció Mason con convicción—. Pero ahora necesitas ser fuerte. Los primeros meses son los más llevaderos, después es mucho peor, ya que la morriña se apoderará de ti y comenzarás a olvidarte de todo lo malo que ha hecho Jayden...

—Necesitas estar ocupada para no tener la tentación de llamarlo ni de verlo —comentó Linda—. En eso te ayudo yo. Nos podemos apuntar al gimnasio, y los fines de semana nos vamos las tres de fiesta por ahí. Ya verás cómo dentro de poco estarás arrepintiéndote de no haberlo hecho antes.

—Seguro —dijo Emily con una tímida sonrisa.

—A todo esto... —añadió Linda mirando fijamente a Maca, que seguía pendiente de Emily—, ¿por qué me dejaste tirada este sábado? —preguntó enarcando una ceja perfectamente depilada y achicando los ojos atenta a su contestación.

—Ya te lo dije, no me encontraba bien... —susurró Maca intentando que no se le notase que estaba mintiendo.

—Pues, para haberte encontrado mal, hoy tienes muy buen aspecto... —señaló Mason observando su rostro resplandeciente y un brillo de ojos anormal en ella—. Linda, ¿es posible que nuestra nueva amiga nos esté ocultando algo? —preguntó con suspicacia.

—Anda, anda... No veas algo donde no hay nada —reiteró Maca entre risas—. Entonces, Emily... —dijo volviendo a poner el foco de atención en su compañera y alejarlo de su persona. Odiaba las mentiras y, sobre todo, aborrecía no poder sincerarse con esas personas que la habían recibido con los brazos abiertos—, ¿Jayden se lo ha llevado todo de la casa?

—No, aún le faltan algunas cosas... Hemos quedado hoy para que las recoja —terció con disgusto al saber que debería volver a verlo.

—Esta tarde iré contigo y así no tienes que estar a solas con ese... malnacido —terció con rotundidad Linda—. Maca, ¿te apuntas?

—Por supuesto —dijo mirando con cariño a Emily.

—Gracias, chicas. Significa mucho para mí.

—Me encantaría ir también, *baby*, sobre todo porque no me fío nada de ese

tipo, pero tengo que acompañar a Bárbara al ginecólogo —comentó Mason—. Si todo sale como esperamos, dentro de siete meses tendremos entre nuestros brazos a un precioso bebé.

—Oh, Mason... ¡Eso es maravilloso! Enhorabuena —exclamaron sus tres compañeras.

—Gracias, chicas. Mañana os contaré qué nos han dicho en la consulta —informó con alegría—. Me quedo un poco más tranquilo porque sé que estará Maca contigo, no te lo tomes a mal, Linda, pero nuestra española puede con Jayden y con toda una remesa de ellos.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. Nuestra Maca podría hacer temblar a cualquier hombre —comentó Linda haciendo que ésta sonriera mientras negaba con la cabeza divertida.

—No exageréis. Parece que sea un *Terminator* —terció la aludida poniendo una mueca divertida y haciendo que los demás riesen a carcajadas.

\* \* \*

La jornada laboral terminó sin problemas. Maca no tuvo ocasión de hablar con Bastian, que se encontraba en su despacho visiblemente ocupado y, cuando llegó su hora, se marchó con Emily y Linda hacia el apartamento de la primera. El piso se encontraba bastante alejado del bullicio de Miami Beach, en una zona tranquila y mucho más económica, en la que era necesario utilizar el automóvil todos los días para ir del trabajo a casa y viceversa. El apartamento era pequeño, pero no tanto como su estudio, y muy luminoso. La decoración reflejaba el alma tranquila de su dueña, donde los colores claros y los muebles de líneas rectas conferían paz y orden. Emily sacó unos refrescos para sus amigas mientras se sentaban en el sofá de cuatro plazas color crema que presidía el salón, con muchos cojines de distintos colores y texturas, invitando a pasar muchas horas en aquel lugar de la casa, charlando o viendo una película. No tuvieron tiempo ni de darle el primer sorbo a sus bebidas, pues enseguida llamaron a la puerta y Emily se levantó con un nudo en el estómago y el rostro visiblemente alterado. Maca y Linda se quedaron donde estaban, sin emitir sonido alguno, para escuchar todo lo que sucedía y, si veían que la cosa no iba bien, salir al rescate de su amiga, que lo estaba pasando mal.

—Hola, preciosa —saludó Jayden nada más abrir la puerta.

Emily se irguió seria y observó que él se había puesto demasiado guapo para ir a por una maleta: pantalón de vestir, camisa blanca y el cabello echado hacia atrás con fijador. Sus ojos azules la miraban sin pestañear y una sonrisa chulesca la hizo reaccionar a tiempo.

—Toma, Jayden —dijo dándole todo lo que había encontrado por la casa—. He revisado todo el piso y no queda nada que sea tuyo.

—¿No me invitas a entrar?

—No, creo que ya lo hemos hablado todo y te he dejado claro que no quiero estar más contigo.

—Emily, preciosa, ¿lo has pensado bien? Tienes treinta y ocho años, cariño... Sólo has estado conmigo, con nadie más... ¿Es que piensas pasar toda tu vida sola?

—Jayden, no hace falta que me recuerdes mi edad, la sé de sobras y, de verdad, no te preocupes por lo que haga o deje de hacer en el futuro. Ya no es asunto tuyo...

—Ay, Em... —susurró dando un paso hacia Emily; ella también dio un paso, pero alejándose de él—. Nadie te va a aguantar como yo lo he hecho, nadie va a valorar ese rubor de tus mejillas cuando te digo palabras ardientes, nadie te va a follar como yo lo he hecho, y ¿sabes por qué? —Emily negó con la cabeza, intimidada por la fuerza de ese hombre que tan bien la conocía, hasta el punto de saber lo que tenía que decir para hacerla titubear—. Porque soy el único que puede estar contigo y, cuando te des cuenta, espero que vengas a buscarme, porque siempre te esperaré, porque tú y yo estamos predestinados a estar juntos para siempre, porque nadie podrá darte todo lo que te he dado yo y porque no podrás querer a nadie como me has querido a mí...

—Yo... —vaciló Emily.

—Te entiendo, preciosa. Debe de ser la crisis de los cuarenta, que ya rondan cerca, el reloj biológico, que te grita que se está secando la fuente y sigues sin quedarte embarazada... Pero no pasa nada, Em. Yo estoy aquí, podemos volver a intentarlo, podemos ponernos hoy mismo a concebir a un bebé, como siempre has deseado. Un bebé tuyo y mío... Soy tu única posibilidad de ser madre, nadie querrá salir con una mujer de tu edad sin hijos —bufó con una pedantería que hizo chirriar los dientes a las dos amigas que aguardaban en el salón.

En ese momento, Maca se levantó y se dirigió hacia la puerta, donde vio a una Emily dudosa y a un Jayden demasiado astuto para su gusto.

—¿Quién eres tú? —preguntó él de malas maneras al verla acercarse con seguridad.

—Una amiga de Emily.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Jayden a Emily—. ¿Es que no te fías de mí, muñeca?

—Yo... —balbuceó ella, intentando reaccionar ante su provocación.

—Mira, encantador de perros —soltó Maca con valentía—, recoge tus cosas y deja de utilizar la psicología barata con la gente. Aquí el único que no va a encontrar a nadie y que va a estar más solo que la una eres tú. Por eso le estás comiendo la moral a Emily, por eso la vas a esperar eternamente y por eso ahora te ofreces como semental. ¡Normal! ¿Quién en su sano juicio, y no te lo tomes a mal, Emily —susurró a ésta con cariño—, va a querer estar contigo? Mira, Jayden, no te conozco, pero por lo poco que he oído de ti puedo asegurar que eres un prepotente que se cree que todas las mujeres deberían besar el suelo por el que pisas, pero que no tienes la personalidad suficiente como para afrontar la vida solo, sin esta talentosa mujer que ha estado siempre cubriéndote la espalda, con su dinero, con su cariño y con su extraordinaria manera de ser. ¡Madura, colega! Que la edad ha pasado para todos y tú también tienes más años que cuando comenzaste a salir con ella. Deja vivir en paz a mi amiga, pasa página e intenta pensar en qué ha fallado esta relación para que esta fantástica mujer no quiera saber nada de ti.

—Pero ¿quién te crees que eres para hablarme así? —preguntó visiblemente enfadado—. Em, ¿vas a dejar que una latina me hable de esta manera? —soltó de manera despectiva mientras la desafiaba con la mirada.

En aquel momento, el sonido del teléfono móvil de Maca irrumpió con fuerza, pero ésta no estaba dispuesta a dejar a ese hombre a solas con su amiga y simplemente lo ignoró. Ya llamaría después, cuando ese impresentable no estuviera cerca de la dulce Emily.

—Jayden, no me ofendes al llamarme latina, estoy muy orgullosa de serlo y de ser también española y, simplemente soy una mujer que no se achanta con los hombres como tú, que se creen que deberíamos daros las gracias por existir cuando ni siquiera sabéis hacer nada por vosotros mismos, mucho menos por

nosotras. Por lo que me ha contado Emily, ni siquiera tienes un trabajo decente, siempre has estado pidiéndole dinero a ella, aprovechándote de su buen corazón, de su amor, y tú sólo le has dado disgustos, uno detrás de otro. ¡Joder, macho, que sabe que le has sido infiel! Y no sólo una vez... ¿Qué coño quieres?, ¿que haga oídos sordos y continúe como si nada? No, Jayden, Emily tiene amor propio y no piensa aguantar más engaños y una relación insana que le está restando felicidad. Por tanto, coge tus maletas y desaparece de una vez de su vista y, sobre todo, de su vida.

—Pero la quiero —murmuró intentando que aquellas palabras fueran lo suficientemente potentes como para que lo dejaran solo con ella, con su dulce y comprensiva novia, a la que sabía manejar con cuatro palabras bonitas y dos caricias.

—No, eso no es querer. Amar a una persona es desear su bienestar, su felicidad, y no abusar de ella para encontrarse bien con uno mismo. Querer a una persona es estar pendiente de ella, es cuidarla y protegerla cuando más lo necesite, es disfrutar de la vida al máximo y arañar de donde sea posible para poder estar más tiempo a su lado. ¡Y no al contrario! —exclamó Maca, oyendo de nuevo el persistente sonido de su teléfono móvil. Sin embargo, no podía correr hasta el salón y cogerlo, debía estar con su amiga. Era una cuestión de prioridades.

—Jayden, márchate de mi casa. No quiero verte más, ¡me tienes harta! —dijo Emily de repente con rotundidad, haciendo que Maca la mirase orgullosa de que al final le plantara cara a ese hombre que la había manipulado durante veinte años.

—Pero, cariño... Déjame que hablemos, déjame demostrarte que voy a cambiar, que por ti...

—¡No! —gritó Emily encolerizada—. Ya te he dado muchas oportunidades y siempre vuelves a herirme. Me he cansado ya de ti, de tus promesas vacías, de tus caricias frías y de todo lo que significas. Vete de mi casa ahora mismo —exigió señalando la puerta para que éste no dudase ni por ningún segundo de que lo estaba echando de allí.

—Como quieras, Em... —murmuró al observar en su mirada una decisión y una dureza que jamás había visto en ella.

Cuando Emily cerró la puerta, los ojos se le llenaron de lágrimas y Maca la

abrazó con cariño mientras le susurraba palabras que la reconfortaran.

—Gracias, Maca... —susurró con la respiración alterada sintiéndose profundamente agradecida de que su amiga hubiese estado allí para echarle un mano.

Linda se asomó y sonrió ladinamente mientras sujetaba el teléfono móvil de Maca en la mano.

—Te estaban llamando por teléfono... —comenzó a decir observando el rostro de Maca—. Lo he cogido cuando he visto que quien llamaba era el señor Miller, por si era algo importante..., ya sabemos cómo es él para estos temas, y... ¿sabes qué me ha dicho nada más descolgar? —Maca negó con la cabeza—. Que te estaba esperando desnudo en su cama. —Emily la miró extrañada, con el rostro bañado en lágrimas—. ¿Tienes algo que contarnos, Maca? —preguntó Linda mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

Al verla con esa postura maternal tan sobreprotectora, Maca comenzó a reírse a carcajadas bajo la atenta mirada de sus amigas, que no entendían qué le hacía tanta gracia, pero para ella era liberador poder explicarles, al fin, lo que ocurría entre Bastian y ella, aunque debería postergar la explicación extendida para más tarde. No podía desperdiciar la imagen de su jefe cañón tentadoramente desnudo para ella sola, ¿no?



## Capítulo 24

—¿Maca? —inquirió Linda tendiéndole el móvil.

Ella lo cogió mientras se limpiaba las lágrimas por culpa de la risa, mucho más sosegada al haber expulsado la tensión y la culpabilidad de no poder ser sincera con sus amigas con esas risas.

—Dadme un minuto y os lo cuento todo —comentó mientras llamaba por teléfono al protagonista de su futura conversación.

—¿Dónde estás? —preguntó Bastian de malas maneras al descolgar.

—En casa de Emily —dijo Maca sin moverse de donde se encontraba.

—¿Por qué no me has contestado antes cuando te he llamado?

—No podía hablar. Luego te lo cuento todo —dijo bajo la atenta mirada de sus amigas.

—De acuerdo, pero no tardes. Estoy aquí muy solo, en mi amplia cama, y mis sábanas ya te echan de menos... —susurró Bastian.

Maca sonrió.

—No tardaré —dijo, y finalizó la llamada.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo Linda.

—Llevo desde el jueves manteniendo una relación sexual con nuestro jefe —soltó sin más preámbulos.

—Pero... pero... pero... —titubeó Linda en estado de *shock*.

—Ocurrió, no os puedo decir nada más porque a día de hoy aún me sorprende cómo hemos llegado a este punto... —comentó Maca señalando a Linda, que comenzó a andar hacia el salón para dejarse caer en el sofá.

—Creía que os llevabais mal... —indicó Emily todavía extrañada ante aquella noticia tan inesperada.

—Sí, en un principio fue así, pero ¡no sé! —dijo entre risas, ya que ella misma no sabía explicar cómo había pasado del pasotismo al deseo en tan poco tiempo—. Nos dejamos llevar mucho por la primera impresión y, bueno, parece que, aunque seamos como el perro y el gato, nos sentimos atraídos físicamente...

—Si me pinchan ahora mismo, no sangro —susurró Linda mirándola con los ojos abiertos de par en par—. Pero ¿sois...?

—No somos pareja ni nada por el estilo. Simplemente nos divertimos.

—¿Lo has pensado bien, Maca? Arriesgas mucho para un revolcón... —dijo Emily mucho más serena.

—Te mentaría si te dijera que no lo he pensado. Pero, chica, la vida sólo se vive una vez, y la verdad es que estoy deseando terminar de hablar con vosotras para ir corriendo a su casa —terció con una sonrisa juguetona.

—¿Por qué no nos lo has contado antes? —preguntó Linda con seriedad.

—Es bastante difícil contarles a tus compañeras de trabajo que te acuestas con el jefe. No quería mentiros, ya sabéis que odio las falsedades, pero pensé que, si os lo decía, todo esto se complicaría más aún, y la verdad es que sólo me apetece disfrutar del momento y, cuando vengan los problemas, intentar llevarlos lo mejor que pueda.

—Ante todo, somos tus amigas, Maca —confesó Emily—. Pero entiendo que te costara contárnoslo, sobre todo cuando es una relación basada en el sexo... Perdona que dude de ti... ¿En serio te estás acostando con Bastian? ¿El mismo Bastian que sale con rubias oxigenadas que no saben enlazar una frase con otra? ¿El mismo con el que te encaras cada dos por tres cuando ves algo que no te gusta? ¿El mismo que te mira como si fueras un ser extraño venido de otro planeta?

—¡Sí! —dijo entre risas al hacerle gracia la última pregunta—. Sólo os pido una cosa, chicas, y espero que me lo concedáis.

—Dinos —terció Linda.

—Por favor, que esto no salga de aquí. Que nadie sepa lo que tenemos Bastian y yo, ya que será cuestión de días que todo vuelva a la normalidad o incluso que os quedéis sin fotógrafa... —comentó haciendo una mueca de terror al pensar en la última posibilidad.

—No te preocupes, que no saldrá de aquí, pero, eso sí, como se le ocurra despedirte, ¡lo capo! —exclamó Emily con rotundidad, haciendo que Linda y

Maca la mirasen sorprendidas.

—¡Pero Emily! —soltó Linda asombrada por aquella expresión tan alejada de la manera de ser dulce de su amiga—. Si es que todo se pega... —dijo mirando con guasa a Maca y haciendo que Emily riese complacida.

—Ya me gustaría que se me pegasen más cosas de esta mujer. Eres mi heroína, Maca. Gracias por todo —dijo Emily dándole un afectuoso abrazo a ésta.

—Anda, corre y ve a su casa, a ver si se nos va a resfriar de tanto esperarte desnudo —susurró Linda más relajada.

—Gracias, chicas. ¡Sois lo más! Y, de verdad, perdonadme por no habéroslo contado antes.

—No digas tonterías, Maca. Entiendo por qué lo has hecho —dijo Linda abrazándola con cariño—. Disfruta y fóllatelo por todas nosotras. ¡Eres la puta ama! —exclamó con orgullo.

Maca rio gustosa mientras les daba un par de besos y salía corriendo al encuentro de su jefe, pensando que tenía suerte de tener unas amigas como ellas.

Llegó al apartamento de Bastian en un tiempo récord, teniendo en cuenta el tráfico denso de esa ciudad, que hacía que el taxi anduviera a una velocidad muy por debajo de los límites establecidos. El ascensor ascendía con ligereza, aunque no tanta como a ella le habría gustado. Al salir se encontró la puerta del apartamento de Bastian abierta, entró y oyó una suave y sensual música que provenía del salón. Cerró la puerta, anduvo despacio hasta llegar allí y se quedó embobada observando a ese hombre que danzaba con seguridad por su amplia cocina, llevando puesto sólo un minúsculo delantal. Su rostro se encontraba concentrado en cortar unas verduras para posicionarlas en una amplia fuente de cristal y, al oír movimiento, levantó la mirada y le regaló una de sus seductoras sonrisas, de esas que utilizaba pocas veces en público, pero que se habían convertido en las preferidas de Maca.

—Hola —saludó ella con alegría acercándosele.

—Has tardado tanto que he tenido que ponerme a preparar la cena —informó cambiando su sonrisa seductora por una tan traviesa que hizo que se le humedecieran las braguitas de golpe.

—Ya veo, ya... Bonito delantal —indicó deteniéndose a mirar con deseo el perfecto torso de éste, en el que se podía ver sin problemas unos músculos tan

tonificados que daban ganas de utilizarlo para lavar la ropa.

—Sabía que te gustaría —afirmó juguetón.

—Mucho —dijo Maca. En ese momento, él se dio la vuelta para introducir una fuente de cristal en el horno y ella se relamió los labios con lujuria al observar el prieto trasero que se veía sin dificultad gracias a la escasez de tela en aquella zona—. Qué bueno que estás.

—Tenemos una hora —informó Bastian dándose la vuelta y aproximándose a ella.

—¿Para qué?

—Para que descubras lo bueno que estoy —dijo cogiéndola por la cintura y acercándola a su cuerpo en un solo y preciso movimiento.

—Uy, no sé... —susurró juguetona mientras pasaba con delicadeza las yemas de sus dedos por el abdomen de él, haciéndole cosquillas a su paso y acrecentando las ganas de saciar aquel apetito insaciable que sentía por ella—. Creo que tengo que irme... Mañana me espera un duro día de trabajo y ¡fíjate qué hora es! —exclamó pasando lentamente la lengua por su labio inferior.

—Llevo todo el día deseando besarte, comerte entera y disfrutar como locos... No me puedes hacer esto, Macarena —murmuró apretándola contra su erección, que izaba con esplendor el delantal.

—¿Y qué quiere que le haga, señor Miller? —preguntó con descaro mientras posaba una mano sobre su trasero desnudo y se lo acariciaba con parsimonia.

—*Shit*, ¡cómo me pones! —gruñó cogiéndola por la nuca y devorando sus labios entreabiertos.

Bastian comenzó a desvestirla con ansia, apartando la ropa sin contemplaciones, deseando tenerla desnuda ante él, sin dejar de besar sus labios, de lamerle el cuello y de acariciar cada trozo de piel que dejaba al descubierto. Maca jadeaba entre beso y beso, sin dejar de tocarlo y de tentarlo con sus manos y su boca. Él se separó unos centímetros para verla completamente desnuda, una imagen preciosa y tentadora de ella, con los labios enrojecidos, la mirada chispeante y su cuerpo tembloroso por el deseo. La cogió en un rápido movimiento y la levantó del suelo; ella se enroscó con las piernas en su cintura sin dejar de besarlo y de despeinarlo con las manos. Bastian la recostó en el sofá y la miró embobado: era única.

—No te quites el delantal —le pidió juguetona mientras introducía una de

sus manos por debajo de la escueta tela y llegaba a aquella parte de la anatomía de Bastian que la hacía disfrutar como jamás había pensado que lo haría.

—Me vas a volver loco —gruñó sintiendo cómo envolvía con destreza su endurecido miembro.

—Vuélvete loco, Bastian —pidió Maca con fogosidad.

Él se inclinó sobre ella y la lamió por completo, como si le tejiera un traje con sus labios, como si necesitase cerciorarse de que era real, de que lo que tenían era auténtico. Se explayó en besar cada centímetro de su piel; no se cansaba de sentir cómo vibraba ella con cada roce, con cada caricia... Podría vivir y morir en aquel mismo lugar, sintiéndola, saboreándola y escuchando aquel dulce ronroneo de placer. Sintió cómo ella abría las piernas para que él se acomodara, para recibirlo en su húmeda y deliciosa cavidad, que lo llamaba a gritos desde que se había despertado esa misma mañana. Su glande rozó juguetón su vulva y los dos gimieron a la vez, sintiendo por primera vez piel contra piel, asombrándose de que sus cuerpos se sacudiesen de la misma manera que lo habrían hecho si los hubiese recorrido una descarga eléctrica intensa. Maca comenzó a moverse de arriba abajo, tentándolo, volviéndolo loco, simplemente con el roce de su sexo, con la humedad cálida que irradiaba con cada suave embestida. Bastian no pudo más y, de una arremetida, se clavó en lo más profundo de su ser. Ambos cerraron los ojos sintiéndose, saboreando aquel maravilloso momento, en el que sus cuerpos encajaban a la perfección, en el que eran sólo uno, un ente completo, sin barreras, sin problemas, sólo ellos dos y esa pasión infinita que los hacía vibrar como jamás les había sucedido.

—Joder... —jadeó extasiada—. Tienes que ponerte... —dijo con un poco de cordura al darse cuenta de que no había protección entre ambos, pero a la vez deleitándose al sentirlo de verdad.

—Lo sé... —gruñó cerrando los ojos y bebiendo de aquel tumulto de sensaciones que lo habían llevado a cometer la locura de sentirla de verdad—. Una más, Maca..., y te prometo que me pongo el condón... Pero es que se está tan bien aquí dentro —jadeó saliendo y volviendo a entrar con más fuerza, gimiendo al sentir cómo se amoldaba el cuerpo de Maca al de él.

—No podemos... —murmuró ella en un tono lastimero al saber que corrían un riesgo al hacerlo sin protección.

Bastian la besó con pasión mientras salía por completo de su cuerpo y

alcanzaba con dificultad un preservativo. Se lo puso rápidamente bajo la atenta mirada de Maca y volvió a recostarse encima de ella.

—Me encantaría follarte algún día sin nada... —susurró introduciéndola de nuevo, realizando movimientos con delicia en su interior—. Poder sentir tu humedad en mi polla, poder notar cómo te corres contra mi piel desnuda, poder hacértelo en cualquier momento y lugar, sin nada más que nuestros cuerpos... ¡Joder! Y poder vaciarme en tu interior, que sintieras cómo me excitas, cómo me haces sentir...

—No me digas esas cosas, que me pones cardíaca —gimió sin control, acompasando sus movimientos con los de él.

Bastian le sonrió de una manera tan provocadora que Maca sintió que podía alcanzar el orgasmo sólo con ese gesto. Como si él le leyese la mente, los movimientos comenzaron a ser frenéticos, sus cuerpos chocaban sin tregua, sus miradas se contemplaban sin pestañear, grabando en sus retinas aquel momento previo cuando sus cuerpos alcanzaran el éxtasis.

—No me cansaré jamás de esto —gruñó Bastian sintiendo cómo le quedaba poco para el orgasmo.

Ella lo miró y se relamió el labio inferior advirtiendo cómo un maravilloso y pleno orgasmo la sacudía por completo, relajada y saciada entre los brazos de Bastian, que, al poco, culminó con un sonoro grito que lo hizo caer encima del cuerpo de Maca, que lo recibió entre caricias y besos. Salió sin ganas de su interior, se desprendió del preservativo en un movimiento y se dejó caer de nuevo en el sofá, amoldando su cuerpo al de ella, que se acomodó encima de su hombro y apoyó una pierna sobre las suyas.

—Después de cenar podemos reservar los billetes de avión para irnos la semana que viene a España —dijo Bastian mientras le acariciaba la espalda con deleite.

—Si no te apetece venir, no pasa nada. Mi amiga es experta en embaucar a la gente y no piensa en que puede venirles mal o, simplemente, en que no desean hacerlo —comentó Maca entornando los ojos de gusto por aquel delicioso momento compartido.

—¿Qué dices? Estoy deseando que llegue —repuso mientras le daba un tierno beso en la cabeza—. He pensado en salir el jueves por tarde, para estar allí ya el viernes de madrugada.

—¿Y no trabajar el viernes? —preguntó extrañada mientras volvía su rostro hacia el de él y lo veía tan irresistiblemente guapo.

—El viernes te lo doy libre por asuntos personales, y yo... ¡Ya se me ocurrirá alguna excusa! —exclamó mientras buscaba los jugosos labios de ella y le daba un húmedo beso—. ¿No te gusta la idea?

—Sí, claro que me gusta. Sobre todo porque podré estar un día antes en Valencia para ayudar a mi amiga y poder estar con toda mi gente...

—Entonces ¡no hay más que hablar! No te preocupes por tus compañeros. No eres la primera ni la última a la que le doy un día libre para hacer sus cosas.

—Ya, me imagino.

—¿Qué te preocupa?

—Ya lo sabes, Bastian...

—A mí me da igual que se enteren todos. Incluso lo preferiría para darte un beso cada vez que me apetezca, poder acariciarte cuando me plazca y poder almorzar contigo todos los días —confesó sin dejar de acariciarla.

—Linda y Emily ya lo saben —soltó de repente, sintiendo cómo él detenía su mano sobre la espalda.

—¿Desde cuándo lo saben?

—Desde hace un rato. Cuando me has llamado, quien te ha cogido el teléfono no he sido yo, sino Linda... —explicó Maca.

—Vaya...

—Sí. Pero me han prometido que no le dirán nada a nadie, por tanto, nuestro secreto está a salvo.

—No me importa que se enteren, de verdad. Me gusta esto —dijo cogiéndola de la mano y observando lo bien que encajaban—. Hacía tiempo que no estaba tan a gusto con una mujer, tan bien...

—Me he propuesto no pensar en nada más que en disfrutar de esto, dure lo que dure —comentó Maca señalándolos a ambos—. Sé que ahora todo es bonito e idílico, pero hagamos las cosas bien, Bastian. Tú eres el jefe y yo soy tu fotógrafa, tenemos nuestros roles muy marcados y no podemos derribarlos por algo que gira en torno al sexo...

—¿De qué tienes miedo, Maca? —preguntó de repente, haciendo que ella se lo quedase mirando, extrañada de oír de nuevo aquella cuestión.

—¡De nada! Esto lo hago por ti, yo no tengo mucho que perder: un puesto de

trabajo y un minúsculo piso. Si sale mal, siempre puedo volver a España...

—Y ¿qué crees que puedo perder yo si se enteran mis trabajadores? —curioseó Bastian.

—Su respeto, su visión de ti... Si cuando se han enterado Linda y Emily se han quedado patidifusas. ¡Imagínate si se enteran los demás! No entenderían qué hace un hombre como tú con una mujer como yo...

—A ver, explícame ese razonamiento loco tuyo, que me ha dejado todavía más confuso.

—Joder, Bastian. ¡Mírate! Eres el prototipo de hombre ideal: guapo, listo, divertido, interesante, apasionado, caballeroso y, para darle más emoción al tema, emprendedor. Y luego mírame a mí.

—No dejo de mirarte y cada vez descubro más cosas que me gustan de ti —susurró dándole un beso en el dorso de la mano.

—Qué zalamero eres —murmuró con una sonrisa.

—Pero te gusta —anunció con rotundidad estrechándola contra él.

—Claro, aunque me da un poco de repelús. Jamás he estado con ningún hombre que sea tan... tan como tú.

—Pero, Maca, ¿con qué tipo de hombres te has visto tú?

—Pues de mi estilo: raritos —soltó con guasa.

—Entonces ¿yo no soy tu prototipo de hombre?

—No, señor Miller. Usted es demasiado perfecto para mí —dijo dándole un beso en los labios y sintiendo cómo él la abrazaba con cariño con ambos brazos.

—Suena aburrido...

—Un poco —asintió.

Él comenzó a hacerle cosquillas y Maca rio divertida mientras se contorsionaba en el sofá.

—Tú haces que mis días sean más divertidos y estén llenos de vida —susurró Bastian sellando aquella frase con un maravilloso beso que le ensanchó el alma a Maca.



## Capítulo 25

Los días pasaron veloces entre el trabajo y disfrutar al máximo de su atípica relación, que siguió oculta para los trabajadores de la revista, a excepción de Emily, Linda y Mason. A este último lo pusieron al corriente al día siguiente de enterarse las dos amigas y, cómo no, se sorprendió muchísimo al saber que la española y su jefe se veían fuera del trabajo. Por otra parte, Maca se sentía bien, si obviaba aquel revoltijo en el estómago que se le despertaba cada vez que veía a Bastian sonreírle o guiñarle un ojo; tanto daba si se encontraban en el trabajo o fuera de éste, era verlo y experimentar aquella sensación que la hacía sentirse extraña, ya que jamás le había ocurrido con nadie y no podía ponerle nombre a lo que le sucedía. Incluso se preocupó por su salud, a lo mejor tenía un problema estomacal que se acentuaba cuando él se encontraba cerca... Sin embargo, aquello no le quitó las ganas de verlo y de compartir el tiempo que tenían libre cuando la jornada laboral acababa, descubriendo lugares únicos en Miami, saliendo a cenar en restaurantes idílicos al aire libre y compartiendo sus camas; a veces Maca se queda en la de Bastian y otras veces era al contrario. A medida que transcurrían los días les costaba cada vez más salir de la casa del otro para acudir a la propia, era como si necesitasen estar todavía más tiempo con la otra persona, dormir abrazados o simplemente sentir que el otro se encontraba al lado...

El fin de semana llegó y, con él, una sorpresa que dejó a Maca con cara de boba y saltando por la emoción cuando se percató de que Bastian detenía su automóvil en el parking del famoso Walt Disney World Resort. Estuvieron todo el día disfrutando de las atracciones del parque, y Bastian disfrutó aún más si cabe al verla sonreír de aquella manera tan sincera y amplia, contagiándole el

espíritu divertido y alocado que lo hacía gozar como nunca de un lugar como aquél. Para culminar un fin de semana de ensueño, Maca se quedó a dormir en casa de Bastian, y éste, a la mañana siguiente, la sorprendió con un delicioso desayuno en la cama. ¿Qué más se podía pedir?

\* \* \*

—¿Lo tienes todo preparado? —preguntó Linda cuando pasó cerca de la mesa de Maca.

—Sí, y estoy atacada —soltó nerviosa.

—Seguro que la boda saldrá muy bien y os lo pasaréis todavía mejor —comentó su amiga con cariño—. Bastian se ha trabajado bien la excusa de su ausencia: reunión familiar —terció haciendo una mueca divertida.

—Nadie sospecha nada, ¿verdad? —susurró apagando el monitor del ordenador, ya era la hora de salir del trabajo.

—Anda, calla, con lo pasota que tú eres para estas cosas y ¿estás agobiada por lo que piensen? —soltó mientras negaba con la cabeza, recriminando esa conducta tan alejada de su manera de ser—. No te preocupes, nadie intuye que os estáis viendo. Disfruta mucho y envíanos alguna foto para ponernos locas de envidia —comentó Linda estrechándola afectuosamente entre sus brazos.

—Lo sé, lo sé... No sé ni por qué me preocupo por eso... Deben de ser los nervios, creo que mi amiga me los ha contagiado... —resopló angustiada—. ¡Parece que me vaya a casar yo! —exclamó haciendo una mueca de pánico.

—No te veo yo con un vestido blanco... —murmuró Linda en broma haciendo que su amiga sonriera.

—¡Ni yo tampoco! —exclamó avanzando hacia el ascensor, donde las esperaban Emily y Mason, que la abrazaron y le desearon un feliz viaje.

Salió corriendo hacia su casa para poder recoger la maleta y esperar a que Bastian pasase a por ella para ir juntos al aeropuerto. De camino, se dio cuenta —y al borde del síncope estuvo por ello— de que iba a presentar a sus amigos a Bastian y aún no tenía ni idea de cómo hacerlo: ¿amante?, ¿jefe cañón?, ¿amigo con mucho derecho a roce? Los nervios le estaban complicando bastante la ardua tarea de permanecer impasible en un día tan especial para Abril, pero por culpa de ésta debía dar un paso que aún no sabía si se encontraba preparada para dar, o

incluso si debía darlo, dadas las circunstancias de aquello que ambos tenían. Era cierto que se lo pasaba muy bien con él y que en la cama no podría encontrar a un mejor pretendiente, pero... ¿era preciso dar un paso tan formal cuando llevaban solamente dos semanas de no relación? ¿Y si a la vuelta su no relación se rompía? Y ¿por qué le importaba de repente tanto que aquello finalizase? Eran demasiadas preguntas sin respuestas y, ante toda aquella ansiedad que sentía, a la que para nada estaba acostumbrada, se sumaba el hecho de que iba a viajar con él, algo con lo que, según su amiga Almu, se podía verificar si la no relación podría seguir unas semanas más o acabaría como había empezado...

\* \* \*

No pudo dormir durante las ocho horas y media que duró el vuelo, pero aprovechó para observar cómo lo hacía Bastian, apoyado en su hombro, con una respiración tranquila que la relajaba. No sabía qué le ocurría, jamás se había sentido así de inquieta, así de insegura y tan susceptible, y aquello la estaba volviendo loca. Bajaron del avión en el aeropuerto de Madrid para subirse a otro que los llevaría a Valencia. Ya era de día cuando el aparato surcó el cielo azul de la capital de España. Una hora después, aterrizaron en el aeropuerto de Manises, se subieron a un taxi cuando recogieron las maletas y se dirigieron al apartamento de Maca.

—Me gusta —dijo Bastian cuando hubo visto todo el piso—. Esperaba encontrarme una cueva oscura con altares improvisados, y la verdad es que tienes una casa muy acogedora y bonita.

—Gracias, supongo... —terció ella sonriente al comprobar lo cómodo que se sentía éste en su casa.

No tuvieron tiempo para mucho más, guardaron la ropa en el armario y salieron hacia un restaurante de la zona, donde habían quedado para comer con los protagonistas de ese fin de semana. Caminaron uno pegado al otro mientras ella le explicaba los lugares por los que pasaban de camino a su cita: los maravillosos Jardines de Viveros, el antiguo cauce del río Turia y las casas señoriales que se encontraban a medida que avanzaban. Entraron en el restaurante y a Maca se le llenaron los ojos de lágrimas al ver, desde la distancia, cómo Abril le sonreía a Julen de una manera tan maravillosa que se le encogió el

corazón mientras observaba cómo jugaba con Zoe. La pequeña, en ese momento, levantó la cabeza y la vio. De un salto salió corriendo a su encuentro y, al llegar, la estrechó en un grandísimo abrazo. Maca reprimió las lágrimas y le llenó la cara de besos. Desde que nació se había convertido en su tía y la quería como tal.

—Pero ¡mírate! Estás preciosa, Zoe —dijo sin dejar de estrecharla contra sí, apreciando que en esos dos meses notaba un cambio sustancial en la niña: había crecido unos centímetros y se la veía mayor.

—¿Quién es éste? —preguntó la niña al ver al lado de Maca a Bastian, que observaba la escena con una fantástica sonrisa.

—Es Bastian —indicó con dulzura, irguiéndose mientras cogía del brazo al susodicho y lo acercaba a la niña—. Ella es Zoe.

—Hola, Zoe —saludó Bastian en un perfecto español con un marcado acento americano—; Maca me ha hablado muchísimo de ti.

—Pues a mí de ti no —comentó la niña entornando los ojos como si evaluase a ese desconocido. Aquella acción hizo que Maca se riera con ganas por la sinceridad y la espontaneidad de la pequeña, que en pocos meses cumpliría los ocho años.

—Y ¿cómo es posible eso? —soltó animado mientras miraba a Maca mostrándole una amplia sonrisa, divertido por las contestaciones de la niña—. Dime, Zoe, ¿te gustan las princesas Disney?

—¡Síííí! —exclamó ella abriendo los ojos de par en par al ver cómo Bastian le tendía una bolsa.

Zoe la cogió para darse luego la vuelta y mostrársela a su madre, que no quitaba ojo de la escena y, sobre todo, de ese hombre que había hecho a su amiga cambiar radicalmente de prototipo masculino.

—Zoe, ven a la mesa y ábrela aquí —dijo Abril levantándose de la silla y mostrando con un orgullo una barriga de seis meses de gestación que se intuía sin dificultad bajo aquel vestido rojo que tanto la favorecía.

—¡Abril, estás preciosa! —exclamó Maca dándole un cariñoso abrazo.

—Tú sí que estás guapa... Ya hablaremos, ya... —terció en voz baja mientras le guiñaba el ojo—. Me alegro de que hayas podido venir, Bastian —comentó mientras le daba un par de besos.

—Muchas gracias por invitarme a vuestra boda —replicó él con galantería mientras estrechaba la mano a Julen, que sonreía divertido al ver que su futura

mujer no le quitaba ojo al acompañante de Maca.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Julen invitándolos a sentarse a la mesa, donde una distraída Zoe contemplaba con alegría sus regalos procedentes de Disney: una muñeca de la última princesa de moda, un maletín para maquillarse y varios libros para leer y colorear.

—Agotador, pero con ganas de llegar —dijo Maca sin parar de sonreír—. Bueno, chicos... ¡Mañana es el gran día!

—Tía Maca y yo nos vamos a poner el mismo vestido —intervino de repente Zoe, haciendo que todos los adultos le prestasen atención.

—¿Ah, sí? —curioseó Bastian—. Vais a estar las dos guapísimas.

—Sí, eso es lo que dice mi mamá: que vamos a ser las más guapas de la boda, aunque yo creo que la más guapa será ella, porque va a ir vestida como una princesa.

—Seguro que seréis las tres chicas más guapas de Valencia —comentó Bastian con cariño a la niña, que lo observaba con curiosidad.

—El sábado te vendrás a casa para arreglarnos juntas, ¿verdad? —preguntó Abril.

—Claro, ¡eso no lo dudes! —exclamó Maca con entusiasmo.

—Entonces, el sábado Bastian y yo nos iremos lejos, muy lejos, de la zona cero —soltó Julen, haciéndolos reír.

Comieron entre risas, comentando todo lo harían al día siguiente. Al terminar de almorzar, Julen cogió un balón de baloncesto del coche para ir con Bastian y Zoe a una cancha cercana y poder jugar con la niña. Abril y Maca se sentaron en un banco próximo, observando a los dos hombres y a la pequeña jugar entre risas.

—Y ¿éste era el jefe tan sieso que tenías? —preguntó Abril sin más preámbulos.

—Antes creía que lo era, pero me he dado cuenta de que es todo lo contrario... —comentó con una sonrisa sin dejar de observar lo bien que se lo estaba pasando jugando al baloncesto—. Cada vez que descubro algo nuevo de él, me gusta más, y eso... —dijo intentando buscar la palabra adecuada para describir lo que sentía.

—Te asusta —indicó Abril con rotundidad, observando cómo Bastian cogía a su hija en brazos para que ésta metiese el balón a través del aro—. Maca, sé de

sobra que eres una mujer capaz de cruzar un mar helado y de subir la montaña más alta sin titubear, porque tienes una valentía que a muchas, incluida a mí, les gustaría tener. Sin embargo, creo que te da apuro reconocer que, por primera vez en tu vida, tienes miedo de algo. ¡Pero no pasa nada! Yo también lo tuve cuando me di cuenta de que amaba a Julen, y ni que decir cuando me presenté en Corfú para confesarle mis sentimientos hacia él. El miedo no es malo, lo que es malo es que te impida hacer las cosas que de verdad quieres.

—¿Tú piensas que lo que tengo es miedo? No lo sé, Abril... Lo único que pienso es que se cansará de mí más pronto que tarde, que esto es esporádico y..., ¡joder!, me da rabia que sea así —comentó Maca sin dejar de observar lo bien que se había adaptado éste a Julen y a Zoe. Se lo veía tan cómodo con ellos, tan él, que otra vez sintió cómo se le contraía el estómago cuando Bastian la miró y le guiñó un ojo risueño.

—Eso es lo que crees tú. He visto cómo te mira, Maca, y esa mirada no es sólo de atracción sexual... —señaló guiñándole un ojo.

—No quiero hacerme ilusiones, pero tampoco quiero dejar de vivir lo que ahora tengo, por tanto, así voy, dándome cuenta de que él me hace sentir distinta y, a la misma vez, cómoda para demostrar cómo soy en realidad. Sintiendo que con cada cosa que descubro nueva de él hace que me guste un poco más y, al mismo tiempo, autoconvenciéndome de que lo nuestro no puede llegar a ser más que una relación eventual...

—No pienses esas cosas, Maca. ¡Nunca se sabe! Si no, fíjate en nosotros —susurró señalando con la cabeza a Julen, que le explicaba a Zoe cómo debía hacer canasta.

—Pero nosotros no somos como tú y Julen. Lo vuestro fue idílico.

—¿Idílico? Creo que se te ha olvidado cómo fue nuestro principio —soltó negando con la cabeza divertida al recordar por todo lo que habían pasado para hallarse en aquel punto de su unión—. Mira, todas las relaciones tienen su contrapunto, el vuestro es posible que sean las diferencias que tenéis y que habéis basado vuestra relación en torno al sexo. Pero, si hay amor, todo se puede, amiga.

—Ése es el problema...

—¿Cuál?

—¡El amor! Ya te dije que ese sentimiento y yo no somos muy amigos y le

gusta bromear conmigo, tomarme el pelo y, en definitiva, troncharse a mi costa... Ahora me ha puesto a un cañonazo de hombre delante, tan distinto de todas las parejas que he tenido que a veces creo que me dio un tabardillo en el avión de camino a Miami para que pudiera dar este paso con él. Encima, además de lo que se ve, porque guapo es un rato y tiene un cuerpazo que me quita el sentido, todavía no entiendo qué narices hace conmigo: es simpático, inteligente y un encanto de hombre, y, para rematarme, tiene mano con los niños. ¡Mira cómo se lo está pasando con Zoe! —exclamó al oír las risas contagiosas de la niña, que miraba a los dos hombres con diversión—. Y yo que pensaba que iba a estar tímido en una esquina y me daría cuenta de lo equivocada que estaba al sucumbir al placer...

—A Zoe le ha caído bien, sabes que a ella se le nota cuando una persona no le gusta —informó Abril sin dejar de observarlos—. A mí también me gusta, Maca...

—¡Joder, normal! Y a mí —soltó haciendo que Abril sonriese.

—Y creo que a él también le gustas, y mucho...

—Calla, Abril, que me va a dar un patatús sólo de pensarlo. No, no y no, lo nuestro tiene fecha de caducidad y punto —terció con rotundidad, haciendo que Abril sonriese con cariño al intuir que intentaba convencerse de que no sentía nada por él.

Sin embargo, a ella no la engañaba: se había dado cuenta de cómo Maca lo miraba y cómo se comportaba delante de él, y eso jamás lo había experimentado con ningún otro hombre, ni siquiera con Ismael. Bastian era distinto y Maca lo sabía, aunque le costara reconocerlo.

\* \* \*

—A mis amigos les has caído muy bien —confesó Maca cuando entraron de nuevo en el piso de ésta.

—A mí ellos también. Son una pareja estupenda, y Zoe, un encanto de niña —comentó Bastian atrayéndola hacia él para darle un apasionado beso—. Pero ya tenía ganas de tenerte para mí solo —añadió repartiendo multitud de besos por su cuello y haciéndole cosquillas a su paso.

—¡Poco vas a tenerme hoy! —exclamó contorsionándose por las risas que le

daban las cosquillas—. He quedado a cenar en casa de mis padres. Si no voy hoy, no podré verlos hasta la próxima vez que vuelva a España, y no sé cuándo será...

—Oh, vaya, ya me había hecho yo ilusiones de quedarnos los dos solitos... —susurró acariciando su rostro con dulzura.

—Escúchame, Bastian, y te lo digo sinceramente, si no te apetece ir a casa de mis padres y prefieres quedarte aquí, lo entenderé perfectamente y no habrá ningún tipo de reproche por mi parte; es más, creo que será lo mejor —confesó con seriedad.

—Por supuesto que me apetece ir —repuso dándole un beso en los labios.

—Como quieras —dijo sonriente—. Me voy a dar una ducha y nos vamos.

—Creo que voy a aprovechar esa ducha para meterle mano, señorita Albert.

—Lo informo de que mi ducha no es como la suya, señor Miller, la mía es mucho más pequeña y más básica.

—Mejor, así no te me escaparás —comentó cogiéndola por la cintura y besándola con ardor.

\* \* \*

Una hora después, estaban subiendo en el ascensor del edificio donde vivían los padres de Maca. Bastian la miraba con cariño al verla tan radiante con un vestido de algodón de su color fetiche, el cabello todavía húmedo y los labios sonrosados por todos los besos que le había robado en la ducha, además de un maravilloso orgasmo que los hizo estar más relajados. Al salir, se encontró con los padres de ella, que se hallaban en la puerta esperándolos. La madre de Maca era menuda y risueña, con el cabello rojo y unos grandes pendientes de aro colgando de sus orejas. Vestida con un vaquero desgastado y una camisa floreada, era la viva imagen de los años setenta. Su padre era mucho más alto que ella, de aspecto fuerte y bondadoso, vestía una amplia camisa de cuadros estilo leñador y unos pantalones anchos. Los dos miraban con ternura a su única hija, que se abrazó a ellos enseguida.

—Y ¿éste quién es? —soltó su padre mirándolo con visible curiosidad.

—Un amigo, papá —dijo Maca sonriente—. Os presento a Bastian Miller, ellos son Mari Paz y Pedro.



—Encantado de conocerlos —saludó Bastian tendiéndoles la mano, que ellos estrecharon sin perder de vista a ese hombre que acompañaba a su hija.

—¿Eres americano? —inquirió Pedro.

—Sí, soy de Miami.

—Anda, ¿ya te has olvidado de Ismael, hija? No pierdes el tiempo, nena — soltó Mari Paz mientras los hacía entrar en la casa.

—Deja a la niña, que es joven y tiene que cometer muchos errores en la vida —replicó Pedro cogiéndola por los hombros con afecto.

—Si yo lo veo muy bien que lo haya olvidado. A mí Ismael no me gustaba para ti, era demasiado seco y tímido, además de esa manía tan tuya de elegirlos tan delgados y desgarrados... —indicó Mari Paz.

—Mamá, Ismael forma parte de mi pasado, y no hace falta sacar a relucir el tema cada vez que vengo a casa —terció Maca levantando los ojos al techo con resignación.

—Ya, ya... Bueno, Bastian, espero que la hagas disfrutar como es debido. Nuestra hija es muy fogosa, y ya sabía yo que Ismael no estaría a su altura — anunció su madre como si nada mientras se aseguraba de que todos se sentaban alrededor de la mesa para cenar.

—Mamá, creo que no es momento de hablar de mi vida sexual... —terció Maca observando que Bastian palidecía por el exceso de sinceridad por parte de su madre, algo a lo que ella estaba más que acostumbrada.

—Mira, hija, el sexo es salud, y hay que hablar de él con naturalidad y no con opresión, si no, jamás lo disfrutarás de verdad —concluyó Mari Paz acercándose a Bastian y mirándolo a los ojos—. Eres demasiado guapo para que mi hija se fije en ti... ¿Eres gay?

—No, soy heterosexual —contestó Bastian sorprendido.

—No lo entiendo... ¿Te acuestas con él? —soltó sin dejar de mirar a Bastian, que se encontraba sin palabras—. Claro que sí, por cómo te mira debe de haber sexo, y del bueno... Pues, chico, me alegra ver que mi hija ha cambiado de gustos... Así también me podré alegrar yo la vista, porque, hijo mío, eres guapo guapo...

—Ehm... gracias —dijo Bastian con una tímida sonrisa.

—Anda, Mari, deja al amigo de nuestra hija en paz —terció Pedro con tranquilidad—. Bueno, cariño, ¿qué tal por Miami?

—Muy bien, papá. Me encanta mi puesto de trabajo y estoy aprendiendo muchísimo.

—¿Dónde trabajas, Bastian? —preguntó Mari Paz desenvuelta mientras ponía una enorme fuente de verduras asadas en el centro de la mesa.

—Soy el jefe de Maca —contestó observando cómo aquella información sorprendía a los padres de ella y, por tanto, confirmando que ellos no sabían de su existencia, algo que lo hizo sentirse raro.

—¿Te follas a tu jefe? —soltó Mari Paz de repente—. Joder, niña, eso es llegar y besar el santo.

—Mamá, por favor. ¡No estamos solos! —la riñó Maca abochornada de que su madre no supiera callarse según qué cosas, sobre todo delante de Bastian, que se encontraba estupefacto por la extraña velada.

—Bueno, cariño, tu madre simplemente se preocupa por tu bienestar y por cómo lleváis el difícil tema de compaginar el deber con el placer. Espero que estéis utilizando preservativo, no queremos ningún embarazo no deseado, ¿verdad? —terció Pedro.

Maca levantó la mirada al techo de nuevo y reprimió un grito de frustración: ¿por qué había tenido que ir a casa de sus padres con él? Lo miró de reojo y lo vio sonriente, aparentemente relajado, aunque sus padres estuviesen hablando de las relaciones sexuales de ambos y del tipo de protección que debían utilizar para cada caso, parecía que a él no le importaba, ¿o estaba disimulando?

## Capítulo 26

—Ya me ha dicho Abril que has conocido a los padres de Maca —dijo Julen dejando sobre la mesita de centro, situada frente a los sofás de su casa, un par de cervezas.

—Sí...

—Son pintorescos, ¿verdad? La primera vez que los vi me dejaron sin habla. Son intensos y tan sinceros que aturden.

—Buf, ya te digo... Lógico que Maca me dijera que eran muy hippies... —resopló Bastian al recordar la noche anterior.

Aún sentía un cierto desasosiego después de haber conocido a los padres de Maca. Era cierto que no tenían nada que ver con su hija, ella era más comedida en comparación, pero lo vivido había sido tan extraño y violento que no sabía qué hacer y mucho menos qué pensar. Después de una cena vegetariana espolvoreada con conversaciones atípicas para unos padres que acaban de conocer a un amigo de su hija, se marcharon en silencio hasta el piso de Maca. Ésta, al llegar a la casa, intentó saber qué le habían parecido sus progenitores, pero ¿cómo podía decirle que se había sentido protagonista de una película dirigida conjuntamente por Tim Burton y Pedro Almodóvar? Por tanto, Bastian prefirió ignorar discretamente la pregunta e ir directamente a la cama, alegando estar muy cansado, aunque la verdad fuese otra. Maca se quedó enseguida durmiendo a su lado, mientras él observaba el techo. No sabía si su falta de sueño era por el temido *jet lag* o por haberse cerciorado de una manera bastante surrealista, de que ella, y todo lo que la rodeaba, era tan distinta de lo que estaba acostumbrado. Se despertó después de una noche toledana con los dulces labios de Maca recorriéndole el cuerpo y, después de un maravilloso encuentro sexual

matutino, el cual ayudó bastante a disipar la desazón de la noche anterior, ella lo dejó en casa de Julen y Abril y se marchó a casa del padre de la novia para comenzar con los preparativos de la boda.

—Decir que son hippies es quedarse corto —rio Julen—. No te agobies por ellos, Maca no es así, te lo puedo asegurar.

—Ya... —susurró mientras cogía el botellín de cerveza y le daba un trago.

—No sé si te lo habrá contado, pero ella me ayudó muchísimo a conquistar el corazón de Abril... —informó. Bastian negó con la cabeza al no saber cómo se había conocido el futuro matrimonio—. Aunque la veas una tipa dura, es sólo fachada. Es cierto que lo primero que te impacta de ella es esa rotundidad que asombra, esa manera de vestir tan peculiar y esa forma de hablar tan sincera y distinta, pero puedo asegurarte que tiene un corazón enorme. Con su valentía y su manera de ver la vida, ha sabido cómo cuidar de Abril durante muchísimos años y quiere a Zoe como si formara parte de su familia. Creo que, sin ella, mi futura mujer no habría hallado su camino, ni tampoco nos habríamos conocido. En cierta medida, si lo pienso bien, sin ella no habría conocido al amor de mi vida.

—Maca tiene algo que es especial, algo que hace que quiera conocerla más... —comentó Bastian con una fugaz sonrisa.

—Sí... Y los hombres con los que ha estado no se han percatado de que ella no es sólo lo que se ve. Eso te hace distinto... Tengo que comentarte, ahora que las mujeres no nos oyen, que Abril piensa que puedes ser el definitivo, el que haga que Maca crea en el amor.

—Julen, ella y yo sólo somos amigos... —aseveró.

—¡Eso decimos todos! —terció sonriente, sabedor de lo que costaba asimilar que uno estaba enamorado—. Conócela de verdad y no te asustes por lo que la rodea. Ella es mucho más que un estereotipo, te lo puedo asegurar —comentó con sinceridad.

Bastian sonrió mientras le daba otro trago a la cerveza. Descubrir cómo eran sus padres le había afectado más de lo que creía en un principio, y aunque Julen intentaba apaciguarlo hablándole de cómo era de verdad Maca, había algo que no lo hacía encontrarse igual de cómodo.

\* \* \*

El *flash* iluminó a Abril, que posaba radiante con un precioso vestido de novia que se ceñía con elegancia sobre el pecho, en un escote palabra de honor, y caía con gracia hasta sus pies en un juego de ondas de vaporoso tul que la convertía en la novia más bella que Maca jamás había visto. Llevaba el cabello suelto, trabajado durante horas por las manos profesionales de Almu, que había perfeccionado y definido sus anchos rizos para darle un aspecto desenfadado pero a la vez romántico y, para rematar aquel peinado natural, llevaba sobre la cabeza una diadema de perlas. Intentó que sus lágrimas no delataran cómo se encontraba de emocionada aquel día, sonriendo sin parar y ocultando su mirada tras la cámara fotográfica.

—Zoe, ponte al lado de mamá —indicó Maca.

La pequeña estaba radiante, con un precioso vestido de color plateado, con falda de campana en la que sobresalía tul vaporoso, que la niña no paraba de mover y hacer girar para oír el ruidito que hacía la tela al moverse. El cabello también lo llevaba suelto, como su madre, y en su cabeza portaba también una diadema, pero en vez de perlas nacaradas, eran florecitas plateadas que la hacían todavía más adorable.

—¡Estáis preciosas! —exclamó Maca inmortalizando el momento.

—Queremos una foto contigo, Maca. Déjale la cámara a Almu y que nos la haga ella —informó Abril.

Maca le tendió la cámara a Almu, que también se encontraba en casa del padre de Abril desde esa misma mañana, arreglando a las mujeres y poniéndose al día de las últimas novedades.

—Una sonrisa —soltó Almu antes de apretar el botón de la cámara e inmortalizar la imagen de las dos amigas abrazadas y en medio una sonriente Zoe posando con soltura.

El *flash* las cegó momentáneamente y Maca fue a por su cámara para comprobar cómo había salido la fotografía. Sonrió al verla y tuvo que reprimir, una vez más, las lágrimas por ver tan feliz a su mejor amiga.

—Venga, chicas, ¡que tenemos que salir ya! —oyeron que decía la voz del padre de Abril, que se encontraba esperando en el salón y al que ya había fotografiado con la novia y la hija de ésta.

—Voy a terminar de recoger las cosas y voy saliendo ya, chicas, que me está

esperando mi chorvito —dijo Almu con alegría, haciendo contonear su trasero embutido en un ceñido vestido rojo.

—¡Ya estoy deseando conocer a tu chico, Almu! —anunció Maca.

—Y yo de que me presentes a tu jefe cañón —comentó mientras le guiñaba el ojo y desaparecía por el pasillo.

—Maca, espera un segundo —dijo Abril observando cómo su hija también salía del que había sido su dormitorio cuando vivía en casa de su padre.

—Dime —dijo Maca dando un paso hacia donde estaba ella.

—Quería decirte algo, porque sé que cuando salga por esa puerta me absorberán los acontecimientos de la boda y no podré hablar contigo a solas... —susurró mientras la cogía de la mano—. Maca, sólo quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí durante tantos años. No sabes la suerte que tuve de conocerte en la cantina de la universidad, de tenerte a mi lado cuando me quedé embarazada de Zoe, de tener tu apoyo durante todos estos años que he estado sola con mi niña y en los cuales me ha tocado lidiar con su innombrable padre; de que fueras tú la culpable de que me arriesgara a perseguir el sueño de tener mi propia empresa de organización de bodas y de ser la persona que animó a Julen a que consiguiera que me sincerara con él... Te debo tanto, amiga, que no tengo palabras suficientes para expresarte lo que significa tenerte en mi vida. No eres sólo mi mejor amiga, eres mi hermana, mi familia, la persona que me ha ayudado a ser como soy, la que siempre ha estado a mi lado, en lo bueno y, sobre todo, en lo malo; para escuchar mis problemas, para darme ánimos para perseguir mis sueños, para apoyarme y levantarme cuando no salían las cosas como las deseaba. Eres una gran persona, Maca, y espero, de todo corazón, que un hombre, tal vez sea Bastian o tal vez otro, vea cómo eres en realidad y se enamore tan perdidamente de ti como tú de él, para así poder ser testigo de tu felicidad, de compartirla contigo, porque, amiga mía, te la mereces por ser tan buena como eres.

—Joder, rubia, ¡que me vas a hacer llorar y voy a tener churretes en los ojos! —exclamó Maca visiblemente emocionada.

—Anda, tonta, ven y dame un abrazo —dijo mientras la estrechaba con cariño contra sí—. Gracias por ser mi amiga, gracias por ser tan auténtica.

—Abril, ¡joder! —dijo sintiendo como se deslizaba una lágrima por su rostro—. Hala, ya la hemos liado. Cuando me vea Almu con el churrete negro por la

mejilla, me va a dar dos *quantás* por destrozar su obra maestra —terció intentando secársela con cuidado—. Gracias a ti por todos estos años, amiga. Sabes que te quiero un montonazo y soy tremendamente feliz de ver que al final has superado tu pasado y que volarás muy alto de la mano de Julen.

—Al final Almu nos pega a las dos por destrozar su trabajo de ponernos monas, monísimas —murmuró Abril, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a desbordarse de los ojos.

—Vamos a dejarnos de sentimentalismos, que a este paso no va a hacer falta ir en coche hasta el restaurante: con una barca y nuestras lágrimas, llegamos antes que el novio —comentó mientras la cogía del brazo y salían juntas.

\* \* \*

El lugar elegido para el enlace era idílico. Se encontraban en mitad de la Albufera, en un restaurante típico valenciano, con una grandiosa barraca como edificio central. El jardín se hallaba pegado a la espectacular Albufera y estaba perfectamente acondicionado para el enlace: multitud de sillas blancas adornadas con un majestuoso lazo verde miraban a un altar tallado en madera y pintado en blanco, en el cual había colocado el mismo adorno que en las sillas. Éste se encontraba justo delante de aquellas tranquilas aguas y aquel cáñamo que surgía de manera natural en sus orillas. Julen aguardaba nervioso delante de todos los invitados, con una sonrisa, esperando a que la novia llegase de un momento a otro. Se ajustó la corbata verde que resaltaba contra el elegante traje gris marengo; la sonrisa no abandonaba el rostro del novio, que ansiaba ver a la mujer que le había robado el corazón. Mientras tanto, Bastian admiraba aquel lugar fascinado por su belleza y su singularidad, percatándose de la disparidad de invitados que había en el enlace: famosos personajes se codeaban con personas con estilos diversos. Al poco oyó revuelo procedente de los invitados y se giró para ver qué ocurría. Lo que vio lo dejó con la boca abierta. Una barca surcaba las apacibles aguas y detenía el motor a pocos pasos del embarcadero. El barquero, de pie sobre la embarcación, comenzó a moverla con un largo palo que clavaba en el fondo de las poco profundas aguas de aquel idílico enclave. Detrás de él se encontraba una sonriente Abril, que miraba con ojos de enamorada al novio; junto a ella estaba su padre, que no cabía en sí de felicidad, cogiéndola de

la mano y no dejando de hablarle con cariño. Justo al lado, saludando con efusividad, se hallaba Zoe, que iba radiante y, a su lado, cogida de la mano de la pequeña para evitar una caída de la niña, se encontraba Maca... Bastian tuvo que tragar varias veces saliva porque no sabía cómo describir lo que sintió al verla. Iba tan deslumbrante, tan distinta de como siempre iba, que incluso tuvo que mirarla varias veces para asegurarse de que era ella y no otra persona. Llevaba el cabello recogido y varios mechones le acariciaban el rostro perfectamente maquillado, sus jugosos labios estaban maravillosamente definidos con un carmín rojo que los hacían todavía más apetitosos. Su cuerpo, lo poco que pudo ver desde la distancia, iba enfundado en un maravilloso vestido plateado que acentuaba con sutileza y seducción su escote. La barca se detuvo cerca del altar y Julen fue en busca de la novia. Primero bajó el padre, y entre los dos ayudaron a la novia a salir airoso de la pequeña embarcación. Acto seguido, ésta comenzó a saludar con entusiasmo a los presentes con la mano y Julen volvió debajo del arco donde se uniría con esa mujer tan maravillosa. Esperaron a que las dos damas de honor —Maca y Zoe— saliesen también para poder acercarse al altar al ritmo de la delicada música que interpretaba de manera exquisita una banda de músicos contratados para la ocasión. Bastian se acercó con paso seguro hasta donde se hallaba Maca, que le entregaba con cariño una cesta de mimbre a Zoe para que ésta esparciera delante de Abril pétalos de distintas flores. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no coger a Maca y besarla con ardor, cuando observó cómo caía aquel espectacular vestido, ceñido por arriba pero ligero hasta llegar al suelo, que la hacía ser la mujer más preciosa y deslumbrante del lugar. Ella, cuando comprobó que Zoe caminaba con soltura hasta el altar, le guiñó un ojo con gracia y aceptó el brazo que él le tendía para caminar juntos detrás de la preciosa novia y de su padre, que andaban con tranquilidad por el césped mientras saludaban a su paso a todos los presentes.

—Estás para comerte —susurró Bastian a Maca.

—Ya sabía yo que me confundirías con un bombón con ese vestido tan plateado —comentó ella en voz baja, haciendo que él negase con la cabeza divertido por sus recurrentes contestaciones.

Maca cogió de la mano a Zoe y la sentó entre su abuelo y ella. Al lado del padre de Abril se encontraba la madre de ella, que admiraba la escena con una amplia sonrisa, feliz de compartir ese gran día con su hija. Bastian comprobó la



emoción que embargaba a Maca al observar cómo su amiga cogía de las manos a su futuro marido y sonrió con ternura. Como le había dicho Julen, Maca tenía apariencia de tipa dura, pero no era de acero...

—Estás todavía más guapa cuando te emocionas —susurró Bastian en su oído.

—Calla, no me digas nada, que estoy concentrándome para no abrir el grifo y estropear mi cara y este caro vestido —repuso intentando reprimir el llanto. Él sonrió mientras entrelazaba sus dedos con los de ella.

Al sentir su contacto, Maca lo miró a la cara y le sonrió de una manera que a Bastian lo hizo estremecerse de la cabeza a los pies, sintiendo un escalofrío que le recorrió todas las terminaciones nerviosas, dejando su piel mucho más sensitiva y percibiendo la suavidad y la calidez de la mano de ella sobre la suya. Maca se giró para hablar con la pequeña Zoe y él se quedó pensativo al no saber las razones por las que se había erizado por completo. Pero ¿qué había sido eso?

El juez comenzó su perorata hablando de los novios, de todo lo que habían luchado para encontrarse en aquel momento, del amor, de la vida y, sobre todo, de aquella pareja que se iba a dar el «sí, quiero», delante de todos los presentes. Después le cedió la palabra a Julen, para sorpresa de Abril, que lo miraba extrañada ante aquel cambio de planes.

—Mi dulce Abril, sé que esto no te lo esperabas, pero quería darte una sorpresa hablando delante de toda nuestra gente y que supieran lo feliz que soy contigo —comenzó a decir Julen mientras le sostenía ambas manos sin dejar de mirarla a los ojos—. Eres la mujer más risueña y fuerte que he conocido en la vida, la persona que hizo que saliese de aquel bucle de mentira y autocompasión, la chica que me enamoró por cómo era y por cómo me hacía sentir cuando la tenía cerca. Te amo tanto, Abril, que sólo deseo pasar el resto de mi existencia demostrándote lo enamorado que estoy de ti. Te quiero a ti, a nuestra princesa Zoe —dijo buscando a la niña con la mirada y guiñándole un ojo, a lo que ella respondió con una amplia sonrisa—, y al niño que crece en tu interior. Gracias por hacerme ver que el amor puede ser maravilloso e inmenso. Gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo cada vez que abro los ojos y te veo a mi lado. Gracias por querer volar conmigo muy alto. Te amo y te amaré para siempre.

—Uf... —resopló Abril con emoción, sintiendo cómo una lágrima surcaba

velozmente su rostro—. ¿Ahora qué se supone que debo decir? Y a vosotras, ¡ya os pillaré yo..., hacer esto a mis espaldas! —soltó mirando a sus empleadas, las cuales estaban asegurándose de que todo saliera como ella había planeado mientras la reprimenda hacía que todos los presentes riesen, incluidas ellas—. Mi amado y asombroso Julen, jamás pensé que un beso a la luz de la luna de Corfú fuera el desencadenante de todo esto, y ahora te agradezco que te inventarás mil excusas para dármele —susurró reprimiendo una sonrisa de diversión al recordar aquel momento—. Porque, si no nos hubiéramos besado aquella noche, no podría haber descubierto lo maravilloso que es el amor sincero, el de verdad, el que nos hace estar en paz con nosotros mismos, el que nos saca una sonrisa incluso en el peor de los momentos, el que hace que el tiempo pase deprisa pero intensamente porque tú estás a mi lado. Te amo, Julen. Jamás podría haber encontrado a un mejor hombre, a un mejor marido, a un mejor amigo y a un mejor padre. Eres mi mitad y, juntos, sé que podremos conseguir todo lo que nos propongamos —comentó con gran emoción y sin dejar de observar los ojos de su amado.

—Vamos a pasar a la recta final del enlace —indicó el juez con cariño al observar a esa pareja tan emocionada y enamorada. Zoe se levantó y llevó los anillos a los novios—. Julen Blanch, ¿quieres unirme en matrimonio con Abril Pérez?

—Por supuesto que sí quiero —dijo él deslizando el anillo por el dedo de ella.

—Abril Pérez, ¿quieres unirme en matrimonio con Julen Blanch?

—Sí, sí y mil veces sí —anunció con alegría mientras le colocaba el anillo a Julen.

—Por el poder que me han otorgado, os declaro marido y mujer. Venga, que lo estáis deseando: podéis besaros —concluyó el juez haciendo sonreír a los novios.

Bajo el cielo anaranjado de un atardecer valenciano en un mes de junio, y rodeados de todos sus seres queridos, la pareja se fundió en un romántico beso que hizo que los invitados al enlace aplaudiesen emocionados al ver que el amor había triunfado.

Después de las felicitaciones y de las fotos en grupo delante del arco y del precioso contraste de luces sobre la maravillosa Albufera, los novios se fueron

con el fotógrafo de la empresa de Abril —ya que ésta prefirió que Maca disfrutara del enlace y no tenerla de arriba abajo fotografiándolos— para realizar el reportaje del enlace, mientras los invitados pasaban al lado, donde estaba dispuesta una carpa con multitud de mesas con los mismos colores que habían predominado en la boda a esperar a que terminaran el reportaje mientras se tomaban una copa de vino y unos canapés.

—Maca, tengo curiosidad por saber una cosa, a ver si me la puedes responder: ¿por qué hay tantos famosos en la boda de tu amiga? —preguntó al final Bastian al ver a dos actores de renombre tomarse a escasos pasos de ellos una copa, además de varios grupos de gente importante que conocía de oídas a través de su revista y de la televisión.

—¿No te lo dije? —preguntó ella extrañada—. Julen es un famoso director de cine, y ¿ves dónde está Zoe? —Bastian asintió siguiendo la dirección de su mirada—. El hombre que está al lado es Richard Wirlan, productor cinematográfico, y su mujer, Carola, es la hermana de Julen —dijo sin dejar de observar a los susodichos y a su pequeña hija Ania, que ya caminaba con soltura mientras Zoe jugaba con ella bajo la atenta mirada de sus padres.

—*Shit!* Es verdad —comentó asombrado mientras observaba a toda esa gente famosa—. ¿Y ellos son...? —preguntó señalando con la cabeza a Pablo y Elisa, la cual se encontraba luciendo su primer embarazo con aquel vestido ceñido rosa palo.

—Sí, es la princesa de Luxemburgo y su marido. Pablo es un buen amigo de Julen y, gracias a que organizamos su boda, Abril conoció a su ahora marido —explicó Maca como si fuera lo más normal del mundo—. Ven, te voy a presentar a Almu y a mis amigos —dijo con alegría cogiéndolo de la mano y llevándolo hasta un grupo variopinto de personas.

Bastian tragó saliva al acercarse a esa gente más afín al lado oscuro de Maca que al que acababa de descubrir hacía unos instantes, donde era todo glamur y personajes importantes de la cinematografía mundial y la aristocracia.

—Vaya, vaya, con el jefe cañón de Maca... —soltó Almu después de las debidas presentaciones sin dejar de mirarlo de arriba abajo—. Espero que te portes bien con ella, si no, me tocará partírte la cara.

—No hagas caso a Almu, es una exagerada —dijo Maca restándole importancia.

Bastian se quedó callado la mayoría del tiempo en el que estuvo con los amigos de Maca, sólo hablaba cuando le preguntaban directamente, mientras evaluaba a esa gente tan extraña: las mujeres iban vestidas de una manera exagerada para ser una boda, vestidos de telas vistosas y relucientes, tallas menores para cuerpos voluptuosos y tacones de vértigo o simplemente inexistentes, y los hombres iban demasiado informales para una boda, con vaqueros y camisas de estampados de gusto dudoso, incluso uno de ellos vestía todo de negro, a excepción de unas deportivas rojas que llamaban la atención más que su barba descuidada y su melena larga. En cambio, a Maca se la veía desenvuelta en aquel círculo extraño, feliz de hablar con esas personas que consideraba sus amigos, riéndose a carcajadas por cualquier barbaridad que soltaba su amiga Almu, una mujer demasiado exagerada para el gusto de Bastian, que no entendía cómo aquel hombre que la acompañaba la miraba con tanta dulzura, como si fuera lo más maravilloso del mundo entero. Resopló pensando que el amor deja a los hombres ciegos y aletargados, menos mal que él no había sucumbido a aquel sentimiento y podía ver la realidad de Maca...

Oír cómo la encargada de organizar la boda de Abril los hacía pasar a que tomaran asiento en las mesas fue un alivio para Bastian, ya que se encontraba incómodo ante aquellas personas que nada tenían que ver con él. Poco le faltó para ir en busca de Abril y de Julen para darles las gracias por no sentarlos a la misma mesa que los amigos de Maca y poder disfrutar así de la cena rodeado de la madre de Abril —que para su sorpresa no estaba sentada en la mesa nupcial—, de los padres de Julen —unos señores muy estirados en comparación con su hijo—, la pequeña Ania y la pequeña Zoe, que le sacaba más de una sonrisa.

Justo antes de los postres y de la tarta, Abril se levantó de la mesa donde se encontraban los novios sentados con los padrinos —el padre de Abril y la hermana de Julen con su marido—, y se dirigió con una sonrisa juguetona, ante la mirada de todos, hacia donde ellos estaban sentados.

—Maca —dijo dándole la mano para que ella se levantara y todos pudiesen ver la razón de aquel acercamiento en mitad del convite—, sabes que te quiero muchísimo y que para mí eres la hermana que siempre he deseado tener. Por eso quiero entregarte mi ramo de flores, espero que te dé mucha suerte y, ya sabes..., dicen que de una boda sale otra boda —soltó haciendo que ella la mirase emocionada mientras cogía el ramo y todos los presentes aplaudían con

efusividad ante aquella muestra de cariño por parte de ambas.

—Yo también te quiero, petarda —sollozó Maca entre los brazos de su amiga.

Bastian se quedó petrificado: ¿una boda? ¿Casarse? Oh, oh...

## Capítulo 27

Maca lo miró por enésima vez en aquel día. Lo notaba más callado de lo normal, más serio, y no sabía si ocultaba algo tras sus reiterados «No me pasa nada». Después del precioso enlace, de bailar toda la noche disfrutando como una niña, de seguir sintiendo aquel cosquilleo que la recorría por completo cuando él la miraba o la cogía por la cintura —al cual no sabría cómo llamar, ya que jamás había experimentado algo similar—, de hacer el amor de una manera salvaje y primitiva, justo en la entrada de su casa, sin darle tiempo a desprenderse del precioso vestido que Abril había elegido para ella y notando cómo Bastian la penetraba con fuerza y necesidad, de pie contra la pared, sintió que él no estaba como siempre. Fue como una señal de alerta ver su mirada que la rehuía después del sexo, sentir cómo se quedó durmiendo al lado pero sin ni siquiera abrazarla, darse cuenta de que evitaba hablar de ciertos temas con ella... Lo peor de todo era que no sabía las razones para aquel cambio de actitud, ya que para ella ese fin de semana había significado más de lo que se había imaginado en un principio. Le encantó disfrutar de la compañía de Bastian, recorrer las calles del casco antiguo de Valencia y las zonas de mayor interés turístico —la falta de tiempo la hizo reducir el número de lugares que visitar—, observar como él se asombraba por el maravilloso paisaje de su tierra, de sus costumbres y de su gastronomía. Además, se sintió a gusto presentándosele a todos sus seres queridos, y éstos se quedaron prendados de él, de sus modales y de su simpatía, y aquello, aunque le costó aceptarlo, hizo que le gustara un poco más si cabe.

A la mañana siguiente de la boda, recogieron sus cosas y se marcharon rumbo a Miami. El viaje era agotador, era consciente de ello, pero no sabía si eran cosas suyas o si de verdad a él le ocurría algo más que sus repetitivos

«Nada», cuando ella le preguntaba si le sucedía algo.

—Creo que lo mejor será que, esta noche, cada uno descanse en su casa, si no, mañana estaremos agotados para rendir en la revista —indicó Bastian con seriedad mientras conducía su coche por las calles de Miami para acercarla a su casa.

—Claro —susurró Maca intentando convencerse de que lo que le ocurría era que estaba cansado por el largo viaje y el intenso fin de semana que habían vivido.

\* \* \*

Maca se metió directamente en la ducha cuando llegó a su pequeño estudio, pensando en la fría despedida de Bastian, en cómo los labios de él casi ni siquiera rozaron los suyos... Cerró los ojos recordando lo vivido en aquel fin de semana tan especial para ella, notando cómo aquel cosquilleo se hacía cada vez mayor, abarcándolo todo, y pensó seriamente en ir al médico: aquello estaba empezando a asustarla. ¿Y si había cogido un virus extraño y desconocido?

\* \* \*

Abrió los ojos y se sintió más lúcido. Haber dormido durante tantas horas seguidas le había venido bien y, por eso, sin más dilación, se preparó para ir a la oficina pensando que, a lo mejor, lo que le había ocurrido era debido al cansancio de aquel viaje tan largo, por lo que intentó no prestar atención a aquel desasosiego que había aparecido en aquella escapada a España y que no se había disipado del todo con las horas de sueño...

El trabajo retrasado lo absorbió por completo, dándole una pequeña tregua ante aquel caos que residía en su mente, donde la protagonista era esa mujer que lo contrariaba como nunca nadie lo había hecho. De repente, como si le hubiese leído la mente, un correo electrónico apareció en su pantalla. La miró de reojo, se encontraba delante de su ordenador, trabajando...

De: Macarena Albert  
Para: Sr. Miller

¿Has podido descansar algo esta noche?

Maca, fotógrafa profesional con ganas de estar a solas con su jefe

P.D.: ¿Nos tomamos unas cervezas después de trabajar para celebrar que es lunes?

Bastian resopló mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para que ella no sospechara que se sentía en medio de un galimatías tremendo y que necesitaba ver las cosas con cierta distancia para saber de verdad cómo se sentía después de haber descubierto tantísimas cosas de ella, y no todas muy buenas, la verdad.

De: Sr. Miller  
Para: Macarena Albert

Sí, he podido descansar. Espero que tú también lo hayas hecho. Sobre quedar estar tarde, no va a poder ser, quiero ir a ver a mi madre, hace semanas que no he ido a su casa...  
Otro día quedamos.

Bastian Miller, director y propietario de *Miami Life Magazine*

Maca no le contestó y él prefirió aquel silencio por su parte; no le apetecía argumentar ninguna cuestión en aquel momento, ya que no sabía cómo hacerlo y no quería cometer ningún error basado en aquel extraño fin de semana.

Al finalizar la jornada laboral, la vio salir de la oficina sin mirar hacia donde él estaba, cerró los ojos sintiéndose estúpido y un cabrón redomado por hacerle lo que le estaba haciendo, pero necesitaba poner en orden sus ideas antes de volver a verla a solas...

—¿Sí? —contestó su hermano al teléfono con voz pastosa.

—¿Te he despertado? —preguntó Bastian observando la tranquila y solitaria oficina, donde ya no había nadie trabajando.

—Joder, Bastian... ¡Aquí son once horas más! —bostezó Mike mientras se estiraba en la cama—. Son las cinco y media de la mañana —dijo observando en el reloj de pulsera la hora—. Cojonudo, hermanito, voy a ser quien ponga las calles en Vietnam...

—Anda, no te quejes tanto... Piensa que así podrás fotografiar el precioso amanecer de aquel país.



—Mira, no intentes arreglarlo, ¿eh? —susurró restregándose los ojos—. Dime, ¿qué tal la boda de la amiga de Maca? —preguntó imaginándose el motivo de su inesperada llamada.

—La boda, en sí, estuvo genial y me sorprendió muchísimo que su amiga no tuviera nada que ver con ella. Vamos, imagínate que yo ya estaba preparado para ver a un clon de Maca: ropa oscura, cabello negro y humor especial. Incluso me imaginé una boda alternativa, donde la novia fuera con un vestido de colores y se hiciera en un lugar lúgubre, pero, en cambio, fue muy bonita. Abril es como una princesita azucarada, supersimpática y educada, y su ahora marido es ni más ni menos que el famoso director Julien Blanch...

—Qué calladito se lo tenía Maca, ¿no? —soltó Mike asombrado por aquella revelación.

—Ya te digo... Si hubieras visto mi cara cuando comencé a reconocer a los invitados del enlace... Mike, eran personajes famosos y, allí, en medio de tantísimos actores y actrices de renombre internacional, danzaba con alegría Maca, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Bueno, a lo mejor para ella lo es...

—Yo que me pensaba que iba a hablar con esa gente a la que admiro e iba a aprovechar esa boda para ganar alguna que otra portada en la que aparecieran esos artistas, y va Maca y me presenta a su grupo de amigachos, que a cuál más extraño...

—¡Qué exagerado! Seguro que sería para menos... —comentó Mike entre risas.

—No exagero... Era el grupo más dispar que jamás he visto, cada uno más estrambótico y opuesto al anterior. Es que no entiendo qué hace Maca con ellos porque ella no es tan extremista... —susurró negando con la cabeza al recordar la imagen vivida—. Buf..., y espera, que ahora viene lo mejor.

—Ya estás tardando en contármelo —dijo Michael con curiosidad, totalmente despejado y disfrutando divertido de todo lo que había vivido su hermano en España.

—He conocido a sus padres.

—Uuuuuyyyy... —silbó, haciendo que Bastian negase con la cabeza con resignación al oír la respuesta de Michael—. ¡Esto va ya muy en serio, hermano! ¿Me va a tocar llamarla ya cuñada o aún no estamos en ese punto?

—¡No digas tonterías! —soltó molesto—. Mike, sus padres son... caóticos, y tan extraños que me quedé sin habla intentando que no se notase lo incómodo que me encontraba en su casa.

—¿Qué me dices? ¡Madre mía! Maca es toda una caja de sorpresas —rio divertido, al imaginarse a su hermano lidiando con gente tan distinta de él.

—No sé, Mike... —resopló contrariado.

—¿Qué no sabes?

—¡Pues qué narices hago con ella! Todo lo que la rodea es extravagante y no sé qué hago con alguien tan distinto de mí...

—Pero, vamos a ver, Bastian —comenzó a decir con seriedad, dejando de lado lo divertido que pudiera ser imaginarse a su hermano en una situación como la que le había descrito—, que sus amigos e incluso sus padres sean raros de cojones no significa que ella sea así. ¡Es más! Tú mismo me has dicho que te gusta estar a su lado, que disfrutas mucho más de la vida y que te está empezando a gustar de verdad, no sólo en el tema sexual...

—Ya, pero no había conocido a su gente, a esas personas a las que tendré que ver y tratar si continúo con ella... —resopló tocándose con frustración el cabello, alborotándolo con la mano y sintiendo que aquello lo angustiaba mucho.

—Pero tú mismo me has contado que no toda su gente es tan estrafalaria, ¿no?

—Sólo se salva Abril... Todos los demás son raros raros...

—A ver, Bastian, al margen de todas esas personas a las que has conocido durante un breve, brevísimo, diría yo, tiempo..., ¿a ti te gusta Maca?

—Creo que sí... —resopló confundido.

—¡Pues ya está! No pienses en que sus padres son así o sus amigos así... Piensa en que ella te gusta y en que disfrutas del tiempo a su lado. Lo demás tiene que importarte una mierda.

—Si tienes razón, pero... —resopló dándose cuenta de la veracidad de las palabras de su hermano.

—¡Pues claro que la tengo, y no hay peros que valgan! No puedes echar a perder lo vuestro por las amistades que tenga Maca o por los padres que le han tocado. Con quien vas a estar es con ella, no con sus padres o sus amigos.

—Sí, es verdad. No sería inteligente hacer algo así.

—¡Claro que no! Imagínate que a nosotros nos prejuzgaran por los padres

que tenemos o por nuestros amigos. ¿A que no te gustaría?

—No, la verdad es que me molestaría que, por culpa de mi entorno, hubiese alguien que no quisiera conocerme, que no deseara darme la oportunidad de demostrar cómo soy en realidad.

—Pues es lo que tú estás haciendo con Maca... Anda, Bastian, no seas bobo y no dejes escapar a esa mujer que te hace sentir tan vivo, que te hace sentir como antes, cualquiera que sea el entorno que tenga o pueda tener... Corre, ve a buscarla y disfruta de la noche.

—Sí, eso es lo que haré —susurró con una sonrisa, mucho más animado al oír lo que opinaba su hermano de aquel caos repentino que le había tocado vivir—. Gracias, Mike. Estaba hecho un lío, no sabía qué hacer, pero tienes razón. No puedo dejar que la opinión que tengo de sus padres o de sus amigos afecte a lo que tengo con ella.

—¡Exacto! —exclamó con rotundidad—. Si ya lo dice mamá... Estás pez en esto del amor.

—¿Amor? No, Mike, no te equivoques. Lo que tengo con Maca no es amor, ni enamoramiento ni nada por el estilo. Simplemente nos gustamos y disfrutamos de la compañía y del buen sexo.

—Lo que ella dice: pez —reiteró Mike, haciendo que Bastian frunciese el ceño al no entender por qué volvía a decirle eso—. Disfruta y no pienses, las cosas a veces salen mejor si no les damos tantas vueltas. Te dejo, que acabo de ver los primeros rayos de sol y no me lo quiero perder.

—Ya hablamos, Mike, y cuídate.

—¡Y tú disfruta con Maca! —exclamó antes de finalizar la llamada.

Se levantó de la silla y comenzó a apagar todas las luces mientras se acercaba al ascensor. Se encontraba más liviano, como si al hablar con Michael, oír que no tenía que afectarle que el entorno de Maca fuera tan dispar y que debía centrarse en que a él le gustaba ella le hubiese quitado un gran peso de encima. Además, no se iba a casar con ella, no tenía que preocuparle cómo fueran o dejaran de ser los amigos y los familiares de la española, sino, simplemente, aprovechar al máximo aquello que sentía cuando estaba a su lado. Bajó al garaje del edificio, cogió su automóvil y se fue a ver a su madre, hacía tiempo que no la veía y seguramente Michael no tardaría mucho en contarle por qué lo había despertado ese día. Era mejor que lo supiera de su propia voz,

aunque eso significase un buen rapapolvo por parte de su enérgica madre, pues intuía que no le gustaría oír que había estado a punto de abandonar lo que tenía con Maca por culpa de aquel descubrimiento.

\* \* \*

Nadar se había convertido para Maca en el mejor método de evasión en aquella ciudad. Las temperaturas invitaban a hacerlo cualquier día y, especialmente ése, lo necesitaba con urgencia. Gracias al esfuerzo de dar otra brazada más, consiguió que su mente sólo se centrara en eso, y no en las razones por las cuales, de repente, Bastian no quería quedar con ella. Nunca se había considerado una mujer que necesitara mendigar las atenciones de un hombre y ahora no iba a ser menos. Por tanto, si él no quería verla, ella no iba a ir detrás rogándole unos minutos de su tiempo. Si aquello era el final, lo asumiría con una sonrisa, aunque en su interior estuviera marchitándose por la pérdida de lo que tenían. Además, Maca sabía a lo que se exponía al aceptar tener algún tipo de roce con aquel hombre, tan atractivo y tan distinto de todas las parejas o amantes que había tenido a lo largo de su vida... Aunque no le gustara aceptarlo, sabía que la atracción física podía llegar un momento en que perdiera esa fuerza que había hecho juntar a dos personas tan dispares como ellos dos. Era posible que aquél fuera el caso. Como había dicho su amiga Almu, un viaje es la mejor práctica para saber cómo es la otra persona, a lo mejor Bastian había descubierto algo de ella que no le gustaba. ¡Quién sabía! Salió del agua dirigiéndose hacia donde había dejado la pequeña mochila con la toalla y las chanclas y sintió la suave brisa acariciándole la piel. Cerró los ojos al deleitarse con aquella placentera sensación, con aquel sosiego que sentía después de haber quemado su frustración con el ejercicio y, al abrirlos, se encontró con la imagen de un espectacular hombre que caminaba hacia ella. Tragó saliva con dificultad y lo vio mirándola de arriba abajo, intentando mantener el paso pausado de su andar y percibiendo un cambio muy sutil en su mirada, ahora hambrienta al verla llevando sólo un bikini. Su piel se erizó nada más sentirla sobre su cuerpo, él era una tentación en mayúsculas, caminando con aquella seguridad aplastante, sabiendo que era atractivo hasta decir basta, siendo consciente de que su cuerpo era un imán para cualquier mujer, incluida ella, que ya sabía lo que escondía tras

esa fachada de hombre de negocios serio e implacable.

—He ido a tu casa y, al no encontrarte, me he imaginado que estarías aquí —dijo Bastian cuando estuvo cerca.

—¿No debías ir a casa de tu madre? —preguntó sin más preámbulos.

—Sí, acabo de salir de allí y, al ver que era pronto, he decidido hacerte una visita... —comentó con esa sonrisa canalla que tanto la excitaba.

—Muy bien... —susurró cogiendo la toalla y secándose bajo la atenta mirada de él, que no apartaba la mirada de su cuerpo mojado y de su bikini adherido a sus pechos y a su cadera.

—Podemos cenar en tu casa, si te apetece —murmuró con voz ronca. Aquella mujer lo encendía sólo con su presencia.

—Siempre y cuando seas sincero conmigo y me expliques qué ha ocurrido para que estuvieras tan distante conmigo tras la boda —advirtió intentando aparentar que ese hombre no le afectaba, aunque su interior fuese en aquellos momentos una verbena, con luces de colores y fuegos artificiales.

—Sí, te lo debo —dijo observando cómo se ponía un mono encima del bikini mojado y se le secaba la boca ante aquella tentadora imagen de Maca húmeda y resbaladiza.

Ella comenzó a andar hacia su casa y Bastian caminó a su lado, sin hablar. Sabía que cuando llegasen al apartamento él se lo explicaría todo, aunque tenerlo allí, tan cerca, sabiendo que había ido en su busca y ver cómo la miraba la había encendido en segundos y no sabía si sería capaz de escucharlo o tendría que saltar encima de él para sentir su aliento pegado a su boca y sus manos recorriendo su cuerpo.

Subieron en el ascensor sintiendo como si una fuerza magnética intentara juntarlos. Bastian le acarició con timidez la mano y aquel contacto los enloqueció, se miraron con ojos repletos de pasión y necesidad, como si aquellas horas sin verse hubieran sido un suplicio para ambos. Sin poder refrenar aquel impulso que lo llevaba hasta ella, Bastian la cogió de la nuca para aproximarla y la besó con voracidad, oyendo un gemido audible al sentir los labios de él sobre su jugosa boca. Maca entrelazó las manos en el cuello de él y amoldó su cuerpo al suyo, sin dejar de jugar con sus lenguas, de devorarse con sus bocas y de hacer el amor con sus labios. El ascensor avisó de que habían llegado a la planta seleccionada y, entre jadeos, salieron a trompicones del mismo sin dejar de

besarse, de acariciarse, entre risas, respiraciones entrecortadas y gemidos. Maca logró abrir la puerta sin dejar de sentir las manos experimentadas de él, que apartaron con maestría el borde del escote del mono y sacaron sin rodeos un pecho, todavía húmedo, del bikini. Sintió cómo le tentaba el pezón sin pausa con sus hábiles manos, mientras él se estrechaba contra su espalda, besando su cuello, lamiendo la sal que se había adherido a su piel, ronroneando de gusto al saborearla, al tocarla, al tenerla así. Cuando cerró la puerta, Bastian le quitó de un movimiento el mono, observando su cuerpo con aquel bikini que lo había vuelto loco nada más verlo y aquel pecho que había revelado él, y se le hizo la boca agua ante el gran festín que se iba a dar.

—Te juro que luego te lo cuento todo, pero te necesito... —jadeó inclinándose sobre el pezón y lamiéndolo con ardor y un hambre tan atroz que creía que se moriría si no podía cumplir aquella necesidad repentina de tenerla.

Maca cerró los ojos dejando caer la mochila donde llevaba la toalla al suelo y apoyó la espalda en la puerta, sintiendo cómo Bastian la devoraba por completo, sin dejar de acariciarla, de gruñir con cada lametón y con cada beso que le dedicaba a su pecho y a su cuerpo. Lo había echado de menos, ésa era la verdad, y aquello sólo significaba mayores complicaciones cuando lo suyo acabara, porque Maca sabía que acabaría, tarde o temprano... Dejó de pensar cuando sintió una de las manos de Bastian que comenzó a desprenderla con urgencia de la parte de abajo del bikini; entonces ella comenzó a desnudarlo, para sentirlo, para amar su piel como ya comenzaba a amar su ser. Deslizó con delicia las yemas de los dedos por el torso perfecto de Bastian, jugueteó con la cintura del pantalón de él y desabrochó con una lentitud tortuosa aquella prenda.

—Joder —masculló Bastian, tirando de un movimiento el pantalón y el calzoncillo, que cayó con rapidez a sus pies y, de ahí, al suelo, con una patada desesperada, alejando de donde se encontraban la ropa y los zapatos.

La imagen era morbosa, los dos desnudos, a excepción de la parte de arriba del bikini de Maca, que sólo servía para tapar parcialmente uno de sus pechos, de pie, jadeantes y terriblemente excitados, contra la puerta de la entrada. Bastian le cogió una pierna sin dejar de mirar esos ojos negros que lo hacían enloquecer y, sin pensar en nada más que en sentirla, la penetró de un solo movimiento, con una necesidad que hizo que se le contrajera el estómago y sintiera una paz en su interior que jamás pensó que lograría con un acto como

aquél. Anhelantes, se miraron sin mover ni un solo músculo, simplemente sintiendo aquella conexión, aquel vínculo tan fuerte que se creaba cuando él estaba en su interior, con ella cobijándolo con su húmedo y maravilloso sexo. Bastian le lamió los labios mientras salía de su interior con lentitud para volver a clavarse en ella con fuerza y posesión. Los dos cerraron los ojos sintiendo aquello que les nublabla la razón, que los hacía querer más y más, sin saber las razones, pero ansiando dejarse llevar por aquella urgencia que lo abarcaba todo.

—Estaría toda mi vida follándote —gimió Bastian volviendo a salir de ella para introducirse luego de nuevo con mayor fuerza y profundidad, deleitándose con lo que sentía cuando estaba así con ella.

Maca no contestó, simplemente se acomodó abriendo todavía más las piernas y acoplándose de una manera mucho más placentera para ambos, al entrelazar ambas piernas en la cintura de éste, para que pudiera tener mayor acceso a su cuerpo y una mayor comodidad. Al sentirla así de receptiva, él se volvió loco y comenzó a embestirla con fiereza, cogiéndola por el trasero, oyendo sus jadeos con cada arremetida, sus gritos de satisfacción y su mirada oscura, que no le quitaba ojo.

—Bas... tian... —gimió Maca—. El condón.

Él maldijo por dentro por tener que salir de su interior, pero ella tenía razón: no podían practicar sexo sin protección, sería una auténtica inconsciencia por su parte. Rápidamente dejó a Maca en el suelo, cogió un preservativo de su cartera, se lo enfundó y volvió a cogerla en la misma postura. Maca le sonrió tentadoramente y a Bastian se le contrajo algo en su interior, que enseguida ignoró al observar cómo ella llevaba una de sus manos a su pezón y comenzaba a acariciárselo bajo la atenta mirada de él, que no perdía detalle de todos sus movimientos, incluso de cómo se humedecía los labios al sentir placer por lo que él le hacía y por lo que se estaba haciendo a sí misma.

—*Shhhhiitttt* —maldijo Bastian al sentir cómo el goce lo embargaba y rozaba el orgasmo con las yemas de sus dedos.

—Más fuerte, Bastian —jadeó llevando la mano del pezón a su endurecido clítoris.

Él apretó la mandíbula con rabia, bombeando cada vez más fuerte, más rápido, y sintiendo que el sexo con ella era llevado a un nivel superior, a uno que nunca en sus treinta y cinco años había experimentado, a uno que lo convertía en

el eje central de su existencia y que apartaba todo lo demás. La oyó jadear con satisfacción, entornando los ojos al alcanzar el clímax. Verla así, tan maravillosamente complacida, hizo que se vaciara en su interior con un grito que ahogó entre los labios entreabiertos de Maca, que lo recibió entre besos y caricias.

Se quedaron unidos, jadeantes y sudorosos. Ella le acarició con ternura el cabello y él la miró a los ojos sintiendo de nuevo aquella rara sensación que lo recorrió por completo, dejándolo desconcertado. La dejó en el suelo y salió de su interior con cuidado.

—Bueno, voy a darme una ducha para desprenderme de la sal y hablamos —informó Maca cogiendo la ropa del suelo y sintiendo cómo él la observaba hasta que desapareció en el interior de su cuarto de baño.

Bastian tiró el preservativo y se puso los calzoncillos, y el sonido de la ducha lo hizo aproximarse hasta donde ella se encontraba. Entró y Maca le guiñó un ojo mientras se duchaba, delante de él, sin importarle que estuviera delante, mirándola a través de la mampara de cristal. De repente su pene volvió a endurecerse por aquella imagen de ella mojada, con espuma por el cuerpo, y resopló intentando esperar a que terminara de ducharse, aunque le estaba costando, ya que su cuerpo lo empujaba donde se encontraba ella.

—¿Qué haces? —preguntó al poco Maca al sentir una de las manos de Bastian acariciarle los pechos y creando una espuma que los rodeaba.

—Tengo más ganas de ti... —dijo con vergüenza entrando en la ducha con ella y restregándole la erección por el trasero.

Maca jadeó al sentir una de las manos en su entrepierna, jugando con su clítoris y volviendo a encenderla con sus caricias, su cuerpo pegado al de ella, su ser reclamándole más delicioso y placentero sexo. La estrechez de la ducha, el agua salpicándolos y la destreza de aquel hombre la estaban volviendo loca. Se giró y le besó con fiereza los labios, sintiendo cómo él la estrechaba contra su cuerpo y notando, de nuevo, aquel cosquilleo, que no la dejaba ni un segundo.

Salieron a trompicones de la ducha cuando se caldeó tanto por culpa de sus caricias, sus jugueteos y su excitación que ansiaban volver a sentirse unidos. En la cama de Maca, bajo la atenta mirada de ella, Bastian se colocó un preservativo y la penetró con desesperación.

—Joder, qué bien se está aquí —jadeó sintiéndose completo cuando estuvo



en su interior.

Maca cerró los ojos sintiendo que esas palabras le llenaban el alma y el corazón.

## Capítulo 28

No sabía si era hacer aquel trabajo que tanto adoraba o compartir su tiempo libre con ese hombre que la enloquecía, pero los días habían transcurrido tan deprisa que incluso se sorprendió. Habían pasado dos meses desde la boda de Abril y Julen, sesenta días que dieron bastante de sí para compartir muchísimas cosas con Bastian, incluida aquella explicación que le debía y que la sorprendió tanto que no pudo dejar de reír al darse cuenta del mal trago que había pasado sin que ella se diese cuenta de nada. Pero, claro, para ella era normal que sus padres hablaran de ciertos temas con tanta naturalidad, y también era cotidiano ver a sus amigos con su manera de vestir característica. Aclarado ese tema, siguieron viéndose como siempre, disfrutando al máximo del tiempo disponible, divirtiéndose juntos y, por supuesto, compartiendo lecho. Con Bastian no era todo sexo; era diversión, era entretenimiento y era un no parar de hacer cosas juntos, de disfrutar del día, de exprimir cada minuto que tenían libre y de conocerse más si cabe. Fue maravilloso descubrir cómo cambiaba cuando estaba con ella, observar el entusiasmo con el que le mostraba nuevos y fabulosos lugares, la complicidad que tenían para hablar de cualquier tema, del trabajo o de lo personal, el fervor que le transmitía al llevarla a espectáculos culturales, el cariño que empleaba al hablar de su familia, la manera que tenía de hacerla sentir especial..., todo ello hizo que cada día estuviese más a gusto a su lado. El cosquilleo seguía latente, e incluso visitó al médico, que le hizo mil pruebas pero no encontró nada relevante. Simplemente le aconsejó que se tomara la vida de una forma más relajada, ya que pensaba que era debido al estrés o a los nervios...

\* \* \*

—Mañana tenemos una cena muy importante —dijo Bastian cuando la llamó a su despacho.

—¿Y eso? —preguntó Maca sin dejar de observar lo guapo que estaba ese día con esa camisa azul turquesa que resaltaba el bronceado natural de su piel.

—Nos han invitado a la entrega de unos premios —informó sonriente—. Pasaré por tu casa y nos iremos juntos. Podrías ponerte el vestido tan sexy y sugerente que usaste para la boda de tu amiga.

—¿Ese vestido? Lo veo muy exagerado para una cena... —comentó haciendo una mueca de disgusto.

—Luego se convertirá en fiesta —terció sonriente—. Y mucho más tarde podré desprenderte de ese vestido con mis labios —susurró con voz ronca, haciendo que a Maca se le erizara todo el cuerpo.

—Bueno, ya veremos —murmuró con dificultad. Aquel cambio sutil en su voz y cómo se le oscurecían los ojos cuando hablaba de sexo hacía que ella se humedeciera en nanosegundos—. ¿Algo más?

—No, ya puedes irte... Esta tarde quédate en la oficina de las últimas, ¿vale?

—¿Y eso?

—Es una sorpresa —terció con esa sonrisa canalla que sólo utilizaba con ella.

—De acuerdo —dijo con dificultad, levantándose de la silla para dirigirse a su mesa.

La mañana transcurrió con celeridad por la proximidad del lanzamiento del siguiente número; las fotos de última hora y los últimos retoques siempre hacían de esas fechas un hervidero de nervios y de trabajo que debía salir más pronto que tarde.

—¡Ya estamos en agosto! —exclamó Linda.

—Uf, calla, que se me han pasado volando estos dos meses —comentó Emily.

—Normal, ¡si ahora no paras, *baby*! —soltó Mason haciendo reír a todas sus compañeras—. Del trabajo a pilates, de pilates al *gym*, del *gym* a clases de salsa... Y ya no te digo los fines de semana... ¡Me la estás revolucionando, Linda!

—Déjala que disfrute de la vida y que se divierta. ¡Ya le tocaba! —exclamó Linda entre risas.

—Mason, no sabes lo bien que me lo estoy pasando. Estoy conociendo a un montón de gente, me río, bailo y me siento más segura de mí misma. ¡Si sé esto antes, habría dejado a Jayden hace muchísimos años! —exclamó con alegría.

Se notaba que su vida había cambiado para bien. Incluso su imagen exterior era mejor que antes, ahora utilizaba ropa más alegre y se arreglaba más.

—Es que deberías haberlo dejado hace muchísimo, *baby* —terció Mason sin dejar de reírse.

—Ahora que caigo, también hará más de dos meses que estás viéndote con el jefe a espaldas de la oficina... —anunció Linda mirando a Maca.

—Sí, dos meses y medio... —susurró con una sonrisa traviesa, ya que pensaba que eran los mejores dos meses y medio de su vida.

—Desde que estás con él, Bastian está más relajado y mucho más feliz, ¿verdad, chicos? —comentó Emily.

—Uf, ¡ya te digo! Parecía que siempre estaba enrabiado, y fue llegar tú y, ¡zas!, más suave que la seda —informó Linda—. Y, dime, ¿cuándo pensáis en formalizar lo vuestro?

—No creo que llegue ese momento, chicos —contestó Maca dejando el vaso de agua sobre la mesa.

—¿Por qué? Se os ve muy bien juntos y ya lleváis un tiempo saliendo —comentó Emily sin entender por qué seguían quedando a escondidas de la oficina.

—Ya os lo comenté: sabemos que tenemos una relación con fecha de caducidad; simplemente estamos disfrutando al máximo del tiempo de que disponemos, sin mezclar otro tipo de sentimiento o poner etiqueta a lo nuestro —dijo Maca.

—Lo que estáis haciendo es peligroso... Alguno de los dos se enamorará y el otro se enfadará por incumplir vuestro pacto verbal —comentó Linda negando con la cabeza.

—A lo mejor no tiene por qué acabar así, Linda. Si los dos están en el mismo punto, pueden seguir así, o, incluso, si los dos descubren que están enamorados del otro, puede acabar mucho mejor —comentó Emily con esperanza.

—Uf, calla, calla... Sólo con pensar en la palabra «amor», me produce

urticaria. No, lo nuestro es más físico y está centrado en la amistad. Sólo eso — anunció Maca con tranquilidad.

—Bueno, vosotros veréis, pero ten cuidado, Maca. No quiero que sufras — dijo Linda cogiéndola de la mano y apretándola con cariño.

—¿Sufrir? ¡No, para nada! Lo que hago es disfrutar muchísimo —terció con alegría, haciendo que los tres amigos la mirasen deseando que no acabara mal—. Bueno, Linda, ¿qué tal con el chico del *gym*?

—Ay, Maca, estoy como loca con él —explicó Linda con emoción.

—Es muy guapo y atento. Si lo ves cómo la espera cuando termina de entrenar... —informó Emily mientras le guiñaba un ojo.

—Y simpático. Me hace sentir tan bien... —comentó con alegría—. Se llama Brian, y desde que me invitó a café, no hemos parado de vernos. Él es tan distinto, Maca... Me escucha, me comprende y quiere hacer millones de cosas conmigo, y no sólo llevarme a su cama.

—Se ve que es un buen hombre —terció Emily—. Antes de hablar con ella, me preguntó si Linda tenía pareja porque quería invitarla a tomar café. Cuando le dije que no, le faltó poco para darme un abrazo.

—¡Ya te tocaba, *baby*! —exclamó Mason con alegría.

—¡Sí! Y Emily está saliendo con el monitor de pilates, ¡ale, ya lo he dicho! —soltó Linda para sorpresa de la susodicha.

—¿Qué me dices?! —dijo Maca asombrada—. ¿Desde cuándo?

—Anda, nuestra Emily está desatada... —comentó Mason con guasa.

—No es que estemos saliendo en plan novios... Simplemente nos estamos conociendo. Hemos quedado un par de veces después de clase... —comentó sonriente.

—Sé sincera, Em... Anthony está loco por ti y ya ha intentado varias veces besarte, pero tú eres la maestra Jedi de las cobras —añadió Linda haciendo que Maca y Mason se riesen al ver la reacción avergonzada de ésta.

—Ay, qué exagerada eres. Es un buen hombre, pero yo acabo de salir de una relación complicadilla... Es normal que me lo quiera tomar con tranquilidad. ¡Sólo hemos quedado tres veces!

—Pero ¿a ti te gusta, Emily? —preguntó Maca.

—Me gusta pasar tiempo con él, y cuando estoy a su lado me siento la mujer más sexy e interesante del mundo —confesó mostrándoles una amplia sonrisa

que hizo sonreír a los tres.

—Uy, yuyui... ¡Aquí hay tomate! —exclamó Maca con entusiasmo.

—Emily, disfruta de todo lo que no has podido hacer cuando estabas con Jayden y, para que veáis que yo sí soy formal y no me guardo ningún secreto...

—comenzó a decir Mason—, ayer supimos que vamos a tener una niña.

—Oooohhh... —soltaron al unísono las tres mujeres.

—Uf, me veo dentro de veinte años siguiéndola a todas partes para que ningún hombre, de esos que se os acercan tan raros, toque a mi niña —confesó angustiado.

Las tres amigas comenzaron a reír bajo la mirada de Mason, que negaba con la cabeza. ¡Aquel ratito de desconexión con ellas era lo mejor de ir a trabajar!

\* \* \*

La tarde transcurrió con la misma celeridad que la mañana, sin darle tiempo a sopesar las palabras de sus amigos cuando fue ella la que pasó a ser el eje central de la conversación y alegrándose muchísimo por sus dos amigas, que parecía que habían encontrado a dos buenos hombres, y por su amigo, que iba a ser papá de una preciosa niña con rasgos cubanos y americanos. Cuando llegó la hora de marcharse a casa, Maca esperó a que la oficina estuviera vacía para acercarse al despacho de Bastian, que la esperaba con una gran sonrisa.

—Tú me dirás —dijo acercándose a él y dándole un posesivo beso en los labios, a lo que él contestó sentándola sobre sus piernas.

—Ahora tú y yo nos vamos a tu casa, te pones algún vestidito de esos que tienes en el fondo del armario y nos vamos a cenar a un sitio muy especial.

—¿Y es preciso que me cambie de ropa? —preguntó haciendo una mueca de disgusto.

—Es un lugar muy elegante, no puedes ir con vaqueros y camiseta, aunque estés para comerte con ese escote que llevas —señaló mientras paseaba las yemas de los dedos por la piel que quedaba expuesta.

—Bueno... —claudicó sin muchas ganas, pero pensando que valdría la pena cambiar un poco su estilo para contentar a ese hombre que había decidido ir a cenar con ella a un lugar, según él, especial.

Se subieron al automóvil de Bastian entre besos y risas para dirigirse a donde

ella vivía. Nada más entrar en el estudio de Maca, tuvieron que saciar, de una manera voraz y urgente, aquel apetito sexual que los juntaba de una manera casi febril cuando se encontraban a solas. Después, mucho más relajados al alcanzar el clímax, se ducharon entre caricias y besos profundos, que tuvieron que detener al ver que aquello comenzaba a tornarse cada vez más caliente y que la cita podría retrasarse más de la cuenta. Después, bajo la atenta mirada de él, que se encontraba tumbado en la cama, Maca se puso el vestido que había utilizado para la boda de Carola. Se maquilló un poco, lo necesario para darle ese toque de elegancia que requería el momento, y se subieron, de nuevo, al impresionante coche de Bastian para así dirigirse al puerto de Miami Beach. Nada más estacionar, él la cogió de la mano y anduvieron en silencio por el muelle bajo la suspicaz mirada de Maca, que aún no sabía adónde se dirigía. Al poco, él se detuvo delante de un precioso y espectacular yate blanco con detalles negros. Justo en la proa, en uno de sus laterales, se podía leer con letras gruesas y doradas el nombre de aquel navío: *Hiahia*.

—¿Qué significa? —preguntó Maca señalando el nombre.

—Está escrito en maorí y significa «Deseo» —susurró mirándola de arriba abajo, despertando en ella el nombre de aquella embarcación.

—Me gusta —carraspeó intentando que no se notara que se había excitado tan sólo con aquella mirada repleta de promesas—. ¿Vamos a cenar aquí? —preguntó todavía más confundida. Si hubiera sabido que iba a estar en un yate, no se habría puesto tacones.

—Técnicamente, no —dijo subiendo con destreza al barco y ayudándola a que ella también lo hiciera—. Ahora lo verás —comentó con una amplia sonrisa.

—Eres una caja de sorpresas, Bastian. No tenía ni idea de que supieras manejar un yate, y mucho menos de que tuvieras uno con nombre maorí y todo... —dijo observando cómo él comenzaba a poner el motor en marcha y salía despacio del muelle.

—En primer lugar —indicó mostrándole esa sonrisa que tanto le gustaba a ella—, hace años me saqué el título para poder navegar y, gracias a un amigo, de vez en cuando salgo con su barco para que no se me olvide todo lo aprendido.

—Anda, entonces... ¿no es tuyo el yate? —preguntó con curiosidad, sintiendo un escalofrío al ver lo sexy que estaba a los mandos de aquella embarcación.

—No, aunque creo que no tardaré mucho en comprarme uno. ¡Me encanta navegar!

—Entonces, capitán, ¿adónde me lleva para haberme hecho vestir tan mona? —preguntó acercándose a él y acariciándole la espalda con suavidad.

—Ahora lo verás —terció jugueteón.

A medida que el yate avanzaba por las aguas del océano Atlántico que bordeaban la costa de Miami, Bastian le iba indicando los lugares interesantes por los que pasaban. Maca lo escuchaba con atención, sintiendo que aquel cosquilleo aumentaba en magnitud al compartir con él aquellos momentos tan únicos que la hacían sentirse especial. Al rato, observó que la embarcación se dirigía hacia tierra, donde un gran cartel con letras gruesas en color rojo muy llamativo anunciaba que aquel lugar se conocía con el nombre de Monty's. Bastian detuvo el yate al borde de aquel bar restaurante tan pintoresco y, con una sonrisa traviesa, bajó al camarote y al poco volvió a subir con una mesa plegable y dos sillas. Las dispuso en cubierta, retiró una de las sillas para que Maca se sentara mirándolo con desconfianza y, al instante, un camarero de aquel bar se aproximó a la embarcación para tomar nota de la cena.

—Esto es precioso —susurró Maca al percatarse de que era algo habitual que las embarcaciones parasen allí para cenar en cubierta mientras se mezclaban con los clientes que el restaurante tenía en sus amplias salas, tanto interiores como exteriores.

—Sabía que te gustaría —comentó Bastian con una sonrisa observando cómo ella no perdía detalle de todo cuanto veía.

Aquel lugar era pintoresco, sombrillas de paja protegían del sol del mediodía a la gente que se animaba a ir a almorzar a esas horas. Por la noche, los resguardaban de la humedad y hacían mucho más íntimo aquel sitio. Las mesas eran de madera redondas y la bordeaban sillas del mismo material. Tenía todo un aire *country*, pero con el característico punto de sofisticación que poseía aquella ciudad.

\* \* \*

—¡Creo que voy a reventar! —bufó mientras dejaba el tenedor sobre el plato y apoyaba la espalda en la silla.



—Da gusto verte comer siempre —comentó Bastian con una sonrisa al ver que no se había dejado nada en el plato.

—Uf... ¡Estaba todo delicioso! —exclamó con entusiasmo, observando cómo él hacía una señal al camarero para que se acercase al yate.

—Por favor, la cuenta y una botella de champán —dijo dirigiéndose al camarero.

—¿Champán? —preguntó ella enarcando una ceja.

—Tenemos que celebrar algo —informó Bastian guiñándole el ojo de una manera que podía considerarse pecaminosa e ilegal, haciendo que todo el vello se le pusiera de punta y que aquel cosquilleo aumentase en intensidad.

«¡Pero ¿qué me pasa con este hombre?!», pensó Maca mordiendo el labio inferior y frenando a su cuerpo, que le pedía lamerlo entero, de arriba abajo, sin importar que estuvieran en un lugar concurrido como era aquél.

La luna en cuarto creciente los acompañaba. Maca notaba cómo el viento húmedo azotaba su vestido y éste se levantaba juguetón, mientras no podía quitarle ojo a ese hombre que navegaba con seguridad por las oscuras aguas de esa noche cerrada. Al poco paró el motor, bajó al camarote y subió con dos copas y la botella de champán. Sólo se oía el inconfundible sonido de las olas que mecían el navío.

—Toma —dijo Bastian tendiéndole una de las copas a Maca.

—¿Pretende emborracharme usted, señor Miller? —preguntó con coquetería al ver cómo le llenaba la copa.

—Una Maca borracha debe de ser la bomba —repuso con guasa.

—No te creas, me pongo de un tonto que no hay quien me aguante. Prefiero estar lúcida y enterarme de la diversión —dijo guiñándole un ojo—. Dime, ¿qué celebramos?

—Muchas cosas —comentó con un maravilloso buen humor mientras dejaba la botella y acercaba su copa a la de ella—. Vamos a brindar por haber subido en ventas en el último número —dijo chocando las copas y bebiendo un sorbo, observando cómo ella lo acompañaba—. También vamos a brindar por haber firmado un contrato con el que *Miami Life Magazine* se distribuirá por todo Estados Unidos.

—Oh, Bastian, ¡eso es fantástico! —exclamó abrazándolo con alegría al recibir aquella noticia por la que él había luchado tanto.

—Pero eso no es todo —dijo chocando las copas e invitándola a que bebiese otro trago—. Mañana, en la fiesta a la que estamos invitados, y en la que harás un maravilloso reportaje fotográfico porque tengo la enorme suerte de tener a la mejor en ese campo conmigo —comentó acariciándole con delicadeza el rostro y haciendo que ella sonriese—, nos van a entregar el premio revelación a la mejor revista de actualidad.

—¿Cómo?! —gritó sorprendida y llena de dicha por todas aquellas maravillosas noticias que ratificaban que Bastian Miller llegaría muy lejos.

—Me han llamado esta mañana para confirmar nuestra asistencia, para poder entregarnos el premio... ¡Esto es muy grande, morena mía! —exclamó posando sus labios en los de ella.

—Oh, Bastian, ya estás empezando a recoger los frutos del trabajo duro realizado. ¡Me alegro tanto por ti que mañana me voy a volver loca haciéndote fotos con el premio en las manos! —soltó volviendo a estrecharse contra él.

—Saber que vas a compartir conmigo ese día me hace todavía más feliz —susurró contra su cabello, que se mecía por la brisa marina.

Maca cerró los ojos sintiendo el calor del cuerpo de Bastian, su tacto. Sus últimas palabras la llenaron de dicha, y ver que estaba logrando sus sueños la hacía sentirse orgullosa por ese hombre con el que estaba compartiendo tantísimas cosas. De repente, lo supo y lo miró a los ojos para cerciorarse de que no eran imaginaciones suyas, de que todo aquello era real. ¡¡Qué tonta había sido al pensar que ese cosquilleo podía ser debido a un problema estomacal o a cualquier dolencia!! No... Lo que le pasaba tenía nombre, uno que había estado eludiendo con multitud de excusas, pensando en que era demasiado pronto para sentirlo y que no era el momento adecuado, ya que sabía que lo que tenían no era para nada formal, sino todo lo contrario. Observó sus varoniles facciones, el modo en que sus ojos brillantes no perdían detalle de ella, su aroma, que la reconfortaba, y su presencia, que la envolvía sintiéndose en casa, sintiéndose segura, cuando ella jamás había necesitado a un hombre para tal efecto. Sí, no había duda, Maca se estaba enamorando perdidamente de él, de cómo era, de cómo la hacía sentir, de ese hombre tan luchador y trabajador, pero a la misma vez tan genuino y divertido. Se había enamorado de su interior, de todo lo que significaba él, de su pasión por el trabajo bien hecho, de sus ansias de mejorar en su campo, de su manera de reír, de su forma de caminar, de su humor, de sus

bromas y de su inteligencia. Lo quería por cómo era él, no sólo por el físico — que era impresionante, todo había que decirlo—, sino por lo que envolvía ese atractivo que hacía que las mujeres no ahondasen en su manera de ser, contentándose con el envoltorio, cuando lo más valioso estaba en su interior.

—Estás preciosa esta noche, Maca... —murmuró acariciándole la mejilla.

—Bastian, yo... —comentó frunciendo el ceño.

—Dime —dijo posando sus labios en los de ella con delicadeza, dándole un tierno beso que confirmó, aún más si cabe, su sospecha.

Maca sintió que, con esa dulce caricia, su interior se ensanchaba como una onda expansiva, abrió los ojos y lo vio a pocos centímetros de ella. ¡Estaba loca por él! Se mordió el labio inferior, dudando en confesarle lo que acababa de descubrir en aquella noche tan especial, en la que las buenas noticias y su proximidad habían hecho que abriese los ojos a la realidad, sorprendiéndola al darse cuenta de que el amor, el muy bromista, había hecho de las suyas y había logrado que experimentara aquel sentimiento tan fuerte, que nunca había sentido por otra persona, por ese hombre tan distinto de ella.

—Estoy enamorada de ti —soltó en un susurro observando su reacción.

—¿Cómo?! —preguntó dando un paso hacia atrás mientras fruncía el ceño.

Maca tragó saliva mientras se acercaba a él dejando de paso la copa sobre la mesa.

—Dijimos que entre nosotros no habría mentiras, que siempre iríamos con la verdad por delante... Me acabo de dar cuenta de que estoy loca por ti... Yo... —susurró cogiendo aire para decirle lo que sentía— te quiero, Bastian.

## Capítulo 29

Una jarra de agua helada cayéndole por la espalda, eso fue lo que sintió Bastian al oír esas palabras saliendo de la jugosa y tentadora boca de Maca. No pudo articular palabra, era como si hubiese enmudecido de golpe, como si aquella afirmación tuviera el poder de congelarlo en el tiempo, sintiendo el propio latir del corazón que le retumbaba en el pecho e incluso el sonido alterado de su respiración que lo ensordecía. «Te quiero», esa frase se le clavó en la mente y lo hizo recular, confuso y extrañado de que esa mujer, tan independiente y atrevida, tuviese el valor suficiente como para declararle algo semejante. Pero, claro, Maca era así, rotunda y sincera, algo que lo había conquistado a medida que había ido conociéndola, ya que a su lado todo era sencillo, al saber siempre la verdad de lo que ella pensaba; aunque en aquel preciso momento habría preferido que Maca se hubiese guardado aquella información, incluso que le hubiese mentado, porque, en teoría, si había sentimientos de por medio, eso lo cambiaba todo, ¿no? La observó sin pestañear, aguantando con estoicismo la reacción de él al enterarse de aquella bomba que lo había hecho palidecer. Era tan preciosa, tan única y sincera, tan ardiente y alegre... ¡Pero Bastian no se esperaba algo así! Esos dos meses y medio junto a ella habían sido geniales, a su lado se había divertido muchísimo, había conseguido relajarse en su trabajo y ver las cosas desde otra perspectiva, lo que lo había ayudado a que tomara decisiones más oportunas para alcanzar lo que estaban celebrando en ese momento a bordo del yate de su amigo. Era consciente de que le gustaba estar con ella, pero de ahí al amor había un abismo tremendo. ¡Él no buscaba tener una novia! Jamás de los jamases había pensado que esa noche que había organizado con tanta ilusión, para poder celebrar aquella noticia que lo hacía

estar un poco más cerca de alcanzar su sueño, acabara de esa manera.

—Maca, me gustas mucho y me encanta compartir el tiempo contigo, pero...  
—comenzó a decir.

—Lo sé —lo interrumpió, haciendo una mueca parecida a una sonrisa pero que no llegó a completarse—. Sé que esto empezó por una atracción física, sé que no va a llegar a nada más, aunque lo pasamos muy bien juntos... No te preocupes, sabía que esto acabaría un día y, bueno..., parece que ya ha llegado —anunció con una tristeza que incluso le impedía respirar.

—Yo... Maca... —balbuceó intentando encontrar la fórmula para poder seguir con ella pero sin que le afectase aquel descubrimiento que lo había aturcido por completo—. *Shit!* —masculló con frustración, deseoso de que aquello jamás hubiese sucedido—. Me encantaría que todo siguiera igual entre nosotros dos, que nos divirtiéramos como lo hemos estado haciendo, pero no puedo... Yo no buscaba tener pareja, ahora mismo no me lo puedo permitir, y tú y yo... —susurró frunciendo ligeramente el ceño.

—Ya —chasqueó la lengua con disgusto—. No soy el prototipo de novia ideal —comentó encogiendo los hombros al saber que aquello llegaría algún día a suceder—. Lo entiendo, de verdad. Te mereces a una mujer que se vista a la moda, que se comporte siempre de manera correcta y que no sea una bocazas, como lo soy yo.

—Eres maravillosa, Maca, pero...

—Pero no para ti —terminó ella la frase por él—. ¿Me puedes llevar a casa? La verdad es que estar contigo en un lugar tan romántico mientras rompemos nuestra atípica relación no me hace sentir muy cómoda.

—Claro —dijo Bastian cogiendo las copas y la botella de champán para guardarlas en el camarote y poner rumbo al puerto—. Maca —dijo al pasar a su lado de nuevo—, espero que esto no afecte al trabajo. No quiero perderte como fotógrafa.

—No afectará —aseguró ella con rotundidad mientras se dirigía a la popa para observar el mar y tener espacio para pensar.

Bastian intentó concentrarse en la navegación, pero su mirada se dirigía, de vez en cuando, hacia donde estaba ella, pensativa y triste... Se sintió fatal consigo mismo, maldiciendo una y otra vez la estúpida idea que había tenido de dejarse llevar, de disfrutar al máximo de la vida sin miedo a lo que pasara en el

futuro... Ahora se arrepentía de que aquello acabase así, ella enamorada de él y él... Él sintiéndose mal por saber que el aliciente de su vida, aquello que le daba fuerzas para afrontar el día a día, que le sacaba una sonrisa incluso en el peor de los momentos, había acabado y, de repente, se sintió solo y perdido en un mar de dudas, donde la única persona que lo salvaría era esa española que miraba con tristeza el horizonte. Esa mujer que se había enamorado de él...

—*Shit!* —maldijo en voz baja, deseando que aquello no hubiese ocurrido para, así, poder tenerla entre sus brazos mientras la besaba con devoción.

Como Bastian imaginó, el viaje en coche hasta el piso de Maca fue tenso. Ella casi no abrió la boca, simplemente lo hizo para darle las gracias por la velada y al despedirse, nada más, ni un reproche, ni una palabra malsonante, nada... Bastian regresó a su casa decaído, sintiéndose el peor hombre de todos los tiempos, por hacerle daño a una mujer tan extraordinaria como lo era Maca, pero no podía engañarla, no quería utilizar ese amor que ella sentía por él para continuar con aquella relación libre de sentimientos. No sería justo para ella.

\* \* \*

Se levantó por la mañana hecho un zombi, con mal aspecto y peor humor. Había dormido poquísimo, reviviendo una y otra vez aquel momento en el que Maca le había abierto su corazón y cómo él lo había rechazado en su propia cara sin ni siquiera inmutarse, como si fuera un ser despreciable carente de sentimientos, y aquello lo carcomía por dentro.

Al entrar en la oficina la buscó con la mirada, temeroso de no encontrarla, de que hubiese salido corriendo para no enfrentarse a él. Pero no, Maca no era como las demás mujeres que él había conocido, ella tenía carisma y fortaleza, y allí se encontraba, con una camiseta negra de cuello redondo, ajustada, y unos vaqueros oscuros ceñidos que se amoldaban a la perfección a sus sugerentes curvas. Tragó saliva, para frenar un poco a su cuerpo, que aún no asimilaba la noticia, e intentó aparentar normalidad en aquel día en el que había cambiado todo.

Las horas transcurrieron despacio. Aunque tuviera mucho trabajo, no paraba de mirarla desde la distancia, a cada instante, a cada segundo, tratando de adivinar qué se le pasaría por la mente, qué pensaría en aquellos momentos de él,

cómo se sentiría después de haberla apartado de su vida... Por la tarde, tuvo que obligarse a comunicarse con ella, debía formalizar un tema del trabajo y no podía seguir poniéndose excusas para posponerlo más.

De: Sr. Miller  
Para: Macarena Albert

Maca:

Recuerda que esta noche es la cena que te comenté y, justo después, harán entrega de los premios. Necesito que vengas para que lo fotografíes todo.

Iré a recogerte a tu casa a las 19.30 horas.

Gracias,

Bastian Miller, director y propietario de *Miami Life Magazine*

Esperó unos segundos y apareció la contestación de ella.

De: Macarena Albert  
Para: Sr. Miller

Señor Miller:

No se preocupe, que allí estaré con mi cámara al cuello y una sonrisa perenne en mi cara.

Sobre lo de venir a recogerme, prefiero que no lo haga. Piense que hemos vuelto a ser jefe y empleada y no estaría bien aprovecharme de su buena voluntad. Por eso, dígame la dirección y estaré allí a la hora acordada.

Maca, fotógrafa de la revista *Miami Life Magazine*

Bastian resopló con impotencia al saber que ella prefería ir sola, que no deseaba que fuera a su casa y que había vuelto a llamarlo de «usted»... Pero ¿qué pretendía?, ¿que fuera todo igual? Le envió con frialdad un mensaje adjuntando la dirección e intentó relajar su mal humor. En teoría debía de ser un día para celebrar y estar feliz; le iban a otorgar un premio, había firmado para expandirse por todo el país y las ventas habían subido notablemente, pero no podía sentirse contento siquiera. Era como si la apatía lo embargase por completo, dejándolo aletargado.

\* \* \*

Detuvo el motor y se quedó unos segundos quieto en el interior de su automóvil, aquel que le recordaba a Maca y que incluso olía a ella. Cerró los ojos y se armó de valor mientras salía con paso seguro intentando aparentar algo que no sentía. Aquélla era una gran noche y no podía dejarse llevar por los últimos acontecimientos vividos, por lo que se sacudió aquella sensación de ahogo e intentó disfrutar de aquel premio que iba a recibir. En la puerta del gran hotel donde se celebraba la cena y la posterior entrega de premios, no encontró a su empleada y eso lo hizo enfurecerse. Entró en la sala, intentando pensar que a lo mejor ella había llegado antes que él y había entrado sin esperarlo, algo típico del carácter desafiante de Maca. Mientras saludaba a las personas con las que se encontraba a su paso, siguió buscándola, pero no había ni rastro de ella. Apretó los puños sintiendo que iba a explotar de un momento a otro, ignorando a la gente de alrededor, notando que el enfado comenzaba a cegarlo mientras una persona, en la que ni siquiera había reparado, comenzó a hablar con él. Mientras intentaba contestar a su diálogo, la vio y enmudeció de golpe, abriendo los ojos desmesuradamente mientras ella avanzaba hacia él. Bastian se alejó de esa persona, sin importarle si había sido o no brusco con él, simplemente centrándose en Maca, en su manera de andar y de mirarlo. Por supuesto que no le había hecho caso y no llevaba el vestido con el que lo había sorprendido en la boda de su amiga; en su lugar, iba con un mono ceñido de cuero negro, con un escote vertiginoso que hacía que todos los presentes, sin importar género ni condición sexual, la observaran sin pestañear. Llevaba la melena recogida en una coleta alta, dejando libres sus rasgos perfilados con maquillaje, en los que sus ojos estaban enmarcados con sombra oscura y rímel negro. Sus labios, tan jugosos como siempre, aumentaban en protagonismo con el lápiz labial de un rojo muy intenso. De su cuello colgaba la cámara de fotos y, a medida que avanzaba hacia él, deslumbraba con su *flash* y su sonrisa a todos los presentes.

—Has llegado tarde —logró decir Bastian cuando la tuvo cerca, tanto, que le quemaban las yemas de los dedos y los labios por no poder tocarla ni besarla.

—Yo diría que ha sido al revés, señor Miller —repuso ella con soltura—. Llevo ya un buen rato fotografiando a los presentes. ¿Quiere que se lo demuestre? —preguntó señalándole la cámara, donde tenía la prueba que confirmaba lo que decía.

Bastian no contestó, simplemente la miró a los ojos, desafiándola con la



mirada y sintiendo aquella fuerza que lo empujaba hacia ella. De repente, alguien se detuvo al lado de él, pero éste ni siquiera prestó atención a quién se trataba, pues sólo tenía ojos para Maca.

—Bueno, bueno, bueno... —soltaron con soniquete—. Si está aquí el gran Bastian Miller —dijo, y él se giró al reconocer su voz.

—¿Cómo estás, William? —comentó estrechándole la mano mientras el otro simplemente se comía con la mirada a Maca.

William, sin lugar a dudas, era el prototipo de americano de las películas de serie B, alto y con una barriga prominente que destacaba sin excusas. En su rostro lo que más llamaba la atención eran sus ojos claros pero sin pizca de brillo y unas mejillas teñidas siempre de rojo; en su cabeza la alopecia comenzaba a predominar y prácticamente su cabello cenizo no se distinguía de su piel blanquecina. Lo que más atraía a las mujeres de él era, sin duda alguna para Bastian, los trajes de diseño que éste utilizaba y los relojes caros que siempre mostraba con orgullo, eso y sus exclusivos coches...

—No tan bien como tú, la verdad —susurró sin dejar de observar a Maca—. ¿Quién es tu amiga?

—Ella es Maca, la fotógrafa de la revista —dijo Bastian, intentando que su voz no sonase tan áspera como realmente había sonado. No le gustaba cómo la estaba mirando, y lo único que deseaba era apartarlo de ella y ponerle su chaqueta por encima de ese escote que dejaba noqueado a cualquiera.

—Encantado de conocerte, Maca —dijo William acercándose a ella para darle dos besos en las mejillas, pero ésta se adelantó y le ofreció la mano, que él estrechó con una sonrisa en los labios.

—Igualmente —dijo pizpireta.

—Sí que sabes elegir bien al personal, amigo —terció sin dejar de mirarla, quedándose más tiempo de lo estrictamente necesario en el pronunciado escote de ésta.

—¿Cómo está Maggie? —preguntó Bastian, intentando recordarle así que tenía una futura mujer y que dejara de babear detrás de Maca.

—¿No te has enterado? —soltó incrédulo mirándolo por primera vez a los ojos—. La encontré en la cama con Walter Rocko.

—¿El dueño de este hotel? —William asintió con la cabeza—. Parece que nunca se contenta con lo que tiene, ¿verdad? —insinuó observando cómo su

amigo lo miraba con seriedad.

—Será el karma, ¿no? Cuando estaba contigo, se acostaba conmigo, y ahora...

—A Maggie sólo le interesa una cosa: el dinero. Por cierto, ahí está —señaló con discreción al fondo del salón, donde se la veía sonriente, mostrando un carísimo vestido adornado con lujosas joyas, del brazo del dueño de aquel hotel tan importante.

—Señor Miller, voy a seguir con mi trabajo —anunció Maca, harta de las continuas miradas del amigo de Bastian y de las de su jefe.

—Me pone mucho tu empleada... ¿Está soltera? —confesó William observando cómo se alejaba de ellos y sin perder detalle de cómo aquel mono de cuero se adhería a su cuerpo, moldeando sus curvas y haciéndolas tentadoras.

—Ni te acerques —le advirtió con dureza.

—¿Estáis juntos? —preguntó con guasa al ver cómo había reaccionado su amigo, con una brusquedad y dureza jamás vista en él.

—Eso no te incumbe, sólo te digo que te quiero bien lejos de ella —avisó con seriedad.

—Bueno, bueno, bueno... ¡Como quieras, amigo! —soltó con una sonrisa mientras levantaba los brazos en señal de paz.

—No me llames «amigo», porque hace tiempo que dejamos de serlo —informó dejándolo solo para acercarse a la mesa donde cenaría esa noche.

\* \* \*

Cenaron en mesas separadas, aunque la distancia no fue obstáculo para que Bastian no dejara de mirarla durante toda la velada. Qué hacía, cómo bebía, con quién hablaba y cómo sonreía..., todo era observado por él desde lejos. Prácticamente no disfrutó de la cena, la gente de su alrededor lo molestaba, las conversaciones que se mantenían en la mesa lo aburrían y, simplemente, deseó acabar con aquella farsa y encerrarse en su casa, lejos de esa mujer que disfrutaba contradiciéndolo y que jugaba a provocarlo con su manera de vestir y de actuar. ¡¿Cómo se le había ocurrido aparecer en una fiesta tan sofisticada vestida como una motera?!

\* \* \*

—Y el premio a la mejor revista revelación de este año es para... —anunció el presentador al rato de comenzar con la entrega de premios— ¡*Miami Life Magazine!* Recoge el premio Bastian Miller, director y propietario de la revista.

Todos los asistentes aplaudían con fervor a medida que él se iba acercando al pequeño escenario situado enfrente de las mesas. Cogió con una sonrisa el trofeo y se aproximó al micrófono, esperando a que la gente parase de aplaudir para comenzar a hablar.

—En primer lugar quiero dar las gracias a todas las personas que han hecho posible que *Miami Life Magazine* haya recibido este premio tan especial. Han sido muchos años de duro trabajo, de ilusiones vertidas y de jornadas laborales maratonianas —dijo mostrando una tímida sonrisa—. Este premio se lo quiero dedicar a esas personas que han contribuido con su gran labor y su ilusión a que esta publicación sea elegida como revista revelación. Gracias a mi maravilloso y cualificado equipo —comentó buscando con la mirada a Maca, que no paraba de hacerle fotos—. Gracias por todo, gracias por hacerlo posible.

Levantó el trofeo dorado con forma de ola marina y la miró. Ella seguía haciéndole fotos a pocos pasos del escenario, pero Bastian no posaba para éstas, simplemente deseaba fervientemente estrecharla entre sus brazos y darle un gran beso. Sólo quería celebrar con ella lo que había logrado, lo que habían logrado juntos...

Después de la entrega de premios, la fiesta comenzó a relajar a todos los presentes, que formaron corrillos donde todos hablaban con todos. Bastian intentó en multitud de ocasiones disfrutar de la velada e incluso varias mujeres se acercaron a él, pero no tenía ganas de nada, y mucho menos de coquetear con alguien que no fuera esa morena que reía divertida con los otros fotógrafos invitados al evento. Los envidió; todo aquel que se acercaba a ella y le sacaba una sonrisa era envidiado por él, ya que Bastian habría deseado ser él quien la hiciera sonreír, quien escuchara sus bromas, quien la acariciara sutilmente por debajo del mantel... Estuvo tentado varias veces de acercarse a ella, pero sabía que no era buena idea. Era consciente de cómo era Maca en ciertos temas, y además él mismo le había dicho que no deseaba tener pareja, por lo que habría sido contradictorio aproximarse a ella para después no hacer nada...

—Señor Miller, he terminado con las fotos, me marcho ya —anunció al cabo de un rato acercándose donde se encontraba él, rodeado de bellas mujeres que intentaban convencerlo de irse todos juntos a una discoteca del lugar para proseguir la fiesta y la diversión.

—Uy, bonita, ¿es que te has confundido de fiesta y vas con el disfraz de Catwoman? —soltó una de las mujeres con desprecio mirándola de arriba abajo con disgusto.

—No, simpática, éste es mi uniforme de noche y acabo de afilarme las uñas... ¿Las quieres probar? —contestó Maca con chulería, haciendo que todas las mujeres se mirasen azoradas ante su contestación.

—¿Quién es ésta, Bastian? Porque, te lo digo desde ya —dijo otra mujer del grupo con tanta soberbia que incluso a él le resultó desagradable—, no pega para nada en ese lugar tan *cool*... Nena, estás desfasada con esa ropa, más apropiada para un carnaval.

—Por lo menos yo tengo que disfrazarme para ir a un carnaval; en cambio, a ti no te hace falta ningún complemento para ir de bruja —respondió Maca retándola con la mirada.

—¡Ya está bien, chicas! Maca es la maravillosa fotógrafa de mi revista y puede vestirse como le dé la gana —soltó Bastian con rotundidad, poniendo paz—. ¿Quieres que te acerque a casa? —preguntó alejándola del grupo para poder hablar con ella tranquilamente. Tenía la tonta esperanza de que le diera una respuesta afirmativa y poder, así, estar a solas un ratito con ella.

—No se preocupe, señor Miller. Ya he llamado a un taxi y, además, no va a librar de su presencia a esas pobres mujeres, ¿no? —soltó señalándolas con la mirada.

—Sí, claro... —refunfuñó, porque lo que menos le apetecía era volver con esas mujeres que la habían despreciado—. Nos vemos mañana, Maca... Ten cuidado.

Ella le sonrió y se alejó de él, con esos andares confiados y tan pocos femeninos, pero capaces de hacer que la mirasen todos, por la fuerza que desprendía con cada balanceo de su coleta y con cada contoneo de su cadera. Bastian intentó concentrarse en la conversación de aquellas mujeres, más preocupadas por el físico y por cosas banales que por divertirse. No obstante, fue imposible; al fin y al cabo, no lo sorprendió, pues en su mente seguía latente esa

española que acababa de marcharse. Se despidió de ellas con un gruñido al sentirse fuera de lugar, rodeado de esas mujeres tan narcisistas, y salió a la calle dispuesto a marcharse a su casa. Justo en el borde de la carretera la vio, esperando su taxi. A su lado se encontraba William, tocándole un hombro y acercándose peligrosamente a ella... Apretó los puños con rabia, ansiando que dejara de tocarla, que se apartara de ella. Frenó su cuerpo, que tiraba de él para romperle la cara a ese malnacido que disfrutaba acostándose con sus conquistas. Sabía que a Maca esas muestras de macho alfa no le gustaban, y además era consciente de que ella era capaz de defenderse por sí misma. De repente vio cómo le apartaba la mano de su hombro, daba un paso atrás y le decía con aquel descaro que Bastian adoraba:

—Las manos quietas, William —le advirtió irguiéndose y retándolo con la mirada—. Mira, no me considero una experta en botánica, pero reconozco a un capullo cuando lo veo —añadió con garbo haciendo que Bastian reprimiese una carcajada—, y ahora mismo estoy viendo uno y de los grandes.

Y allí, en ese preciso momento y por primera vez en esa noche, Bastian se sintió orgulloso de que Maca fuera así, como era ella: natural, sincera y fantástica.

## Capítulo 30

—¿Qué tal la fiesta? —preguntó Linda, durante el almuerzo, al ver el rostro serio de Maca, algo bastante atípico en ella, que era el fiel reflejo de la diversión.

—Todo muy chic y divino, tanto que, como yo suponía, causé estupor con mi nuevo modelito —soltó ella cogiendo su vaso de cerveza de la mesa y dando un largo trago, saciando así aquella bola que sentía en la garganta y que le impedía comer como era costumbre en ella.

—¿Por qué lo hiciste, Maca? —preguntó Emily, que sabía la ropa que había utilizado para ese evento tan importante—. Seguro que Bastian se quedaría petrificado en cuanto te vio —comentó dejando el cubierto sobre la mesa y observando la reacción de su amiga, que le mostró una ladina sonrisa que no subió a sus ojos. Éstos se encontraban sin brillo, sin esa chispa que la caracterizaba.

—Supongo que parecerá absurdo visto desde fuera, pero pensé que, si accedía a ponerme el vestido que él mismo me había sugerido, al verme se habría acercado a mí, y no podía, ni quería, que eso sucediera. Por eso compré el mono de cuero negro, porque deseaba demostrarle que mi manera de ser y de actuar no la voy a cambiar por nada ni por nadie —comentó con severidad—. Sé que si yo fuera como, por ejemplo, tú, Linda —señaló a la susodicha—, Bastian no habría palidecido cuando le confesé lo que comenzaba a sentir por él. Pero, claro, soy una tía rara a la que le gusta vestir de manera distinta, que no se calla bajo ningún concepto y que disfruta de la vida al margen del qué dirá la gente. Soy consciente de que me encuentro en esta tesitura porque he querido. Podría haberme negado antes de dar pie a nada, incluso podría haber finalizado antes esta relación basada en el sexo y en la amistad, pero no quise, y ahora... —

resopló abatida mientras daba vueltas al vaso de cerveza.

—Desde que lo dejasteis, Bastian es una sombra de lo que fue. Ha vuelto a estar huraño y taciturno... —comentó Mason—. No sé, *baby*, a lo mejor me equivoco, ya que en estas cosas, vosotras, las mujeres, nos dais mil vueltas, pero... ¿y si Bastian se arrepiente y quiere volver a intentarlo contigo?

—Te aseguro que no es el caso. Sus gestos, su manera de actuar me lo dicen a gritos. No os podéis ni imaginar lo duro que fue verlo dar un paso atrás aquella noche que se me ocurrió confesarle lo que sentía por él, como si yo fuera un orco de Mordor, como si no estuviese a su altura, como si fuera impensable que nosotros dos pudiésemos tener algo más... Fue insoportable contemplar cómo ayer coqueteaba con todas las mujeres de la fiesta, sin importarle que yo estuviera a escasos pasos de él, como si no existiera, como si no hubiéramos compartido estas semanas juntos. Fue tan desagradable advertir su indiferencia cuando esas mujeres me hablaron con malicia, como si estuviese de acuerdo con ellas, como si se avergonzara de cómo soy... —bufó con entereza, sintiendo cómo su ser se marchitaba al confesar todo lo vivido—. Bastian quiere que esto se quede en el olvido, como si jamás hubiera pasado... Es más, no me extrañaría que se arrepintiese de haberse acercado a mí hace dos mes y medio, y no como tú has dicho.

—Maca, me sorprende que digas esas cosas —indicó Emily—. Tú no eres así de negativa...; al contrario, siempre has visto el lado bueno de las cosas.

—Lo sé, pero yo también tengo mi corazoncito, uno que se ha despertado después de estar aletargado con la persona equivocada... —comunicó con aspereza—. Lo único bueno que saco de esta relación es que he vivido cuarenta y cinco días maravillosos al lado de un hombre del que me he acabado enamorando hasta las trancas —anunció mostrando una irónica sonrisa—. Ahora, simplemente, me siento vacía y estúpida, tremendamente estúpida por haberme enamorado de alguien como él, sabiendo desde el principio que nuestra relación no iba por ese camino. ¡Y eso es lo peor! Porque él nunca me engañó regalándome los oídos, siempre fue con la verdad por delante y, aun así, ¡zas! Pero, claro, ¡cómo no!, el amor sigue riéndose de mí, me muestra las mieles de la dicha para después arrebatármelas de un plumazo, como si no tuviese derecho a ser plenamente feliz, como si me quisiera tener privada de ese sentimiento. ¡Joder, chicos! —exclamó con congoja sintiendo cómo sus ojos comenzaban a

inundarse de lágrimas que ella refrenaba con todas sus fuerzas para no llorar delante de sus amigos—. Ni con Ismael he sentido lo que siento por Bastian. Él me llena, me complementa, me hace vibrar, me hace sentir todo como si antes hubiese estado privada de algún sentido vital... ¡Jamás había vivido algo parecido! Incluso pensé que estaba enfermando, sin pensar, por un instante, que me estaba enamorando como nunca de ese hombre tan distinto de mí. Y ahora, por culpa de mi boca, que nunca aprende, de repente me siento privada de él, de esos momentos que he compartido, de su manera de mirarme, de sus besos y sus caricias... Y a todo esto se le suma el hecho irrefutable de que es mi jefe y lo tengo que ver todos los días, tan cerca pero tan lejos a la vez, que hace que me sienta todavía más desesperada y más imbécil. ¡Y yo que creía que podía controlar mi corazón rebelde! —exclamó con una risa sarcástica.

—Maca, ya verás como todo va a salir bien. Tengo la esperanza de que él recapacite, que se dé cuenta de que siente algo por ti, ¡porque debe de sentirlo, joder! —exclamó Linda abrazándola con ternura.

—No, es mejor ser realistas... —confesó la fotógrafa intentando recomponerse—. No me extrañaría que ayer ya se llevara a una de esas espectaculares mujeres a su casa y hubiera llenado el hueco que yo he dejado. Uno tan pequeño, tan insignificante, que no le ha hecho falta esperar mucho más...

Los tres compañeros la miraron con cariño, se notaba que Maca lo estaba pasando mal. Esa mujer, tan acostumbrada a mostrar su lado más duro y fuerte, ahora mismo era vulnerable por culpa del desamor.

\* \* \*

Bastian esperó a que todos sus empleados salieran de la oficina y se quedó delante del ordenador sin ver nada, pensando en la noche anterior, en Maca y en cómo la rehuía esa mañana... Se despeinó frustrado con una extraña sensación en el cuerpo, no sabía a qué era debido, pero llevaba desde el mismo día en el que dejó por última vez a Maca delante de su edificio con esa desazón que no lo dejaba ni dormir ni comer. Bajó en el ascensor hasta llegar a su coche, arrancó el motor y se agarró con fuerza al volante, pensando en que no tenía ganas de volver a su solitario piso, ya que ese lugar estaba tan lleno de recuerdos de la



española que se le hacía insoportable permanecer allí sin volver a pensar en ella, en su manera de reír, en sus ojos negros, que lo miraban con provocación, en sus labios succulentos, que se volvían irresistibles cuando mostraba una sonrisa. Por tanto, se dirigió hacia la casa de sus padres, el único lugar en el que deseaba estar en aquellos momentos, aunque eso supusiera tener que hablar de lo que había ocurrido con Maca, algo que no le apetecía hacer, pero que sabía que sería inevitable...

—Mamá —llamó al entrar en la casa y no verla sentada en el sofá del salón.

—Estoy en la cocina —oyó que decía, y se dirigió hacia allí.

—Pero, Mike, ¿qué haces aquí? —preguntó Bastian sorprendido al ver a su hermano sentado al lado de su madre.

—¡He vuelto! —dijo con guasa mientras se levantaba del taburete y ambos se daban un abrazo fraternal.

—¿Ya te has cansado de Vietnam? —soltó dándole un beso a su madre para, después, sentarse tras la gran isla con ellos.

—Más o menos —dijo con una sonrisa—. Hermano, ¡vaya cara tienes! ¿Es que no te deja dormir Maca por las noches? Ay, las latinas, tienen fuego en el cuerpo... —comentó haciendo reír a su madre.

—No lo sabes tú bien, hijo —confesó Lucre posando un vaso de cerveza sobre la isla y sentándose junto a Michael.

—Maca y yo ya no nos estamos viendo fuera del trabajo —repuso Bastian con seriedad mientras cogía el vaso y le daba un largo trago, esperando la reacción de su familia, que no tardó en aparecer.

—¿Qué has hecho? —soltó Michael sin dejar de mirarlo.

—¡Nada! Bueno, a ella no le he hecho nada, simplemente han entrado en juego los sentimientos y, claro, no podíamos seguir como si nada —explicó con dificultad.

—Vamos, que la española se ha enamorado de ti y tú te has asustado —resumió Lucre aclarándole las dudas a Michael, que no había entendido nada de lo que había intentado decir su hermano.

—No me he asustado, mamá. Pero ella y yo no podemos ser algo más.

—¿Por qué? —preguntó Michael con curiosidad.

—Porque no, Mike. Maca y yo somos muy distintos, su manera de comportarse y de ser no es afín a la mía y esas cosas hacen mella en una

relación. Además, ¡que no quiero tener novia! —exclamó nervioso.

—Nosotros tampoco somos como tú. No nos comportamos como tú ni pensamos como tú, ¡menos mal! Dime, ¿también nos dejarás de ver a nosotros? —preguntó su hermano con seriedad.

—¡Vosotros sois mi familia! —exclamó exasperado por sentir que no lo comprendían.

—Bastian, estás diciendo tonterías. No te puedes escudar en que sois distintos. ¡Eso ya lo sabías cuando comenzaste a salir con ella! —recordó Michael.

—Cariño, cuando estáis a solas, ¿te gusta estar con ella? —preguntó Lucre con ternura.

—Sí, pero eso no quita que seamos muy dispares. Deberíais haber visto cómo acudió ayer vestida al evento que os comenté, cómo se comportó delante de mí —indicó Bastian mientras negaba con la cabeza desaprobando su conducta—. Yo no puedo estar con una persona que disfruta contradiciéndome, a la que le gusta provocarme con su manera de vestir, con su manera de actuar. Lo siento, pero no puedo...

—Vale, no puedes, pero dime, ¿quieres? —inquirió Lucre.

—¿Cómo? —soltó extrañado ante su pregunta.

—A ver, Bastian, sé que tu razón te está diciendo que ella no es la indicada, que es así o asá, y que no cuadra con tu esquematizada vida. Pero ¿y tu corazón? ¿Le has prestado atención en este dilema o simplemente te has escudado en las razones por las cuales no puedes o no quieres estar con ella? —inquirió Lucre.

—Mamá, ¡los corazones no hablan! —terció extrañado de aquella explicación que le estaba dando su madre.

—Bastian, ¿te has enamorado alguna vez? —preguntó Michael, consciente de lo reservado que era éste con su vida privada.

—Nunca me lo he permitido. Siempre había algo más importante en lo que debía focalizar toda mi atención —explicó con pasividad, como si fuera lo más normal del mundo.

—No te lo has permitido... —reiteró Michael, asombrado de la frase que había empleado su hermano.

—¡Sí, eso he dicho! Perdonad por no ser como vosotros, que anteponéis vuestros sentimientos a todo lo demás. Yo tenía claro que lo primero era mi

revista, lograr que triunfase y, cuando llegara ese momento, poder buscar el amor —inquirió Bastian, molesto porque no entendiesen su punto de vista.

—El amor no se busca, hijo. El amor te encuentra, estés o no preparado. Te llena y te expande, te aturde y te sacude. No es algo que se pueda señalar en el calendario como si de una tarea se tratase —aseveró Lucre.

—Pues yo sí que lo hago —opinó con terquedad—. Y, aunque la revista ha prosperado mucho en los últimos meses, aún no estoy preparado para dejar que el amor entre en mi vida.

—¿Echas de menos a Maca? —preguntó Michael, obviando la última afirmación de su hermano mayor.

—Sí... Bueno, es normal, ¿no? Hemos vivido muchas cosas y es una mujer maravillosa. Es lógico que la extrañe, que eche en falta su sentido del humor y sus chascarrillos, esa manera tan suya de hacerme reír con cualquier tontería y esas ganas de vivir que me contagia —contestó mientras levantaba los hombros con resignación, como si fuera algo normal sentir aquella carencia.

—Ya, entiendo... Y si Maca no se hubiese enamorado de ti, ¿habrías seguido con ella? —preguntó su hermano con curiosidad.

—¡Sí, por supuesto que sí! Pero no es el caso...

Michael y Lucre se miraron y negaron con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Bastian de malas maneras. Su hermano y su madre siempre tenían la mala costumbre de comunicarse con gestos, sin que él entendiese nada.

—Nada, hijo, nada... —susurró Lucre con ternura mientras le acariciaba la mejilla, borrando los gestos de preocupación de su rostro.

—¿Cómo que «nada», mamá? —soltó Michael mordaz—. Bastian, ¡espabila, tío! Cuando te des cuenta de lo que has perdido por miedo o por no saber distinguir lo que tienes con ella, será demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —preguntó él sin entender nada de lo que le decía.

—No se lo digas, Mike. Tiene que descubrirlo por sí mismo —pidió Lucre con cariño mientras se levantaba del taburete y le daba un beso en la mejilla a su hijo mayor, que los miraba todavía más confundido.

—¿Qué tengo que descubrir? —preguntó Bastian en un vano intento de disipar aquel misterio.

Su madre y su hermano lo miraron y negaron con la cabeza. Después cambiaron drásticamente de tema, dejándolo pensativo mientras se terminaba la cerveza e intentaba encontrar alguna lógica a lo que le habían dicho, o, en definitiva, a lo que no le habían dicho.

Después de cenar con toda su familia, volvió a su apartamento, sin ganas de estar solo pero necesítándolo a la vez, una sensación muy contradictoria que lo hacía sentirse todavía más confuso de lo que ya estaba. Después de ponerse cómodo, se tumbó en la cama, mirando el techo, tratando de que el sueño lo venciese y así poder dejar de pensar, algo que necesitaba con urgencia, ya que imaginaba que su mente la había tomado con él y no lo dejaba ni descansar un segundo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se sorprendió pensando en Maca... Cerró los ojos intentando quitarse la imagen de ella a su lado, acariciándole delicadamente la cabeza mientras hablaban antes de dormir, sin dejar de mirarse por un instante, como si necesitasen comprobar que el otro se encontraba al lado, escuchando con atención. Resopló frustrado mientras se despeinaba el cabello. No tenía ni idea de qué le pasaba, lo único que sabía era que tenía pensamientos incoherentes y que lo mejor que podía hacer para alcanzar sus metas era que Maca se olvidase de él y él de ella. Lo que tardara en lograrlo no importaba, lo importante era que cada uno volviese al puesto que le correspondía: él, el jefe, y Maca, la fotógrafa, una bastante alocada que no podía reprimir hablar siempre de más, pero, al fin y al cabo, una gran profesional a la que deseaba tener en su equipo.

## Capítulo 31

Se miró en el espejo antes de salir de su piso. No tenía muy buen aspecto, ésa era la verdad, pero como bien decía su amiga Almu, con una buena base de maquillaje y unas sombras adecuadas, un mapache puede convertirse en la reina de la fiesta; aunque con tapar las ojeras y el rostro ceniciento Maca se contentaba, ya que aspirar a ser la reina de algo era demasiado pedir. Había pasado poco más de una semana desde aquella noche en la que le confesó sus sentimientos a Bastian, nueve días en los cuales no cruzaron más palabras que las pronunciadas en el día de la entrega de premios. Nada más. Después, por mandato de él, cualquier comunicación que pudiera tener con la fotógrafa de su revista pasaba por una persona, la encargada de hacérselo llegar a Maca, la secretaria de él, su amiga Linda, que se encontraba en medio de los dos, sin poder hacer nada más que acatar órdenes e intentar que a su amiga no le afectase que su jefe no quisiera cruzar dos palabras con ella, ni siquiera por vía electrónica. Nada. Cero. Era como si quisiese evitarla a toda costa, lo que afectaba incluso a su marcada rutina. El señor Miller salía ahora el primero a almorzar o al acabar la jornada laboral —cuando antes era casi el último en hacerlo—, y entraba más tarde para no tener que cruzarse con ella en el ascensor o por la oficina, cuando solía ser siempre de los primeros en llegar. Su enfriamiento afectó, en cierta medida, a todos los compañeros de la revista, que observaban cómo su jefe había pasado de la amabilidad al enfado continuo en pocos días, como si volcase, según Maca, en ellos toda la rabia o el desprecio que le tenía. El ambiente se volvió irrespirable, e ir a trabajar se estaba convirtiendo en una tarea ardua que le estaba afectando más de lo que le gustaría admitir.

Entró como todas las mañanas a la oficina, saludando a quien encontraba a su paso, sabiendo que en el despacho de su jefe no hallaría a nadie y que, en breve, cuando estuvieran todos los empleados sentados, aparecería, taciturno, refunfuñando en voz baja un escueto saludo, metiendo prisa y dando órdenes a diestro y siniestro, menos a ella, a la que todo se lo transmitía Linda con paciencia y ternura.

A mitad de la mañana, el sonido de unos altos tacones hizo que Maca levantara la mirada y lo que encontró la hizo clavarse las uñas en la palma de la mano, maldiciendo su curiosidad. Contoneándose con descaro con un ceñido vestido de color blanco que no dejaba mucho para la imaginación, balanceando su perfecto cabello recién sacado de la peluquería y encaminándose directamente al despacho donde se encontraba Bastian, apareció Maggie... Maca intentó no girarse para observar la reacción de su jefe cuando ésta entrara en el despacho, aunque la curiosidad la hizo flaquear y, al mirar, maldijo por dentro. ¡No podía estarse quietecita y centrarse en trabajar, no! Allí se encontraba la Mata Hari, la ex de Bastian, de William y, por lo que le había contado Linda hacía un par de días, también la ex de Walter, apoyando con descaro su embutido trasero en la esquina de la mesa de Bastian, demasiado cerca de él, tanto que éste podría recorrerle con las yemas de los dedos las piernas sin que nadie se percatara. Se lo estaba comiendo con los ojos, acercándose demasiado a él, con coquetería, pero lo que la sorprendió no fue la acción de ella, ya que desde la primera vez que la vio supo de qué pie calzaba, sino la risa de él, la manera de mirarla, la forma que tenía de sentarse, como si estuviera barajando la posibilidad de volver de nuevo con ella o incluso de tener un escarceo. ¡Era un hombre, ¿no?! Volvió a mirar la pantalla del ordenador, obligándose a no girarse de nuevo, ya que estaba a punto de erupcionar como un volcán, dejando a un lado su raciocinio, que le recordaba con amargura que ese hombre era libre como un pajarito y que podía hacer lo que le diese la gana, pero sintiendo cómo la rabia la envolvía al ver la facilidad con que Bastian la había olvidado. ¡Qué insignificante había sido para él! Pero, claro, para él sólo había sido una aventura sexual, nada más... Reprimió un suspiro y se concentró en el trabajo. De repente oyó la risa maliciosa de esa mujer y se imaginó cómo acabaría aquel día para el señor Miller. Cerró los ojos e intentó ignorar lo que sucedía a su espalda.

\* \* \*

—De verdad, chicas, no me apetece —comentó Maca recogiendo sus cosas para marcharse a casa.

—Sólo una cerveza, nos echamos unas risas y cada una a su casa —repitió Linda.

—Sabes que no puedes decirnos que no —recordó Emily con una sonrisa, haciéndola sonreír por un segundo—. Somos más cabezotas que tú.

—¡Y ya es decir! —exclamó Maca—. Vale, pero sólo una.

Las tres compañeras salieron de la revista hablando del trabajo, de sus respectivos novios y del calor que hacía en la calle a esas horas de la tarde, hasta llegar a la zona de copas de Miami Beach. Se sentaron tras una mesa de un local que Linda conocía y, mientras el camarero les llevaba las primeras cervezas, ésta les habló de su novio, con el que parecía que iba en serio, algo de lo que Maca se alegró. A esa primera ronda les siguieron unas cuantas más, haciendo el ambiente un poco más distendido y perfecto para hablar de cosas más serias, como aquella por la que las dos amigas de Maca estaban tan preocupadas, la verdadera razón de esa salida de chicas.

—¿Cómo estás? —preguntó Emily sin vacilación.

—Borracha. ¡Joder! —resopló Maca, sintiendo que las mejillas le ardían por culpa de la ingesta de alcohol—. Con lo que yo era y ahora me estoy volviendo una mojugata —comentó entre risas.

—Maca, ¿por qué no hablas con Bastian? Se nota que él también lo está pasando mal y estáis los dos evitándoos... —informó Linda haciendo una mueca de preocupación.

—Pues hoy lo he visto muy animado con su amiguita —soltó con desagrado mientras daba vueltas a su cuarto vaso de cerveza.

—¡Parecéis dos niños! —exclamó Emily molesta—. ¿Es que no has visto la mala cara que ha puesto cuando la ha visto?

—¿Mala cara? ¡Le estaba poniendo ojitos! Bah, si ya da igual, chicas. Se nota que no quiere nada conmigo, tanto, que incluso me evita y utiliza a su secretaria como comodín para comentarme las cosas referentes al trabajo —anunció levantando el vaso y dando un largo trago—. Que le aproveche a Mata Hari.

—Maca, Bastian no quiere nada con Maggie, te lo puedo asegurar. Los estaba escuchando desde mi mesa y él no paraba de frenarla y de darle negativas —informó Linda con cariño.

—¿Sabéis qué es lo más fuerte de todo esto? —preguntó ella dejando el vaso vacío sobre la mesa y haciéndole una señal al camarero para que le sirviese otra.

—No, ¿qué? —inquirió Emily.

—Que me bastaron sólo unos días para superar mi ruptura con Ismael. ¡Unos días! —exclamó mientras asentía con la cabeza—. Una relación de año y medio, conviviendo bajo el mismo techo, creyendo que era el hombre de mi vida, el definitivo... Me sugiere que lo dejemos porque él ya no está enamorado de mí y yo, con toda la buena voluntad del mundo, le digo que sí... Chicas, me bastaron un par de días para darme cuenta de que era lo mejor, que una relación sin amor no era viable y ¡ya está! Lo superé, punto final... No hubo malas noches, ni malestares, ni nada... ¡Ni siquiera cuando vino hasta aquí a confesarme que era gay y se iba a casar! —explicó mientras cogía la cerveza que le acababa de poner el camarero—. En cambio, con Bastian... ¡Joder, que yo sabía que se podía acabar! Y, aun así, me ha dolido de una manera tan sorprendente que no consigo aliviarlo con nada...

—Maca, si lo quieres, lucha por él. Haz que vuelva contigo, no lo alejes todavía más de tu lado —indicó Linda.

—No, Linda... No puedo hacer eso otra vez —resopló con congoja—. Él no quería tener nada conmigo, aunque se sentía atraído por mí. Pero fui yo la que dio el paso, la que lo arrastró a tener lo que hemos vivido. No puedo volver a hacerlo. Él sabe que lo quiero, que estoy locamente enamorada, pero me ha apartado como un mueble viejo. No puedo hacer otra cosa más que olvidarme de él de una vez por todas o marcharme de la revista.

—¿Marcharte? —reiteró Emily—. ¿Lo harías?

—Si veo que no puedo soportar trabajar con él, sí que lo haré. Pero no puedo irme con una mano delante y otra detrás. Sé que en España tengo la oportunidad de volver a trabajar para mi antiguo jefe, pero no sé, no quiero renunciar tan pronto a este sueño —dijo con una tímida sonrisa.

—Esperemos que no haga falta, Maca... Te echaríamos un montón de menos —susurró Emily con tristeza al imaginar que su compañera se podría marchar—. Dime, ¿ahora quién se hará selfis con los famosos que entrevistemos? —soltó



haciendo reír a Maca.

—Bueno, es sólo una idea, aún no he tomado ninguna decisión formal. Todo depende de cómo marchen las cosas entre Bastian y yo. No quiero sentirme incómoda en mi empleo; necesito trabajar a gusto para poder dar lo máximo de mí.

—Si llega el momento, te ayudaremos a buscar un nuevo trabajo, y cerquita de nosotras. Para que sigamos almorzando juntas —anunció Linda cogiéndole la mano con ternura.

—Gracias, chicas, sois las mejores.

\* \* \*

—¡Hola, hermano! —saludó sentándose enfrente de él.

—¿Qué quieres, Mike? —preguntó Bastian de malas maneras.

—Hablar contigo. ¡Menudo ambiente tenéis en la revista últimamente, ¿no?! —soltó con sorna.

—No tengo tiempo para tus tonterías, Mike. ¡Ve al grano del asunto!

—¿No puedo venir a ver a mi hermano favorito? Es cierto que eres el único, pero y lo bien que queda decirlo así —comentó con gracia, haciendo que Bastian lo mirase con mala cara.

—Estoy trabajando, Mike —indicó señalando la oficina.

—Ciego no soy, Bastian. Pero te recuerdo que eres el jefe —dijo guiñándole un ojo.

—Un jefe con mucho trabajo...

—Me he enterado de que la semana pasada vino Maggie a la oficina —anunció Michael evaluando la reacción de Bastian.

—Sí, vino para intentar llorar en mi hombro porque Walter había roto su relación. ¡Tú te crees...! Tiene muy poca vergüenza esa mujer, venir hasta aquí, insinuarse de un modo descarado, para intentar que volviese con ella —escupió cabreado.

—Espero que le dijese que no.

—¡Por supuesto! No soy tan estúpido.

—Anda, por lo menos reconoces que lo eres en cierta medida —comentó Michael con guasa.

—Muy gracioso —bufó molesto—. ¿Quién te lo contó?

—Linda. El otro día quedamos para conversar y, bueno, me comentó eso y que estás de un humor pésimo, que todo te molesta, incluidos tus empleados.

—Estoy desbordado de faena, ¿qué quieren? Expandirnos por todo el país requiere de más trabajo y mucho más esfuerzo, es normal que esté irascible.

—¿Y cierta española no tiene nada que ver? —preguntó alzando una ceja divertido.

—No empecemos, Mike. ¡Estoy harto de hablar de ese tema! Ya te lo he dicho mil veces, Maca es muy maja pero no quiero tener nada serio con ella.

—Quiere marcharse de la revista, Bastian —confesó Mike en voz muy baja.

—¿Cómo? ¿Quién te ha dicho eso? ¿Ha sido ella? —preguntó cerrando los puños y cambiándole el rostro a uno más serio y preocupado.

—No, me lo ha dicho Linda. Me ha contado que ya ha tenido un par de entrevistas y que, cuando encuentre algo seguro, te presentará su dimisión.

—Pero ¿por qué? —inquirió extrañado ante aquella noticia.

—¡Porque te quiere, Bastian! ¿No te das cuenta de que ella no es un robot y que lo está pasando mal? —soltó Mike negando con la cabeza—. Mira, yo no tengo ni idea de si sientes o no algo por ella, ya que eres muy esquivo cuando te pregunto. Sólo piensa una cosa: desde que no estás con Maca todo te va fatal. Tienes peor carácter, te levantas de mal humor, tienes una cara de lechuga mustia tirando a podrida que no se puede aguantar y, además, intentas apartar los problemas centrándote en el trabajo.

—¿Por qué no me lo ha dicho ella? —preguntó extrañado de que ésta no se lo hubiese dicho a la cara. Maca no era de las que se escondían detrás de nadie, eso lo sabía muy bien.

—¿Qué? ¿Que se va? —Bastian asintió—. Pues porque hasta que encuentre otro empleo no te lo puede decir. Ella desde siempre ha sido sincera contigo, creo que la que más, pero tú no lo has sido con ella...

—Yo le dije que no podíamos seguir así. ¡No la engañé, Mike! —exclamó exasperado por todo aquello.

—Lo sé, y ella también lo sabe. Pero ha surgido así. Te puedo asegurar que Maca no quería que acabara así la historia. ¡No quería enamorarse de ti! —anunció con una sonrisa, negando con la cabeza ante la absurda situación que estaban viviendo su hermano y la española.

—¿Te lo ha dicho ella o también Linda? —inquirió tocándose con frustración el rostro, donde una incipiente barba comenzaba a oscurecer su tez.

—Me lo dijo ella... —susurró Mike—. Esta mañana a primera hora he ido a su casa. Me la he encontrado más bonita..., con su cabello enmarañado, sus mejillas rojizas y sus ojos soñolientos.

—¿Por qué has ido a su casa? —preguntó notando que su tono era mucho más hosco para una simple cuestión como ésta, sintiendo cómo se le retorcían las entrañas al saber que su hermano había tenido la suerte de verla recién levantada de la cama.

—Para saber cómo estaba y para ofrecerle mi ayuda —indicó Michael con una amplia sonrisa.

—¿Tu ayuda para qué?

—Para encontrar otro trabajo, por supuesto. Vamos a ver, tú estás mal y ella está mal, es mejor poner tierra de por medio, que ambas partes comencéis de cero y todos tan felices.

—¡No! —rugió sorprendiéndose a sí mismo por su reacción desmedida.

—¿No, qué? —inquirió Michael intentando disimular su satisfacción al ver la reacción de su hermano, algo que había buscado al presentarse allí.

—Que no quiero que la ayudes, que no quiero que se vaya de aquí, *shit!* —soltó enfadado.

—Pero ¿por qué? Pensé que me lo agradecerías —comentó con aparente inocencia.

—¿Cómo te lo voy a agradecer? ¡Me vas a privar de una maravillosa profesional para cedérsela a la competencia! No. ¡Me niego! —terció dando un puñetazo en la mesa que hizo que todos los empleados se girasen sorprendidos por aquella actuación tan tajante y violenta de su jefe.

—Bueno, eso no te atañe a ti, Bastian. Eso tendrá que decidirlo Maca. Si ella se quiere ir...

—Se lo prohibiré —terció con convicción.

—No estamos en una dictadura, Bastian. No puedes obligarla a que se quede aquí —le recordó Michael apoyando la espalda en la silla, observando el enfado de su hermano, que iba en aumento a medida que él lo iba provocando.

—¡Me importa una mierda! No quiero que se vaya y punto —reiteró todavía más cabreado.

—Pero ¿por qué? Es sólo una fotografía. Seguro que encuentras a otra que sea igual o mejor que ella —opinó con pasividad—. Incluso yo te ayudaré a encontrar a un buen profesional para que la sustituya.

—¡Que no, Mike! —gruñó retándolo con la mirada, visiblemente enfadado solamente al pensar en aquella probabilidad.

—Pero ¿por qué? —inquirió de nuevo con aparente ingenuidad.

—¡¡Porque la quiero a ella!! —protestó levantándose del asiento para clavar su mirada verdosa en su hermano, que simplemente sonrió complacido.

—¿La quieres? —reiteró enarcando una ceja juguetón, ya que había caído en su elaborada trampa.

—Como profesional, por supuesto —masculló frunciendo ligeramente el ceño, sorprendido por sus palabras, mientras se dejaba caer de nuevo en la silla, asimilando como podía lo que había ocurrido y, sobre todo, lo que había confesado con rabia y desesperación.

—Claro, claro... —susurró reprimiendo una sonrisa—. Bueno, hermano, te dejo. He quedado con Maca para almorzar.

—¿Has quedado con ella? —inquirió apretando la mandíbula, frenando cualquier sandez que destapara la poca gracia que le hacía que su hermano se viese tanto con ella.

—Sí, y no hay que hacer esperar a las damas —comentó con una sonrisa mientras salía del despacho.

No despegó la mirada de él y tuvo que recordarse, en más de una ocasión, que era su hermano pequeño, el mismo que le acababa de dar dos besos en las mejillas a Maca sin venir a cuento, que la ayudaba a coger su bolso y que la dirigía hasta el ascensor apoyando sutilmente una mano en la parte baja de su espalda. Cerró los ojos y se frotó la cara con pesar: Maca quería marcharse de su lado.

—¡JODER! —gritó furioso mientras daba otro puñetazo en la mesa.

Las pocas personas que había en la oficina se giraron de nuevo hacia él y rápidamente desaparecieron de su vista, con temor de que algún inocente se cargara ese mal humor que tenía últimamente su jefe.

«¿Qué narices me pasa? No dejo de pensar en ella, de soñar con ella, e incluso me tengo que masturbar pensando que es ella la dueña de esos dedos que envuelven mi polla... Y ahora... ¡se quiere ir de mi lado! No la podré ver todas

las mañanas, cómo trabaja absorta sin darse cuenta de que la estoy observando, ni podré oír su risa cuando habla con Mason, Linda o Emily, no podré ver su peculiar vestimenta cuando gire la cabeza para saber qué hace en esos momentos, ni siquiera podré oír su atrevidas contestaciones, porque ella me quiere dejar... *Shit!* ¿Por qué me importa tanto? ¡Es una trabajadora más, ¿no?! Que se vaya si quiere, que me deje solo de una vez, para poder gritar a gusto este ahogo que siento en mi pecho, que no me deja respirar, que no me deja descansar desde hace dieciocho días... Porque no siento nada por ella, ¿verdad? Lo que me pasa es a causa del estrés del trabajo y de las circunstancias, no tiene nada que ver con eso que llaman “amor”, ¿verdad?», pensó todavía más confundido mientras se amasaba el cabello, sintiendo cómo lo llenaba una extraña sensación de tristeza y desesperación.

## Capítulo 32

Maca se sentó detrás de su mesa cuando acabó de almorzar con Michael. Fue agradable hablar con él, escuchar sus divertidas anécdotas de todo lo acontecido en Vietnam, de las razones por las que había vuelto a Miami; según le explicó, había encontrado lo que andaba buscado, una razón para seguir hacia delante, un aliciente para emprender su nueva vida allí, rodeado de los suyos. Michael era una gran persona, de eso no había duda, y aquella vez volvió a demostrárselo cuando no pronunció en ningún momento el nombre de su hermano ni siquiera hizo referencia a lo que, estaba segura, sabía. Era mejor así. Maca seguía barajando la posibilidad de dejar la revista, aunque aún no lo tuviese claro. La frenaban varias cosas, y la primera y la más importante era que estaba en una gran empresa, le gustase o no su jefe, y sabía que cuando llegase el momento prosperaría tanto que le daba pena abandonar aquel puesto a mitad de camino por un desencanto amoroso.

—Maca, tienes una llamada urgente —dijo Linda acercándose a la carrera a su mesa—. He intentado pasártela, pero no he podido... Creo que hay un fallo con las líneas internas... De verdad que no sé qué le pasa a tu teléfono, creo que le han echado un mal fario o algo así...

—¿Urgente? —preguntó Maca levantándose de su silla mientras seguía a su compañera a la mesa de ésta.

Antes de descolgar el teléfono, la mirada de Bastian y la suya se encontraron un segundo, después Maca se dio la vuelta para poder responder a la llamada sin tener la seductora imagen de su jefe delante.

—¿Sí, dígame?

—¿Maca? —oyó un quejido de fondo.

—Sí, soy yo.

—Soy Julen —dijo él, y de repente se oyó una respiración entrecortada.

—Ay, ¡no! —exclamó imaginándose la razón de su llamada mientras se llevaba la mano a la boca para aguantar la emoción.

—Estamos de camino al hospital. Abril me ha insistido en que te llamara ahora para que lo supieras. ¡Ha llegado el día! —exclamó henchido de felicidad.

—¡Qué alegría! —soltó con emoción—. Intentaré ir lo antes posible.

—Lo sabemos —susurró Julen—. Espera, que Abril quiere hablar contigo. —Se oyeron unos ruidos cuando el móvil cambió de manos.

—¡Maca! Tráete al jefe cañón, me gustó para ti —dijo Abril entrecortadamente.

—Buf... —resopló con una sonrisa—. Eso va a estar más difícil. Pero no te preocupes, que iré a veros, como muy tarde pasado mañana. Voy a intentar solucionarlo lo antes posible.

—Uf... ¡Te dejo! Que el bebé quiere salir yaaaaaaaaaaaa —gritó Abril, y la comunicación finalizó.

—¿Todo bien? —preguntó Linda en un susurro.

—Sí —asintió Maca con una amplia sonrisa—. Pero, antes de nada, tengo que hablar con nuestro amabilísimo jefe —comunicó haciendo una mueca de terror que hizo reír a Linda.

—¿Quieres que le diga yo algo de tu parte? —preguntó Linda con ternura.

—No, esto lo tengo que hablar yo con él. Le guste o no le guste. ¡Ya te contaré! —indicó mientras le guiñaba un ojo.

»¿Puedo hablar con usted? —preguntó Maca asomándose al despacho de su jefe.

—Claro —carraspeó Bastian intentando aparentar normalidad, aunque en su interior estuviese a punto de explotar en cualquier momento—. Siéntate, por favor.

—Gracias, pero va a ser rápido. Me acaban de llamar...

—Te vas, ¿no? —soltó de malas maneras, interrumpiéndola.

—Ehm... —titubeó sin comprender cómo lo sabía, ¿acaso la estaba espiando?—. Sí, me acaban de llamar para avisarme y...

—¿Y te parece bonito hacerlo precisamente ahora? —inquirió con tono malhumorado, interrumpiéndola de nuevo.

—Señor Miller, ni bonito ni feo, las cosas ocurren y punto —terció sin entender por qué estaba tan enfadado, ¡sólo iba a estar fuera de la oficina un día! Puesto que al día siguiente era viernes, aprovecharía ese fin de semana para visitar a su amiga y volver de nuevo a Miami.

—No quiero que te marches —repuso él con rotundidad.

—Necesito irme, señor Miller, me acaban de llamar y... —dijo señalando el teléfono de Linda con la mano.

—Sí, ya me imagino qué tipo de llamada has recibido, y ¡no! —exclamó más alto de lo estrictamente necesario, haciendo que Maca frunciera el ceño.

«Pero ¿qué coño le pasa a éste?», se dijo.

—¿No? ¿Ésa es su respuesta? Sabía que nuestra relación estaba cortante, tanto que ha tenido que utilizar a un mensajero para darme las indicaciones de mi trabajo, pero no que por eso me impidiese visitar a mi amiga que está ahora mismo dando a luz... —comentó dolida sin dar crédito a que hubiesen llegado a ese extremo de hacerse daño gratuitamente.

—¿Cómo? —preguntó Bastian sin entender nada de lo que ella le decía—. ¿Qué has dicho?

—Me acaba de llamar ahora mismo Julen para...

—¿Julen? —soltó interrumpiéndola de nuevo, haciendo que ella se ofuscase todavía más. ¿Por qué no la dejaba hablar?

—¡Claro! ¿Quién creía que me había llamado a la oficina? ¿El dentista? —inquirió perpleja ante la reacción desmedida de él.

—Creía que te habían llamado de otro trabajo... —resopló un poco más tranquilo, despeinándose con una mano y bajando la mirada a su regazo. «Menos mal, no se va», pensó aliviado.

—¿Y por qué deberían llamarme de otro trabajo?

—Yo pensaba... —intentó decir, pero se calló de golpe clavando su mirada en ella, que seguía de pie, erguida y desafiante, dispuesta a pelear con él y con quien se pusiera en su contra, sin achantarse por las circunstancias—. ¿Qué quería Julen?

—Avisarme de que Abril ya está de camino al hospital para tener al bebé —contestó negando con la cabeza—. ¿Qué pensaba?

—Eso no importa. Puedes marcharte a España cuando quieras. Supongo que venías a pedirme permiso, ¿no?



—¡Pues sí! Pero no me ha dejado —alegó con desesperación.

—Lo sé... Lo siento, tengo mucho trabajo y... —bufó confuso intentando encontrar alguna respuesta válida para justificar su comportamiento, pero no había ninguna, se había comportado como un energúmeno.

—¿Es que quiere que me marche de la revista? —inquirió ella con terquedad, enarcando una ceja, intentando averiguar lo que pensaba en realidad—. Si es así, dígamelo claramente, no juegue conmigo al despiste. ¡Sabe que odio las mentiras!

—No, todo lo contrario... —declaró Bastian con sinceridad—. ¿Tú quieres marcharte de aquí, Maca?

—Se me ha pasado por la cabeza irme, no se lo voy a negar. Es tentador poner tierra de por medio, dejar de ver con mis propios ojos cómo pasa de mí, día tras día, cómo me ignora de esa manera tan cortante, cómo me juzga por mi manera de vestir o de hablar... ¡Y cansa! —exclamó exasperada—. Lo cierto es que aún no había tomado una decisión en firme, ya que estaba esperando a ver si volvían las cosas a la normalidad, pero si estamos los dos de acuerdo, hoy puedo presentar mi renuncia y tan amigos —terció con seguridad.

—Yo no quiero que te vayas, Maca. Sé que no he sido un buen ejemplo de jefe, ni de amigo, ni de nada... Lo nuestro ha traspasado un nivel que jamás pensé que pasaría y, aunque no deseaba que sucediera así, no sé cómo afrontarlo sin que nadie se entere de que entre nosotros ha sucedido algo...

—No pasa nada, señor Miller. Lo entiendo, ¡de verdad! Y se lo voy a poner muy fácil, tanto que no va a tener que hacer nada. Vamos, ¡ni mover un dedo! Para que así no tenga que avergonzarse de que alguien se entere, ni sus trabajadores ni en su glamuroso círculo de amigos, que ha tenido algo con una persona como yo —dijo forzando una sonrisa, sin titubear—. No quería que sucediera así, quería pensarlo mejor, no dejarme llevar por los sentimientos ni por un loco impulso, pero veo que es lo mejor para los dos. —Hizo una pausa para coger aire y clavó su mirada en él, que se encontraba expectante—. Tiene quince días para buscarse a otro fotógrafo. Mañana no vendré a trabajar porque quiero ir a ver a Abril, pero el lunes cumpliré con mi horario e incluso haré horas de más para cubrir mi ausencia...

—No, Maca, no quiero que te vayas —aseveró irguiéndose en la silla mientras apretaba los puños con fuerza, frenando el inconsciente impulso que le

decía que la retuviese allí como fuera.

—Es lo mejor, señor Miller. Usted mismo se ha dado cuenta. No podemos trabajar juntos. ¡No podemos seguir así! —exclamó exasperada por aquella situación incómoda.

—No voy a aceptar tu renuncia —avisó mientras negaba con la cabeza—. No puedes irte sin mi consentimiento, no puedes hacerme esto...

—Dentro de quince días me marcharé, haya o no un sustituto para mi puesto —terció con terquedad justo antes de salir del despacho, sintiendo cómo su ser se marchitaba al dar ese paso.

Se alejó a grandes zancadas de él, notando su mirada clavada en la espalda, sin entender qué le ocurría para pensar que la habían llamado de otro trabajo... ¡Si estuviese buscando otro puesto, se lo habría dicho ya a él! ¿Por qué pensaba eso entonces? Se sentó delante de su ordenador y negó con la cabeza sin entender nada de lo acontecido minutos antes. Sin perder tiempo, buscó un vuelo que saliese esa misma noche rumbo a España. Le iba a venir bien estar unos días alejada de la influencia de Bastian, unos días para disfrutar con sus amigos, con su gente, y así poder confesarles que, como ella se temía al empezar esa no relación, todo lo que empieza acaba...

\* \* \*

—Macarena, ven —oyó la voz rotunda de su jefe a pocos pasos de donde se encontraba, abriendo la puerta del estudio e invitándola a entrar.

Sólo faltaban diez minutos para acabar la jornada laboral, había podido reservar un billete de avión que salía esa misma noche e incluso había podido adelantar trabajo para que eso no entorpeciese su partida. Se levantó intentando pensar las razones por las que la hacía pasar en esos momentos al estudio. Al entrar, observó cómo Bastian cerraba la puerta detrás de él y comprobaba que las cortinas taparan los cristales para que nadie los viese.

—Tengo prisa, mi vuelo sale en menos de dos horas —informó Maca cruzando los brazos y observando el rostro ceniciento de su jefe.

—Será sólo un minuto —dijo dando un paso hacia donde estaba ella—. No quiero perderte.

—Ya lo hemos hablado antes, señor Miller...

—Llámame Bastian —susurró herido.

—No —terció ella con decisión—. No podemos seguir así, usted ignorándome y yo sintiendo que me apago porque no me quiere tocar, ni besar...

—Yo..., Maca, nunca he querido hacerte daño... —murmuró posando su mirada en los labios entreabiertos de ella.

—Señor Miller, no se preocupe por mí, ya sabía a lo que me exponía cuando acepté tener algo más con usted. No pensé que acabaría enamorándome perdidamente de usted, pero, ¡chico!, es algo que no puedo remediar, algo que siento aquí —dijo tocándose el lado del pecho donde se encontraba el corazón—, y aunque me cueste olvidarme de usted, lo conseguiré. ¡Que hay muchos peces en el mar y una sabe pescar! —exclamó con ánimo.

—Maca —gimió cogiéndola por la nuca y apoyando su frente en la de ella, cerrando los ojos, sintiendo una paz en su cuerpo que creía que no alcanzaría nunca nada más al tenerla contra su piel—, quédate en la empresa. Prometo que todo volverá a la normalidad —susurró deleitándose con su tacto y su aroma.

—Ya está decidido, señor Miller —dijo dando un paso atrás, dejándolo como desamparado al no notar su contacto—. Gracias por todo, y perdóneme.

—¿Perdonarte por qué? —preguntó confundido.

Maca se acercó y le acarició el rostro, donde una incipiente barba le raspaba las yemas de los dedos. Sintió su tacto cálido, su respiración comenzó a tornarse más pesada y ella se aproximó a él con tranquilidad para poder recordarlo con todo lujo de detalle. Se puso de puntillas y rozó con sutileza sus labios con los de él en un pequeño y tímido beso, el último que le daría a ese hombre que le había robado el corazón. Sintió los brazos de él aproximándola a su cuerpo, la lengua de éste abriéndose paso entre sus labios, y el casto beso se convirtió en uno salvaje, hambriento y terriblemente pasional. Maca se apartó de él con dificultad, ya que su proximidad y su contacto la enloquecían. Lo miró a los ojos, él se encontraba febril, con la respiración entrecortada e intentando que ella no se alejara de su cuerpo.

—Por robarte este beso —contestó Maca alejándose y saliendo del estudio.

No esperó a que él saliera también, sabía que aquel pequeño beso que había querido robarle como despedida había cambiado de forma nada más juntar los labios con los de él. Por eso, recogió sus cosas y salió a la carrera de la oficina ante la asombrada mirada de sus compañeros, que no entendían qué había

motivado a la española a irse corriendo de allí. Sin detenerse, llegó a su casa, preparó una pequeña maleta con ropa y volvió a salir del piso para encaminarse al aeropuerto. No tenía tiempo que perder, el vuelo saldría enseguida.

\* \* \*

Con ojeras, cansada y nerviosa, llevando una bolsa de regalos que compró en una tienda del aeropuerto, Maca entró en el hospital Quirón de Valencia en aquel día de primeros de septiembre, después de un largo viaje en avión y otro mucho más corto que la llevó a su ciudad natal. Prácticamente no durmió en el trayecto; sólo podía recordar aquel beso, aquel último beso que le robó a ese hombre que se había metido muy dentro de su ser y de su corazón, y del que tenía que olvidarse... Al entrar en la habitación vio a su amiga, tumbada en la cama que presidía la estancia, sosteniendo entre sus brazos a un precioso bebé rubito.

—Oh, ¡has venido! —exclamó Abril emocionada al verla.

—Pues claro que sí —dijo Maca acercándose a ella para darle un par de besos en las mejillas y conocer a su nuevo sobrino—. Ay, Abril, es guapísimo.

—Te presentó a Daniel Blanch Pérez —indicó dejando que ella lo cogiera en brazos.

—Hola, Dani, soy la tía Maca —le habló mientras lo cogía y admiraba su pequeña cabecita y los rasgos mezclados de sus padres—. ¿Y Julen y Zoe? —preguntó después de repartirle por su carita rosada multitud de besos.

—Zoe, en el colegio, y Julen no tardará en llegar; ha ido a casa a cambiarse y a buscar ropa para Daniel —comentó con una sonrisa mientras miraba a su amiga contemplar con cariño a su hijo.

—¿Qué tal el parto?

—Muy bien. Daniel tenía mucha prisa por salir y fue llegar, ir al paritorio y en unos minutos tener a este pequeñajo entre mis brazos. Julen estuvo conmigo durante el parto, fue bonito compartirlo con él, ver su rostro cómo miraba a nuestro hijo por primera vez, cómo lo besaba cuando la enfermera se lo dejó para que lo viese... Una experiencia que jamás olvidaré, Maca. Tan distinto de cómo viví el parto de Zoe...

—Normal, con Zoe entré yo al paritorio. ¿Te acuerdas de que la matrona creía que éramos pareja? ¡Uf, lo que nos pudimos reír después!

—Sí que lo recuerdo —indicó entre risas al recordar aquel día—. Ay, Maca, qué bien que estés aquí, conmigo, con nosotros... —dijo mientras la miraba con una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Bien, ahora que estoy aquí, bien... —comentó sentándose en el borde de la cama con el bebé todavía en los brazos.

—Al final no te has traído a tu jefe cañón —anunció haciendo una mueca de disgusto.

—Es un poco difícil traerme a alguien que no quiere estar conmigo —susurró ella elevando los hombros con resignación.

—¿Cómo? —se sorprendió—. ¿Ya no estáis juntos?

—No...

—¿Desde cuándo?

—Hoy hace diecinueve días —bufó acariciando con sutileza el rostro del bebé, que dormía plácidamente en sus brazos.

—¡¿Y ahora me enteró?! —soltó Abril sentándose en la cama y observando a su amiga, que la miraba asintiendo con la cabeza con estoicismo.

—No quería preocuparte ni agobiarte más de lo que estabas... Además, ya te dije que lo nuestro tenía fecha de caducidad.

—Pero ¿por qué? A ver, dime qué has hecho —inquirió negando con la cabeza, pues era conocedora del carácter altivo de Maca y se temía cualquier fatalidad por su parte.

—Enamorarme de él —resopló con disgusto.

—¡Ay, no me digas! —exclamó Abril con entusiasmo como si aquello fuese lo mejor del mundo.

—Sí... —contestó con fastidio.

—Entonces, no lo entiendo —comentó confusa—. Si lo quieres, ¿qué ha pasado para que no estéis juntos?

—Él no me quiere, Abril. Soy rara y no cuadro en su perfecta vida, es normal que él no quiera nada conmigo.

—No, no... —indicó negando con la cabeza mientras sonreía—. Yo vi cómo te miraba, cómo te trataba... ¡Se lo dije a Julen! Cuando venga se lo preguntas, le dije que él estaba loco por ti y que esperaba que tú también te enamoras de él. ¡Estaba más preocupada por tus sentimientos que por los suyos!

—Te equivocaste, Abril... Él no me quiere, sólo éramos *follamigos* —terció

observando cómo el bebé comenzaba a mover sus brazos, estirando su cuerpecito y emitiendo un ronroneo encantador, y no pudo evitar sonreír y sentir un cariño especial por aquella personita a la que acababa de conocer.

—No lo entiendo... ¡Yo lo vi! —inquirió Abril con desesperación al no entender qué había pasado para que su amiga acabase así.

—Da igual. ¡Ya está! —exclamó zanjando el tema—. Da igual lo que creyeses o no, la cuestión es que Bastian me dejó muy clarito que no quería nada conmigo en otro ámbito que no fuera el laboral.

—¡Pero tú lo quieres! —afirmó con emoción.

—Lo sé.

—¡Haz algo, Maca! —aseveró con rotundidad.

—¿Qué quieres que haga? ¿Lo obligo a que me quiera? ¿Le exijo que volvamos a estar juntos? —preguntó con sorna—. Bah... Lo nuestro acabó y ahora estoy intentando arrancarme de mi ser todo lo que siento por él, aunque me está costando más de lo que pensaba, tanto que he optado por irme de la revista.

—¿Cómo? —soltó sorprendida—. ¡Maca! —le recriminó.

—Se lo he puesto fácil, parece que estaba deseando perderme de vista —indicó al recordar la frialdad que había sentido durante todos esos días.

—Siento mucho no haberme dado cuenta de que lo estabas pasando mal, Maca —dijo tocándole el brazo con cariño.

—No digas tonterías, Abril... ¡Estabas embarazada! No podía cargarte con más cosas de las que ya tenías...

—¡Hombre, pero si está aquí ya nuestra Maca! —exclamó Julen al abrir la puerta de la habitación y verla sentada al lado de su mujer.

—Sí, ya ha llegado el hombre de la casa —bromeó ella mientras se giraba para mirarlo y le sacaba la lengua divertida, haciendo que sus amigos riesen.

## Capítulo 33

El sonido persistente del teléfono no lo dejaba pensar, organizar sus ideas, intentar saber qué le ocurría para encontrarse de esa manera: vacío, sin ganas de nada, sin ilusión, contradiciéndose a cada segundo, sin poder dar sentido a lo que le sucedía, sin saber por qué se encontraba así...

—¿Qué quieres? —contestó Bastian de malas maneras después de haber ignorado cinco veces la llamada.

—¡Saber dónde estás! Me ha llamado Linda preocupada porque no has ido al trabajo y eso, querido hermano, es algo tan extraño que me he preocupado y he pensado, incluso, que te habías accidentado.

—No tenía ganas de ir... —resopló despeinándose todavía más el cabello.

—¿Dónde estás?

—Quiero estar solo, Mike —dijo agotado de que nadie lo dejase en paz, algo que ansiaba con desesperación.

—Mira, Bastian, o lo hacemos por las buenas o por las malas... ¿Dónde leches estás? —preguntó de malas maneras, haciendo que éste mirase el cielo azul desprovisto de nubes.

—En la playa de Miami Beach Norte... —dijo sin dejar de observar cómo las olas se acercaban y se alejaban a escasos metros de donde él se encontraba.

—No te muevas de ahí, llego dentro de unos minutos —informó Michael de carrerilla.

—No quiero que vengas —indicó tajante, pero su hermano ya había finalizado la llamada antes de oír su petición—. ¡Joder! —exclamó exasperado guardándose el teléfono en el pantalón.

Parecía que no podía tomarse el día libre, que no tenía permitido alejarse de

todo y de todos, sólo para poder pensar con claridad, algo que llevaba días sin poder hacer por culpa de tener en mente la imagen de Maca sonriendo, bromeando, cantando, bailando, besándolo, desnudándolo... ¡Estaba hecho un lío! Desde un principio se había dado cuenta de que no deseaba que ella se marchara de la oficina, pero había pensado que la razón principal de ese deseo sería no querer perder a una profesional como ella, tan valiosa y creativa. No obstante, aquel beso... Maldijo por dentro al recordar lo que sintió cuando ella se inclinó hacia él para besarlo, fue como una descarga de vitalidad, como si una corriente lo hiciese vibrar y poder estar más despierto en todos los sentidos, como si hubiese estado aletargado y ella lo hubiese sacudido para que reaccionara, como si con ese beso lo hubiese llenado de vida y ahora se encontrara otra vez carente de ella. Pudo oír su respiración jadeante cuando él la aproximó a su cuerpo, sintió la calidez de sus labios, cómo tentaban y hacían arder a los suyos, se embriagó con su dulce aroma sintiendo una paz que lo llenó por completo, la vio como era de verdad, una mujer excepcional de la cabeza a los pies y, de repente, se fue..., dejándolo en el interior del estudio terriblemente excitado, totalmente confundido y sintiendo que su alma se marchitaba sólo al pensar que ella deseaba marcharse de su lado.

—Menudas pintas llevas —terció al rato Michael sentándose al lado de su hermano, sobre la arena y a la sombra de una palmera.

—No te he pedido que vinieses —recordó Bastian mirándolo con seriedad.

—Lo sé, pero para eso están los hermanos —anunció con alegría—. ¿Qué haces en la playa? Deberías estar delante de tu mesa, con tu camisa y tu pantalón de vestir, y no con esos vaqueros cortos y esa camiseta difícil de catalogar hasta por mí... —objetó mirándolo como si fuera un extraterrestre, aunque, si lo pensaba bien, hasta lo parecía. Hacía muchísimos años que no lo veía vestido así de informal, importándole poco si conjuntaba la ropa que llevaba, simplemente buscando su comodidad y poco más.

—Pensar... —resopló con tristeza—. Dentro de quince días Maca se marchará de la revista.

—¿Qué has hecho?! —soltó extrañado ante la noticia—. Ella no lo tenía claro, no sabía si marcharse o quedarse, y ¿ahora me dices eso?

—Me mentiste, ¿no? —resopló sintiéndose un iluso al creerse la provocación de su hermano.



—Sí, necesitaba que reaccionaras, que te imaginaras esa situación, ¡no que la provocaras!

—Soy un gilipollas, Mike. Prácticamente la he empujado a que renunciase a su puesto de trabajo —gruñó angustiado—. ¿Ahora qué hago yo sin ella?

—¿De verdad que aún no te has dado cuenta?

—¿De qué? ¿De que voy a perder a una magnífica fotógrafa por ser un gilipollas?

—¡No! —soltó exasperado—. Si ya lo dice mamá..., estás en pañales en este tema... Claro, te has centrado tanto en tu vida laboral y has dejado este aspecto tan aparcado que no sabes ponerle nombre a lo que sientes...

—¿Qué nombre quieres que le ponga? ¡Voy a perder a una gran profesional por no saber controlar mis instintos más primarios!

—¿En serio piensas que estás así porque te da rabia perderla como fotógrafa?

—Claro... —susurró por lo bajo sin sentir que aquello fuese así, notando cómo su mente comenzaba a contestarle entre susurros que ése no era el caso, que era otra circunstancia que hacía que se sintiera de esa manera.

—Si Emily se marchara de la revista, por ejemplo, ¿dejarías de ir al trabajo porque necesitaras pensar?

—Ehm... —titubeó Bastian imaginándose aquella situación.

—Es más, si Emily te dijera que se va mañana mismo, ¿te sentirías así de triste y marchito?

—Me daría pena, la conozco desde hace muchos años y es una gran profesional.

—¡Pero ya está! —exclamó intentando que su hermano entendiese lo que trataba de explicarle—. No estarías así, pensando qué narices te pasa para no poder seguir adelante, no estarías enfadado con la vida por no comprender que lo que sientes tiene nombre, uno que te da miedo afrontar porque te sacaría de esa zona de confort en la que no te ocurre nada, donde todo está controlado por ti y no hay nada fuera de su sitio. Bastian, has perdido más de dos semanas pensando en algo que es tan obvio que hasta lo ha visto papá.

—Pero ¿cómo es posible que haya sucedido esto? —preguntó—. Ella es tan distinta de todas las mujeres con las que he estado. Es tan dispar y tan estrambótica que sobresale entre toda la gente que nos rodea. Es como si no encajase, como si ella no pudiese estar conmigo por ser como es, como si

estuviéramos predestinados a estar separados y no juntos, como tú me estás sugiriendo.

—A ver, Bastian —bufó negando con la cabeza al intuir que su hermano seguía sin ver lo que él había visto desde hacía tiempo—. ¡¿Qué más da que ella sea distinta?! A lo mejor es lo que necesitas. Alguien tan diferente de ti que te ayude a ver las cosas desde otro punto de vista, que te empuje, sin darte cuenta, a sentir algo que tú mismo te has prohibido. Dime con total sinceridad: si no estás loco por ella, ¿por qué estás aquí pensativo y maldiciendo porque se va a ir de tu lado?

—Antes de marcharse a España, me besó... —confesó en un susurro.

—Y ¿qué sentiste?

—Que ella era mi casa, mi serenidad, mi alegría, mi pasión, mi razón para existir... —admitió con un hilo de voz, percibiendo que aquel nudo en la boca de su estómago se aflojaba un poco al confesarle a alguien lo que en verdad sentía.

—Y ¿aún dudas de que no estás enamorado de ella?

—Tengo miedo, Mike —informó mirándolo de reojo, transmitiéndole con la mirada sus dudas y sus temores, algo tan raro en Bastian, que siempre había sido el fiel reflejo de la seguridad.

—¿De qué tienes miedo?

—De que no quiera darme una oportunidad, de que crea que le miento, de que se haya cansado de mis continuas negativas, de que lo nuestro, al final, no funcione...

—Entonces ¿no vas a hacer nada por temor a que ella no quiera volver contigo, por temor a que acabe algo que ni siquiera ha empezado?

—No lo sé, Mike... ¡Estoy hecho un lío! Sólo sé que quiero volver a tenerla entre mis brazos, volver a besarla, sentir cómo se estremece cuando la abrazo; pero también me da miedo que nuestras diferencias nos distancien definitivamente. No obstante, a la vez, quiero observar su mirada sincera cuando me habla, cuando me reta, cuando me dice las verdades sin titubear. ¿Comprendes ahora por qué estoy aquí dudando? Maca es maravillosa tal y como es, ahora me he dado cuenta de lo equivocado que estaba al escandalizarme por su manera de vestir o de actuar. Ella no puede ser como las demás, porque ella ha nacido para destacar en todo lo que hace.

—Lo es, Bastian. Estoy seguro de que es sin duda alguna la mujer perfecta para ti, porque te complementa, porque te hace ser el Bastian que eras, el que disfrutaba de la vida y con la familia. Ese hombre que vibraba sólo con pensar en todo lo que quería hacer para que su revista creciera, esa persona que recordaste durante ese tiempo que estuviste con ella y que olvidaste por culpa del duro trabajo y esa obsesión por alcanzar tus objetivos no permitiéndote ser feliz antes.

—Pero duele —susurró con pesar sintiendo una gran desolación en su interior.

—A veces el amor duele, sobre todo cuando no es correspondido, cuando falla algo que hace imposible que dos personas estén juntas. Pero Maca te quiere, ¡ella misma te lo dijo! Y tú te has dado cuenta de que la quieres, ¿verdad? ¿O te lo tengo que decir más claro para que lo entiendas, Bastian? Porque lo que sientes por ella no es sólo un encaprichamiento, no es sólo atracción física... Es amor, del de verdad, del que te hace estar por los suelos cuando no salen bien las cosas y ascender a las nubes cuando salen bien.

Bastian suspiró y observó el mar mecerse pensando en Maca, en todo lo que habían vivido juntos, en cómo se sentía cuando estaba a su lado y cuando estaba separado de ella.

—En esta playa nos dimos nuestro primer beso —comenzó a decir sin dejar de mirar el punto exacto donde ocurrió—. Fue tan brutal que pensé que aquella atracción física se acabaría pronto. Pero me equivoqué. Cada día a su lado ha sido maravilloso. He descubierto cosas de ella que la hacen todavía más grande de lo que es. Aparte de ser una fantástica fotógrafa, es una grandísima persona, una amante fogosa, una compañera divertida, una amiga comprensiva y una persona que me encanta tener a mi lado. Cuando me dijo que se estaba enamorando de mí, no supe reaccionar bien, ¡me asusté! Como si fuera un adolescente, como si aquello fuese tan grave como para poner fin a una relación que me encantaba tener. Cuando fui tan imbécil como para tirar por el suelo dos meses y medio de felicidad completa, me sentí perdido y tan aturdido que me obligué a no hablar con ella, a no pensar en ella, a no mirarla, aunque todo eso fue difícil cumplirlo... No entendía por qué estaba enfadado con todos y con todo. No comprendía por qué me afectaba verla sonreír a otras personas que no fuera yo, verla tan cerca pero a la vez tan lejos, sentirla a pocos pasos de mí pero no poder acariciarla. No sabía por qué me sentía tan mal, tan vacío que ni

siquiera conseguía conciliar el sueño. Necesitándola a mi lado, anhelando que todo fuese un mal sueño y que todavía continuáramos juntos... Cuando ayer me besó, yo... ¡reaccioné! Lo vi claro, sentí de nuevo aquel cosquilleo en mi interior, aquel anhelo irracional que me hizo saltarme mi propia regla, aquella que me empujaba hacia Maca, dándome igual que fuera como es, porque es justamente así, siendo de esa manera, como quiero que esté a mi lado... para siempre —declaró con la voz quebrada por los sentimientos.

—Entonces, si te diste cuenta ayer, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no has ido en su busca y le has dicho todo eso a ella?

—Me di cuenta de que sentía algo por ella, aunque me faltaba tener el coraje suficiente para ponerle nombre —susurró con una melancólica sonrisa—. ¿Y si me rechaza, Mike? No sabría qué hacer si ella se niega a darme otra oportunidad, si todavía continúa con la idea de marcharse de la revista...

—Bastian, es un riesgo que tienes que correr. Si Maca te importa, si la quieres, debes ir en su busca, debes decirle que la amas, y tienes que proponerte firmemente no volver sin ella.

—¿Tú crees que querrá darme otra oportunidad después de haberla hecho pasar por todo esto?

—Si te quiere de verdad, lo hará.

—¿Por qué he sido tan imbécil, Mike? ¿Por qué he tenido que tardar tanto en darme cuenta de que la quiero tener en mi vida y no sólo en mi empresa?

—Porque has estado tan ciego con tu trabajo que no te has dado cuenta de que la felicidad estaba a tu lado, en la persona más distinta pero a la vez más auténtica que ha pasado por tu vida.

—Tienes razón. Ella hace que todo cobre sentido, que tenga ganas de levantarme por las mañanas, de salir del trabajo para poder compartir el tiempo con ella. Con Maca todo es sencillo y posible. Ella lo hace así de simple.

—¡Pues, corre, ve a por ella! —exclamó Michael con entusiasmo, dichoso de ver que su hermano lo había entendido.

Bastian sonrió por primera vez desde hacía mucho tiempo. Ahora todo tenía sentido, ella se lo daba, y debía conquistarla por última vez.

\* \* \*

El viernes prácticamente no salió de la habitación del hospital, acompañando y ayudando a Abril con el pequeño Daniel, que era una ricura de bebé, y tan bueno que parecía un muñeco. El sábado por la mañana, mientras a su amiga le daban el alta y volvía a su casa, Maca recogió a Zoe y se fueron a pasar el día juntas. La niña se había tomado genial la llegada de su hermanito, comportándose como una segunda mami, pero sabía que podía ser duro para ella, sobre todo los primeros días, cuando todas las atenciones iban dirigidas al pequeño de la familia. Por eso le propuso tener un día de chicas, como le dijo a la pequeña. Ésta, entusiasmada por pasar tiempo con Maca, se olvidó un poco del ajetreo que había supuesto la llegada de su hermano y simplemente disfrutó de un día dedicado exclusivamente a ella. Se fueron al parque de Gulliver, ubicado en el antiguo cauce del río Turia, una inmensa construcción que imitaba al famoso personaje literario, donde la propia escultura del susodicho estaba compuesta por toboganes y atracciones para que los niños disfrutaran al aire libre. Cuando Zoe se cansó de escalar y deslizarse por los toboganes, fueron al restaurante favorito de comida rápida de la niña y, para culminar aquel día, se dirigieron a la casa de Maca y vieron todas las películas de *Star Wars* mientras comían palomitas y se reían imitando a los distintos personajes. El día pasó deprisa, con ambas dichosas de haber hecho tantísimas cosas juntas. Exhaustas, cayeron rendidas en la cama de Maca. Ésta miró a Zoe, que dormía plácidamente a su lado. Esbozó una sonrisa por haber pasado un fantástico día, alejado de aquel caos que residía en su mente, con esa niña que adoraba por encima de muchas cosas.

A la mañana siguiente, sin dejar de hablar y de reír, la acercó a casa de Abril. Al verla, ella y su padre se deshicieron en mimos con la pequeña y le prestaron atención cuando les contó todo lo que había hecho con su tía Maca.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Julen observando cómo Zoe corría a su habitación a jugar.

—Dentro de un rato salgo hacia el aeropuerto. ¡Ha sido un viaje exprés!

—Gracias por venir, Maca. Has hecho muy feliz a Zoe —comenzó Abril, dejando al bebé en su minicuna.

—Ella es la que me ha hecho feliz a mí —indicó con una sonrisa—. Por lo menos, me ha hecho olvidar un poco el jaleo que tengo encima —susurró con gracia.

—A ver si Daniel se hace un poquito mayor y te hacemos una visita. Zoe quiere que la lleves a Disney World.

—Claro, cuando queráis... Aunque espero seguir en Miami —susurró haciendo una mueca de pánico por el futuro incierto que se le presentaba.

—Seguro que sí —señaló Abril.

—¡Eso espero!

—Maca —indicó Julen—, déjate llevar.

—¿Cómo? —preguntó sin entender a qué se refería.

—Julen quiere decirte que no pongas trabas a las cosas buenas que te puedan ocurrir. ¿Quién sabe? A lo mejor la vida te da una sorpresa —explicó Abril con cariño.

—Puf... —resopló ella incrédula—. No sé yo... ¡Qué le vamos a hacer! Me veo dentro de diez años igual o peor, imaginaos... —comentó poniendo cara de terror.

—No digas tonterías, Maca. Eres una gran mujer, lo que ocurre es que a veces cohíbes a la gente con tu forma de ser —señaló Julen—. Pero quienes tenemos la suerte de conocerte sabemos que dentro de esa coraza de titanio forjada en acero se esconde un gran corazón.

—Uy, Julen, me da a mí que la paternidad te está convirtiendo en una nenaza —soltó haciendo que él riese divertido—. Bueno, aunque me encanta hablar con vosotros, os tengo que dejar. Quiero pasar por casa de mis padres, saludarlos y ya prepararme para coger el avión.

—Llámanos cuando llegues a Miami, y recuerda lo que te hemos dicho —dijo Abril dándole un cariñoso abrazo.

—¿Que me deje llevar? —inquirió haciendo que la pareja asintiera con la cabeza—. Prometo que lo intentaré —comentó guiñando un ojo mientras le daba un abrazo a Julen.

Antes de marcharse se despidió de Zoe y del pequeño de la familia, que dormía a gusto en su cunita.

\* \* \*

Cuando llegó a su pequeño estudio en Miami, ya era de noche. La diferencia horaria, sumada a las horas que tenía que estar sentada en el avión, la había

dejado exhausta. Nada más entrar en su piso, se encaminó directamente a la cama y se quedó profundamente dormida. El cansancio había hecho mella en ella y no tenía fuerzas ni para pensar.

El sonido de la alarma la despertó, se desperezó en su cama y se levantó para prepararse para trabajar. Aunque no le apetecía en absoluto ir ese día a la revista, sobre todo porque volvería a ver a su jefe, al cual había besado después de haber presentado su renuncia, no podía hacer otra cosa que armarse de valor e intentar afrontar aquel día lo mejor que pudiera.

—Buenos días, Maca —saludó Linda justo en la puerta del edificio donde se encontraba la revista—. ¿Qué tal el viaje?

—Buenos días —respondió entrando en el edificio las dos juntas—. Cansado, pero mereció la pena ir —dijo con una sonrisa—. Pero, ¡chica!, cuánto pétalo hay por el suelo, ¿no?

—Uy, es verdad... —susurró Linda intentando sortear los pétalos que había esparcidos por el suelo del vestíbulo.

—Anda, Kevin, ¡la que hay liada aquí! —exclamó Maca al portero, que las miraba con una sonrisa en los labios.

—El amor, señorita, que ha visitado el edificio —comentó Kevin sonriente.

—Uy, pues espero que no se confunda y vaya a parar a una planta que no deba —bromeó mientras ambas guardaban la acreditación que debían pasar por el lector de la entrada.

—Qué bonito, ¿verdad, Maca? —susurró Linda con emoción mientras oprimía el botón del ascensor.

—Mujer, yo lo describiría como excesivo. Pero ¡para gustos los colores! —contestó observando cómo se abrían las puertas del elevador—. Pero ¿qué es esto? —preguntó extrañada al ver el interior.

## Capítulo 34

Delante de ellas, en el gran espejo que presidía el ascensor, multitud de pósits de color rojo formaban un gran corazón pegados en el espejo. En ellos se podían leer multitud de mensajes escritos con rotulador negro.

—Uy, parece que el amor también ha llegado aquí —comentó Maca entrando con Linda—. A ver si va a ser a ti a quien van dirigidas todas estas cosas, Linda. Mira en los papelitos por si dice tu nombre y es una sorpresa que quiere darte Brian —indicó con una divertida sonrisa.

—No creo que sea para mí, Maca —indicó oprimiendo el botón de la planta donde se encontraba la revista—. A ver, ayúdame a leer qué dicen, por si nos dan una pista de a quién va dirigido este detalle tan romántico.

Maca comenzó a leer los mensajes, cortos y concisos, que formaban ese corazón. «Jamás pensé que me enamoraría algún día así», «Te quiero tal y como eres», «Eres la persona más importante en mi vida», «Me pasaría la vida observándote», «Eres única», «La mujer más maravillosa del mundo», «Gracias por hacerme abrir los ojos», «Tú llenas de sentido mis días», leyó entre otros muchos mensajes que formaban aquel gran corazón.

—Uuuuhhh —bufó asombrada—. Menudo pasteleo rosa chicle, ¿no?

—¿Tú crees? Yo lo veo un detalle muy bonito y muy trabajado —comentó Linda con una sonrisa.

—Bah... A mí estás cosas me causan urticaria —replicó mientras oía el sonido del ascensor que avisaba de que habían llegado a la planta seleccionada.

—¡Qué exagerada eres! Seguro que te deshaces si sabes que es para ti.

—Si es para mí, lo arranco a mordiscos —terció en broma mientras se reía ante la loca idea.



Un solo paso le bastó para quedarse quieta delante de la oficina. Estaba todo en penumbra, iluminado por multitud de velas y en el suelo había pétalos de rosa formando un camino por el que seguir.

—¿Qué es esto? Linda, dile a tu chico que tenemos un jefe un poco *ariscón* que, si ve esto, se va a poner hecho una furia y te va a tener recogiendo pétalos toda la semana —indicó Maca totalmente perpleja ante el atípico escenario.

De repente, el hilo musical que amenizaba las jornadas con suave música ambiental se puso en marcha y pudieron oírse los primeros acordes de una canción que Maca reconoció al momento. Tragó saliva y observó cómo Linda sonreía con astucia.

—Sigue el camino de pétalos, Maca. Y de parte de tu amiga Abril: «No pienses, simplemente déjate llevar» —le susurró Linda dándole un suave empujón para que comenzara a caminar.

Maca la miró extrañada sin entender por qué le daba la misma consigna que Abril. Si no se conocían, ¿cómo era posible que estuviese al tanto de aquella frase que le había dicho antes de partir hacia allí? Mientras tanto, la voz inconfundible de David Bisbal llenaba aquel espacio, cantando con ternura esas palabras que la llenaron por completo. Maca escuchó con atención esa canción que se sabía de memoria; *Me enamoré de ti* era sin duda alguna uno de esos temas que no se cansaba de escuchar. La había descubierto a través de su amiga Almu, que adoraba al almeriense, y gracias a ella Maca lo había añadido a sus cantantes preferidos.

—Vamos, sigue el camino —le recordó Linda al verla quieta.

Maca comenzó a andar sin entender que eso le estuviese ocurriendo precisamente a ella. ¡Pero si era la viva imagen del antirromanticismo! ¿Quién en su sano juicio le haría pasar por algo así? Tragó saliva al ver que el camino se adentraba en el despacho de Bastian. Buscó con la mirada a Linda, que se encontraba acompañada de Mason y Emily y la miraban con gran emoción, mientras la animaban a proseguir sus pasos con gestos. Al entrar, observó que el camino de pétalos se detenía delante de la mesa de él. Sobre ella había un maravilloso ramo de rosas en el que se podía ver una pequeña tarjetita negra. Titubeó antes de cogerla y abrirla y, al leerla, reprimió un suspiro:

Te amo.

Con la tarjeta todavía en la mano y el corazón latiéndole a mil por hora, se giró al notar movimiento a su espalda. Ahí estaba él, de pie, a dos pasos de donde se encontraba ella, con esos vaqueros que tan bien le sentaban, recién afeitado y con esa sonrisa que la hacía vibrar.

—Desde que descubrí esta canción no he parado de escucharla, asombrándome con cada frase que parece dirigida a mí... —comenzó a decir Bastian sin dejar de mirar su rostro confuso y azorado.

—¿De qué va todo esto? —preguntó nerviosa.

—Esto va de nosotros dos. De cómo has entrado en mi vida y en mi corazón de una manera tan sutil que incluso no me había dado cuenta hasta que vi que te perdía de verdad. Como bien dice la canción, aunque nuestros mundos son tan distintos, me he enamorado de ti perdidamente. De cómo eres, de lo que eres y de cómo me haces sentir. Maca, sé que me he comportado como un auténtico gilipollas, pero te quiero tanto, tanto, que aún me asombra el hecho de haber tardado tanto en poner nombre a lo que siento por ti...

—Pero... pero... —titubeó negando con la cabeza, sin dar crédito a que eso le estuviera pasando a ella—. Esto es una broma, ¿verdad? ¿Dónde está la cámara oculta? —soltó mirando alrededor, donde sus compañeros eran testigos de aquella romántica escena.

—No es una broma, Maca. Me he dado cuenta de que te quiero en mi vida, de que te quiero a mi lado y de que no descansaré hasta que me perdones y comprendas que lo que te digo es en serio. ¡Jamás he hablado tan seriamente en toda mi vida! Como dice la tarjeta y todos los papelitos que te has encontrado en el ascensor..., te amo, Maca —dijo Bastian cogiéndola de la mano y mirándola fijamente a los ojos.

—¿Sabes que no estamos solos? —susurró mientras señalaba disimuladamente donde estaban los demás empleados observando la escena que estaban protagonizando.

—Lo sé. Ellos me han ayudado a organizar todo esto para ti. Como ves, no me importa que la gente sepa lo que siento por ti. Es más, ¡quiero que todo el mundo sepa que estoy locamente enamorado de Macarena Albert! —dijo levantando la voz para que todos lo oyesen.

Sus empleados comenzaron a silbar con emoción y a aplaudir mientras lo

vitoreaban, Maca lo miró todavía más extrañada de aquel radical cambio en él.

—Loco sí que lo estás un rato —terció sonriendo—. No entiendo este cambio de opinión. ¡Hace unos días me estabas diciendo que no podíamos estar juntos!

—Sé lo que te dije, y no sabes cuánto me arrepiento de ello. Pero el estar separado de ti, el saber que me ibas a abandonar definitivamente, el beso que me diste antes de marcharte... Todo ello me hizo abrir los ojos ante la realidad y darme cuenta de que, sin ti, todo marcha mal.

—Claro, así, de repente, ¿no? —chasqueó la lengua incrédula—. Bastian, esto que has montado es muy bonito y todo eso, pero ¡no sé! Hay algo que me chirría, que falla. ¿En dos días cambias de opinión y te das cuenta de que me quieres? Me suena raro, pero raro raro...

—¿No te has percatado? —preguntó sonriente mientras le acariciaba con delicadeza las manos, todavía unidas a las de él—. Me enamoré de ti nada más verte, con esos pantalones anchos, esa camiseta negra y esa manera descarada de mirarme y de contestarme. Caí rendido a tus pies con tus continuas provocaciones, con tu manera de ser tan única y distinta de todo lo que yo había conocido antes, me volví loco de amor por ti cuando me besaste por primera vez en la playa, sintiendo que con ese beso podía alcanzar el cielo y las estrellas, que podía lograrlo todo si tú estabas a mi lado. Me postré ante ti cuando descubrí que amar podía ser maravilloso si a la persona a la que amo eres tú. Llevo loco por ti desde que entraste por esa puerta y te oí cantar esa canción que me ha perseguido toda la vida. Lo que pasa es que me he dado cuenta ahora, cuando he estado a punto de perderte y he sentido miedo de que así fuese. ¡Te quiero en mi vida, Maca! —dijo tendiéndole una cajita forrada en terciopelo rojo.

—¿Qué coño es esto, Bastian? —preguntó con miedo de cogerla.

—¡Ábrela! —oyó cómo la animaba Linda desde la distancia.

—Dime, Maca, ¿nos conformamos con el «qué habría pasado» o hacemos que pase? —preguntó Bastian observando cómo ella titubeaba.

Maca vio cómo Bastian abría la caja delante de ella y, al ver lo que había en el interior, lo miró interrogante.

—¿Unas llaves? —preguntó sin entender nada—. ¿Ahora voy a ser la portera?

—Ay, Maca... —rio complacido—. Son las llaves de mi casa. Quiero que te

vengas a vivir conmigo. Dime, ¿aceptas ser mi novia?

—¿Novia? —repitió tragando saliva con dificultad.

—Sí. Mi novia, la mujer que amo y que amaré, la persona que me hará el hombre más dichoso del mundo si coge estas llaves y me da la oportunidad de demostrarle que lo que digo no son sólo un puñado de palabras.

Ella se mordió el labio inferior, mirando las llaves, a él e incluso a sus compañeros, que se encontraban expectantes por saber qué iba a responder.

—¡Qué narices! —soltó con entusiasmo—. El mundo está hecho para vivirlo y no para escondernos detrás de los miedos. ¡Por supuesto que acepto vivir contigo, Bastian! —dijo mostrándole una amplia sonrisa.

Sin poder controlar la felicidad que había sentido al oír esas palabras, Bastian la cogió entre sus brazos y la estrechó contra su cuerpo mientras buscaba sus tentadores labios para sellar esa promesa delante de todo el mundo, ya que deseaba que todos supiesen que estaban juntos, que se amaban y que se irían a vivir juntos.

—Te amo tanto —susurró entre beso y beso.

—No me voy a cansar de oírtelo decir —respondió Maca, oyendo cómo sus compañeros los vitoreaban.

—Eso espero, que nunca te canses. Porque no sólo te lo voy a decir cada minuto del día, sino que te lo voy a demostrar.

—Eso me gusta mucho más —terció con una sonrisa tentadora.

Con un solo movimiento, Bastian la cogió en brazos haciendo que ella riese divertida.

—Familia —dijo saliendo con ella en brazos del despacho—, gracias por ayudarme a conquistar el corazón loco de esta mujer y, por eso, ¡hoy tenéis el día libre! Eso sí, ¡mañana os quiero ver preparados para trabajar a tope! —exclamó mientras oía el júbilo que se había extendido por la plantilla—. Y usted, señorita, se viene conmigo, tenemos unos asuntos pendientes.

—¿Y me tiene que sacar así de la oficina, señor Miller? —preguntó divertida mientras se cogía del cuello de éste para no caerse.

—Por supuesto. No quiero que nadie dude de que mi corazón sólo le pertenece a esta española que me ha enamorado con su naturalidad arrolladora —dijo posando sus labios en los de ella.

Maca simplemente se dejó llevar sintiendo que no podía ser más feliz que en

aquel momento, mientras enredaba sus dedos en el cabello de Bastian, sintiendo que al fin el amor comenzaba a reírse con ella y no de ella.

## Epílogo

Abro los ojos y la veo durmiendo a mi lado, tan tranquila y preciosa, con su larga melena morena cayéndole desordenadamente por la cara y la almohada, la respiración tranquila y sus labios entreabiertos, tan tentadores que se me hace difícil no lamerlos aun a riesgo de que se despierte. Aún me cuesta asumir que esta mujer que entró en mi oficina con aquel esperpéntico *look* y esa manera de hablar tan directa y carente de filtro sea la culpable de que, por primera vez en mi vida, sienta lo que es el amor verdadero. Me costó bastante aceptar que me había vuelto loco por ella, intentando encontrar excusas que derribasen aquella sensación maravillosa que sentía cuando estaba a su lado o aquel dolor desmesurado cuando la dejé de aquella manera tan fría... Pero era tan distinta de lo que estaba acostumbrado, tan dispar, tan extravagante y loca, que no entendía la razón por la que me sentía tan a gusto con ella. Pero Maca tiene ese poder conmigo. Es estar a su lado y olvidarme de las preocupaciones, aparcar el estrés y detener mi frenética agenda para disfrutar de todo lo que me ofrece la vida con esa intensidad que he aprendido de ella, olvidándome de todo y centrándome en nosotros dos. Y, con ella a mi lado, hay tantísimas cosas por hacer juntos, por experimentar, por realizar, que aprovechamos cada segundo libre para llevarlas a cabo, para estar juntos y disfrutar como jamás he pensado de este amor que me hace sonreír a cada segundo sin poder remediarlo.

—Buenos días, jefe cañón —me saluda Maca mientras se acurruca a mi lado repartiéndome multitud de besos por el rostro y los labios.

—Buenos días, loquita mía —le digo, sintiendo que ese amor tímido que sentía al principio por ella ha crecido a una velocidad vertiginosa, llenándolo todo y haciendo imposible no tenerla a mi lado a cada segundo del día.

Aún recuerdo lo nervioso que me sentí cuando preparé, con ayuda de mis empleados, la oficina para ella, temiendo que me tirara los pétalos a la cara o una bota de esas que utilizaba antes, y es que Maca es capaz de hacer eso y mucho más. Por eso estaba aterrado por su reacción, pensando en varias hipotéticas situaciones, a cuál más estrambótica, pero posibles simplemente por ser ella tan espontánea y especial. No obstante, Abril y Julen me aseguraron —repetidamente, durante nuestras conversaciones telefónicas— que en el fondo ella era una romántica empedernida y que aquello la dejaría tan fuera de lugar que me permitiría hablar para poder explicarle todo lo que sentía hacia ella. ¡Y así fue! Menos mal que hablé con ellos, ya que mi primera opción era coger un avión y presentarme en Valencia para buscarla y declararle mi amor por ella y por todo lo que la rodeaba. ¡Incluidos sus esperpénticos padres y sus sombríos amigos! Sin embargo, ellos me aseguraron que sería un error hacerlo, que era mejor sorprenderla de verdad, demostrarle todo lo que siento por ella de una manera que jamás podría olvidar. Les estaré eternamente agradecido, pues gracias a sus buenos consejos he podido conseguir al amor de mi vida, he podido alcanzar la felicidad al lado de ella.

Es increíble que ya hayan pasado tres años, ¿verdad? Con esta mujer se me ha pasado el tiempo tan rápido que me ha parecido un suspiro, casi como el aleteo de una mariposa, fugaz pero a la par mágico e impresionante. Con Maca todo es tan genial, intenso y divertido que me hace sentir a gusto de ser como soy —un serio divertido, obsesionado con el trabajo y con el cuerpo de ella, un romántico empedernido fan de sus curvas y de su manera de hablar y un loco enamorado de la vida pero a su lado—, sin preocuparme de nada más que de disfrutar de todo lo que nos regala la vida. Sé que, gracias a ella, sus fantásticas ideas y su formidable manera de trabajar, la revista ha alcanzado el estatus que siempre había deseado, pasando a ser una publicación de referencia galardonada en varias ocasiones, llenando los quioscos y siendo la más leída en muchos países del mundo. Sin embargo, sé sin ninguna duda que, si no hubiese conseguido tener a Maca a mi lado, ese logro no nos habría sabido tan bien como nos supo. Y es que con ella todo cobra mayor sentido; incluso las cosas más pequeñas, a su lado, se vuelven especiales, se convierten en únicas. Dice mi hermano que me he vuelto un loco enamorado, pero no puedo evitarlo, soy tan feliz y quiero tantísimo a esta mujer que simplemente tengo ganas de gritar a

cada segundo del día lo dichoso que me hace.

El sonido del timbre irrumpe con fuerza en la tranquilidad de nuestra cama. Maca detiene sus besos y me mira a los ojos con una mezcla de nerviosismo y temor.

—¿Quién puede ser a estas horas? —pregunto observando cómo salta de la cama de un rápido movimiento y se pone en un segundo una camiseta muy larga que le llega por debajo de los muslos. Es tan preciosa que me entran ganas de abordarla y meterla de nuevo en la cama.

—Ni idea —comenta mientras sale corriendo hasta la puerta sin darme opción a que intente seducirla.

Me quedo en la cama, pendiente de los sonidos que hace Maca: cómo contesta al telefonillo, cómo espera a que suba quien ha llamado, cómo saluda y da las gracias, y cómo cierra de nuevo la puerta mientras deshace sus pasos y vuelve hasta donde la estoy esperando.

—¡Creí que no llegaría a tiempo! —exclama con alegría mientras sostiene un sobre de tamaño mediado y se sienta en la cama.

—No sabía que estuvieras esperando un envío —comento mientras acaricio con delicadeza sus piernas.

—Se me olvidó decírtelo, pero a última hora de ayer cambié de idea y pedí que hicieran una muestra de otra portada mucho más sugerente para el próximo número.

—Estás ahora tú más pendiente de la revista que yo... ¡He creado un monstruo! —bromeo haciendo que ella sonría divertida—. ¿Qué has pensado para este número? A mí me parecía bien la portada que eligió Sophie...

—Pero le faltaba algo, Bastian... ¡Tenía que impactar! —explica gesticulando con los brazos para que me dé cuenta de lo importante que es para la revista aquel cambio de última hora—. Toma, ábrela, a ver qué te parece mi idea.

Me tiende el sobre y yo lo cojo mientras me siento en la cama. Noto sus ojos negros sobre mí mientras abro el sobre y extraigo una copia de la revista. En la portada, donde perfectamente se puede leer el nombre de ésta —*Miami Life Magazine*, con letras doradas y en relieve—, veo una imagen que me deja sin habla. La miro y Maca me sonrío de esa manera tan deliciosamente alocada que me deja titubeando, sintiendo cómo el corazón me late con celeridad en el pecho.



Pero no es para menos mi reacción, ya que la imagen central de la revista somos nosotros dos, vestidos de novios (supongo que habrán tenido que invertir unas cuantas horas para poder realizar este montaje tan perfecto que parece que hayamos posado previamente), encima de una tarta nupcial enorme y donde unas letras negras ribeteadas en dorado preguntan: «¿Lo hacemos realidad?».

—Dime, ¿te atreves a casarte conmigo? —me consulta al comprobar que me he quedado mudo al ver semejante sorpresa.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —digo todavía anonadado. «¿Eso no debería hacerlo yo?»

—¡¡Síííí!! —ríe divertida al ver mi reacción—. Te quiero tanto, tanto, que deseo pasar el resto de mi vida a tu lado, poder celebrar nuestra unión con todos nuestros seres queridos y poder decir con orgullo que eres mi marido, ¡con todas las letras! Bastian, eres mi alma gemela, la persona que andaba buscando sin darme cuenta, la otra mitad que me completa, y lo único que deseo es compartir toda mi vida a tu lado. ¿Qué me dices?, ¿te atreves a casarte con una bocazas como yo? —pregunta guiñándome un ojo.

La miro y sonrío como sólo los enamorados lo hacen, sintiendo cómo se expande mi corazón y mi alma al ver que ella quiere dar ese paso tan importante conmigo. ¡Con lo que es ella para según qué cosas! La veo que saca del cajón de su mesilla una alianza —de oro blanco con un fino detalle en negro—, y le tiendo mi mano mostrándole una amplia sonrisa al pensar que sólo ella es capaz de pedir a un hombre en matrimonio y de esta manera tan original. Así es mi Maca, excepcional y distinta, y la adoro por ser tal como es.

—Cómo no voy a querer casarme contigo, si tú llenas de vida mis días, si gracias a ti sé lo que significa la felicidad, si contigo a mi lado sé que podemos lograr todo lo que nos propongamos. ¡Te amo, Maca, y estoy deseando casarme contigo! —exclamo con júbilo cogiéndola por la nuca y besándola con fervor.

—¡Pues menos mal! Porque tenemos una hora para prepararnos —me explica dándome un tentador beso y dejándome en la cama confundido.

—¿Prepararnos para qué? —pregunto sin entender nada.

—Para casarnos, por supuesto —comenta con gracia, haciendo que abra los ojos por la sorpresa.

—¿Nos vamos a casar hoy? —inquiero observando cómo ella comienza a ponerse unos vaqueros negros y se desprende de la camiseta para ponerse otra

más ceñida.

—Claro —confiesa sonriente—. ¡¿Para qué esperar si podemos hacerlo ya?! —dice mientras se acerca a mí y me da otro beso—. Vístete, que dentro de diez minutos estarán aquí tus padres y tu hermano. No me falles, seré la que va vestida de novia —explica mostrando una mueca de terror y haciendo que sonría.

—¡Estás muy loca!

—Por ti —dice mientras me guiña un ojo y sale de la casa corriendo sin darme opción a que pregunte nada más.

Y, así, un sábado cualquiera se convierte en especial gracias a mi futura mujer... «*Shit!* ¡Me voy a casar hoy!»

Nada más salir de la cama, llaman al timbre y, allí, delante de mí, están mis padres y mi hermano vestidos para asistir a una boda... ¡A la mía! Mi madre, deslumbrante, con un vestido fucsia largo hasta los pies y el cabello recogido con mechas de ese mismo color. Mi padre y mi hermano, ambos con traje y corbata, el primero en color negro y camisa blanca, donde destaca la corbata en tonos fucsias (supongo que por mandato expreso de mi madre), y el segundo en gris, con la camisa azul pálido y corbata en tonos azules eléctricos.

—Menuda sorpresa, ¿verdad, hermanito? —me pregunta guasón Mike.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —curioso acompañándolos al interior de mi apartamento.

—Desde hace unos meses —me confiesa mi madre, que deja en mi dormitorio una funda en la que supongo que estará mi traje.

—Eso sí que es guardar un secreto —digo negando con la cabeza al darme cuenta de que todos sabían que me casaba hoy menos yo.

—Era por una buena causa, cariño. Ya creía que Michael os iba a adelantar —confiesa mi madre negando con la cabeza.

—Joder, mamá. Primero tengo que encontrar a la mujer indicada para casarme, ¿no? —comenta él guiñándole un ojo a nuestra madre.

—A este paso, te veo vistiendo santos, Mike... —objeta ella negando con la cabeza mientras lo observa—. ¿No te das cuenta de que todas te salen ranas?

—Lo sé, mamá. ¿Y qué quieres que haga? Yo lo intento con todas mis fuerzas, pero soy un incomprendido... Nadie me quiere... —dice frunciendo los labios para dar más pena.

—Anda, anda, ¡no digas tonterías, Mike! Lo que pasa es que te enamoras y te desenamoras a una velocidad de vértigo.

—¡Qué le vamos a hacer, soy un loco enamorado de las mujeres! —suelta con dramatismo recibiendo un golpe de mi madre en el hombro.

—De verdad, uno por defecto y otro por exceso... ¡Lo que me está costando que mis hijos encuentren a una buena mujer!

—Yo ya la he encontrado y, por lo visto, dentro de una hora tengo que estar no sé dónde para casarme con ella.

—Ay, es verdad. Corre y vístete. ¡No podemos llegar después que la novia! —exclama mi madre mientras me empuja al interior de mi dormitorio para que comience a ducharme y a vestirme.

\* \* \*

Antes de salir al salón, me miro en el espejo que hay en el vestidor. El traje me queda perfecto, como si me lo hubiese hecho a medida. Es de color azul marengo, y la camisa blanca.

—Mamá, la corbata no estaba en la funda que me has traído —indico mientras salgo donde están ellos esperándome.

—Madre mía, Bastian... ¡Estás guapísimo! —exclama con gran emoción—. Y por lo de la corbata no te preocupes. Ella quería que fueras cómodo el día de vuestra boda.

—¿Sin corbata? —pregunto titubeando al saber que Maca puede ser capaz de aparecer en su propia boda con cualquier vestimenta alejada de lo tradicional.

—Sí. Y no me mires así, que ella irá preciosa, ya lo verás —confiesa al intuir lo que estoy pensando.

—¡Vámonos! —exclama mi padre con alegría al ver que ya estoy preparado.

Nos subimos en mi Bugatti, pero para mi desgracia no conduzco yo, sino que mi hermano toma el volante y me tengo que aguantar sentándome detrás con mi madre, que me sostiene la mano con gran emoción mientras mi padre, desde el asiento del acompañante, no para de quejarse de la manera de conducir de Mike. ¡Estoy que me va a dar un ataque de nervios!

—Antes de salir de este coche, quiero decirte, hijo mío, que no podrías haber encontrado a mejor esposa que a Maca. No sabes lo dichosos que estamos de ver

cómo esa mujer te ha devuelto la sonrisa y la felicidad que siempre hemos querido para ti —confiesa mi madre mirándome a los ojos, a punto de llorar.

—Mamá, os quiero muchísimo, aunque me hayáis tendido esta encerrona de casarme en una hora con la mujer a la que amo.

—Anda, anda, Bastian, no te quejes, que tienes un amor de mujer que ha tenido que organizarlo todo a tus espaldas para que este día sea todavía más inolvidable —comenta Michael quitando las llaves del coche y saliendo del mismo.

—¿Vamos? —me pregunta mi madre señalando la puerta del vehículo.

—Sí —digo con alegría. Jamás había estado más seguro de algo como hoy.

Mi madre me coge del brazo y comenzamos a caminar hacia el único lugar donde podríamos casarnos Maca y yo: nuestra playa. A medida que nos acercamos a la orilla, veo una preciosa pérgola con tul blanco danzar por culpa de la brisa marina. Alrededor de aquel lugar dispuesto para nuestro enlace puedo distinguir a mis empleados junto a sus parejas, mis amigos, la familia de Maca, sus amigos, e incluso a Abril y Julen, con sus hijos, que me miran con gran alegría. Mientras me acerco al altar, les sonrío y los saludo a todos: ¡he sido el último en enterarme de que me casaba! Me coloco debajo de la pérgola y sonrío al percatarme de que en ese mismo lugar fue donde Maca y yo nos besamos por primera vez. Aunque ella lo niegue por activa y por pasiva, me ha demostrado que es muy romántica, y hoy no podía ser diferente. Al poco oigo nuestra canción, la misma que utilicé para declararle mi amor en la oficina, y sonrío instintivamente buscándola con la mirada. Al poco, la veo del brazo de su padre y me quedo embobado con una tonta sonrisa en los labios, pero no es para menos. Esa mujer que camina hacia mí, con un precioso vestido blanco —¡sí, blanco!—, entallado por arriba y ligero hasta los pies, con un cinturón negro enmarcándole la cintura, es mi alma gemela, la mujer de mi vida, la única capaz de pedirme matrimonio y hacer que me case nada más haber aceptado, la persona que llena de alegría mis días, mi Maca.

—Estás preciosa —confieso cuando la tengo delante, sonriéndome con esa sinceridad arrolladora.

—Tú también estás muy guapo —me dice mientras me guiña un ojo divertida y me enseña uno de sus pies, enfundado en sus adoradas botas militares.

No puedo contener mis carcajadas mientras ella me sonríe de esa manera tan adorable y con un gesto seductor me hace callar, pues el juez ya est a frente a nosotros, dispuesto a unirnos en matrimonio con esta maravillosa mujer que hace que mi vida tenga sentido.

Y, as ı, de esa manera alocada, acabamos cas ndonos delante de todos nuestros seres queridos, sellando nuestro amor con un beso de película que incluso provoca que los presentes nos aplaudan felices por nuestro enlace.

—Gracias por darme esta maravillosa sorpresa y por hacer que jams  se me olvide cómo me cas  contigo —le susurro entre beso y beso.

—Gracias a ti por aceptar mi alocada propuesta.  Imagina qué habría pasado si te hubieras negado! —exclama haciendo una mueca divertida.

—Jamás podría negarme a compartir cada locura que pasa por esa cabecita que tanto adoro —confieso con gran emoción—. Te amo, Macarena.

—Te amo, señor Miller —susurra mientras se estrecha contra mi cuerpo y me besa con pasión.

Mientras nuestra gente se acerca a nosotros para felicitarnos por nuestra reciente unión, me doy cuenta de que tenemos por delante una vida repleta de oportunidades, de que Maca ha encajado a la perfección en mi mundo —haciendo real lo que a m ı se me había antojado inviable, pero ella es tan asombrosa que encandila a todo aquel que la conoce—, y yo poco a poco he aceptado el suyo, incluso me he acostumbrado a sus sinceros padres y a sus extravagantes amigos. A pesar de las pequeñas dificultades por las que hemos tenido que pasar, s e con total seguridad que Maca es lo que siempre he necesitado para sentirme feliz, es la mujer perfecta, inteligente y con don de gentes; la amiga divertida con la que echarte unas risas incluso en el peor de los momentos y la amante fogosa que hace vibrar todo mi ser, y todo eso concentrado en esta española que me ha robado el corazón pero que, a cambio, me ha regalado lo más valioso de mi vida: su amor. Le doy un beso en la cabeza mientras Abril y Julen nos felicitan y me siento un canalla con suerte, un hombre afortunado por haber sabido abrir los ojos justo a tiempo y comprender que esta mujer tan atípica y tan excéntrica era la mujer de mi vida, dándome cuenta al mismo tiempo de que el amor puede ser tan bromista y extraordinario que es capaz de unir a dos personas tan dispares como nosotros.

## Agradecimientos

El amor puede ser muy chistoso a veces, ¿verdad? Nos hace fijarnos en alguien tan distinto a nosotros que nos hace sentirnos raros al pensar siquiera en la posibilidad de dar ese paso. Pero ¿y si, por ese rechazo a lo distinto, nos estamos perdiendo la oportunidad de vivir una historia de amor épica? Eso mismo les ha pasado a estos dos personajes. Quiero agradecer a mis lectoras que me animaran a que escribiera la historia de Maca, la amiga loca de Abril (*Campanilla olvidó volar*), porque he disfrutado muchísimo creando su historia, riéndome con cada salida ocurrente de ésta y buscándole un hombre que estuviera a su altura.

Quiero también agradecer la paciencia y el apoyo sin límites que me ofrece mi amor, la persona que me anima a que siga escribiendo y creando historias. Sé que sin él esto no podría ser posible. ¡Gracias, mi amor, por ser como eres!

A mis hijos, mis amores, gracias por las risas que nos echamos, por la facilidad que tenéis para devolverme el ánimo y por vuestro amor incondicional. ¡Os quiero infinito más un millón!

A mis lectores cero, gracias por vuestras palabras y vuestras recomendaciones. Sin vosotros esto sería más difícil.

A mi familia, a mi gran extensa familia, mis amigas, mis compis, las mamis del cole de mis hijos, las profes de mis hijos, mis vecinos, a mis Cocolas... ¡Gracias por tanto, gracias por vuestro apoyo!

A mis chicas, mis lectoras, gracias por acompañarme en esta maravillosa aventura. Siempre lo digo, pero es la verdad: sin vosotras esto no sería posible. Como diría Maca: ¡sois la pera limonera!

Quiero agradecer de todo corazón la ayuda que me tendió Yanly, más conocida en Facebook como China Yanly, por explicarme en nuestras

conversaciones cómo es su preciosa ciudad, por contarme maravillosas anécdotas y por dejar que viese a través de sus ojos la ciudad donde se centra toda la historia. ¡Gracias por todo, guapa!

Gracias a mi editora, Esther Escoriza, por creer en mí, por sus palabras de aliento y por sus conversaciones telefónicas. Eres una persona muy especial y me siento dichosa de conocerte. ¡Gracias por tanto!

Gracias a todas las personas que componen el sello de Zafiro (Grupo Planeta), por crear con tanto mimo mis novelas. ¡Sois muy grandes!

Y gracias a ti, que lees estas líneas, que te has reído con la historia de Maca y que también te has emocionado. Gracias por darle una oportunidad a Maca y a Bastian, gracias por dejar que te cuente su historia.



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí*, *Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja*, *Destruyendo mis sombras*, *Campanilla olvidó volar*, *Saque directo al corazón* y *Una irresistible excepción*.



Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:  
<[www.loleslopez.wordpress.com](http://www.loleslopez.wordpress.com)>.

## Referencias a las canciones

*Miami*, Columbia, interpretada por Will Smith. (N. de la e.)

*Never Ending Story*, Parlophone Records, Ltd., interpretada por Limahl. (N. de la e.)

*La Macarena*, RCA Records Label, interpretada por Los del Río. (N. de la e.)

*Me enamoré de ti*, Universal Music Spain, interpretada por David Bisbal. (N. de la e.)

*El amor se ríe de mí*  
Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Loles López, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2018

ISBN: 978-84-08-19372-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

[www.eltallerdellibre.com](http://www.eltallerdellibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

